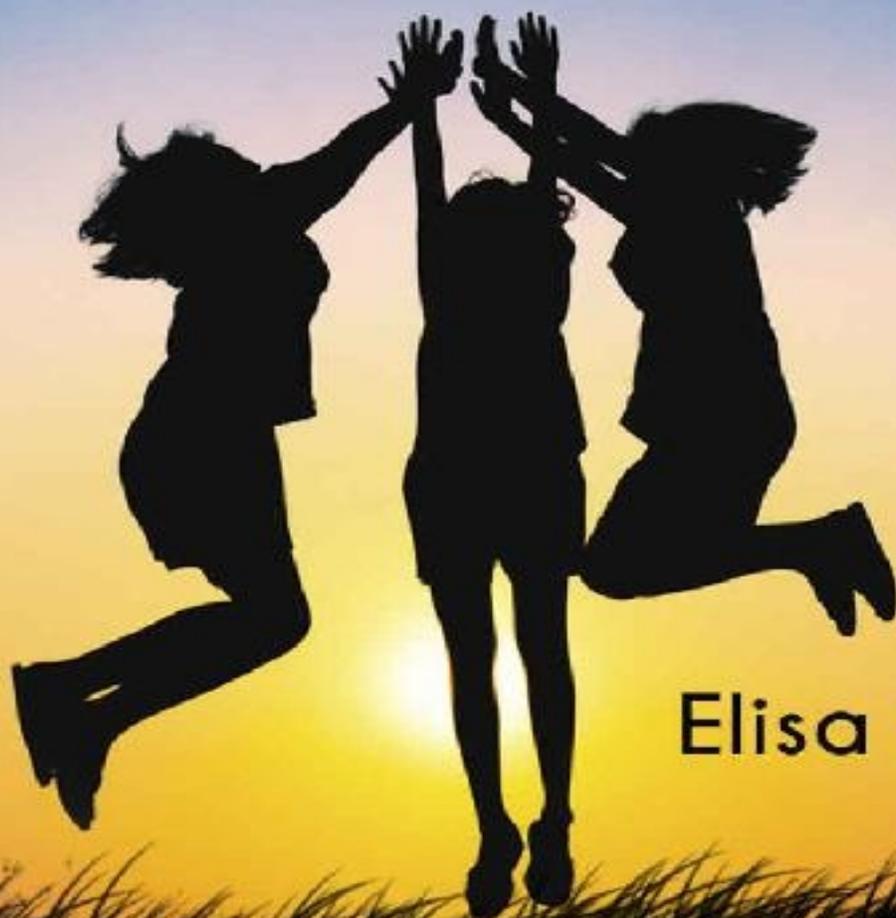


Las brujas
de hoy
no necesitan escoba
para volar



Elisa Mayo

LAS BRUJAS DE HOY NO NECESITAN
ESCOBA PARA VOLAR

Por
Elisa Mayo

© Elisabet Adame (Elisa Mayo)

1ª edición, febrero de 2018

ASIN:

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi familia al completo, porque sin ellos este proyecto
no estaría viendo el mundo.

A mis *Divas*, con ellas arrancó esta historia.

*Escribimos para inventarnos un mundo mejor del que
conocemos.*

(Anaïs Nin)

Índice

[SINOPSIS](#)

[1 CAFRES](#)

[2 NUEVO JEFE](#)

[3 ¿ME DAS UN BESO?](#)

[4 LA NIÑA TIENE NOVIO](#)

[5 ENCONTRONAZOS](#)

[6 SALSEANDO](#)

[7 QUÉ INTENCIONES TIENES](#)

[8 SOY TODO TUYO](#)

[9 LA HORMA DE MI ZAPATO](#)

[10 EL AQUELARRE](#)

[11 ¿CONFÍAS EN MÍ?](#)

[12 QUÉDATE CONMIGO](#)

[13 NO SABES DE LO QUE SOY CAPAZ](#)

[14 LA HISTORIA DE JAVIER](#)

[15 OPERACIÓN: TORMENTA DEL DESIERTO](#)

[16 TRES CABRAS LOCAS](#)

[17 EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Estrella es una mujer que pasa de los cuarenta, divorciada y madre de dos mellizos adolescentes que la traen de cabeza. Trabaja en un hotel de playa organizando eventos para los clientes.

Un cambio en la dirección del hotel hace que conozca a Javier, el nuevo director general, por el que pronto siente una conexión más intensa de lo que ella misma está dispuesta a admitir.

Esta incorporación no solo altera el estado de Estrella. Junto a ella, Deva y Lourdes, sus compañeras y mejores amigas, se ven envueltas en una vorágine de circunstancias que les van a dar la oportunidad de demostrar de lo que son capaces cuando se les presentan varios conflictos que resolver. Entre ellos, la historia personal que Javier trae consigo y por la que Estrella se engancha más a él.

1

CAFRES

—¡Sois unos cafres! —grito dentro del coche, dando un puñetazo a la parte alta del volante mientras esperamos a que el semáforo se ponga en verde. Estoy enfadada y, a la vez, me siento impotente. ¿Cómo se han metido en este lío? Otra vez.

—Mamá, no es para tanto —dice Adrián, con esa voz melosa, sentado de copiloto, tratando de suavizar el ambiente. Él siempre tan diplomático.

—¿No es para tanto? Tu hermano lleva cuatro puntos en la ceja y el labio partido. —Señalo hacia el asiento trasero con el pulgar de la mano derecha.

—Sí, pero ese gilipollas lleva la nariz rota. —Se ríe Biel desde atrás.

—No tiene ninguna gracia, Biel. Así que mejor estate calladito —le grito.

—Te lo dije, debimos llamar a papá —le dice a su hermano.

Lo miro por el espejo retrovisor y lo veo cruzado de brazos sobre el pecho con el ceño fruncido. Va hecho un cromo. Ni el *Ecce Homo* quedó tan malparado tras su desastrosa restauración como su cara.

—Mamá impone más y sabe boxeo. Por si necesitabas ayuda.

—¿Qué ayuda iba a necesitar? Tenía controlado al imbécil ese.

—Basta ya. No quiero oír nada más. Y deja de decir palabrotas, por favor —sentencio.

Sonrío, mirando hacia la ventanilla contraria para que no me vean. Adrián siempre ha sentido debilidad por mí, admira mi forma vehemente de enfrentarme a las cosas, supongo que porque él es mucho más calmado y racional. Y tiene más sesera que su hermano. Si es que no puede ser...

El resto del trayecto prefiero pasarlo en silencio. Y ellos lo mantienen para no aguantar más broncas por mi parte. Necesito calmarme, tampoco es bueno que me vean tan enfadada, pero es para castigarlos sin salir hasta el día del juicio final.

Llegamos a casa y meto el coche en el garaje. Está amaneciendo y necesito dormir. Llevo sueño atrasado desde que parí a estos dos críos hace dieciséis años. Salimos del coche y entramos por la puerta de la cocina. Mi madre está sentada en una silla junto a la mesa, tomándose una infusión.

—Mamá, ¿qué haces levantada?

—¿No creerías que me iba a volver a dormir después de saber lo que había

pasado? —Se levanta y me da un beso en la mejilla—. ¡Dios mío, Biel! Pero ¿qué te han hecho? Ay, mi pobre niño. —Se acerca cuando lo ve entrar tras de mí y lo abraza por la cintura dejando la cabeza apoyada en el pecho de su nieto.

—No te preocupes, yaya. No es nada. Estoy bien. —Él la abraza también por encima de los hombros y le besa la coronilla.

—¿Quieres que te haga un chocolate caliente? —Lo mira desde abajo—. Le habrás dado *pal pelo* al otro, ¿no? —Frunce la nariz y levanta el dedo índice en su dirección.

—Pues claro. Lo he puesto a caldo.

—Eso, tú ánimalo. Dios, vais a acabar conmigo entre todos —suspiro.

—Y tú, Adrián, ¿estás bien? ¿A ti no te han pegado? Bueno, ya tienes bastante con que te hayan insultado de esa manera. Como me encuentre yo a ese impresentable, le voy a decir quién es más maricón. —Abraza de igual modo a su otro nieto.

—Mamá, por favor... —me quejo, con los ojos mirando al techo.

—Venga, sentaos a la mesa, que os preparo un chocolate y unos churritos.

—Pero ¿qué churritos ni que leches? No tenemos churros, mamá.

—Qué sabrás tú lo que tenemos. —Abre el congelador y saca una bolsa de churros.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunto con estupefacción.

—De la tienda, ¿de dónde si no? Ay, hija, no te enteras... —Pone los ojos en blanco.

Los dos cafres se ríen con ganas. En fin, lo dejo estar; con ella nunca sabes a qué atenerte. Salgo de la cocina hacia el recibidor y cuelgo el bolso en el perchero de la pared. Cuando vuelvo a entrar, mis hijos están sentados a la mesa, riendo, como si no hubiese pasado nada. Mi madre se mueve por la estancia con su bata de verano a cuadros azules, rosas y verdes, preparando las tazas, el chocolate, la sartén con aceite para freír los churros... Menuda es mi madre. Está como una cabra, pero, si no fuese por ella, estaría perdida.

Mi padre murió de un ataque al corazón cuando los niños tenían un año y, desde entonces, ella vive con nosotros. Le dije que se viniera una temporada para que no se sintiera sola y, como en casa con los niños, se sentía útil y contenta, ya no se marchó. Nos vino muy bien su ayuda con los mellizos en aquella época. Nando, mi exmarido, y yo tuvimos que trabajar muchas horas para salir adelante, pero con mi madre en casa todo fue más fácil. Aunque todos aquellos años sin apenas tiempo para nosotros hizo mella en nuestra relación y nos separamos hace cinco años. Todo de mutuo acuerdo y sin complicaciones. Sin régimen de visitas ni nada de eso. Él puede venir a casa cuando quiera y los niños pueden ir a la suya cuando les dé la gana. Aquí no hay horarios ni

calendarios. Nando y yo nos llevamos muy bien, somos amigos y compartimos todos los aspectos que se refieren a ser padres de las mismas criaturas. Estuvimos juntos más de dieciséis años, éramos muy jóvenes cuando empezamos a salir; yo tenía veinte años y él, veintidós. Fuimos novios durante cinco años y un matrimonio once más. Pero se nos rompió el amor, en nuestro caso, de no usarlo.

—Hala, a desayunar —nos invita mi madre. Coloca la bandeja de churros y el chocolate en medio de la mesa—. Yo me voy a dormir, que tendréis muchas cosas de las que hablar. —Me guiña un ojo mientras me siento en la silla que ella ha dejado libre hace unos minutos.

—Yaya, ¿no desayunas con nosotros? —pregunta Biel, que advierte el sermón que se le viene encima. Sabe que con ella de por medio tiene una aliada.

—No, apañaos vosotros, que ya sois mayorcitos —dice, y entra en su habitación, junto a la cocina. Se cierra la puerta y escuchamos un par de trompetillas sospechosas al otro lado de la pared.

—No veas con la yaya. No se aguanta ni los pedos. —Se ríe Biel.

—Pues dale gracias que no se los ha tirado aquí mismo —contesta Adrián.

—¡Yaya, abre la ventana, que te vas a ahogar ahí dentro! —grita Biel, partiéndose de risa.

Un trombón como contestación. Toma ya. ¡Ay, mi madre! Esta es una casa de locos.

Biel se agarra la boca con la mano y la risa pasa a ser un quejido.

—¿Te duele, cariño? —le digo, con pena fingida. Él asiente con la cabeza—. Pues te aguantas. —Sonrío burlona, metiéndome un churro en la boca.

—Joder, mamá —se queja él.

—Ni mamá, ni *momó* —le riño con la boca llena—. Vamos a ver... —empiezo, una vez me he tragado la bola de churro. Me pongo un tanto seria. Vale que nos riamos, pero hay que guardar las formas para hablar de las cosas importantes—. Biel, no puedes pegarte con todo el que insulte a tu hermano —le digo pausadamente—. Siempre habrá alguien que lo haga y, si sigues así, cuando tengas veinte años, vas a parecer Robert de Niro en *Frankenstein*, por Dios. —Sonrío con dulzura—. Sé que ha sido por una buena causa, pero debes intentar calmar ese pronto que tienes. Solo te traerá problemas, como hoy. Y como las otras veces. No hagas caso de lo que digan los demás. Ni de tu hermano, ni de ti, ni de nadie. Gente dispuesta a fastidiar te vas a encontrar en todas partes.

—Es que me hierva la sangre, mamá. ¿Por qué tienen que insultarlo? ¿No pueden entender que cada uno hace lo que le da la gana? Si él quiere tener novio en vez de novia, ¿por qué no puede sin que tengan que meterse con él?

—Biel, a mí me da igual que me insulten. Y más si es alguien que no me

importa en absoluto —interviene Adrián—. Mientras las personas que quiero me acepten como soy, el resto me trae sin cuidado. ¿Entiendes?

Biel asiente con la cabeza, pero sus ojos aún siguen tristes. Adrián le rodea con el brazo por los hombros y tira de él para darle un beso en el pelo. Biel lo abraza también. Son unos cafres, pero son *mis* cafres. Y, si bien es cierto que me han dado, me dan y me darán muchos quebraderos de cabeza, no puedo sentirme otra cosa que orgullosa de ellos, de cómo son y de cómo se quieren. Ay, mi moreno y mi rubio, mis *Zipi y Zape*, mis *Pili y Mili*... ¿Estoy llorando? No, por favor, otra vez no. Siempre me pasa igual. Es verlos ahí juntos y me pongo de un ñoño...

Mi Adrián, con ese pelo negro y esa piel siempre bronceada, de ojos oscuros y penetrantes, serio, racional, responsable, y que lo entiende todo de una forma que, a veces, me asusta. Con el tiempo, él y nosotros descubrimos por qué lo cuestionaba todo. Comprendió muy pronto de que no era como los demás niños, sexualmente hablando. Hacía lo mismo que sus compañeros, pero se dio cuenta de que no le interesaban las chicas, sino los chicos. Tuvimos suerte porque él pareció entenderlo antes y mejor que nosotros. No se volvió introvertido, sino todo lo contrario; hablaba siempre de lo que pensaba y lo que sentía, y todo fue fácil. Con él, todo lo es. Y así sigue, no ha cambiado nada.

Y Biel, mi rubio de ojos verdes chispeantes. Siempre corriendo y saltando a todas partes. Más bruto que un arado. Habla menos y se mueve más. Nació el primero, seguro que empujó a su hermano hacia atrás para salir antes. Sí, tuve un parto vaginal gemelar, y no, no me pusieron puntos, me cosieron una cremallera hasta la nuca. Qué parto me dieron. De niño todo era revolcarse por el suelo, subirse a los árboles, tirar piedras... Siempre defendía las injusticias, a golpe de puño, eso sí. Mi abogado del diablo, el justiciero de las causas perdidas. Con su traje de *Spiderman* puesto a todas horas, en verano y en invierno. Qué agonía me daba verlo sudar bajo aquellas mallas. Cuando se le quedó pequeño, le corté las piernas y los brazos (al traje, no a él), para que fuese más fresquito en verano, pero la capucha no hubo forma de quitársela. Y así sigue, no ha cambiado nada.

Miro el reloj del horno, son casi las siete de la mañana. Nando seguro que está a punto de salir a correr por la playa; voy a llamarlo antes de acostarme, porque no sé a qué hora me levantaré y quiero explicarle lo sucedido.

Me dirijo al recibidor, cojo un cigarro y el móvil del bolso. Abro la puerta de la calle y salgo a la terraza de nuestra casa. Desde allí se puede ver el mar a través de los pinos y las casas vecinas.

—Estrella, ¿pasa algo? —Nando responde al segundo tono y sabe que a estas horas no lo suelo llamar, así que ya lo intuye.

—He llegado hace un rato del hospital con los niños —le digo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, un tanto angustiado.

—Biel se ha vuelto a pelear porque un chico del instituto ha llamado «maricón de mierda», entre otras cosas, a Adrián. Ya sabes que celebraban la fiesta de graduación en el polideportivo. Adrián dice que algunos chicos habían llevado bebidas con alcohol a escondidas, y parece que iban un poco borrachos.

—¿Los nuestros?

—No, los nuestros no. Los otros. Y les ha dado por meterse con Adrián, ya sabes. Biel se ha puesto hecho una furia y le ha dado un puñetazo al chico. Se han empezado a pelear y... hasta que los han separado entre Adrián, otros compañeros y los profesores que estaban en la fiesta; Biel le ha roto la nariz al otro y él lleva cuatro puntos en la ceja y el labio reventado.

—Joder, Estrella. Este Biel... —se queja en un suspiro.

—Ya le he dado la charla. Habla tú también con él. No puede ir peleándose por ahí cada vez que lo provoquen.

—No, no puede. Hablaré con él. Hemos quedado para ir a jugar a las pistas de baloncesto esta tarde.

—Vale. Te dejo, me voy a dormir. Menos mal que hoy no trabajo.

—Vale. Descansa. Hablamos. Adiós.

—Adiós.

Apago el cigarrillo en el cenicero que hay en la mesa de plástico de la terraza. Me quedo un rato viendo el paisaje bañado por los rayos matutinos de sol. Todo está en calma, por ahora.

2

NUEVO JEFE

Esta semana hay bastante barullo en el Hotel Resort Camelia. A parte de que ya ha empezado la temporada de verano y se han puesto en marcha todas las actividades al cien por cien hace unos días, se añade la expectación por la llegada del nuevo director general del hotel. Este *resort* es uno de los cinco que tiene la cadena. El señor Julio de Andrés, actual director, se jubila dentro de un año, y la dirección general ha decidido que *el nuevo* se incorpore ya para ir cogiendo el ritmo; de esa forma, cuando Julio se marche, todo seguirá como siempre y no habrá ningún contratiempo de organización.

—Chicaaaaaasssss... —Berto entra gritando a la sala del café en dirección a nosotras, a paso ligero—. Tengo un noticia —baja el tono al llegar a nuestro lado y se tapa media boca con el dorso de la mano.

—¿Qué pasa, Berto? ¿Te has blanqueado el ano por fin? —Se ríe Deva.

—Qué va, cuesta mucha pasta —contesta, agitando la mano delante de nuestras narices—. Mucho mejor. He averiguado cómo se llama el nuevo director —susurra, metiendo la cabeza entre las nuestras.

—¿En serio? Suéltalo ya —digo, con los ojos como platos.

—¿Qué me dais a cambio de la información? —pregunta, con una sonrisa ladeada.

—Un tubo de vaselina. Escupe, bribón —contesta Lourdes, impaciente.

—A ti sí que te voy a untar de vaselina, rubia. —Sonríe socarrón.

Deva me da un codazo en el brazo y la miro, se tapa la boca con la mano y sonrío bajo ella. Hago lo mismo, porque el ambiente se ha caldeado un poco y estos dos jovencitos se están mirando como si quisieran echarse a fornicar de un momento a otro encima de la mesa que Lourdes tiene detrás.

Berto levanta una ceja con teatralidad, recuperando su anterior expresión divertida, y nos mira a las tres de una en una, varias veces.

—No seas cabrón, desembucha —le grito entre dientes.

—Javier Crespo —dice, con las manos en la boca a modo de megáfono, pero apenas sin voz para que nadie más lo oiga.

—Los nervios nos va a *crespar*, este. —Se ríe Deva.

—¿A todo tienes que sacarle la punta? —contesta con desdén burlón—. Javier Crespo, el hijo de un pez gordo de la dirección general de la cadena de

Hoteles Camelia, donde nosotros trabajamos —contesta, señalando a cada una con el dedo.

Ese nombre me suena. Me suena mucho...

—Bah, un enchufado. Vamos listos —sentencia Lourdes, dando un sorbo a su café americano.

—¿Estás seguro? —le digo en tono serio, acordándome de dónde he oído ese nombre.

—Pues claro. He oído hablar a Julio con Mateo. —Cruza los brazos sobre el pecho.

—Y tú, ¿qué hacías espionando conversaciones ajenas, cotilla? —lo riñe Deva.

—Yo no tengo la culpa de tener un oído tan fino.

—Pues, si eso es verdad, estamos listos. Pero listos, listos —interrumpo el duelo al amanecer de estos dos.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces? —pregunta Lourdes.

—Sí. Bueno, no. Conocerlo, no. Pero he oído hablar de él. Al parecer ha pasado por la dirección de todos los hoteles de la cadena, menos de este, hasta ahora. Ha modernizado los hoteles, ha cambiado aspectos de la organización y ha barrido muchos puestos de trabajo en cada proceso. Así que agarraos, porque vamos a tener una temporada movidita —les explico grosso modo lo que sé por medio de los supervisores de los otros hoteles.

—Lo que faltaba. Como si no tuviéramos bastante con Mateo, Alicia y Borja. ¿Otro con un palo metido por el culo? —rebufa Deva, cruzándose de brazos.

Aquí todos sabemos que la dirección del hotel la salvan Julio, el director que se va a jubilar, y Lidia, la directora de Recursos Humanos. Dos personas con criterio, temple y saber hacer. En cambio, Mateo, director de Relaciones Públicas, Alicia, directora financiera, y Borja, director comercial, son tres impresentables, que no sabemos cómo han llegado donde están. Alicia sí parece saber lo que hace, pero es bastante arisca.

—Bueno, quizá los cambios sean para bien. Los demás hoteles han incrementado su éxito en los últimos años. Y al nuestro le hace falta una mano de modernización —expone Lourdes, con un atisbo de esperanza en la voz.

—Esperemos que así sea —sentencio.

Salimos de la sala apurando nuestros cafés y nos despedimos en la puerta para dirigirnos a nuestros puestos de trabajo. Este fin de semana no he trabajado, pero tengo mucho sueño y voy a necesitar algún café que otro más. Volveré después, ahora quiero hablar con Berto.

—Necesito hablar contigo un momento. ¿Puedes ahora?

—Sí, cielo. No empiezo hasta dentro de diez minutos.

Andamos los dos, uno detrás de otro, hacia mi despacho en la misma planta

baja. Seguimos por el pasillo que rodea la piscina por la parte izquierda y nos vamos adentrando hacia el fondo. Pasamos por delante de varias puertas con nombres y cargos escritos en placas colgadas de ellas hasta llegar al mío. Abro la puerta y voy directa a sentarme en la silla detrás de mi escritorio. Berto se sienta delante de mí, con la mesa en medio.

—Biel se ha vuelto a pelear porque insultaron a Adrián —le suelto.

Berto se reclina en el asiento, se apoya con el codo en el reposabrazos y cruza las piernas de forma muy masculina.

—¿Quieres que hable con él? —me dice, muy serio, sin dejar de mirarme con esos ojos verdes, casi translúcidos.

—Con Adrián fue fácil. Con Biel va a costar más. Pero necesito que entienda que, si su hermano ya lo ha asimilado, él debería hacerlo también. Solo le pasa cuando es por Adrián —le explico—. Parece que tenga que defender su honor o algo parecido... No sé... Es como si tampoco lo asimilara, pero, como es su hermano y lo quiere tanto, lo acepta, aunque sin entenderlo. —Resoplo—. Si habla con otra persona con una orientación sexual diferente, quizá vea que no es tan complicado.

—No te preocupes. Si necesita hablar, puedo quedar con él.

—No sé si querrá, pero estaría mucho más relajado si pudiera incluso bromear con Adrián del tema. Como haces tú, como a veces hago yo también con mi hijo. No tiene nada de malo, ¿no? —digo, preocupada.

—No. Todos deberíamos reírnos de nosotros mismos más a menudo —contesta, sonriendo por fin—. Tú eres un camionero y me encanta decírtelo.

—Gracias, culo de mandril. —Me río.

—No creo que solo los bisexuales utilicemos la puerta de atrás, ¿me equivoco?

—Eso fue hace mucho tiempo. Después del parto, las hemorroides me lo han impedido —digo, con cara de fastidio.

—Dios, qué cerda eres. Me voy antes de que quieras enseñármelas. —Se levanta de la silla.

—Son internas, no se ven a simple vista —lo pico.

—Calla, puerca. Tú sí que sabes cómo ahuyentar al personal. ¿Desde cuándo no te riegan, flor? —Levanta una ceja.

—Vete de aquí. —Le tiro la goma de borrar que tengo encima de la mesa, y él la coge al vuelo.

—Dime si quieres que hable con él, ¿de acuerdo? —dice, serio de nuevo. Y me lanza la goma con gracilidad.

—De momento, su padre y yo vamos a intentar que se calme. Solo quería desahogarme un poco. Gracias, eres un buen amigo.

Berto camina pausadamente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de traje que llevamos en el hotel. Coge el pomo de la puerta y abre.

—Todo irá bien. Es solo cuestión de tiempo. —Me guiña un ojo y lanza un beso al aire antes de desaparecer tras la puerta.

Sonrío.

Berto es uno de mis mejores amigos, junto con Deva y Lourdes. Si no fuera porque es diez años menor que yo y trabajamos juntos, le habría pedido que me hiciera un par de favores. No te creas, lo intenté al principio a modo de broma, pero me lo dejó muy clarito. Soy como su hermana mayor. Él es como me gustan los hombres: altos y anchos de espalda. Ah, y con un buen culo, redondo y fuerte donde poder agarrarte. Pero ¿qué digo? Demasiado tiempo sin un buen polvo. Como siempre, Berto tiene razón. Porque, además de ser guapo, es un gran tipo y nunca dudo en consultarle cualquier cosa. Nos ayudó mucho con la homosexualidad de Adrián; habló con nosotros y con él. Le hizo bien hablar del tema con alguien que no fueran sus padres. A pesar de ser más joven que yo, tener que lidiar con algo así desde antes de la adolescencia, lo hizo madurar pronto, y es una persona muy íntegra y transparente.

Tengo mucho trabajo esta semana. El sábado es la presentación oficial del nuevo director general del hotel, y estamos acabando de ultimar la cena que se ha preparado para ese acto. Todo el personal estará en la celebración por la jubilación de Julio y, aunque no lo haga oficialmente hasta el próximo año, a partir de ese día verá reducida su participación en la toma de decisiones; haciendo el papel de *Reina Madre*, como dice Deva, la muy bruta.

Me pongo a revisar documentos donde tengo anotados los diferentes temas que debo cerrar y el estado en que están en este momento. Cada día, anoto los progresos, informo a mi superior, en este caso Mateo, y por supuesto a Julio. Hoy debo acabar de matizar con Toni, el cocinero jefe, el menú para que puedan concretar el pedido y empezar a confeccionarlo. Acabar de hablar con Lidia, de Recursos Humanos, sobre la lista definitiva de empleados asistentes y su ubicación en las mesas. Esto es como un banquete de boda real y no puede fallar nada, debemos causar buena impresión al nuevo director o, según los comentarios que he oído sobre él, van a cambiar muchas cosas. No es que esté en contra de los cambios, si se hacen con buen criterio; pero algo me dice que las aguas van a estar moviditas en los próximos meses. Siempre que entra un elemento nuevo en un entorno, ese entorno cambia, dicen. Esperemos que para mejor.

Oigo dos golpes de nudillos en la puerta.

—Adelante —digo, y desvío la mirada para ver quién entra. Es Julio. Me levanto de la silla y voy a su encuentro—. Buenos días, Julio. ¿Qué tal estás? —

Voy a darle dos besos, pero veo que tras él hay alguien más que no conozco y estiro mi mano para estrecharla, con educada formalidad. Los besos quedan para saludarnos entre nosotros.

—Buenos días, Estrella. —Su mano coge la mía y me la aprieta con cariño —. Te presento a Javier Crespo. —Se aparta para que pueda ver al hombre que tiene detrás—. Él será el nuevo director general del hotel —me informa con una sincera sonrisa.

—Encantada de conocerlo, señor Crespo. —Sonríó como lo hago cada día al saludar a nuestros huéspedes. Estiro la mano para estrechar la suya; él la coge y la aprieta fuerte, pero con suavidad.

—Igualmente, Estrella. —Me mira, y creo que me va a dar un infarto. Pero ¿de qué color tiene los ojos este hombre? No puedo distinguirlo. ¿Gris? ¿Verde oscuro? Nunca he visto nada igual.

—Javier ha venido unos días antes para ver cómo van los preparativos de la cena del sábado. Quiere hablar con la responsable e intercambiar opiniones al respecto —explica Julio.

—Perfecto, ahora mismo estaba trabajando en ello —digo, sin dejar de sonreír y mirarlos a los dos.

—Muy bien. Pues yo me marcho y os dejo para que podáis trabajar —dice Julio, poniendo su mano sobre el hombro de Javier.

¿Cómo? ¿Que me deja aquí sola con él? ¿En serio? Mis neuronas tropiezan unas con otras sin saber muy bien hacia dónde ir.

—Bien, hasta luego, Julio —consigo decir, tras deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Me va a dejar sola con el futuro director, así, sin más. Menos mal que tengo años de experiencia en aguantar situaciones de todo tipo con nuestros clientes, porque, si no, ahora mismo me temblarían las piernas. ¿O me tiemblan igualmente?—. De acuerdo, dígame por dónde quiere empezar —le digo, mientras vuelvo a mi silla e intentando adoptar mi actitud más profesional. No es habitual en mí flaquear en el entorno laboral, pero este tío me pone nerviosa. Tiene una mirada muy intensa.

—Me gustaría empezar por pedirte que me tutees y me llames Javier —contesta, con un tono de voz suave. Sin imperativos.

—De acuerdo. —Me giro antes de sentarme y le hago un gesto con la mano para que se siente frente a mí—. Bien, Javier. ¿Por dónde quieres empezar? —reformulo la frase, mientras él se quita la americana azul oscuro que viste y la deja sobre el respaldo de la silla. Debajo lleva una camisa blanca con el botón del cuello desabrochado y sin corbata. No me he dado cuenta hasta este momento, pero no lleva pantalón de traje, sino... ¡tejanos! Aquí todos vamos en traje y él lleva tejanos. Supongo que, siendo el jefe, puede hacer lo que le rote.

Se sienta y acerca la silla a mi mesa. Yo lo imito.

Él no responde y me mira... mucho. Me mira demasiado, y mis nervios empiezan a ponerse en modo histeria. Sus ojos grandes y redondos están clavados sobre los míos. ¿Qué le pasa? ¿Qué mira? Mis neuronas siguen tropezando dentro de mi cabeza. Sí, en definitiva, este hombre me pone atacada.

Tiene el pelo negro y muy corto. Espesas pestañas y una barba de varios días bien recortada. Su mentón es ancho, pero sin llegar a ser exagerado. Nariz recta y delgada. Labios carnosos, pero no demasiado, y la línea que los define bien marcada. Tienen pinta de ser muy esponjosos. Pero ¡¡¿qué estoy diciendo?!!

—Disculpa, ¿ocurre algo? —Consigo matar el silencio que me incomoda.

—Perdona, me gusta mirar a la gente para ver sus reacciones. —Y su expresión parece volver de allí donde quiera que estuviese. Porque su cuerpo estaba frente a mí, pero él... diría que no.

A mí se me levanta una ceja por inercia, sin haberle ordenado que lo hiciera. Pero no dejo de sonreír, eso nunca.

—Ah, bien. —Coloco mi silla recta para apoyarme sobre la mesa con los codos. Dicen que, si te sientas inclinada hacia delante, denotas interés por lo que tu interlocutor quiere decirte. Creo que he hecho demasiados cursos de empresa.

Él carraspea y, al contrario que yo, se apoya en el respaldo de la silla y cruza las piernas con total tranquilidad.

—Me gustaría saber una cosa —dice al fin.

—¿Sí?

—¿Por qué una persona rechazaría un puesto de dirección superior al que tiene? Con mejores condiciones, mejor horario y mejor salario. Dos veces —dice, arrugando la nariz con expresión de burlona incredulidad.

¡Joder! Ahora ya no sonrío. Se ha informado bien sobre el personal de este hotel o... ¿solo sobre mí? Remuevo el trasero sobre mi silla. Debo pensar la respuesta, o quizá sería mejor decir la verdad y aquí paz y después gloria.

—Bueno... Creo que no sirvo para estar encerrada en un despacho. Prefiero recorrer cada rincón de este hotel; hace más de diez años que trabajo aquí, es mi segunda casa. No quiero quedarme sentada en una silla todo el día viendo entrar y salir gente de mi despacho pidiendo permiso para hacer una u otra cosa y firmar documentos. Prefiero salir ahí afuera y hablar con mis compañeros, pedirles opinión y trabajar juntos. Que me dé el aire... —explico de la forma más serena que puedo en este momento.

Javier posa el dedo índice sobre sus labios y me mira intensamente, otra vez.

—¿Y no crees que podrías seguir haciendo eso que tanto te gusta aunque fueras la directora de Relaciones Públicas? Podrías montar tu despacho en el bar de la piscina, para... que te dé el aire. —Sonríe.

Mi ceja vuelve a levantarse.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Claro que no. —Levanta las palmas de las manos—. Solo digo que puedes cambiar la forma de dirigir el departamento; no es necesario que lo hagas como se ha hecho hasta ahora. Si algo no te gusta, puedes cambiarlo, ¿no crees? —Descruza las piernas y apoya los codos sobre mi mesa.

A ti se te va la olla, ¿no?, me dan ganas de contestarle. Pero me contengo.

—Quizá.

—¿Te gustaría probarlo?

—¿El qué?

—Dirigir desde una mesa del jardín.

—Tú estás loco, ¿no? —se me escapa—. Perdón. No debería haber dicho eso —me disculpo, un poco incómoda. Estoy tiesa como un palo. Hace rato que no puedo moverme y se me están entumeciendo los hombros.

Él se ríe abiertamente y parece sincero. Me relajo un poco y hago un amago de sonrisa. Qué conversación más extraña. Si no fuera tan encantador, sería más fácil. ¿He dicho encantador? Vale, Estrella. Céntrate. Estás hablando con el nuevo director.

—A mí tampoco me gusta estar metido en el despacho todo el día. Paso la mayor parte del tiempo igual que tú, dando vueltas por el hotel —explica.

—Bien, me alegra oír eso —contesto. Aunque no sé si él realmente lo hace por el mismo motivo que yo; quizá sea para flagelar al personal desde más cerca... o yo qué sé, esto es un hotel, no la construcción de las pirámides—. Podemos ir a ver el salón donde celebraremos la cena el sábado. Te explico cómo lo llevamos y me dices si te parece bien o prefieres que cambiemos alguna cosa. —Decido encaminar la conversación hacia la razón por la que, se supone, está sentado frente a mí. Consigo un tono profesional pero amable. Tal como me han enseñado en los cursos de fidelización de clientes. Estoy enferma con tanto curso.

Él casi salta de la silla para ponerse en pie, coge la chaqueta y se la pone. Doy un respingo en mi silla al ver su movimiento tan enérgico.

—Me parece una idea fantástica. Vamos —dice sonriendo.

—Vamos, vamos —me apremio a mí misma en voz alta. Levanto el trasero y cojo el iPad de mi escritorio.

Él ya ha abierto la puerta y me cede el paso. Salgo delante y oigo la puerta cerrarse.

—Imagino que Julio ya te ha enseñado todo el hotel y te habrá presentado a la mayoría del personal. —Doy por sentado, y miro hacia mi izquierda donde él camina junto a mí. Dios mío, qué alto es este hombre; no es que yo sea

demasiado bajita, metro sesenta y cinco más cinco de tacón, para ser exacta, pero me saca cabeza y media.

—Sí, ayer me mostró todas las instalaciones y hoy me ha presentado a todos los directores de departamento y a ti. No conozco a nadie más, pero me gustaría que me presentaras a todas las personas que nos vayamos encontrando — contesta sin dejar de sonreír, enseñándome una hilera de dientes perfectamente rectos.

—Claro, no hay problema. —Sonríe abiertamente. Me gusta que quiera conocer a todas las personas que trabajamos aquí. A mí me encanta hablar con todos; bueno, con unos más que con otros, pero, en general, creo que formamos un buen equipo, a excepción de algunos directivos; pero esa es una opinión personal que no voy a compartir con él.

En recepción le presento a las dos personas que hay en este momento para atender a los clientes. Javier las saluda con educación y les pregunta si están contentas con su puesto. Como es obvio, las dos responden afirmativamente. No creo que se atrevan a hacer cualquier comentario negativo en el primer contacto con el nuevo director. Aunque me consta que es cierto que las dos están contentas con su trabajo.

Decido salir a la zona exterior y entrar al salón por la cristalera, en lugar de por la puerta interior. Le presento a los dos chicos que se ocupan de la zona de la piscina; idéntico ritual de saludos.

Menos mal que son las diez de la mañana y aún no hay demasiado movimiento, porque, si tengo que presentarle a todos los empleados, no acabamos ni a las tres de la tarde. Pero no seré yo quien se queje.

Me dirijo hacia la derecha, pasando por detrás del chiringuito, que es un pequeño cubículo de madera clara con una barra que se montó para que el camarero no estuviera todo el día al sol y hubiese más espacio para colocar las botellas. Andamos bordeando la cristalera donde están los salones de celebraciones, y me adelanto hacia el jardín que rodea la zona de la piscina, desde donde, tras el muro de setos bajos, se puede ver la playa. Nuestros clientes pueden acceder a ella por allí, solo nos separa la acera del paseo marítimo, que en esa zona está poco transitado, ya que el hotel está situado en la zona residencial de la playa. Tenemos suerte de que el Ayuntamiento ceda zonas públicas a algunos hoteles para realizar sus actividades; de esa forma, nuestros clientes tienen la percepción de que nuestro hotel les brinda un servicio adicional con una playa semiprivada.

—Hemos pensando hacer el aperitivo en esta parte del jardín, para después entrar al salón por las puertas exteriores. —Señalo la cristalera que nos queda justo detrás—. Aunque se podrá acceder desde la zona de playa o por recepción.

—¿Por dónde entrarás tú? —me pregunta, como si tal cosa.

—Eh... Pues me temo que yo estaré metida en el salón toda la tarde —contesto, un tanto resignada.

—¿Vas a estar trabajando todo el tiempo? —Se sorprende.

—A algunos nos va tocar trabajar, sí. Al menos hasta que acabe la cena. Esto no se organiza solo, ya sabes. —Qué comedia estoy hoy, por favor. Con la de veces que he blasfemado porque no voy a poder divertirme como quisiera esa noche...

—Si hubieras aceptado el puesto de directora, no tendrías que trabajar ese día —se burla. Qué gracioso. No, no tendría que trabajar, pero tendría que cenar en la mesa de los directivos y no con mis amigos. Mis neuronas le sacan la lengua.

—Empiezo a pensar que te gusta tomarme el pelo —contesto, un poco molesta. Pero ¿qué se ha pensado? Qué manía le ha dado con el dichoso puesto.

—Por supuesto que no. Es solo que me parece curiosa tu decisión —dice, escrutando mi rostro.

—Creo que ya hemos hablado de eso —contesto tajante.

—De acuerdo. Explícame el *planning*, por favor. —Se rinde. Menos mal.

Le cuento que tomaremos el aperitivo en el jardín que tenemos delante a partir de las ocho de la tarde. A las nueve, entraremos al salón para cenar. Después, pasaremos un vídeo que hemos preparado todos los empleados como homenaje para Julio y le haremos entrega de los regalos. Imagino que hará su discurso y lo presentará a él como nuevo director.

—Supongo que dirás unas palabras en honor a Julio y también para presentarte ante todos los empleados y explicar un poco en qué va a consistir esta nueva etapa que empieza contigo.

—Sí, claro. No hay problema por eso, ya lo tengo en marcha. Imagino que debéis de estar todos a la expectativa por los cambios.

—Es necesario que el personal sepa lo que va a pasar y lo que se espera de ellos para que puedan cumplir con su trabajo de la mejor forma posible —explico. Sé que todo el mundo está un poco revolucionado y preocupado con que el nuevo director haya sido asignado por la dirección general, cuando por aquí hace años que no sabemos nada de ellos.

Asiente de buen grado.

Sigo con la planificación que me ha pedido. Después de los discursos, se retirarán las mesas para hacer hueco en medio del salón y empezará el baile. Como una boda, que no falte de *naaaa*. Dentro del salón, le voy explicando cómo estará decorado y en qué posición irán las mesas, el pequeño escenario y el DJ.

—¿Tienes una copia del *planning*, del croquis del salón y del menú? —me

pregunta.

—Sí, claro. Puedo pasarte todos los datos por mail. Dame tu dirección, que te lo mando ahora mismo —digo, desbloqueando el iPad para entrar en el correo.

Anoto todo y seguimos.

Cuando a Javier le parece que está suficientemente informado, me deja en la cocina hablando con Toni, pero nos indica que quiere revisar el menú antes de acabar de cerrarlo. Así que el trabajo que quería hacer hoy se va al traste. Primer día, primer contratiempo. Estupendo, con el montón de cosas que hay que preparar. Ya estamos notando los cambios.

Los días siguientes tengo a Javier a las diez, cada mañana, entrando en mi despacho. Parece que tiene un radar para saber cuándo entro por la puerta. El tío se toma muy en serio el tema de la celebración, estamos trabajando como si no hubiese un mañana. No pone demasiadas pegas, la verdad, pero quiere todos los detalles controlados. Es más perfeccionista que yo, y eso es mucho decir. Aunque se muestra siempre colaborativo y no inquisitivo, cosa que agradezco inmensamente.

Es miércoles. Llego a casa pasadas las siete de la tarde, hace un calor horroroso para ser finales de junio y me duele la espalda una barbaridad. Entro en casa y me encuentro a mi madre viendo el *Pasapalabra* en la tele, sentada en la butaca del salón.

—Hola, mamá —saludo y me acerco a darle un beso.

—Hola, nena. ¿Qué tal ha ido el día?

—Estoy reventada. A ver si llega ya el sábado y se acaba esta locura. Y este calor me está matando.

—Date un bañito en la piscina y te refrescas —sugiere.

—Ah, pues mira, es buena idea. —Empiezo a subir las escaleras, pero me doy la vuelta—. ¿No están los niños?

—No. Han bajado a la playa con sus amigos —contesta, sin apartar los ojos de la tele.

Mira que le gustan los concursos a esta mujer, se los traga todos. Esa afición suya me hace sonreír siempre que la veo allí sentada.

Subo a mi habitación y me desnudo. Me pongo el bikini y cojo una toalla del baño.

—Mamá, estoy afuera —aviso.

—Muy bien.

Me doy un agua en la ducha junto a la piscina. Qué rica está, por Dios. Me pongo en el borde de la parte más honda. Doy un salto y me zambullo de cabeza. El agua relaja al instante todos los músculos de mi cuerpo; buceo hasta el otro lado. Nado de un lado a otro varias veces. Prefiero el boxeo o bailar para relajarme, pero el intenso trabajo de las últimas semanas no me ha dejado ir al gimnasio. Hace muchos años que practico boxeo. Incluso peleé en varios combates cuando era joven (nada del otro mundo), pero, desde que tuve a los niños, solo lo practico de vez en cuando para descargar tensiones y mantener un poco la forma. Así que me conformo con el baño, que, para el calor que tengo, sí es lo mejor.

Cuando ya tengo suficiente, me voy a una de las esquinas y apoyo la cabeza sobre el borde, dejo que mi cuerpo flote en el agua y cierro los ojos. ¡Esto es vida! Esta casa fue la mejor decisión que tomamos Nando y yo. La compramos cuando aún no necesitabas hipotecarte hasta las cejas. Aquí pasamos los mejores años de nuestras vidas, todos juntos. Me supo mal que, al divorciarnos, Nando no pudiera seguir disfrutándola, aunque ha venido muchas veces a bañarse con los niños. Ahora ya menos, porque vive en pareja desde hace un par de años y tienen su propia casa con piscina no muy lejos de aquí; y los niños pasan allí muchos fines de semana de los que yo trabajo.

Noto presencias a mi alrededor y sonrío.

—¿Ya estáis de vuelta?

—¿Cómo sabes que estamos aquí? Si no hemos hecho ruido —se queja Biel.

—Te hemos visto ahí tan relajada que no queríamos molestar —dice Adrián.

—No me molestáis —contesto, aún con los ojos cerrados—. Y os oigo porque soy vuestra madre y tengo un radar invisible que os localiza allá dónde estéis.

—Venga ya, mamá. —Oigo a Biel justo en mi oreja derecha reírse.

De golpe, noto una ola de agua que me cae encima y me obstruye los agujeros de la nariz, haciéndome toser. Pero ¿qué...? Abro los ojos y veo a los dos cafres frente a mí, se han tirado a la piscina a la vez justo delante para fastidiar. Se ríen a carcajadas.

—Retiro lo dicho. Ahora sí que me estáis molestando —me quejo, y me retiro el agua de la cara con las manos. Los veo mirarme fijamente con una sonrisa burlona. Tienen todo el cuerpo metido en el agua excepto la cabeza y avanzan hacia mí, con sigilo—. Eh, ni se os ocurra —les advierto. Pero siguen avanzando. Me doy la vuelta e intento salir por el borde, pero los dos me sujetan por las piernas y tiran de mí hacia dentro.

—¿Adónde vas, mamá? Ven aquí y báñate con nosotros —dice Adrián, mientras me agarra de la cintura por detrás. Se pone de pie y saca medio cuerpo

fuera del agua, me levanta.

—Adrián... —le advierto.

Biel se aparta y me mira divertido.

—Os voy a dar *pal pelo* —amenazo.

—Tú y ¿cuántas más? —se burla el rubio.

Adrián me sigue elevando y pone sus manos en mi trasero para darme más impulso. Me tira hacia delante, haciendo que vuele por encima del agua, y caigo a los dos segundos. Antes de volver a ponerme de pie, es Biel el que me coge por la cintura, esta vez de frente, me eleva y me tira de espaldas contra el agua. Otra vez Adrián. Otra vez Biel. Se carcajean como dos hienas cada vez que me ven caer al agua. Si aquí celebráramos el Día de Acción de Gracias, tendríamos pavo de sobra con el que tienen estos dos. Dios, vuelven a la carga. Vienen los dos directos a por mí, con los brazos extendidos y los dedos en forma de garras. Se van a enterar. Cuando están lo suficientemente cerca, me adelanto, con un movimiento rápido y simétrico; les echo mano al paquete y aprieto, pero no demasiado. Los dos se paran de golpe, abren los ojos de par en par y gritan a la vez.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa? —digo, con fingida sorpresa.

—Que me rompes los huevos —grita Biel.

Suelto una carcajada entre dientes.

—No lo olvidéis la próxima vez que queráis meteros con vuestra madre, patanes. —Paso mis ojos de uno a otro varias veces con amenazadora teatralidad—. Ahora ya sabéis que no necesito a nadie más para pararos los pies. —Biel intenta cogermelo y le aprieto más.

—¡AH!

Me río a carcajadas al ver su cara de espanto. Creo que realmente piensa que se los voy a arrancar.

—Vale, vale, ya lo hemos pillado —dice Adrián, levantando las manos en son de paz.

—De acuerdo. Os voy a soltar. —Sé que se van a abalanzar sobre mí en cuanto deje ir mis manos. Y así ocurre. Se lanzan a por mí y me cogen en brazos al estilo *el sillón de la reina que nunca se peina*, cada uno por un lado. Me balancean de atrás a delante y, cuando he cogido suficiente velocidad, me sueltan de golpe. La madre que los parió. Pego un zarpazo en el agua de miedo, pero no puedo parar de reír, y ellos tampoco.

Y así seguimos un buen rato, tirándonos los unos a los otros; más bien ellos a mí, porque yo soy incapaz de levantarlos del suelo. Son dos *tiarrones* de metro ochenta, no tengo nada que hacer más que rendirme. En un momento dado, veo a

mi madre asomada a la ventana, el salón está a oscuras y solo se ven los destellos de la televisión detrás de su figura. La saludo con la mano. Ella sonrío.

—Mirad a la yaya, parece la abuela del visillo —les digo a mis hijos.

Ellos se vuelven hacia la ventana que estoy señalando y saludan sonrientes.

—Da miedo, ahí a oscuras —dice Adrián.

—Yaya, ven con nosotros, anda —le grita el rubio.

Mi madre desaparece de la ventana y, a los pocos segundos, la vemos salir por la puerta de la casa. Baja los cinco escalones que hay para llegar al césped y viene hacia la piscina. No es muy mayor, tiene sesenta y cinco años, pero se mueve con más agilidad que un galgo.

—Sois unos cafres, ¿lo sabéis? —Se ríe ella.

—Siéntate un rato aquí con nosotros —dice Adrián, mientras sale de la piscina y coloca cerca del borde una silla de la pila que tenemos junto a la mesa de jardín.

Biel también sale de la piscina cuando mi madre se está sentando. Oh, oh. Los dos se alejan por el lateral. Los voy a matar. Se dan la vuelta y corren hasta el bordillo, lanzándose a la vez con las piernas encogidas y los brazos extendidos. Me tapo los ojos con las manos, no quiero verlo. Mentira, sí quiero verlo, así que miro a través de mis dedos. Caen al agua y provocan un tsunami que empapa a mi madre de la cabeza a los pies. Aparto las manos de mi cara y la veo con el morro arrugado y el pelo canoso cayéndole por la frente. No ha dicho nada, la pobre, no le ha dado ni tiempo. Los dos pollos se descojonan. Mi madre sigue sin decir ni pío.

—Así estás más fresquita, yaya. Que hace mucho calor —se burla Biel, y le da unos cariñosos toques con la mano en su mejilla, desde el borde.

—Mamá, ¿estás bien? —le digo, entre preocupada y divertida.

—Sí, muy bien. No sé por qué no iba a estarlo —contesta, muy digna, cruzando las manos sobre el regazo.

La veo que mira a sus nietos aguantándose la risa. Que se vayan preparando, la venganza se está cociendo.

¿ME DAS UN BESO?

Por fin es sábado. Unas horas más y todo esto habrá acabado. Me encanta organizar banquetes y fiestas, es mi trabajo y estoy muy contenta con ello, pero la última semana ha sido especialmente estresante, con Javier pegado a mi trasero todos los días. Si soy sincera, me ha gustado trabajar con él; es fácil de tratar, y siempre te habla con respeto y amabilidad. Imagino que también debe de estar preocupado por que todo salga bien y entrar con buen pie a formar parte del equipo y, por eso, se ha convertido en la segunda sombra de mi persona en este tiempo.

Todo está preparado. El personal eventual es el encargado de trabajar en el día de hoy, el resto de la plantilla estará aquí solo para disfrutar. Menos Toni en la cocina, Berto en la sala y yo, supervisando.

La gente empieza a llegar y se van reuniendo en el jardín junto a la piscina. Veo a Lourdes y Deva. Las saludo con la mano y vienen hacia mí.

—Estáis impresionantes, nenas —les digo, mientras nos besamos en las mejillas.

Deva lleva un mono negro atado al cuello con media espalda descubierta. La parte delantera es color crema con pedrería, que combina con el cinturón ancho que adorna su cintura. Se ha recogido el pelo en un moño alto y su flequillo perfectamente planchado le cae sobre la frente. Tiene el pelo castaño claro con reflejos rubios y hoy se ha puesto lentillas. Se ha maquillado sutilmente, como siempre. Es la más bajita de nosotras tres, no llega al metro sesenta y delgadita. Peso pluma, le dice Berto. Por fuera es muy recatada, pero dentro se esconde una bruja de armas tomar.

Lourdes, en cambio, es muy alta, más de metro setenta, y tiene una melena rubia rizada que le da aspecto leonado junto a sus ojos azules rasgados. Es una mujerona de veintiocho años muy dulce y a la que mimamos mucho las dos, es nuestra niña bonita. Sus padres están separados desde que tenía dieciocho años; ella y sus dos hermanos mayores se quedaron viviendo con su padre porque tenían su vida aquí. Su madre es una especie de *hippie-happy-flower* que se marchó a Ibiza para dedicarse a hacer collares de conchas y fumar porros. Se ven un par de veces al año cuando ella va a visitarla a la isla. Fue saberlo, y Deva y yo quisimos adoptarla, pero ya era mayor de edad, claro. Aunque en cierto

modo, sí la hemos adoptado. Nos gusta pensar que somos un poco sus madres. Hoy lleva un vestido estilo *vintage* floreado sobre fondo negro, con escote de pico y espalda de igual modo, de tirantes que se estrechan en los hombros. La falda se ensancha en la cintura hasta las rodillas. Es tan guapa cuando sonrío...

¿Por qué no he tenido yo una niña como ella en lugar de los dos *gualtrapas* como los que tengo por hijos? Es broma, no los cambiaría por nada del mundo.

—Habrás traído ropa para cambiarte después, ¿no? —dice Deva mirando mi uniforme.

—Sí, tranquila. Después de los discursos me cambiaré.

—Qué pena que tengas que estar de guardia. Cenarás con nosotras al menos, ¿no? —me pregunta Lourdes.

—Sí, estamos juntas en la misma mesa, y Berto también. Venga, id a divertirlos, pero no bebáis mucho, que os conozco. No quiero acabar arrastrándoos de los pelos por la playa.

—Podríamos bañarnos después de la fiesta. Sería genial —dice Lourdes entusiasmada.

—En pelotas, síiiii. Me encanta la idea —grita Deva.

—Anda, tira a beber algo y ya veremos cómo acaba la noche. —No puedo hacer otra cosa que reírme por su ocurrencia. Conociéndola, creo que sería capaz de bañarse desnuda.

Las dos se marchan, y me quedo repasando el *planning* en mi iPad.

—¿No te permites ni un minuto de descanso? —dice alguien junto a mí.

Levanto la cabeza y encuentro a Javier, que me mira fijamente con las manos en los bolsillos del pantalón de traje negro. La americana también es negra, de corte moderno, y lleva una camisa blanca impoluta, sin corbata, como siempre. La barba recién recortada. Por Dios, pero ¿de dónde ha salido este tío? Llevo toda la semana trabajando con él y es cierto que es bastante atractivo, pero me he centrado en lo que teníamos pendiente por hacer y no lo he mirado como a un hombre. Pero hoy... Hoy es imposible no perderse por debajo de esos dos botones de la camisa que lleva desabrochados.

—Vaya, ¿hoy sin tejanos? —Levanto una ceja burlona, y señalo con la cabeza hacia la parte baja de su cuerpo.

—Supongo que hoy es un día especial. —Sonríe, con sus ojos clavados en los míos—. Y tú, ¿siempre con uniforme? Creo que voy a cambiar eso en breve —dice, y tira de la solapa de mi americana.

—¿Estás pensando en quitar el uniforme? —pregunto, incrédula. Siempre lo llevamos, para que los clientes puedan identificarnos entre todos los huéspedes del hotel.

—Cambiarlo, he dicho. Con ese color tan oscuro parece que trabajáis en una

funeraria en lugar de en un hotel. Pero ya hablaremos de eso en otro momento — explica con una sonrisa—. Relájate un poco ya, todo está preparado y hemos trabajado mucho para que salga bien. No es necesario que estés de guardia toda la noche. Lo que teníamos que hacer ya está hecho.

—Me cambiaré después de la cena.

—Hazlo antes. De la cena ya se encarga Toni.

—Debo estar pendiente del *planning* hasta los discursos, al menos.

—Quedamos en que Lidia se encarga de ese punto, ya que es ella la que va a dar paso a ese momento. Así que, cuando todos empiecen a pasar al salón, ve a cambiarte. Has trabajado mucho, mereces divertirte más de lo que pretendes esta noche. —Sonríe, frotando mi brazo con su mano—. Por favor.

—De acuerdo. —Me rindo. Que insistente es.

—Bien. Nos vemos luego.

—Vale, hasta luego.

Me quedo mirando cómo se marcha hacia el grupo donde están Julio, su mujer y otras personas. Coge una copa de cava que un camarero le ofrece y se gira hacia mí, la levanta y me sonrío. Después se pone a hablar con el grupo.

Nunca había tenido un jefe tan resuelto. Es cierto que Julio es un jefe como pocos; amable, considerado y que te trata con respeto, pero siempre muy profesional y manteniendo las distancias. No digo que Javier no sea profesional, pero es más cercano. Supongo que tiene que ver con su edad; Julio tiene más de sesenta años y Javier... ¿Cuarenta? No lo sé, pero hay algo en él que le confiere... sensibilidad. Ay, yo qué sé, ya me estoy montando películas, como siempre.

—Parece que le has caído bien al nuevo jefe. —Oigo una voz masculina a mi lado.

—Hola, Mateo. ¿Qué tal todo? ¿Te gusta cómo ha quedado el jardín? —digo, haciendo oídos sordos a su comentario.

Sé que no lo dice con maldad, pero su tono no me ha hecho ninguna gracia. Sabe que él es mi jefe porque yo rechacé su puesto. Lo he ido informando de todo lo que estábamos haciendo respecto a la celebración, porque no quiero que piense que no cuento con él y que me paso la jerarquía por el forro. Siempre me deja un poco a mi aire, porque creo que se siente un poco amenazado por la sombra del momento en que me vuelvan a proponer su puesto. Y dirigir así no debe de ser agradable.

—Sí, ha quedado muy bien. Un poco femenino para mi gusto, pero es lo que tenéis las mujeres; todo lo que hacéis queda muy... *cuqui*. —Sonríe burlón, cambiando su expresión inicial—. Podríais haber puesto algo más de color, no todo tan blanco. —Eleva la copa de vino para señalar a su alrededor.

—¿Y por qué no nos has dicho nada? Podríamos haberlo hecho juntos. —Me sorprendo.

—Bueno, como estaba el nuevo gran jefe de por medio, pensé que no os interesaría mi opinión. —Se encoge de hombros.

—Javier te habría escuchado, tiene en cuenta la opinión de quien quiera darla.

—Vaya, parece que lo conoces bien. —Sonríe sarcástico.

—Lo conozco desde hace una semana, como todo el mundo. Podrías haberte unido a nosotros en lugar de contestar «ok» a todos mis mails con la información —le contesto, disimulando mi molestia por su comentario.

Mateo me mira intensamente; creo que va a contestar algo, pero no lo hace. Le da un trago a su vino blanco.

—Nos vemos luego. Diviértete.

Lo que me faltaba, con lo histérica que estoy con todo este tema. Vale, Estrella, concéntrate. Nada de distracciones. Ya hablaré con Mateo en otro momento e intentaré arreglar esta tensión que existe entre nosotros, porque no estoy dispuesta a trabajar así, la verdad.

—Menuda pasta has hecho que me gaste en todo esto. —Ahora es una voz femenina la que me habla. Alicia está frente a mí.

¿También esta? ¿Pero qué le ha dado a todo el mundo para venir a darme la murga?

—Tampoco hemos gastado tanto, ¿no? —contesto, con una leve sonrisa.

—Supongo que no. Ya sabes que me gusta considerar el dinero de la empresa como si fuese mío —dice, con una pose relajada. Vaya, parece que hoy está de buen humor—. Ha quedado... bonito. —Mira hacia el jardín.

—Me alegro de que te guste.

—Bien, te dejo. —Se marcha con paso lento y se dirige hacia donde está Lidia hablando con otros compañeros. Sé que a ella le cuesta bastante hacer cumplidos, así que con lo que ha dicho me basta.

Decido moverme por el jardín para supervisar que todo esté correcto, que no haya ningún contratiempo con el aperitivo y preguntar al personal que está trabajando si necesitan más ayuda.

A pesar de lo que haya dicho Mateo, el espacio ha quedado elegante. Mesas altas con manteles blancos hasta el suelo. Guirnaldas con luces atadas de un pino a otro formando hileras. Lágrimas de bombillas decorando los troncos. Pétalos de rosas blancas en el césped. No hemos querido cargarlo más y todo es blanco porque hemos pensado que era el color que mejor resaltaría el verde del jardín.

Entro en el salón y busco a Berto. Lo encuentro en la puerta de la cocina hablando con Toni.

—Hola, chicos, ¿qué tal va todo?

—Muy bien, Estrella. Todo está controlado —contesta Toni satisfecho.

—Perfecto, me alegro. —Sonrío ampliamente.

—Voy dentro, aún nos queda acabar de trabajar el postre.

—Vale, hasta luego.

—*Churri*, ¿qué te pasa? No te había visto tan tensa desde que aquel profesor de salsa te hizo bailar la lambada con él. —Se ríe Berto cuando nos alejamos de la cocina hacia el centro del salón.

—No me fastidies, Berto. Aquel tío estaba empalmado.

Berto se ríe a carcajadas al recordarlo. Y yo también. Qué bien, un poco de relax, por favor.

—¿Qué te pasa? —vuelve a preguntar, esta vez más serio.

—Mateo. Creo que está más nervioso de lo habitual.

Berto vuelve a reírse.

—No le hagas caso. Ya sabes que está un poco enfurruñado por los cambios. —Me rodea los hombros con el brazo y me aprieta contra su pecho—. Luego bailaremos tú y yo, y que les den a todos, ¿de acuerdo?

—Eso te gustaría a ti, que te dieran bien —digo, sonriendo.

Berto y yo llevamos un par de años siendo pareja de baile en las clases de salsa a las que intentamos ir cada miércoles por la noche, aunque muchas veces no coincidimos por horario. Pero se nos da bastante bien, o eso nos dice el profesor (el empalmado no, ahora tenemos otro). También vamos de vez en cuando a un pub donde suelen poner ese tipo de música y mucha gente va allí a practicar y a aprender. Lo pasamos genial y nos olvidamos de todo mientras bailamos. Así que sí, bailaremos juntos después.

La gente empieza a pasar al salón acompañados por Lidia, la directora de Recursos Humanos que, amablemente, explica cómo están distribuidas las mesas. Así que, en ese momento, me acerco a ella y le digo que voy a cambiarme de ropa y que volveré enseguida. Ella asiente y me dice que no me preocupe por nada más, que todo está perfecto y que del resto se encargan Berto, Toni y ella misma.

—Buen trabajo, Estrella. Ahora diviértete. —Me sonrío.

Me voy al vestuario y me miro en el espejo. Javier tiene razón, el traje de corte masculino, aunque sea con falda, de color gris marengo, es para los que trabajan en una funeraria, no para nosotros. Quizá los cambios que tiene en

mente no sean tan malos después de todo.

Decido darme una ducha para quitarme el sudor de toda la tarde y quedarme más fresca. Una vez metida en mi vestido negro de tirantes anchos y escote en pico, con corte en la cintura y falda de vuelo, me pongo mis sandalias de tacón, también en negro. Me suelto la coleta baja que llevo y me alboroto el pelo con laca para volver a recogerlo en una coleta alta, soltando algunos mechones en la parte de la frente. El pelo me llega por los hombros, con mechas rubias sobre mi castaño para tapar las canas que ya empiezan a tener demasiado protagonismo. Me maquillo los ojos un poco más oscuros de lo que los llevo y labios rojo. Pues hala, ya estoy lista.

Entro al salón cuando ya todos están sentados en las mesas. Me dirijo a la mía con paso rápido para que no se note que llego tarde, pero todo el mundo está entretenido hablando con sus compañeros de mesa, así que me siento junto a Deva y Lourdes. Berto llega al cabo de unos minutos.

También se ha cambiado de ropa. Viste unos tejanos azul oscuro y una camisa blanca arremangada hasta los codos. Está guapísimo. A Lourdes se le van los ojos detrás de él, y a Deva y a mí nos vuelve a entrar la risa, como siempre que vemos a estos dos haciendo el tonto, pero sin decidirse a nada. Estos jóvenes no se enteran de que el tiempo pasa volando, y en nada te plantas con cuarenta y sin vender una escoba. Que me lo digan a mí.

Los camareros empiezan el ya conocido ritual de llenado de copas y desfile de platos del menú que Toni ha preparado para esta noche. Qué bueno está todo, por Dios. Qué hambre tengo después de tanto estrés. Por fin puedo relajarme con mis amigos. Charlamos y reímos como de costumbre.

Después del postre, el cava y el café, los camareros dejan en cada mesa varias botellas de licor que los comensales vamos vaciando en nuestros vasos y llenando nuestros estómagos. En ese momento, Lidia se dirige al pequeño escenario que se ha preparado al fondo del salón y se sitúa tras el atril con micrófono.

—Buenas noches a todos —empieza a hablar. Poco a poco, el murmullo de voces se va apagando—. En primer lugar, quiero daros las gracias a todos por estar aquí, aunque sabemos que nadie puede resistirse a una cena gratis. —Se oyen risas por el comentario—. Esta noche estamos de celebración por partida doble; por un lado, la próxima jubilación de nuestro director general actual, Julio de Andrés, que ya debe de estar impaciente por perdernos de vista a todos. —Nuevas risas—. Y por otro, la nueva incorporación de su sustituto, al que más tarde el mismo Julio nos presentará. Ahora, por favor, Julio, necesito que te acerques a este atril porque te hemos preparado una pequeña sorpresa, que esperamos te guste y te llesves con todo nuestro cariño. —Todos empezamos a

aplaudir mientras Julio se levanta de su asiento y se dirige hacia donde Lidia le espera. Se saludan con dos besos y se abrazan—. Esto es para ti. —Ella hace una señal al fondo de la sala.

El DJ, en ese momento, manipula un ordenador que está conectado al proyector y se ilumina la pantalla que hay detrás del escenario. Julio y Lidia se giran para mirar a la pared. Suena de fondo la canción de Adele, *I'll Be Waiting*. La música de Adele le encanta a Julio. Y se empiezan a suceder imágenes de todos los empleados del hotel con un mensaje de cada uno para él. Todo frases de agradecimiento, porque otra cosa no podemos decirle. Ha sido el director durante los últimos veinte años y siempre se ha portado de manera ejemplar, tanto con el personal como con la dirección del hotel. Por eso lleva tantos años al frente, no puede haber otra razón para ello. Julio tiene el brazo por encima de los hombros de Lidia y la achucha de vez en cuando expresando su emoción. El vídeo acaba y la canción también. Todos los que estamos allí nos ponemos en pie y aplaudimos.

—Julio, eres grande. —Se oye decir a alguien.

—Te queremos —grita otro.

Julio no sabe hacer otra cosa que dar las gracias por el micrófono. Poco a poco, dejamos de aplaudir para que nuestro director hable.

—Bueno... Muchísimas gracias a todos. La verdad es que el mérito no es solo mío, todos vosotros habéis hecho posible que el hotel funcione, con vuestro trabajo y dedicación. Yo solo he estado aquí para lo que hayáis podido necesitar en vuestro día a día. Y si me apreciáis la mitad de lo que os aprecio yo a todos vosotros, ya me doy por satisfecho, porque además de ser grandes profesionales sois grandes personas. No tengo otra cosa que decir; gracias, muchísimas gracias y espero que sigáis trabajando como hasta ahora. —Hace una pausa, porque el salón rompe en aplausos de nuevo. Él hace gestos con los brazos para intentar que todo el mundo vaya dejando de aplaudir, porque va a seguir hablando—. No os quedáis solos, la persona que me va a sustituir es un gran profesional y va a sacar lo mejor de vosotros y lo mejor de este hotel. De eso no me cabe la menor duda. Él lleva más de quince años en esta cadena de hoteles, ha pasado por todos ellos y ahora le toca el turno al nuestro. Os aseguro que es un gran honor que haya decidido venir aquí para tomar el mando. Recibamos todos con un gran aplauso a Javier Crespo. —Julio extiende un brazo hacia donde Javier está sentado, y este se levanta y se dirige hacia el atril; el resto estamos aplaudiendo desde que Julio nos lo ha pedido.

Los dos hombres se dan un abrazo y se dicen algo que no podemos oír. Lidia también se acerca a saludar al nuevo director y le indica que debe decir unas palabras.

Javier se coloca frente al micrófono. El foco lo ilumina a él, en todo su esplendor. Hostia puta, qué bueno está el *jodío*. Si alguna vez se me acusa de haber pensado esto, lo negaré todo aduciendo que el alcohol que llevo en el cuerpo es el culpable, no yo.

—Buenas noches a todos —empieza a hablar, y se dirige a Julio—. Desde la dirección general te damos las gracias por todos los años que has estado al frente de este hotel, y también por todos los anteriores, porque no hay que olvidar cada uno de los puestos de trabajo que has desempeñado. —Julio asiente con la cabeza. Él empezó muchos años antes y pasó por varios puestos de trabajo hasta ir ascendiendo—. Os aseguro que, si no existiera cada uno de vuestros puestos, los demás no tienen sentido. —Ahora se dirige hacia el resto de la sala, su tono es suave pero con convencimiento, haciendo énfasis en algunas de las palabras que va diciendo—. Vamos a seguir trabajando en equipo como hasta ahora. Revisaremos juntos vuestro día y a día y entre todos dejaremos como está lo que vaya bien y mejoraremos lo que creamos que debe hacerlo. Sois vosotros quienes conocéis mejor que nadie el trabajo que desempeñáis. Así que, a partir del lunes, nos pondremos a trabajar codo con codo, como debe ser. —Sonríe mucho y mira hacia toda la sala cuando habla—. Por último, y ya me callo, para que podáis empezar a bailar. —Sonríe, y en la sala se oyen algunas carcajadas—. Quiero dar las gracias a todo el equipo que ha trabajado durante las últimas semanas para hacer de esta celebración lo que estáis viviendo esta noche; gracias, Toni, espectacular el menú. —Todo el mundo aplaude y Toni, que desde que empezaron los discursos está en el salón junto a todos los cocineros y camareros, levanta la mano para saludar. Se oyen silbidos de admiración—. Gracias a todos los cocineros; aún no conozco vuestros nombres, pero todo llegará. También gracias a ti, Berto, por la organización de la sala y la supervisión del servicio. Y a todos los camareros, muchas gracias. —Berto se levanta y saluda. Oh, oh—. Y, por supuesto, darte las gracias, Estrella, por haberme soportado pegado a tu espalda toda la semana. —Genial. Berto me empuja para que me levante, como han hecho ellos. Así que no me queda más remedio que hacerlo. Saludo con la mano y levanto el pulgar—. Vaya, no te conocía sin el uniforme. Mucho mejor con ese vestido. —Sonríe, burlón, y en el resto de la sala se oyen varias carcajadas, aplausos y silbidos. Qué graciosos. Hago una mueca y vuelvo a sentarme—. Bien, de nuevo gracias a todos. Lidia... —La invita a seguir y se retira unos pasos hacia atrás.

Ella vuelve a coger la batuta en el micro.

—Para finalizar, solo falta hacer entrega a Julio de su regalo de despedida. —Coge del atril una caja de madera y un sobre que entrega a Julio.

Él abre la caja y enseña a la sala una placa conmemorativa con su nombre y

el agradecimiento por los años prestados grabado en su superficie. Todos volvemos a aplaudir con gran estruendo. Después, abre el sobre y se le ponen los ojos como platos.

—Un crucero por El Caribe para dos personas. Vaya, vaya... ¿Es necesario que me lleve a mi mujer? —Toda la sala se ríe, menos su mujer, creo. Desde aquí no la veo bien—. Es broma, cariño. Ya sabes que contigo voy al fin del mundo. Te quiero. —Silbidos y aplausos—. Muchas gracias a todos.

Los tres bajan por fin del escenario, y los camareros empiezan a retirar las mesas hacia el fondo del salón. La gente se levanta para facilitar la mudanza. Algunos vuelven a sentarse en sus sillas en la nueva ubicación, y otros se dirigen al centro del salón cuando la música empieza a sonar. Los más jóvenes se animan enseguida a salir a la improvisada pista de baile.

—Se te ha quedado cara de lerda —me increpa Deva.

—Pues claro. Mira que hacerme levantar y que todos me miren —contesto con fastidio.

—No lo dice por eso —interviene Lourdes.

—¿Entonces? —Deva, Lourdes y Berto se miran—. ¿Qué pasa? —insisto, porque no entiendo nada.

—Desde que ha salido Javier a hablar se te ha puesto cara de idiota —suelta Berto, acercándose para que no se enteren las dos personas que aún quedan en nuestra mesa.

—¿Cómo? Vosotros no estáis bien de la cabeza —los reprendo, y me trago todo el contenido de mi copa. ¿Por qué narices me han dicho eso? Está sonando *Fireball*, de Pitbull, y la pista está bastante llena—. Venga, vamos a bailar, a ver si se os quita la tontería de encima.

Ellos me siguen y nos metemos en medio del barullo de gente. Empiezo a moverme al ritmo de la música. Doy vueltas, muevo los hombros y el pecho, me agarro a Berto y bailamos haciendo el payaso. Nos reímos y saltamos. Deva y Lourdes también bailan, pero no hacen más que mirar hacia el escenario y cuchichear. Así que le doy la vuelta a Berto, escondiéndome tras su cuerpo para ver qué es tan interesante, y veo a Javier, de pie, que está sonriendo hacia nosotros, cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, levanta su copa a modo de saludo, como ya hizo en el aperitivo. Genial, me ha pillado de pleno. Doy otra vuelta. Ahora veo otra vez a Deva y Lu, que me miran con una ceja levantada y se parten de risa. Ten amigas para esto.

Empieza a sonar *Rabiosa*, de Shakira. Berto me coge y me aprieta contra él, me mira y asiento. Empezamos a bailar como lo hacemos en clase de baile. Nuestros compañeros se apartan para dejarnos sitio y aplauden a nuestro alrededor. Berto me gira, gira él, bailamos separándonos y juntándonos, con

pasos de baile al compás de la música. Cada vez que giro y miro hacia el fondo, veo a Javier, que nos observa mientras habla con un grupo de personas. Pero ¿qué le pasa? ¿O es casualidad que cada vez que me doy la vuelta está escrutándonos?

—No te quita ojo de encima —me dice Berto al oído cuando nos acercamos bailando.

—Para ya, Berto, me estás poniendo nerviosa.

—Yo no. Él. —Se ríe.

—Déjame en paz —digo, medio enfadada, aunque lo que estoy en realidad es inquieta; no sé por qué Javier no deja de mirarnos, pero me gusta que lo haga. ¿Es una contradicción?

Seguimos bailando los cuatro juntos durante buena parte de la noche. Haciendo el tonto, saltando, riendo. De vez en cuando, nos acercamos a la mesa para beber un poco, porque, aunque hay aire acondicionado en el salón, estamos bastante acalorados de tanto movernos. Compartimos bailes, risas y conversación con varios de nuestros compañeros. Y la noche se nos pasa volando. A las tres de la madrugada, la música se para y las luces del salón se encienden completamente.

Hace bastante rato que no veo a Javier; no he querido buscarlo con la mirada por si me descubriría otra vez. Mejor así.

—Vamos a la playa, ¿no? —dice Lourdes.

—Síiiii, vamos. Hoy no tengo toque de queda. Mis hijas están en casa de mi madre. Mi marido trabajaba hasta tarde y no podía quedarse con ellas, así que mañana no tengo que levantarme temprano —grita Deva.

—¿Y no quieres ir a darte un revolcón con el cachas de tu marido? —insinúa Berto.

—Ya se lo daré mañana, tenemos tiempo hasta mediodía. —Le guiña un ojo, y se bebe de un trago el contenido de su copa.

Todos nos reímos. No sé cuánto ha bebido, pero más de lo habitual en ella.

—Pues id hacia la playa, que ahora os alcanzo. Voy a buscar una cosa a la cocina —dice Berto.

Las tres salimos del salón por la parte exterior y atravesamos el jardín. El calor de la noche nos golpea y, no sé ellas, pero a mí me sube un calentón hacia la cara, creo que Deva no es la única que ha bebido demasiado. Nos despedimos de los compañeros que nos vamos encontrando por el camino. Llegamos al paseo marítimo y, antes de entrar a la arena, nos quitamos los zapatos. Tenemos que sentarnos en el muro que separa la acera de la playa para no caernos, porque vamos un poco contentas y nos estamos riendo mucho. Pasamos por delante del chiringuito de playa que pertenece al hotel y de las hamacas amontonadas.

—¿Qué tal si cogemos una hamaca para sentarnos? —dice Lourdes, que parece la menos perjudicada.

—Qué buenas ideas tienes a veces, bonita —le dice Deva, con la vista nublada.

—¿Estás borracha, Deva? —pregunta la rubia, muerta de risa.

—¿Quién? ¿Yooooooo? —Se señala la cara con el dedo índice—. Yo soy una esposa y madre responsable, no me emborracho nunca —sentencia, con la otra mano en el pecho.

—Pues nadie lo diría, viendo cómo te resbala el filete. —Me río, y le saco la lengua.

—De verdad, Deva. Te has bebido hasta el agua de los centros de mesa. —Vuelve al ataque Lourdes.

—¿Qué almejas? ¿Había almejas? —pregunta, tambaleándose un poco.

Lourdes y yo nos doblamos por la mitad con las manos en el estómago, que nos duele por la risa.

—Sí, la almeja que tienes entre las piernas —balbucea Lourdes casi sin aliento.

—¡¿Qué dices?! ¡Quítamela de ahí, quítamelaaaaaaaa! —grita Deva con cara de susto. ¿En serio cree que tiene una almeja colgando de su almeja?

Lourdes y yo hemos entrado en un bucle de risas y nos aguantamos una a la otra para no caer al suelo. Andamos en círculos sobre la arena con las rodillas flojas, y ya tenemos lágrimas corriendo por las mejillas de la risa. Creo que se me ha contracturado el abdomen, porque noto un tirón que provoca que tenga que ponerme recta y estirarme, pero no puedo parar de reír.

—Oye lo que te digoooooo... Yo no me río, oyeeeeee... —empieza a hablar de nuevo Deva, esta vez con un tono varios decibelios por encima del habitual en ella—. Eh, no os metáis con mi molusco, que últimamente lo tengo de seco...

Lourdes y yo ya no podemos más y nos caemos al suelo de culo y nos tiramos de espaldas. Noto la arena meterse por el vestido y también engancharse en el pelo, pero no puedo atender ahora mismo a ese inconveniente porque no puedo parar de reír.

—Cállate, Deva, que no puedo más... —Se parte Lourdes.

—¿Ya os conté lo que me dijo la ginecóloga sobre mis tetas? —Sigue a la suya. Y la vemos amasarse esa parte de su anatomía con esmero.

—¿Qué tiene que ver... que tiene... las tetas con las almejas? —Intento calmar un poco la risa, porque me estoy ahogando con mi propia saliva.

—Pos voy a que me mire las tetas porque se me hinchan mucho cuando me va a venir la regla, y la tía me las mira y dice: «Uy, pos sí que se te inflaman,

sí... porque si no es inflamación es que te has puesto una prótesis de medio kilo en cada teta». —Suelta las manos de esa parte del cuerpo en cuestión y las zarandea cual maracas de Machín—. Qué alegría me dio la mujer, oye. Con lo pequeñas que tengo yo las tetas...

—Pero ¿se puede saber qué estáis haciendo? —pregunta Berto cuando aparece junto a nosotras, con los ojos entrecerrados.

—Esta, que le ha dado por la anatomía sexual... —contesta Lourdes, sacudiéndose la arena del pelo.

—No os puedo dejar solas ni un minuto. —Agarra a Deva por el brazo para arrastrarla hacia la orilla—. Anda, bonita, mójate los pies, a ver si te refrescas un poco.

—Eso quisiera yo, mojarme, pero no los pies —suelta la otra.

Lourdes y yo nos ayudamos para levantar el trasero del suelo y seguirlos. Esto se nos está yendo de madre, nunca mejor dicho. La madre que parió a Deva.

—Sujetadla, que voy a buscar una hamaca para que se pueda sentar un rato —nos dice Berto cuando llegamos a su lado—. Y, por favor, no os metáis en el agua, al menos hasta que yo vuelva, que sois capaces de ahogaros en la orilla —nos pide, moviendo la cabeza de un lado a otro sin dejar de sonreír.

Y allí nos quedamos las tres plantadas, sujetándonos las unas a las otras para no caer, no sé si por ir un poco borrachas o por la flojera que tenemos de la risa. Me doy la vuelta y veo a Berto, que camina hacia nosotras con una hamaca del hotel metida bajo el brazo como el que lleva una barra de pan. La deja cerca de nosotras, nos coge a las tres como si fuésemos tres vasos de tubo entre sus brazos y nos sienta sobre la lona azul. Soltamos los zapatos en la arena, y Berto se sienta en el suelo frente a nosotras.

—Os he traído algo —dice, y levanta una bolsa de papel verde frente a nuestras caras—. Menos mal que siempre pienso en vosotras.

—Trae *pa* acá. —Deva mueve la mano para quitarle la bolsa, pero Berto se aparta, ella pierde el equilibrio y se cae de morros en la arena, quedándose con las rodillas hincadas y el trasero hacia arriba.

Lourdes y yo nos caemos de espaldas sobre la hamaca, con más carcajadas desgarrándonos la garganta.

—Deva, qué mal te veo —dice Berto, con su tono burlón. La levanta y la vuelve a sentar en la hamaca—. Si no fuera un caballero, no se me escapaba ese culo. —Se ríe—. Anda, estate quietecita. Que cada vez que te mueves provocas un incidente internacional.

—*Fale*... —asiente Deva, con la cara llena de arena que se sacude torpemente.

Berto vuelve a coger la bolsa que ha traído, mete la mano dentro y saca un

cruasán, de los grandes, relleno de chocolate. Lo pone delante de la cara de Deva. Ella entrea los ojos y lo mira. En un microsegundo se le abren como platos.

—Ay, mi *Berti*, cómo te quiero. Me has leído el pensamiento. —Le da un bocado a la masa y el chocolate le chorrea por la comisura de los labios. Cierra los ojos—. Mmmmm... Qué rico está. —Con una mano se limpia la boca, y con la otra coge el resto de cruasán que nuestro amigo le ofrece.

Berto saca uno para cada una y él coge el último. Nos quedamos en silencio, disfrutando de los dulces que Toni ha horneado para nosotros. Los ha hecho de tamaño gigante y nos ocupan las dos manos; el chocolate sale a borbotones a cada mordisco. Qué bueno sentir algo sólido en el estómago después de beber un poco más de la cuenta.

—Está caliente. ¿Los ha hecho ahora? —pregunta Lourdes, que se relame los labios con la lengua.

—Sí, le pedí ayer que los hiciera y los ha dejado preparados para hornear un poco antes de terminar el baile.

—Le voy a dar un beso enorme a Toni en cuanto lo vea —digo, con los ojos cerrados.

—¿Y yo qué? La idea ha sido mía —se queja Berto.

Estoy en medio de mis dos amigas y me giro a un lado y a otro para mirarlas con ojos divertidos. Deva parece que ha resucitado y asiente. Lu da el visto bueno a mi sugerencia. Las tres a la vez saltamos sobre Berto y hacemos que caiga de espaldas sobre la arena, y lo besamos al estilo abuela, con besos sonoros uno encima de otro, por toda la cara.

—Si no fueras gay, te dejaría que me rellenaras como a este cruasán —lo pico, arrancando a reír otra vez.

—No soy homosexual, soy bisexual. Hay una diferencia —contesta bajo nuestros cuerpos—. Y hoy me apetece compañía femenina. —Sonríe, socarrón.

Las tres nos separamos de él a la vez.

—¿No querrás hacer una hamaca redonda con nosotras? —pregunta Deva, aguantándose de risa.

—Qué va. Más bien estaba pensando en una en concreto —contesta, sin poder evitar que se le escape una mirada hacia la rubia.

Ahí está. Ahora o nunca, Lourdes.

—Conmigo no cuentas, estoy casada... y borracha. —Se aparta Deva, y vuelve a sentarse en la hamaca. Esta mujer lo pilla todo a la primera, hasta con más alcohol que sangre en el cuerpo.

—Conmigo tampoco. Sería como tirarme a mi hermano —me río, incorporándome.

—¿Qué dices tú, rubia? —le pregunta a Lu, que se ha quedado callada.

Deva me da un codazo; cualquier día de estos me parte las costillas. Con lo pequeña que es, no sé cómo pega tan fuerte.

Lourdes ya no se ríe. Se ha incorporado sobre las rodillas. Deva y yo nos apartamos un poco, y Berto queda tendido sobre la arena con un bocado de cruasán todavía en la mano. Se lo mete en la boca y se chupa los dedos. Tiene la camisa llena de lamparones de chocolate que nosotras le hemos proporcionado al echarnos encima. Se levanta y se coloca delante de Lourdes, también de rodillas.

—¿Qué me dices, entonces? —pregunta él, muy cerca de su rostro.

—¿Estás seguro? —le dice muy seria.

—No he estado más seguro de algo en toda mi vida —contesta él, sin dejar de mirarla a los ojos.

A Lu se le escapa una pequeña sonrisa avergonzada.

No puedo dejar de observar la escena. Deva me agarra del brazo por detrás y la miro. Está tan perpleja como yo, pero sonreímos como dos bobas. Nos apartamos hacia el otro extremo de la hamaca, en busca de un escondite que no existe. ¿En serio se van a besar estos dos? No me lo creo. Pero siguen en la misma posición sin apartar la vista el uno del otro. Berto baja los ojos hacia los labios de ella, que están entreabiertos, moja los suyos con la lengua y se acerca poco a poco. Deva me aprieta el brazo, me pongo tensa, estamos sentadas casi una encima de la otra en la esquina de la hamaca, mirando sin pestañear, al menos yo, Deva no sé, porque la tengo detrás. Berto cierra los ojos antes de llegar a tocar los labios de Lourdes, ella los cierra en cuanto nota el roce sobre los suyos. Él se aprieta contra ella y yo empujo hacia atrás, creo que estoy espachurrando a Deva, pero no me importa, y a ella tampoco, porque no se queja. Berto se separa un poco de Lourdes, pero vuelve a acercarse, y esta vez abre los labios un poco más antes de chocarlos contra ella. Levanta una mano y la coge de la nuca mientras con la otra la acerca hacia él por la cintura. Ella le rodea los hombros con sus brazos. Abren más los labios y se encajan a la perfección. El movimiento lento inicial se vuelve mucho más rítmico, más bárbaro. Ya no se están besando, se están pegando el lote como dos quinceañeros en plena subida hormonal. Oigo un gemido ahogado en la garganta de él. Deva me aprieta tan fuerte el brazo que, si no fuera porque estoy petrificada, habría gritado y le hubiese dado un guantazo para apartarla. Pero no puedo moverme.

—Joder... —susurro para adentro.

La mano de Berto ha bajado al trasero de Lourdes y lo estruja como a una masa de bizcocho. Ella baja las manos por la espalda de él.

—Estrella... —musita Deva en mi oído.

Me pongo el dedo índice sobre los labios, y luego le hago una señal para que

nos levantemos de la hamaca. Noto cómo asiento tras de mí. Muy despacio, bajo los pies a la arena y me incorporo, Deva me sigue y la ayudo a levantarse. Miro al suelo buscando mis zapatos y los encuentro bajo los pies de ella, los recojo y los suyos también. Nos alejamos despacio, sin poder dejar de mirar la estampa; los dos arrodillados sobre la arena, besándose como si tuvieran la certeza de que esta noche se acaba el mundo. No han separado los labios en todo este tiempo. Sus cuerpos están muy juntos y se acarician el uno al otro despacio bajo el cielo oscuro; no hay luna, pero hay un millón de estrellas mirándolos, como nosotras.

Cuando estamos lo suficientemente lejos como para no verlos en detalle, nos damos la vuelta y caminamos de espaldas a ellos en dirección al hotel. Entramos en el jardín por donde hemos salido después de la fiesta; el vigilante de noche nos abre la verja y saludamos con un movimiento de cabeza y una sonrisa tonta. Agarradas del brazo y descalzas, nos detenemos en medio del césped. Nos miramos la una a la otra con la boca abierta y cara de bobas. Sonreímos y, de repente, nos da otra vez la risa, que nos tapamos con la mano para que no salga a carcajadas de nuestros labios. Nos agachamos a la altura de los setos para amortiguar aún más el sonido de nuestras gargantas.

—¿Los has visto? —digo en voz baja.

—No veas con Lurditas. Pensé que nunca se lanzaría.

—¿Y Berto? Le ha costado....

—Eso es porque le gusta de verdad.

—Eso seguro. Pero ¿tú has visto cómo le comía la boca? Dios, no me han besado así desde hace... ni lo sé. —Lo admito, la envidia me corre por las venas en este momento. Y no, no me siento mal por ello; me encanta la sensación de ver feliz a una de mis mejores amigas.

—La cuestión es que por fin se han atrevido... Pero no pensé que lo hicieran delante de nosotras. Me he *quedao* muerta.

—¿Pasa algo, chicas? —Oímos una voz masculina.

Nos levantamos de golpe y miramos a nuestro alrededor, por si el vigilante nos está observando, pero lo vemos metido en la garita de la entrada, sin hacernos el menor caso. Cuando ya pensamos que en realidad no hemos oído nada, o que la pregunta no se dirigía a nosotras, vuelve la voz.

—Aquí arriba. A vuestra derecha.

Esa voz la conozco. Miro hacia donde nos ha indicado y veo a Javier muy sonriente, apoyado sobre la barandilla de la terraza de una de las habitaciones del primer piso del hotel, fumando. Seguro que ha visto toda nuestra escena desde que hemos llegado de la playa, debe de pensar que vamos borrachas.

—¿Vives ahí? —pregunto sorprendida y para demostrarle que no balbuceo.

—Hasta que encuentre un sitio donde instalarme, sí.

—Qué bueno está el hijo de su madre —susurra Deva entre dientes, sin dejar de sonreír. Le doy un codazo, por todos los que me da ella a mí.

—¿Y por qué no has cogido una *suite*? Estarías más cómodo —digo, para que mi amiga se calle.

—No necesito mucho espacio. Además, solo la uso para dormir —contesta él.

—Pues, si yo estuviera soltera, no iba a dormir mucho esta noche —vuelve a hablar Deva en mi oído.

—Cállate, que te va a oír —la riño, en el mismo tono de voz, sin apartar la mirada del primer piso—. Muy bien. Nosotras nos vamos a casa ya —contesto a Javier, mientras tiro del brazo de Deva para movernos.

—¿Necesitáis que os acompañe a algún sitio? ¿Vais bien? —pregunta, divertido.

—A mí no, pero a ti te podría acompañar a la cama —musita de nuevo mi amiga. Dios, esta conversación a dos bandas me está poniendo de los nervios.

—Estamos bien. —Reprendo a Deva con el ceño fruncido.

Ella asiente con pena fingida, ya no tiene la mirada perdida, supongo que por la impresión que nos ha causado el espectáculo de la playa hace un momento, y por el cruasán de chocolate que nos hemos zampado.

—Sí, sí. Además, yo no he traído coche. Vine con Lu, ahora que me acuerdo. Si te vas a la cama con él, tendrás que dejarme tus llaves —me dice en voz baja.

—Tranquilo, estamos bien. —Sonrío, y miro hacia arriba de nuevo, obviando el comentario de ella—. No te preocupes, creo que nos las apañaremos para llegar a casa sin problemas.

—Bien, buenas noches. Id con cuidado. —Sonríe de nuevo. ¡La madre del cordero! Deva tiene razón, es como un puñetero dios ahí plantado.

—Igualmente. Buenas noches.

—Buenas noches. —Deva levanta la mano a modo de despedida.

—No digas ni una palabra más —vuelvo a reñir a mi amiga en voz baja, mientras andamos descalzas por el borde de la piscina—, o te juro que te tiro al agua.

Deva se coge los morros con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, haciendo que se pone un punto en la boca y se golpea en la mejilla con los zapatos que carga en esa misma mano. Dios, qué noche llevo.

No habíamos conocido novio alguno de Lourdes, ni siquiera un *rollete*. Ella es

más reservada que nosotras, pero, si hubiese tenido alguna relación en el tiempo desde que la conocemos, seguro que nos lo habría explicado. Solo una vez nos contó que le había gustado un chico durante bastante tiempo, pero él tenía novia y ella no es de meterse donde no debe, aunque él tontease con ella más de la cuenta para alguien que tiene pareja. Deva le decía que no se fiara de él y lo mandara a tomar viento cuando la novia lo dejó y empezó a acercarse a Lu más de lo habitual. Incluso quedaron varias veces para cenar y salir a tomar alguna copa los dos solos. Una mañana de lunes, Lu nos explicó que habían estado en casa de él viendo una peli tumbados los dos juntos en el sofá, haciendo piecitos, pero nada más. Ella es muy precavida, demasiado para la edad que tiene, y no dio pie (nunca mejor dicho) a nada más. Unas semanas después, él le pidió quedar para *hablar* y resultó que en lugar de decirle de ir más allá (como pensamos en un principio), paró la relación con ella, que ni siquiera había empezado a intimar, demasiado. Quizá fuera mejor así; por lo que explicaba de él, no veíamos que estuviese muy centrado. Como si no acabara de decidirse entre intentar volver con su ex o seguir adelante con nuestra rubia. Lu se lo tomó bastante bien, la verdad. No sé cómo narices lo hace, pero tiene un temple que no sé de dónde le viene. Debe de ser por parte de padre, porque si se pareciese a su *happy* madre se habría lanzado a por él, de eso estamos seguras. Pero ella no da un paso sin que esté debidamente meditado y, por lo tanto, seguro. Así que nos hemos quedado de pasta de boniato después de ver cómo se besaba con Berto. Ya era hora.

«Mañana por la tarde reunión URGENTE en mi casa. No hay excusas. Buenas noches». Escribo por WhatsApp en el grupo que tenemos las tres, cuando me meto en la cama. No hay respuesta. Normal; una estará durmiendo la mona y la otra... la madre que los parió a los dos. Con una sonrisa en los labios, me quedo frita.

LA NIÑA TIENE NOVIO

Me despierto de un salto por culpa de un estruendo que me inunda la cabeza. Veo a mi madre que levanta la persiana del balcón de mi habitación. La luz se cuela como un petardazo.

—Mamá, ¿quieres matarme de un infarto? —grito, y me tapo los ojos con la almohada.

—Si cayera una bomba atómica en la piscina, ni te enterarías. Levanta, han venido Lourdes, Deva y Berto —dice, poniendo los brazos en jarra sobre la cintura.

—Pero ¿qué hora es? —Me siento en la cama de un brinco.

—Las seis y media —contesta, saliendo de la habitación.

¿He dormido trece horas? Qué bestia, pero qué bien me han sentado. Salto de la cama y me meto en el baño. Tengo que apoyarme en el mármol del lavabo porque todo me da vueltas, no sé si porque tengo resaca o porque me he levantado demasiado rápido. Se me va pasando y, poco a poco, va apareciendo mi reflejo en el espejo. Pues es por las dos cosas, parece. Genial. Anoche no me desmaquillé antes de acostarme y mejor no describo la cara que tengo. Me lavo con el jabón de cara y me quito los pegotes de máscara de pestañas que no me dejan abrir los ojos. Me visto con un pantalón tejano corto y una camiseta de tirantes. Bajo las escaleras despacio, y me meto en la cocina para comer algo; tengo la boca seca y pastosa, y un agujero en el estómago del tamaño de la Basílica del Pilar. Cojo una manzana del frutero y le doy mordiscos mientras lleno un vaso de agua. Después entro en el baño que hay frente a la cocina y me lavo los dientes. Aún llevo la coleta de la noche anterior, me la deshago y la cambio por un moño. Al salir, veo a mi madre en la butaca del salón viendo la televisión.

—Mamá, ¿dónde están?

—En el césped —contesta, sin dejar de mirar la tele, como de costumbre.

—Vale.

Salgo por la puerta que está frente a las escaleras que suben al piso de arriba y bajo los escalones que llevan a la zona de la piscina. Veo a Deva tumbada en una de las hamacas. Junto a ella, está la mesita baja de plástico que solemos utilizar cuando tomamos algo en esa zona de la casa; hay tres vasos de tubo con

hielo y varias latas de Coca-Cola. Me gusta que vengan a casa y se sientan como en la suya. Hay dos hamacas más, cubiertas con toallas. Berto y Lu se están haciendo ahogadillas en la zona honda de la piscina.

—¿Qué me he perdido? —pregunto, con una mano en la cintura y la otra los señalo con mi dedo índice. Mi ceja se levanta, como siempre, sin permiso.

Deva se gira hacia mí y sonrío, sonrío mucho.

—Nuestra niña tiene novio —contesta, con cara de lela. No sé si ha bebido hoy también.

—Vosotros dos, salid de ahí ahora mismo y contadme por qué anoche presencié el beso más guarro que he visto en toda mi vida. —Intento estar seria, pero se me escapa la risa.

—Y eso que no viste nada más —replica Berto desde el agua.

—Calla, no me des detalles de lo que le has hecho a la niña porque te doy un guantazo.

Lourdes sonrío tanto que no se le ven sus ojillos azules. Está nadando hacia la escalera de la piscina y Berto la sigue. Me cruzo de brazos mientras espero a que lleguen a nuestra altura. Se enrollan en sus toallas y se sientan en una hamaca los dos juntos.

—Siéntate —me pide Berto, señala la otra que queda libre. No lo había visto sonreír tanto en todos los años que hace que lo conozco—. ¿Estás celosa? —se burla, cuando me estiro en la hamaca.

—¿Celosa? Lo que estoy es perpleja. ¿Por qué no nos habéis contado nada? —digo, un tanto indignada. Cómo me gusta hacerme la dura.

—Porque no lo supimos hasta anoche —contesta Lu.

—¿No supisteis el qué? —sigo con el interrogatorio.

—Que estamos locos el uno por el otro —contesta Berto.

POR FIN.

—Entonces, ¿no ha sido un polvo, sin más? —Sonrío picarona.

—Te lo dije —interrumpe Deva.

—Calla. Luego hablaremos tú y yo —la increpo. Tenemos una conversación pendiente en lo que se refiere a la vara que me dio anoche cuando hablamos con Javier desde el jardín del hotel. O mejor no hablar con ella de eso. Conociéndola, seguro que me meto en un berenjenal.

—Hace meses que llevo insinuándome a Lu, con sutileza, claro, ya me conoces —empieza a explicar él.

—*Sutil* no sé si es la palabra, Berto —suavizo el tono y pongo los brazos detrás de mi cabeza en posición relajada—. ¿Vosotros pensáis que nos chupamos el dedo?

Deva suelta una carcajada.

—¿Te has dado cuenta? —pregunta Lu sorprendida.

—Nos hemos dado cuenta —interrumpe Deva, con toda la razón, claro.

—A ver, pimpollos. Tenemos más de cuarenta tacos... —digo, refiriéndome a Deva y a mí—. Ella lleva casada desde el siglo pasado, yo divorciada desde hace un quinquenio, dos hijos adolescentes cada una, mi madre vive en mi casa... bueno, esto último no tiene nada que ver, pero lo que quiero decir es que tenemos mucha más experiencia que vosotros en lo que a relaciones se refiere. Las insinuaciones, sutiles o no —miro a Berto—, las conocemos muy bien. ¿Por qué te crees que no hemos hecho más que meternos contigo y soltar burradas como las de anoche? Sí, insinuarnos para ver si decíais algo, por Dios. Y tú... —Miro a Lu—. ¿Crees que no nos damos cuenta de cómo miras a Berto cada vez que vamos al Salseando y baila con todas las que pilla? ¿Eso era para darle celos? —lo bronqueo a él—. Lo que no pensábamos era que os ibais a enrollar en nuestra cara, marranos. Un poco de respeto no habría estado de más —los regaño a los dos.

Los dos me miran mudos, con las cejas levantadas y aguantándose la risa. Pero yo estoy muy seria. En apariencia.

—Bueno, pues ya que todo está aclarado deberíamos brindar. Abre una botella de cava para celebrarlo —interrumpe Deva, y se levanta de la hamaca.

—¿No bebiste suficiente anoche? Aún debes de estar meando alcohol.

—Ay, nena, ¿quién eres? ¿Mi madre? —se queja.

—Técnicamente, eso es imposible, porque eres un año mayor que yo.

—Cállate y saca el cava ya, leches —me riñe y me da una colleja.

Me levanto, y me froto la nuca con la mano porque me pica que no veas del *hostiazo* que me ha dado la burra esta.

—Venga, por los dos tortolitos, que por fin se han decidido a follar como leones. —Deva levanta su copa—. Porque habéis follado, ¿no? —pregunta inquisitiva, mientras bebemos de nuestras copas.

Las mejillas de Lourdes se han puesto del color de una remolacha, y Berto la mira como preguntando si lo puede contar. Ella asiente. Con lo guapa que es y lo vergonzosa que se pone a veces...

—Toda la noche —contesta él, sin dejar de mirarla como si hubiese descubierto una tarta de chocolate en mitad del desierto. Qué bonito.

—¿En la playa? —sigue interrogando Deva.

—No. En mi casa —contesta Berto, esta vez mira a mi amiga—. En la playa nos hubiesen detenido por escándalo público.

—Tú sí que sabes, Lu. Un tío guapo, con un buen puesto y con piso propio. —Brindo y bebo de la copa.

—Y con una destreza que ni un actor porno —suelta la niña, perdiendo por

completo la vergüenza que hace un momento tenía plantada en el rostro.

Escupo el cava que tengo en la boca como un aspersor al oír salir de su boca semejante comentario, y me pongo perdida, porque estoy tumbada y no me ha dado tiempo a incorporarme. Deva, Lourdes y Berto se parten de risa, no sé si por la barbaridad que ha dicho la rubia, por mi escupitajo o por las dos cosas a la vez. Lourdes es así de volátil, lo mismo se esconde tras su vergüenza que te suelta un impropio y se queda más ancha que larga.

—Oye, tú no tienes edad para decir esas cosas —la regaño, y me sacudo la camiseta—. Hasta que no seas una vieja verde como nosotras —nos señalo a Deva y a mí—, no puedes decir guarradas.

—Todo se pega. —Se encoge de hombros.

—Qué graciosa nos ha salido la niña. —Dibujó una sonrisa fingida en mi cara y miro a Deva.

—Claro, como ahora tiene novio... —contesta ella, como si tuviese quince años.

Deva y yo llevamos trabajando más de diez años en el hotel, Berto lleva cinco y Lourdes, cuatro años. En cuanto Lu se unió a nosotros, no dejamos de ver las miraditas que se echaban los dos. Como Deva y yo siempre estábamos de broma con Berto, Lu empezó a hacer lo mismo, pero Berto en lugar de contestarle con barbaridades como a nosotras, le dejaba caer frases mucho más insinuantes. Al principio, pensamos que lo hacía porque Lu llevaba poco tiempo viniendo con nosotros y no quería dejarla cortada, pero poco a poco fueron cogiendo confianza y, después de varios meses, las bromas se convirtieron en frases demasiado calientes, incluso para nosotras dos. Lourdes nunca nos dijo nada al respecto y nosotras no preguntamos por no ponerla en un aprieto, pero no hacía falta. Creo que, o le daba vergüenza admitir que le gustaba un hombre con semejante distensión sexual, o no estaba segura de que él fuera tan ambiguo y no quería meter la pata. Pero estaba más que claro que a él le encanta nuestra rubia.

A Berto lo hemos visto salir con un par de chicos en los últimos tiempos, pero novia no le habíamos conocido. Con Deva y conmigo siempre baila respetando nuestro estatus de hermanas mayores, por lo que no lo hemos podido comprobar en nuestras propias carnes. Así que, al final, decidimos darles empujoncitos con nuestros comentarios para ver si se arrancaban.

Estoy tan contenta que no lo puedo resistir y me abalanzo sobre ellos y les doy un abrazo a los dos juntos. Deva también siente la necesidad de un abrazo y se engancha a mi espalda como un koala. Los cuatro nos reímos y nos besamos, porque eso es lo que siempre hacemos cuando estamos eufóricos.

Soy consciente de la suerte que tengo por haberlos conocido y, si no fuese

por ellos, yo seguiría siendo la mujer aburrida en que me convertí cuando fui madre. Se me agudizó tanto el sentido de la responsabilidad cuando tuve ante los ojos a mis dos pequeños, que me hicieron la mujer más feliz de la Tierra, pero también la más cuadrículada, para que no se me escapara ni un nimio detalle de su cuidado. Leí infinidad de libros sobre cómo se debía actuar, gestionar y educar a los niños. Dejé mi faceta de mujer y pareja para convertirme exclusivamente en madre y trabajadora; esto último no lo dejé porque no podíamos permitirnoslo, pero eso no impidió que me sintiera culpable cada minuto que pasaba lejos de ellos. Además, tuve que cambiar de trabajo, porque el pequeño hotel donde trabajaba entonces se vio obligado a reducir plantilla y yo fui una de las que salió por la puerta. No obstante, en seguida encontré un puesto en la recepción del hotel en el que trabajo ahora. En diez años, he pasado por la mayoría de departamentos y puestos, hasta que Julio me ofreció el cargo que ejerzo desde hace cuatro años. Y sí, rechacé dos veces la dirección de Relaciones Públicas, ni más ni menos, por la razón que le expliqué a Javier el día que me lo preguntó.

Deva entró a trabajar también en recepción, seis meses más tarde que yo, y desde entonces no nos hemos separado, y lo mismo nos pasó con Berto y con Lourdes. No sabemos bien cómo hemos llegado a intimar tanto los cuatro. Supongo que hay personas que se atraen por alguna razón, igual que hay otras que se repelen nada más verse. La cuestión es que no nos hemos separado desde que nos conocemos. Es cierto que tenemos más amigos de otros ambientes, pero lo nuestro es muy intenso y a la vez fluye de una forma natural, sin forzarlo.

Todos ellos me han enseñado a ser más feliz, más despreocupada y menos estricta conmigo y con mi entorno, pero no pude salvar mi matrimonio; se había deteriorado demasiado para dar marcha atrás. Los sentimientos cedieron a la caída libre en la que nos precipitamos Nando y yo. Aprendí a vivir sola sin depender de nadie; bueno, con la ayuda de mi madre, claro. Ella siempre está conmigo y yo no voy a poder agradecerse lo suficiente ni aunque viviera cinco vidas.

Son más de las nueve cuando mis amigos se marchan de casa después de aclimatarnos a la nueva situación entre Berto y Lourdes, que no han dejado de hacerse carantoñas y besarse en toda la tarde. Qué pastelones se han puesto; Deva y yo nos hemos quejado varias veces, haciendo amago de vomitar purpurina dorada, pero estamos tan entusiasmadas que no nos ha importado la indigestión de azúcar. Espero que Berto se comporte con nuestra niña; si no, como le ha dicho Deva, lo convertiremos en un eunuco.

ENCONTRONAZOS

—Mamá, voy al súper. ¿Te vienes? —le pregunto al entrar en la cocina.

—No, voy a barrer la pinaza y a regar —contesta limpiando la encimera—. ¿Los niños vienen a comer?

—Sí, me llamaron anoche. Cuando se levanten de dormir, vendrán —explico. Se quedaron el fin de semana en casa de su padre, pero saben que hoy no trabajo, así que vendrán para hacer algo juntos, como todos los lunes que estoy aquí.

—Vale, les haré macarrones, que les gustan mucho —me dice sonriendo.

—A mí también me gustan —digo, con voz de niña.

—Para ti también, tonta —contesta, y me da una palmadita en la mejilla como solía hacer cuando era una cría.

Mi madre es tan pequeña como Deva, pero con un tamaño de pechos bastante considerable; no sé cómo se mantiene en pie con semejante volumen delantero. Tiene el pelo completamente blanco, raro para la edad que tiene, pero, claro, los genes son muy caprichosos. Y siempre lo lleva recogido en una coleta baja, como yo cuando trabajo en el hotel.

—¿Te traigo algo del súper?

—Una botella de orujo —me suelta.

—¿Orujo para los macarrones?

Se me queda mirando y niega con la cabeza.

—Tú no estás bien de la cabeza, niña.

—Entonces, ¿para qué quieres orujo?

—Pues para bebérmelo, ¿para qué va a ser? —dice, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Desde cuándo bebes orujo? ¿Me tengo que preocupar? —Levanto una ceja, porque la estoy viendo aguantarse la risa.

—Qué va. Te estaba tomando el pelo. —Se ríe por fin.

—De verdad, no sé quién de las dos está peor —contesto, mientras salgo de la cocina por la puerta que da al garaje.

Entro al supermercado empujando un carro. Nunca hago lista de la compra, me paseo pasillo por pasillo cogiendo todo lo que creo que falta y, de momento, casi nunca he olvidado nada. En la sección de leche, busco los envases de la bebida de soja, pero no los veo a simple vista, así que me agacho en el suelo para

ver si están en las estanterías de abajo. Y sí, ahí están, pero solo quedan al fondo, así que me arrodillo y estiro el cuerpo sobre la balda para alcanzar los *tetrabriks*. Cojo un par, me muevo hacia atrás y, al levantarme, pierdo un poco el equilibrio y me doy un golpe en la frente con el canto de la estantería que tengo encima. Me agarro la cabeza con la mano que tengo libre y cierro los ojos para intentar mitigar el dolor punzante.

—¿Te has hecho daño? —Escucho una voz junto a mí—. Déjame ver. —Alguien me coge la muñeca y la aparta de mi sien. Abro los ojos y veo a Javier, que me mira preocupado—. Estrella, déjame ver. —Estamos los dos agachados frente a las bebidas de coco.

—Joder, qué daño —me quejo, y noto que se me han saltado las lágrimas. Vuelvo a cerrar los ojos. No había reconocido su voz porque el dolor me ha taponado los oídos.

—Ven, levanta. —Me coge de los brazos y tira de mí para incorporarme.

Sigo con los ojos apretados mientras me levanta y noto su mano en mi cintura, está pegado a mí. Con la otra mano, aparta la mía y me pasa un dedo por la sien con cuidado. Me llega su aroma en una mezcla a ropa limpia, crema hidratante suave y L'Homme, de YSL. Aspiro profundamente, es delicioso. Qué bien huele, por Dios.

—Solo está un poco rojo del golpe —dictamina finalmente. Su dedo me recorre desde la sien hasta la barbilla, donde lo apoya y me levanta la cara—. Estrella, ¿estás bien? ¿Te has mareado? —pregunta. Niego con la cabeza—. Eh, mírame —pide en un susurro.

Abro los ojos y noto una lágrima caer por mi mejilla derecha. Parpadeo varias veces para despejarme los ojos y por fin puedo enfocar su cara. Su expresión es suave, me mira a los ojos y yo no puedo apartar los míos porque ese color tan ambiguo me tiene desconcertada desde el primer día que lo vi. Los días siguientes, intenté apenas mirarlos, porque estaba segura de que me habría quedado embobada contemplándolos, como me está pasando en este mismo momento. Me doy cuenta de que tengo mi mano sobre su brazo y le aprieto con fuerza, no quiero apartarlo. Él acaricia la comisura de mis labios con su dedo pulgar para secar la lágrima que se ha quedado atrapada ahí. Siento un escalofrío recorrerme la espalda cuando baja su mirada hacia mi boca y se queda ahí. Creo que incluso he dejado de respirar. Sus dedos se revuelven en mi cintura, arrugando mi camiseta, y noto cómo me acerca más a su pelvis. Vuelve a mirarme a los ojos.

—Deberías tener más cuidado con las estanterías asesinas —susurra, con media sonrisa, y se separa de mi cuerpo.

Bajo los párpados en una mezcla de frustración y alivio. Sus manos se alejan

despacio, y no puedo hacer otra cosa que soltar su brazo, muy a mi pesar.

—No es culpa de la balda, soy yo, que a torpe no me gana nadie. —Sonrío, y vuelvo a tocarme la sien, aún siento un pinchazo cuando paso la mano—. ¿Qué haces aquí?

—¿Comprar? —contesta divertido.

—¿No te dan de comer en el hotel?

—Sí, pero no me abastecen de efectos personales. —Señala su cesta, donde veo desodorante, cuchillas de afeitar y varios productos más de higiene masculina.

—Ah, claro. —Qué tonta estás, *Estrellita*. Meto los cartones de leche en mi carro—. Bueno, me marchó, que tengo que seguir comprando —digo, y empiezo a caminar. Si este hombre me pone nerviosa en el trabajo, fuera de él me da hasta taquicardia.

—Cúidate esa cabeza —dice, burlón.

¿Lo ha dicho con doble sentido? Agito una mano en señal de afirmación mientras me alejo.

Cuando acabo de colocar toda la compra en casa, miro el reloj y veo que son solo las once y media de la mañana. Esto de madrugar cunde un montón.

—Mamá, voy a ir un rato al gimnasio. ¿Te importa? Hace días que no voy y me apetece descargar un poco de tensión después de tanto estrés de las últimas semanas en el trabajo.

—Claro que no. Ve. Ya hemos hecho todo por hoy, ¿no? —contesta.

La verdad es que sí. Las mañanas de lunes es lo que tienen; limpieza y compra.

Subo a mi habitación para preparar la bolsa de deporte y salgo de casa después de darle un beso a mi madre. Cojo el coche y, en diez minutos escasos, estoy en la calle del gimnasio, al que no he venido desde hace varias semanas. Aparco en un descampado cercano y entro.

—Hombre, Estrella. Cuánto tiempo sin verte —saluda Nico, sonriente. Es el dueño del local y siempre me ayuda con los entrenamientos.

—Hola, Nico. ¿Qué tal todo? —le devuelvo el saludo.

—Bien. ¿Quieres que te prepare el saco?

—Sí, por favor. Estaré solo un rato, pero necesito descargar un poco.

—Vale. Cuando te hayas cambiado, estará preparado en el tatami.

—Perfecto, gracias.

Me meto en el vestuario, que a estas horas está vacío, y me cambio de ropa. Me recojo el pelo en una coleta alta y me dirijo a la sala del fondo. Nico ya está allí con el saco preparado. Me indica que haga unos ejercicios de estiramientos y calentamiento con brazos y piernas antes de ponerme los guantes que he sacado

de mi taquilla. Coge las almohadillas y se las coloca en las palmas de las manos para que empiece a golpear antes de pasar al saco.

—No golpees de momento. Solo haz el movimiento. Llevas semanas sin entrenar; como no calientes bien, mañana no vas a poder ni pestañear —sugiere él.

—Sí, lo sé. Y además, ya tengo una edad. —Sonrío. Me coloco frente a él y doy saltitos para preparar los músculos.

—Yo no he dicho eso, que conste. —Me señala con una de las almohadillas, sonriendo.

Nos ponemos en posición; él para recibir mis golpes y yo para dárselos, aunque solo sea con movimientos. Empiezo con toques lentos alternando los brazos. Derecho. Izquierdo. Dos seguidos. Otros dos. Cuando noto que los músculos se me han soltado lo suficiente, empiezo a golpear con suavidad. Después de unos minutos, lo hago de forma más contundente. Nico se mueve por el tatami, yo lo sigo, moviéndome a saltos y clavando los pies en el suelo con cada impacto. El sudor empieza a caerme por la espalda y noto la humedad que me cubre el rostro. No pienso en nada, solo en el color rojo de los cojines que Nico mantiene frente a mi cuerpo. De vez en cuando, me va animando a golpear más fuerte. Puedo ver sus ojos azules clavados en mi cara a pesar de que sus rizos oscuros le caen por encima. Sus brazos se tensan cada vez que recibe una de mis sacudidas.

—Muy bien, Estrella. Vamos, sigue. Un par de minutos más y puedes continuar con el saco —dice, al tiempo que oímos el timbre de la puerta. Él sigue en la misma posición, pero yo paro un momento. Sé que tiene que abrir—. Vale. Ahora vuelvo. —Se detiene y se quita las almohadillas, que deja tiradas en el suelo.

Me doy la vuelta y continúo con los ejercicios golpeando el saco. Este se balancea, pero sigo su baile cambiando el peso de mis pies para alternar los brazos.

Nico vuelve a aparecer en la sala.

—¿Sigues tú sola?

—Sí, tranquilo.

—Vale. Si me necesitas, avísame.

Asiento sin detener mis movimientos.

Siento los músculos arder bajo mi piel. A medida que mi cuerpo se tensa, mi mente se relaja, y no hay cabida para nada que no sea la concentración que necesito para golpear. No hay niños, no hay madre, no hay trabajo, no hay Javier en el supermercado; ni sus dedos sobre mi barbilla, ni sus ojos clavados en los míos, ni su olor envolviéndolo todo. No hay nada. Solo un saco colgando del

techo y mis manos sudorosas atrapadas en los guantes. Me falta el aliento y bajo un poco el ritmo. Dejo de moverme y clavo mi pie derecho delante del izquierdo con las piernas abiertas y semiflexionadas. Golpeo un par de veces con cada brazo.

—Hola. —Oigo a mi espalda.

—Hola —contesto sin girarme.

—Recuérdame que nunca te haga enfadar —vuelve a hablar la voz masculina.

¿Es quien creo que es o me lo estoy imaginando? Me paro en seco y respiro un par de veces antes de darme la vuelta. Pues no, no me lo he imaginado. Me encuentro a Javier en la entrada de la sala. Lleva un pantalón corto de deporte en color rojo y una camiseta de tirantes blanca. Por Dios santo ¿de dónde ha salido tanto músculo? Está delgado pero fibroso, sin excesos. Un cuerpazo, hablando en plata.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —pregunto, contrariada por su presencia en este lugar y por esa visión en casi paños menores.

—No. Lo prometo. Es pura casualidad. —Levanta las palmas de las manos y se encoge de hombros, divertido—. No sabía que vinieras aquí. Le pregunté a Fran dónde podía encontrar un gimnasio cerca del hotel y me mandó a este. Vengo desde la semana pasada.

—¿Os conocéis? —irrumpe Nico, asomando la cabeza.

—Es mi jefe —contesto.

—¿Es un buen jefe? —pregunta, sonriente.

—No está mal. Aunque lo conozco desde hace solo unas semanas. —Le devuelvo la sonrisa, pero no sé a qué ha venido esa pregunta. Miro a Javier de reojo, que ha cruzado los brazos sobre el pecho y sonrío tímido.

—Entonces no sugeriré que entrenéis juntos y darte la excusa perfecta para que le des unos golpes. —Suelta una carcajada. Qué gracioso este Nico.

—Vaya, gracias por tu confianza. ¿Así fidelizas clientes? —Se ríe también Javier.

—¿Sabes boxear? —le pregunto. Creo que tengo curiosidad por verlo en movimiento y sudoroso. Vaya, estoy peor de lo que pensaba.

—No demasiado —contesta con un mohín.

—¿Quieres probar?

El timbre de la puerta vuelve a sonar y Nico desaparece.

—Vengo enseguida a ayudaros —dice de camino a la puerta.

—No es necesario, ya le presto mis guantes —le contesto. Me acerco a Javier y pongo mis manos frente a él—. Ayúdame a sacar el guante de la mano derecha —le pido. Él me mira y sonrío. Tira del velcro y deshace el nudo del cordón que

hay justo debajo—. Quizá te vayan un poco justos, porque mis manos son más pequeñas y son de mi medida —le explico, mientras me quito el otro guante.

—No importa, no creo que aguante mucho. No estoy acostumbrado a este deporte.

Le indico cómo ha de poner las manos dentro del guante y lo ayudo a colocárselos. Se los abrocho y compruebo que están correctamente encajados. No hago caso a mis dedos cuando rozan su piel y se tensan.

—Vale. ¿Preparado? —Levanto la vista de sus manos a su rostro.

—No estoy seguro. —Sonríe.

—Tranquilo, yo te voy indicando qué hacer. —Me ajusto las almohadillas en las manos, tal como las tenía Nico hace un rato y empiezo a moverme. Me coloco frente a Javier y lo miro a los ojos—. Haz lo mismo que yo, ¿de acuerdo? Son movimientos sencillos para calentar —le explico. No sé si esto me va a divertir o me va a dejar en peor situación mental de la que ya estoy.

Abro las piernas y las flexiono un poco. Junto los antebrazos a la altura entre mi barbilla y el pecho, él me imita. Comenzamos a movernos lateralmente hasta la punta de la sala, y lo mismo hacia el otro lado. No deja de mirarme a los ojos y me concentro en ellos.

—Vamos, ahora golpea con suavidad la almohadilla con el puño derecho —le indico. Lo hace apenas rozando mi protección—. Otra vez. Ahora con el izquierdo.

Alterna los brazos para golpear, tal como le voy diciendo y se mueve por la sala delante de mí. Lo veo empezar a sudar, le brilla la frente. Está muy callado, concentrado en lo que hace, y a mí se me van los ojos a sus brazos. Tiene los músculos en tensión y, por alguna razón que no quiero conocer, me los imagino alrededor de mi cintura apretándome el trasero. Desde luego, sí que estoy fatal. Entre el encuentro en el supermercado y esto, voy a tener que darme una ducha muy fría.

—Más fuerte —le digo. Él golpea con un poco más de energía—. Más —repito. Vuelve a golpear. Puedo retener sus golpes sin problema—. Vamos, ¿de qué tienes miedo?

—No quiero pegarte fuerte —contesta.

—No me estás pegando, estás golpeando las almohadillas. Venga, podré soportarlo. —Sonrío para darle confianza. Se incorpora un poco y vuelve a la posición de ataque. Desliza su brazo derecho y golpea con más contundencia. Me tenso para recibir el golpe y lo aguanto bien—. Izquierdo —le pido. Vuelve a golpear. Veo que sonrío e intercambia un brazo y otro, cada vez con más fuerza. En un descuido le golpeo con la almohadilla en la mejilla. Se aparta un poco hacia atrás.

—Eso ha sido a traición —se queja, divertido.

—Vamos, no descuides la defensa. Sube los brazos un poco más. —Vuelvo a golpearlo, esta vez en el hombro—. Venga, puedes hacerlo mejor. —Coloca sus brazos de nuevo frente a su cuerpo, que cada vez está más sudoroso. Empieza a alternar golpes: izquierdo, derecho, derecho otra vez. Yo los esquivo todos con movimientos rápidos y nos vemos envueltos en una pelea de guantes contra almohadillas. Javier cada vez se mueve más deprisa, y yo lo sigo, contraatacando. Cuando consigo que se enfrasque en velocidad y movimientos alternos, me aparto, y él da unos pasos para no perder el equilibrio.

—No es lícito aprovecharse de un novato —me recrimina, girándose con los brazos estirados junto a su cuerpo.

Tiene la camiseta empapada y se le pega al pecho. Menuda visión celestial. Ya estoy empezando a desvariar, otra vez.

—No me estoy aprovechando, estamos entrenando. —Me río sin dejar de mirarle el torso. —Venga, aún no estás sudando lo suficiente —me burlo.

—De acuerdo. —Recobra la posición y golpea de nuevo contra las protecciones de mis manos.

Lo dejo un buen rato que golpee, sin interferir en sus movimientos. Gotas de sudor le caen por las sienes y tiene la mandíbula apretada. No sonrío, pero sus ojos me miran juguetones. Por fin se ha relajado. Al contrario que yo, que estoy tensa por ver cómo se mueven todos sus músculos y cómo le brilla la piel a causa del sudor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice, sin dejar de moverse frente a mí.

—La acabas de hacer.

—Otra, entonces.

—Dispara.

—¿Tienes pareja? —pregunta, dándome un rechazazo.

Lo miro a los ojos, y él me mira a mí.

—No. ¿Tú?

—En proceso de divorcio.

—Lo siento.

—Yo no. —Sigue con sus ojos clavados en los míos—. ¿Puedo invitarte a una copa algún día?

—Algún día —contesto, sin dejar de mirarlo. Acaba de poner la guinda que faltaba en mi pastel. Genial, Estrella.

En uno de sus golpes dobles de izquierda y derecha, atrapo sus brazos bajo los míos, dejándolos apretados entre mi cuerpo y mis bíceps. No he podido evitar acercar mi cuerpo al suyo, me lo estaba pidiendo a gritos dentro de mi cabeza, así que ha sido un acto reflejo. Tengo mi pecho pegado al suyo y los dos

respiramos con dificultad por el esfuerzo. Me mira a los ojos. Sé que podría soltarse de mi cautiverio en cuanto quisiera, pero no lo hace. Respira fuerte por la nariz. Me acerco un poco a su boca; definitivamente, me he vuelto loca de remate. Sonrío.

—Suficiente —le susurro, a pocos centímetros de sus labios. Él aspira profundamente, y yo suelto sus brazos y lo golpeo con mi pelvis entre los muslos para separar su cuerpo del mío—. Buen trabajo —le digo. Me quito las protecciones y las dejo caer en una esquina del tatami—. Cuando termines, déjale los guantes a Nico, él me los dará. Nos vemos mañana, jefe. —Le guiño un ojo y salgo de la sala camino del vestuario aparentando total normalidad. *Estrellita*, esta vez te has lucido. Es lo que me hace soltar adrenalina, que me vuelvo demasiado osada. Ni siquiera me he quedado para ver la cara que ha puesto, porque, en cuanto me he acercado, ya me había arrepentido; pero claro, mi cuerpo, a veces, obvia las instrucciones que le doy y va por libre.

Son las once de la noche y estoy en la cama intentando leer algo, pero no lo consigo. Llevo todo el día pensando en los encontronazos de hoy con Javier. He pensado en su mano en mi cintura mientras me comía los macarrones que mi madre ha preparado al mediodía. En su dedo recorriendo mi mejilla mientras veía la tele. El recuerdo de su cuerpo sudoroso, no me ha dejado ni dormir la siesta. En sus ojos clavados en los míos, mientras jugaba a las palas en la playa con mis hijos; me han llamado *empanada* más veces de lo habitual. En su camiseta pegada a su pecho, mientras me duchaba... con agua muy fría. En cómo me he acercado y le susurraba, mientras hacía la cena. En su olor. Estrella, estás fatal. Y para colmo te invita a salir. Estupendo.

Apago la luz. Me voy a dormir. Mañana será otro día... y volveré a verlo.

6

SALSEANDO

Apenas he visto a Javier en toda la semana y me sorprende estar un tanto molesta. Solo vino el martes por la mañana a decirme que tenía unas agujetas de caballo a causa de la sesión de boxeo que compartimos el lunes. Nada más. Se ha pasado todos los días metido en su despacho hablando de uno en uno con el personal del hotel. No sé si me incomoda más no haber cruzado apenas un par de buenos días en las últimas mañanas o no saber qué hace hablando con todo el mundo en privado. ¿Y conmigo no quiere hablar? ¿Por qué? A ver, Estrella, cálmate un poco y céntrate. Tengo trabajo pero nada urgente, ya que esta semana hay una celebración el sábado, pero es de un amigo de Mateo y se ha querido encargar personalmente de la supervisión y la organización del evento. Así que me ha dejado fuera. Por una parte, lo prefiero, no es agradable trabajar con él y menos si se lo toma como algo personal. Pero, por otro lado, necesito estar ocupada para no pensar tanto en Javier.

—No sé por qué narices estoy tan atacada —le digo a Deva mientras tomamos café en la sala del personal, después de explicarle el incidente del supermercado, la sesión en el gimnasio y lo nerviosa que estoy porque no me ha dirigido la palabra en toda la semana.

—No quiero que te enfades por lo que te voy a decir, ¿vale? —contesta. Asiento—. Te gusta, ¿no?

—¿Qué dices? —Me hago la tonta—. Lo que me molesta es que la semana pasada estuvimos trabajando juntos todos los días, a todas horas. Y esta, no me dice ni pío. Ni siquiera me ha dicho si quiere reunirse conmigo, como lo está haciendo con el resto del personal. No sé si he hecho algo mal y está molesto. Pero, si así fuera, debería decírmelo, ¿no? —expongo y no me lo creo ni yo.

—Bueno, si me hubieras hecho sudar como un cerdo, me golpearas a traición, te rieras un poco a mi costa y te largaras... no sé si yo te habría dirigido la palabra tampoco. —Se ríe en mi cara. Por supuesto, he omitido que me acerqué a él y le susurré a pocos centímetros de su boca.

—Ya, me pasé un poco, ¿no? Qué vergüenza, seguro que le sentó fatal y no quiere ni mirarme —me riño a mí misma—. Se me fue el cuerpo, allí viéndolo... —no acabo la frase. Deva me mira inquisitiva—. Vale, vale. No paro de pensar en él a todas horas. En sus manos, en sus ojos, en su olor... Parezco una enferma

obsesa.

—¿Por qué no lo invitas a tomar algo por ahí? Si vive en una habitación de este hotel, no creo que tenga mucha vida social. Piensa que ha venido desde otra ciudad, solo —propone.

—Ya lo hizo él —contesto, con intención de hacerlo pasar como algo intrascendente.

—¡¡¡¿¿¿Cómo???! —se desgañita mi amiga. Ya sabía yo que esto iba a traer cola—. ¿Qué le dijiste? —Me agarra del brazo con fuerza, y sus ojos marrones me traspasan.

—Que algún día. —Relajo la postura porque no quiero ponerme más nerviosa.

—Te lo puso en bandeja y... ¿tú le dijiste «algún día»? Tenías que haberle dicho que sí. A veces no sé qué se te pasa por la cabeza —me bronquea con suavidad.

—¿Tú estás loca? Es el maldito jefe —contesto entre dientes.

—¿Y qué? Es una persona como otra cualquiera.

—Que no. No pienso salir con el nuevo jefe a tomar nada. —Me enfado.

—Tú misma. —Se encoge de hombros—. Entonces, tendrás que dejar de pensar tanto si tienes claro que es el jefe y no deberías, ni siquiera, tomar nada con él.

—¿No estás sacando mucho el tema de contexto? Una cosa es lo que yo piense y otra lo que se puede o no hacer.

—Pues a ver cómo lo arreglas.

—Gracias, me ayudas mucho —digo, sarcástica, dando vueltas por la sala—. Estoy como al principio.

—Podemos quedar esta noche con Berto y Lu, Gabi también puede venir, no trabaja mañana. Puedo dejar a las niñas con mi madre. Nos vamos al Salseando y te relajas un poco —sugiere, sé que para tranquilizarme.

—¿Sí? ¿De verdad haríais eso por mí? Esta noche estoy sola en casa. Mi hermano ha venido esta mañana a recoger a mi madre, se va a pasar el verano a Valencia con él, como cada año. Y los niños han quedado con unos amigos para ir a pasar la noche a casa de uno de ellos —le explico.

—Pues claro —dice, dando una palmada—. No te preocupes, yo me encargo de hablar con Berto y Lu.

—Genial —digo, y le doy un achuchón—. Eres la mejor.

—No hay nada que no se pueda arreglar con unos bailoteos y unos mojitos —contesta, con sus ojos brillantes detrás de las gafas.

Por la tarde estoy más tranquila. Se me ha despejado la cabeza después de hablar con Deva, no hay nada que ella no pueda arreglar. Es la bomba. Me pongo a repasar los temas de la semana próxima. El sábado siguiente tenemos dos bodas en el hotel. Una al mediodía y otra por la noche, así que me va a tocar trabajar un montón de horas el fin de semana. Hago unas llamadas a las novias para acabar de ultimar detalles y quedar con ellas antes del sábado para enseñarles cómo va el *planning*. Apunto todo en mi iPad para que no se me olvide nada. Trabajo más esa tarde que en toda la semana, no puedo creer lo que se me ofusca el cerebro de tanto darle vueltas a las cosas. Buf.

A las siete y media llego a casa. Los niños están preparando sus mochilas para que después de cenar los lleve a casa de su amigo. Hablo con Marina, la madre del chico en cuestión, y me dice que no me preocupe, ella y su marido estarán en casa. Me quedo más tranquila, porque, aunque sé que mis hijos no me dirían una cosa por otra, prefiero asegurarme. No quiero que varios chicos de dieciséis años se queden solos toda una noche, aunque sea en casa de uno de ellos.

Cenamos pizza, como cada viernes que estamos juntos, y después me voy al baño para ducharme y arreglarme. Deva me ha escrito que nos veríamos en el Salseando a las once. Me pongo el vestido lila oscuro de lentejuelas de falda estrecha y cuerpo suelto, ajustado en la cintura y cuello redondo. Las sandalias negras de tacón ancho para que mis pies aguanten mejor el tute de baile que les voy a dar. Me maquillo con sombra lila también y labios rojos. Me plancho el pelo con la raya en medio. A las diez y media, salimos los tres de casa en el coche.

—Por favor, portaos bien, ¿vale? —les advierto. Y sé lo que me digo, no exagero.

—¿Dónde vas tan guapa? —pregunta Biel, eludiendo mi aviso.

—No me cambies de tema. ¿Habéis oído lo que he dicho? —insisto. No sé por qué tener dieciséis años es sinónimo de sordera.

—Sí, mamá. No te preocupes. No vamos a salir a ningún sitio, vamos a estar en casa de David. Y están sus padres, ¿qué crees que podemos hacer? —dice Adrián desde el asiento trasero.

—Nada, pero por si acaso. Que nos conocemos.

—Y tú, ¿adónde vas? —vuelve a preguntar Biel.

—Al Salseando, ¿adónde si no? —Me encojo de hombros.

—¿Con quién has quedado? —esta vez pregunta Adrián.

—Con Deva, Gabi, Berto y Lourdes. Los de siempre —digo, como si fuese obvio, y porque es verdad, claro.

—Ten cuidado, eh, mamá. Que los tíos de hoy en día solo buscan una cosa —dice Biel.

—¿Perdona? —Giro la cabeza para mirarlo—. ¿Qué sabrás tú lo que quieren los tíos?

—Somos tíos —contesta fanfarrón Adrián—. En teoría, sabemos mejor que tú lo que quieren.

—Y, según vosotros, ¿qué es lo que quieren? —me pongo chulita, a ver qué responden.

—Sexo —contesta convencido Biel.

—¿Llevas condones? No querrás tener dos más como nosotros, ¿verdad? —Adrián asoma la cabeza entre nuestros asientos.

—Ese sería el menor de los problemas. ¿Queréis hablar de sexo? ¿De verdad? —pregunto, intrigada.

—Estamos hablando de ti, no de nosotros. No intentes liarnos, que nos conocemos —argumenta Biel—. ¿Llevas condones o no?

Se van a enterar.

—Sí, llevo condones. Y he quedado con un tío que me pone a mil. Voy loca por que me empotre contra la pared, me levante a peso y...

—Joder, mamá. Calla. Qué asco —me interrumpe Biel, y se tapa los oídos con las manos. Adrián se parte de risa en el asiento de atrás.

—La próxima vez que queráis tener una charla sobre *mi* sexo, acordaos de que os llevo veinticinco años de ventaja —digo, triunfal. Paro el coche frente al portal del amigo de mis hijos—. Venga, arreando.

Biel me da un beso en la mejilla y sale. Adrián se incorpora entre los dos asientos y me da otro.

—Adiós, mamá. Pásalo bien —se despide Biel, apoyado sobre el hueco de la ventanilla.

—Vosotros también. Adiós. ¿Mañana os vengo a buscar?

—No, tranquila, subiremos andando —contesta Adrián.

No arranco el coche hasta que los veo entrar en el portal, y vuelven a despedirse con la mano. Yo les tiro un beso al aire. Vaya dos perlas.

Llego en diez minutos a la calle del local, ahora queda lo más complicado: aparcar. Esto es un pueblo playero de vacaciones y es un viernes de principios de julio, todo está a reventar. Doy un par de vueltas por los alrededores y todas las calles están atestadas de coches aparcados. Así que decido meterme en el parking asfaltado que hay al otro lado de las vías del tren, pero tampoco tengo suerte. Vuelvo al punto inicial y doy otro par de vueltas. Nada. Espera. Veo a un

matrimonio con un par de críos pequeños; el padre acaba de sacar unas llaves del bolsillo. Los sigo unos metros y veo las luces de un coche familiar parpadear. Me paro junto a ellos y les pregunto si se marchan, me dicen que sí, pongo el intermitente y espero a que coloquen a los niños en las sillas de atrás. Sonrío al recordar las veces que Nando y yo hacíamos lo mismo con nuestros hijos. Luego se montan en el coche y se marchan. Bien. Aparcada. Son las once y diez. Salgo del coche y camino un par de calles hasta llegar a la puerta del local.

El sitio es bastante amplio y cuadrado, con dos barras; una a la izquierda y otra al fondo. En la parte derecha, hay mesas altas con taburetes, todo en negro, que resalta con el ambiente blanco y lila que en general tiene la estancia. Hay bastante gente para ser tan temprano, pero todos los dueños de los coches que están aparcados en la calle deben de estar en alguna parte, y aquí seguro que hay unos cuantos. Voy mirando entre las cabezas buscando a mis amigos. Localizo a Berto y Lu besándose, sentados en una mesa alta al final del local. Me dirijo hacia allí.

—Hola —interrumpo, sin una pizca de remordimiento.

Ellos se separan y me miran. Sonríen. Me acerco y les doy dos besos a cada uno.

—¿Qué tal? Me ha dicho Deva que estabas un poco agobiada —me dice Lu.

—Sí, esta semana tenía poco trabajo y ya no sabía qué más hacer —improviso un poco.

—Mientes fatal, ¿lo sabes? —dice Berto.

—Esta Deva no se puede estar calladita, ¿verdad? —me quejo.

—Tranquila, somos nosotros. —Me achucha fuerte—. Así que te pone el jefe, ¿eh? —Se ríe.

—Calla, animal. Déjame en paz. —Me lo quito de encima a manotazos.

—Vale, ¿qué quieres tomar, *churri*? —pregunta.

—Un mojito.

Levanta el pulgar y se marcha a la barra a pedir mi copa. Yo me siento junto a Lourdes.

—¿Qué tal estás? ¿Todo bien con Berto? —pregunto, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me encanta ver a Lu tan contenta, es tan bonita que me la comería a besos.

—Sí, muy bien. —Puedo ver cómo se sonroja a pesar de la poca luz que hay en el local.

—Te gusta mucho, ¿eh? —le digo, cogiendo su brazo.

—Sí, mucho. Estoy como loca. No sé cómo acabamos besándonos en la playa. Creo que entre las risas, el ambiente y el alcohol se me fue la cabeza —dice, con las manos en la cara.

—Pero mira qué bien te ha salido. Valió la pena.

—No las tenía todas conmigo. No estaba segura de que yo le gustase —dice con vergüenza.

—Venga ya, estaba cantado.

—Eso me parecía, pero nunca se sabe. Pensaba que le gustaban más los chicos, como no le habíamos conocido novia... —Se encoge de hombros.

—Y hablando de eso. ¿No te da cosa tirártelo sabiendo que la ha estado metiendo en agujeros negros? —Sonrío burlona.

Lourdes suelta una carcajada y no puede parar de reír. Yo me contagio de su risa y acabamos las dos llorando. Quiero mucho a Berto, pero la confianza que tenemos da un poco de asquito y no podemos evitar meternos el uno con el otro.

En una de las veces que miro hacia la puerta, veo a Deva y Gabi, que se dirigen a nuestra mesa. Le doy un codazo a Lu y levanto la mano para saludarlos.

—Mira, ya están aquí Dolce & Gabbana. —Me explico... D (Deva) & G (Gabi). Se entiende, ¿verdad? La risa de Lu se oye por encima de la música.

—Hola, bonitas mías —grita Deva, y se echa encima de nosotras a besarnos y abrazarnos. Ella siempre tan efusiva.

—Hola, Gabi —saludo a su marido cuando me suelta ella.

Este hombre es como un armario ropero de cuatro puertas, con espejo y todo. Es alto, ancho y fuerte, fibroso, pero sin exagerar. Con lo pequeña que es Deva, no sé cómo tiene un marido tan grande. No quiero ni imaginármelos en la cama.

—Hola, Estrella, ¿qué tal?

Él también se acerca para saludar a Lourdes. En este momento llega Berto con mi mojito. Se saludan y nos sentamos todos a la mesa, menos Gabi, que le pregunta a Deva qué quiere beber para ir a la barra. Nos quedamos los cuatro hablando de cómo ha ido la semana. Deva no deja de abrazar a Lu, está tan contenta de que ella y Berto sean pareja que no deja de sobarla. Ella se dio cuenta desde el primer momento en que los vimos a los dos juntos. Se notaba la atracción que se generaba a su alrededor y no podía ser otra cosa, pero no veas lo que han tardado en lanzarse. No hay nada como tener una edad para darte cuenta de las cosas que pasan a tu alrededor. Menos cuando son las tuyas, claro. Esas cuesta un poco más admitirlas.

Cuando Gabi vuelve, dejamos nuestras bebidas sobre la mesa y nos levantamos para bailar. Primero todos juntos, luego Berto me coge para bailar un par de canciones como sabemos nosotros. Deva y Gabi se arrancan también. Suelto a Berto para que baile con Lu y me quedo junto a la mesa bebiendo de mi mojito. Sonrío mucho al verlos bailar en pareja. Deva y Gabi van a su rollo, y Berto enseña a Lu algunos pasos de baile. En dos días, la rubia sabrá bailar

mejor que él. Se le da de miedo.

—¿Quieres bailar? —Oigo una voz en mi oído.

Me doy la vuelta y me encuentro a Javier junto a mí. Esto de que aparezca siempre en todas partes me está empezando a preocupar un poco. No sé si por creer que pueda estar siguiéndome por alguna razón que desconozco o porque, a pesar de ese pensamiento, me gusta encontrármelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, intentando disimular el temblor de la mano que sujeta mi bebida.

—Deva me invitó —contesta, al tiempo que levanta su vaso y saluda a mi amiga. La miro, y ella sonrío mucho.

La voy a matar.

Javier deja su vaso sobre la mesa y me ofrece su mano.

—Baila conmigo —me pide.

El corazón está a punto de salirseme por la boca. Me va muy rápido. ¿Qué hago? Miro a Deva, ella me está mirando y me apremia con un gesto rápido de cabeza. Definitivamente, la mato.

Vuelvo a mirar a Javier, me sigue ofreciendo su mano sin dejar de mirarme y sonreír. Vale. Pongo la mía sobre su palma. Está caliente y es suave. Más suave que la primera vez que la estreché, el día en que Julio me lo presentó en mi despacho. O eso me parece a mí. Javier camina delante de mí y me lleva hacia la pista, donde me parece que hay un millón de personas. Ha empezado a sonar *La Mordidita*, de Ricky Martin. Javier se acerca y me pone una mano en la cadera, la otra no me suelta la mano. Se separa de repente y me empuja de la cintura para darme una vuelta, luego se pasa mis manos por su espalda girando él también y se mueve al ritmo de la música. ¡La leche!, sabe bailar. ¡Sabe bailar!

Empiezo a mover mis pies y, en dos segundos, estamos haciéndonos girar el uno al otro. Nos acercamos, nos separamos. Nos cogemos las manos, las soltamos. Me hace girar y me pone de espaldas a él, pega su pecho a mí y mueve las caderas rozando mi trasero. Yo no puedo parar de moverme junto a él. Si te gusta bailar como a mí, es muy difícil encontrar a alguien que te siga el ritmo. Pero él lo hace, y lo hace de una forma que me quita el aliento. Coloca sus brazos sobre los míos y quedan enlazados sobre mi pecho, no deja de moverse detrás de mí. Pone una mano sobre mi cadera y aprieta. Dios, me está poniendo frenética. Cruzo mi brazo por encima del suyo y pongo la otra mano sobre la parte alta de su trasero. Lo noto duro, y su movimiento bajo mi piel hace que el corazón se me acelere tanto que creo que me voy a marear. Se acerca a mi oído y puedo oír su respiración acelerada. Creo que acabo de mojar las bragas y no precisamente de sudor. Baja su mano hacia la parte delantera de mi muslo. Inconscientemente, dejo caer mi cabeza en su cuello, su boca está más cerca de

mi oído y escucho un gemido sordo. Sube su mano a mi abdomen y me aprieta más contra él, si eso es posible, porque no cabe ni un puñetero alfiler entre nuestros cuerpos. Cambio la posición de mi mano que tengo en su trasero sobre la que acaba de mover y la aprieto. Vuelve a ronronear en mi oído.

De repente, me hace girar y quedo frente a él; vuelve a apretarme contra su cuerpo y pone las dos manos entre mis caderas y mis nalgas. Me mira, puedo ver cómo le brillan los ojos. Aquí se ven más oscuros, pero no por eso son menos intensos. Aprieta la mandíbula y me ofrece una sonrisa de lado que me acaba de matar. Intento sonreír también. Coge mi mano y me empuja la cintura con la otra para hacerme girar otra vez. Volvemos a girar uno sobre el otro, a acercarnos y alejarnos con pasos cortos y rápidos. Me acerca a él y planta una de sus manos en el centro de mi trasero, apretándolo. Ahora soy yo la que suelta un gemido y cierro los ojos un momento porque ya no sé si parar aquí mismo o seguir con esto. Me giro y vuelvo a darle la espalda, no quiero mirarlo más. No puedo. Estoy más excitada que en toda mi vida. Una de mis fantasías sexuales es bailar, bailar como lo estamos haciendo, ponernos a mil el uno al otro.

—Estrella... —lo oigo susurrar en mi oído. Subo la mano por encima de mi cabeza y le tapo la boca para que se calle. Si vuelve a decir algo con esa voz ronca, exploto aquí mismo. Me besa los dedos. No, que no haga eso. Quito la mano en un movimiento rápido. No sé cuánto tiempo llevamos así ni cuántas canciones han sonado, pero las mil personas que hay aquí han desaparecido para mí—. Necesito besarte —vuelve a susurrar, una vez lo he liberado de mi mano—. No dejo de pensar en ello desde que te conocí. Si tú también lo has pensado, por favor, date la vuelta —dice, y me aprieta más fuerte entre sus brazos.

Dios, ¿le gusto? Y ahora ¿qué? ¿Qué hago? Es mi jefe, no me fastidies. Pero solo es un beso, ¿no? Cierro los ojos con fuerza y me doy la vuelta. Quedo de nuevo frente a él. Pongo mis manos sobre sus brazos, y sus manos quedan alrededor de mi cintura. Seguimos moviéndonos al ritmo de no sé qué canción, porque ya no escucho nada. Solo se me repiten sus palabras en la cabeza. Abro los ojos, y me está mirando con los labios entreabiertos. Sube una de sus manos desde mi cintura a mi cuello. Me mira los labios. Dios, qué tortura. Se acerca un poco y dejo de respirar, por enésima vez esta noche. Esto me va a traer problemas, lo sé. Noto su aliento sobre mis labios y su nariz me roza la mejilla. Cierro los ojos, porque esto ya no hay quien lo aguante. Siento cómo su boca se posa sobre la mía y aprieta. Y sí, sus labios son tan esponjosos como los había imaginado la primera vez que lo vi. Se separa y vuelve a besarme. Me muerde los labios. Abro un poco mi boca y él la engulle con la suya. Su barba me roza la piel y, lejos de molestarme, aún me gusta más. Su lengua entra tímida en mi boca y la mía sale a su encuentro, enredándola con fuerza. Se aprieta contra mi

abdomen y noto el bulto de su entrepierna. Esto es demasiado. Creo que nunca había sentido una atracción tan fuerte, ni mi cuerpo se ha estremecido de esta forma en la vida. Me restriego contra él como una gata en celo. Él se separa un poco y suelta un gemido. Me mira con ojos vidriosos y vuelve a embestirme con la boca, esta vez más fuerte. Nuestras bocas no pueden estar más juntas, se devoran la una a la otra sin piedad. Me separo un poco. Me va a estallar el corazón.

—Necesito respirar —le ruego, en un gemido.

—¿Estás bien? —Asiento. Estoy en el puñetero cielo. Me roza el labio inferior con el pulgar y lo muerde—. Esto es mucho mejor que imaginarlo —susurra.

Y, entonces, soy yo la que se lanza a su boca. Me cuelgo de su cuello y él me aprieta con una mano la cintura y con la otra el trasero. No hemos dejado de movernos uno contra el otro en todo el tiempo que llevamos besándonos. Vuelvo a separarme y pego mi cara sobre su pecho. Necesito otro respiro. Aspiro otra vez ese olor que no he podido olvidar desde el lunes. Puedo escuchar su corazón bombear bajo su piel. Va igual de rápido que el mío. Pasa sus manos por mi espalda y me besa en el pelo.

Abro los ojos y veo a mis cuatro acompañantes entre la gente; nos miran y sonrían tanto que se les va a partir la mandíbula. Los voy a matar. Levanto una mano con disimulo, para saludar. Ellos aplauden y silban. Deva me lanza un beso y sigue bailando con *Gabbana*; perdón... con Gabriel, Gabi para los amigos. No puedo evitar reírme.

Javier me separa un poco de su pecho y me mira. Pone sus manos sobre mis mejillas.

—¿Podemos salir un momento? Necesito fumarme un cigarro —me pide, y deja un pequeño beso en mis labios.

—Sí, claro. —Intento reponerme del sopor en el que me he quedado—. Espera. —Voy a la mesa y le doy un trago largo a mi mojito, que se ha aguado un poco, pero no me importa porque estoy muerta de sed.

Él también le da un buen trago a su bebida; creo que no lleva alcohol, porque sus besos no llevaban impregnado el sabor de la destilación. Las dejamos sobre la mesa, y lo cojo de la mano para dirigirlo a la salida.

El ambiente exterior es húmedo y caluroso, pero al menos hay aire para respirar. La entrada está llena de gente en grupos, fumando y riendo. Cruzamos la calle peatonal, y Javier se apoya en la pared frente al pub. Saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero de su tejano azul claro. Hoy no lleva camisa, sino una camiseta básica de color granate con cuello de pico. Me dan ganas de quitársela a bocados.

—¿Me das uno? —le pido.

—¿Fumas? —Se sorprende, y me da el cigarro que estaba a punto de encender él—. Perdona, no te he ofrecido porque daba por hecho que no fumabas —se disculpa, y coge otro cigarrillo de la cajetilla. Enciende el mechero y me ofrece la llama.

—Solo fumo cuando estoy muy nerviosa —digo, dando la primera calada.

—Yo también.

Nos quedamos un momento callados, aspiramos el humo, y no deja de mirarme, como aquel primer día en mi despacho. Sé que está escrutando mi expresión. Aunque en este momento ni yo misma soy capaz de saber qué pienso.

—¿Dónde has aprendido a bailar? —se me ocurre preguntar, para matar el silencio, aunque de verdad me interesa saber por qué un hombre como él se mueve como si fuera el creador del baile latino.

—En clases de baile. —Obvio—. Hace bastantes años, mi madre quiso aprender, pero mi padre estaba demasiado ocupado y no tenía con quién ir a las clases. Así que me ofrecí a acompañarla y, de paso, estar más tiempo con ella. Creo que fueron tres años los que estuvimos yendo cada semana a bailar —contesta, sonriente. Parece que tiene una buena relación con ella, porque veo en sus ojos ese sentimiento de amor que tengo yo por la mía.

—¿Bailas así con tu madre? —pregunto, burlona.

Suelta una carcajada echando la cabeza hacia atrás. Los límites de su barba corta están perfectamente delineados alrededor de su mentón, y siento unas ganas locas de pasar mi lengua por esa frontera.

—No. Claro que no. —Sigue sonriendo. Me encanta cuando lo hace.

—Debe de estar encantada de tener un hijo tan complaciente. —Me conmueve pensar en esa relación.

—Supongo que es lo que hay cuando tienes que superar la muerte de un hijo y un hermano. El dolor une o separa; no hay término medio. —Me mira y su expresión se ha vuelto más oscura.

—Lo siento, no quería incomodarte —me disculpo.

—No te preocupes, pasó hace mucho tiempo. —Sonríe con tristeza. Me da la impresión de que no lo ha superado aunque intente aparentar lo contrario.

—Sí, es duro perder a alguien querido. Mi padre murió hace muchos años, pero no pasa un solo día en que no piense en él —le confieso.

—A mí me pasa igual. Mi hermano siempre está en mi cabeza. —Da una calada al cigarrillo, lo tira y lo pisa empujándolo a la alcantarilla que hay cerca de nosotros.

Nos quedamos en silencio. No era mi intención que el momento se volviera tan intenso. Aunque empiezo a pensar que, con él, todo es de ese modo; al

menos yo siento correr la sangre por mis venas a gran velocidad cuando estoy a su lado.

Se gira hacia mí y se acerca. Me coge de la cintura y me pega a su cuerpo tal y como ha hecho bailando hace un rato dentro del local. Su olor lleva impregnado ahora un halo de humo del cigarrillo; sigue siendo igual de delicioso, y cierro los ojos para disfrutarlo en profundidad. Se me cae la colilla que aún llevo entre los dedos, no puedo evitar posar mis manos sobre sus hombros. Todas las partes de su cuerpo que he tocado esta noche están duras como rocas.

—No puedo dejar de pensar en tu boca y en cómo te mueves cuando bailas. Desde que te vi en la fiesta del sábado con Berto, he deseado que pasara lo que ha pasado ahí dentro. Bailar contigo y besarte hasta que me duelan los labios — dice, con su boca pegada a la mía.

—Esto no está bien. Eres el jefe del hotel. No quiero líos en el trabajo —me quejo, y poso mi frente sobre su hombro, con un atisbo de frustración.

—No me pareció que pensaras lo mismo el otro día en el gimnasio — contesta, y sé que sonrío.

—Lo siento. Se me fue el cuerpo... Eres como un imán, y tengo que retenerme mucho cuando estamos trabajando. Ese día se me desbordó la contención —le digo, un poco avergonzada.

—¿Ese es el motivo por el cual te pones tan tensa cuando estoy contigo en público? —me pregunta en voz baja.

Asiento, con la cabeza aún pegada a su cuerpo.

—Bien. —Me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo.

—¿Bien? —pregunto en un susurro, extrañada.

—Puedo despedirte —sentencia, con una sonrisa pícaro y, sin dejarme decir ni una palabra más, me besa otra vez.

Sonrío bajo sus labios, pero no puedo relajarme. Estamos en plena calle, no quiero que alguien pueda ver cómo me beso con el nuevo jefe del hotel.

—Vamos dentro —le pido. Él asiente, entendiendo mi preocupación.

Entramos, y el ambiente nos recibe un tanto cargado pero fresco. Hay mucha gente, pero han subido el aire acondicionado, por lo que se puede respirar bien. Es cierto que hay muchas personas aquí dentro y que nos hemos besado en medio de ellas, pero es más difícil que te vean entre tanta gente, además de que los compañeros del hotel no suelen venir a este local. Prefieren otros sitios con música de otro tipo; aquí solo se escucha música latina, para bailar hasta destrozarte los pies.

Busco a mis amigos al fondo, donde los he dejado hace ya rato. Siguen allí, bailando, riendo y bebiendo. Nos acercamos, y Deva se adelanta a saludar a

Javier, le da dos besos y un abrazo cariñoso. Qué facilidad tiene esta mujer para sobar a todo el mundo como si los conociera de toda la vida. Le presenta a su marido y ellos se saludan. Javier estrecha también la mano de Berto y besa a Lu. Nos quedamos allí con ellos, y todos juntos hablamos y bailamos tranquilamente, sin más sobresaltos de manos por todas partes. Menos mal, porque no sé si voy a poder aguantar mucho rato más sin abalanzarme sobre Javier. Hoy me ha puesto al límite y creo que me da igual cruzar la raya.

Además, con lo que me ha contado cuando estábamos fuera, me ha despertado más la curiosidad por conocerlo. Saber qué se esconde tras esa actitud formal y a la vez sensible.

—Deva, ¿qué le has dicho para que viniera aquí? —pregunto a mi amiga. Capaz es de haberle contado que llevo una semana de perros porque casi no me ha hablado.

—Nada. Solo que íbamos a salir a bailar y tomar algo, que si no tenía otros planes se viniera con nosotros a despejarse de tanto trabajo —contesta sincera.

—¿Nada más?

—No. No hizo falta decirle nada más, aceptó a la primera. Creo que no ha salido del hotel desde que llegó. Y, además, le gustas. ¿Por qué te cuesta tanto verlo?

—Diviértete, no seas tonta —me dice Lu al oído, adivinando mis pensamientos—. Si no te lanzas, nunca sabrás lo que puede pasar. —Me guiña un ojo y señala a Berto. Yo le doy un sonoro beso en la mejilla.

Vale. Decidido. Que pase lo que tenga que pasar. Estoy como una cabra, pero a mi edad ya no merece la pena pensar tanto las cosas, y Javier me gusta mucho.

Al cabo de media hora, Deva y Lourdes me dicen que se marchan ya. Son casi las dos de la madrugada, han bebido, bailado, reído y hablado, y ya tienen suficiente por esta noche. Yo les agradezco que hayan salido por mí; querían animarme y resulta que me he pasado media noche con Javier en lugar de con ellos, pero Deva me dice que estaba *planeado* así y se ríe en mi cara. Menuda encerrona me ha montado.

—Aprovecha y sigue con el bailoteo un rato más. Te lo comes a besos y, cuando lo tengas a tope, te lo llevas a casa y le pegas un buen meneo. —Levanta las manos y mueve exageradamente la cintura.

—Estás muy loca, ¿lo sabes? —Me río.

—No lo sabes tú bien —interviene Gabi—. Anda, vámonos. Yo sí que te voy a dar un buen meneo en cuanto llegemos a casa —le dice a ella, y le da una palmada en el trasero. No puedo evitar reírme con ganas. Vaya pareja.

Pasados diez minutos, mis cuatro amigos salen por la puerta del local, dejándonos a Javier y a mí allí.

—¿Qué quieres hacer? —Me coge por la cintura y me aprieta contra él.

Me mira como a un *brownie* recién horneado, y a mí se me empiezan a derretir las pepitas... de chocolate.

—Besarte hasta que me duelan los labios —uso su frase anterior, de la que no he podido olvidarme. Cojo mi bolso, que está en uno de los taburetes que hay junto a la mesa que hemos usado durante la noche, y tiro de Javier hacia la puerta—. Nos vamos.

Él sonríe, complacido, y me muero cada vez que lo hace.

Al salir a la calle, cojo el móvil del bolso; supongo que no habrá novedades, porque los niños están controlados en casa de su amigo.

—¡Quince llamadas perdidas! Joder. Pero ¿qué pasa? —grito, al ver la pantalla del móvil.

—¿Qué ocurre? —pregunta Javier, alarmado, al oírme gritar.

—No lo sé —le contesto.

Empiezan a temblarme las manos. Voy a la lista de llamadas y veo que hay siete de Adrián, en diferentes horas entre las doce y la una y media; dos llamadas de Marina, la madre del amigo de mis hijos, y seis de Nando. Llamo a Nando, la última es de él. Esto no tiene buena pinta. Contesta al primer tono.

—Nando, ¿qué pasa? —pregunto, angustiada.

—Estrella, estate tranquila, ¿vale? —me contesta en un tono suave, pero lo noto nervioso.

—¡Dime qué pasa de una vez! —grito de nuevo. No puedo evitar dar vueltas de un lado a otro de la calle.

—Estamos en el hospital. Le han dado una paliza a Biel —me explica.

Noto cómo el corazón se me acelera tanto que creo que va a darme una taquicardia.

—Pero ¿cómo? ¡Si estaban en casa de un amigo! —grito, fuera de mí.

—Han bajado un rato a la playa a jugar al fútbol, antes de las doce de la noche... Escucha, ¿puedes venir? Mejor te lo explico aquí. Biel se va a tener que quedar un par de días ingresado en observación. Estamos en la tercera planta, habitación 306. Acaban de subirlo, nos dejarán quedarnos un rato, pero a estas horas nos echarán en cualquier momento —me explica.

—Y Adrián, ¿dónde está?

—Está aquí conmigo. Él está bien —me tranquiliza.

—Voy para allí ahora mismo. —Cuelgo el teléfono sin despedirme. Intento meterlo dentro del bolso, pero me doy cuenta de que no puedo, me tiemblan demasiado las manos—. Mierda. Joder —grito, impotente. Noto cómo las lágrimas inundan mis ojos y se me seca la garganta.

Javier se acerca para cogerme de las manos, me quita el iPhone y lo mete en

mi bolso, que me cuelga en bandolera. Coge mi cara con sus manos.

—Estrella, mírame —dice en tono serio. Lo miro, pero no lo veo; estoy llorando y no puedo concentrarme. Me limpia los ojos con sus dedos—. Estrella, mírame —repite. Parpadeo muy rápidamente y enfoco a su rostro—. ¿Adónde tienes que ir?

—Al hospital. Pero no sé si voy a poder conducir con el estado de nervios que tengo —contesto, viéndole la cara por fin.

—Yo te llevo. Pero tendremos que ir en tu coche, porque yo he venido en moto y solo traje un casco —me dice, despacio. Imagino que para que lo entienda, porque creo que sabe que ahora mismo ni siento ni padezco. Asiento para indicarle que lo he entendido—. ¿Dónde está tu coche? —No ha apartado sus manos de mi cara.

—A dos calles de aquí.

—Bien. Vamos. —Me coge de la mano y tira de mí con suavidad hacia adelante.

Al llegar al final de la calle, en la esquina, lo dirijo a la derecha y, después de pasar dos calles más, meto mi mano en el bolso y saco las llaves, que pongo sobre la mano que Javier me acaba de tender. Le da al mando, y las luces de mi Nissan Juke parpadean. Nos dirigimos hacia las puertas, y Javier me suelta cuando tenemos que montarnos por sitios distintos; hasta ahora no me ha soltado ni un segundo.

—No sé dónde está el hospital. ¿Puedes poner la dirección en el GPS? —pregunta, al tiempo que se abrocha el cinturón.

—Sí. —Trasteo en la pantalla del GPS del coche con las manos temblorosas, mientras Javier ajusta el asiento y los espejos. Se pone en marcha cuando la voz electrónica indica que gire a la izquierda en veinte metros.

Vamos en silencio. Siento sacudidas por todo el cuerpo. ¿Cómo le han dado una paliza a Biel? No puedo creerlo. Estoy histérica. Noto la mano de Javier sobre la parte baja de mi muslo.

—Tranquila. Todo irá bien. —Me calma sin dejar de mirar la carretera. Lo miro, está muy serio, diría que incluso angustiado—. ¿Quieres explicarme qué ha pasado y quién está en el hospital? —Me mira un momento para luego volver la vista a la carretera.

Con todo el lío, no le he contado nada de lo que he hablado por teléfono. Ni tampoco que tengo dos hijos, aunque eso debe de estar en mi expediente del hotel. Si vio mi negativa al puesto directivo, también ha debido de ver esto otro. Respiro hondo varias veces y me limpio las lágrimas.

—Tengo dos hijos, Adrián y Biel. Tienen dieciséis años, son mellizos. Hoy, los dos habían quedado con unos amigos para pasar la noche en casa de uno de

ellos. Los padres estaban en casa también. Yo misma los he dejado en el portal antes de ir al Salseando. —No puedo dejar de hablar, parece que expresarlo apacigua la presión que siento en el pecho—. No sé qué habrá pasado porque Nando, mi exmarido, no ha querido explicármelo por teléfono. Pero, al parecer, a Biel le han dado una paliza, no sé por qué ni quién. Es posible que tenga que pasar varios días en el hospital. Se ha metido en alguna pelea que otra; hay algunos chicos que insultan a Adrián porque es homosexual, y Biel es muy temperamental. Pero no sé si esta paliza tiene algo que ver con eso o no. No sé nada más. —Me tapo la cara con las manos y no puedo evitar ponerme a llorar.

—Tranquilízate, ¿vale? Seguro que está bien. —Me acaricia el brazo.

No puedo dejar de llorar. ¿Cómo voy a cuidar de ellos? ¿Cómo voy a protegerlos de tanta mierda que hay esparcida por todas partes? Mis niños. Son mis niños y no quiero que les hagan daño. Tengo ganas de arrancarle los brazos a quién le haya hecho esto. Me seco las lágrimas y dejo la cabeza apoyada en el asiento. Cierro los ojos. Por favor, que esté bien, que mi niño esté bien. No sé a quién se lo pido, pero quiero que me lo conceda porque, si no, no sé cómo voy a seguir viviendo.

El coche brinca un poco y abro los ojos. Estamos entrando en el *parking* del hospital. Estoy tan nerviosa que no me he enterado de que llegábamos. Javier lo aparca con rapidez y salimos del coche. Corro hacia el ascensor seguida por él y subimos hasta la tercera planta. Javier me frota la espalda mientras pasan los segundos más eternos de mi vida. Cuando se abren las puertas, miro los carteles que indican los números de habitación y ando a paso muy ligero. Veo a Adrián apoyado en el marco de una de las puertas que se abren hacia dentro de la pared del pasillo.

—Adri —lo llamo y echo a correr en su dirección.

Él me mira y se dirige también hacia mí a grandes zancadas. Cuando llego a su altura, lo abrazo por la cintura con mucha fuerza y él hace lo mismo sobre mis hombros. Le beso el pecho y me echo a llorar de nuevo.

—Tranquila, mamá. Biel está bien. Un poco magullado, pero no está grave —explica mi hijo, y me besa la cabeza, como si la niña asustada fuese yo.

Siento aflojarse todos los músculos de mi cuerpo. Biel está bien. Mi niño está bien. Me separo un poco de él y lo miro a la cara; tiene un par de moretones. Le cojo de las mejillas.

—¿Tú estás bien?

—Sí, me han golpeado al intentar parar la locura que se ha liado —dice con vergüenza.

—Ahora voy a ver a tu hermano, pero luego me vas a explicar con pelos y señales lo que ha ocurrido —le riño con suavidad. Le doy un beso en la mejilla

amoratada.

Adrián mira por encima de mi cabeza y me doy la vuelta. Javier está apoyado en la pared, muy cerca de nosotros, con las manos metidas en los bolsillos del tejabo.

—Perdona, Javier —me dirijo a él—. Este es mi hijo Adrián. —Saca las manos de los bolsillos y estrecha la derecha con la de mi hijo.

—Hola. Siento lo que ha pasado —le dice.

—Gracias —contesta mi hijo—. ¿Este es el tío con el que habías quedado para que te *empotrara*? —me dice en voz baja, pero no tanto como para que Javier no lo oiga.

Le doy un guantazo en el pecho.

—No había quedado con nadie y lo sabes. No seas cretino. —Si tiene ganas de bromear, es que la cosa no ha sido tan grave—. Voy a ver a tu hermano y, por favor, compórtate —le advierto—. No hagas caso a nada de lo que te cuente —le digo a Javier. Él sonrío tímido.

Los dejo allí a los dos y entro por la puerta donde Adrián estaba apoyado hace unos minutos, y veo a mi otro hijo tumbado en la cama del centro de la estancia, y a su padre sentado en la butaca con el codo apoyado en el reposabrazos y la cabeza sobre la mano. Creo que está dormitando. Me acerco poco a poco y miro a Biel de cerca. Tiene una vía puesta con suero y algo más colgando del palo metálico. Un vendaje le cubre la frente y la ceja que se había cerrado en los días anteriores vuelve a estar cosida. Lleva varios cortes en la mejilla izquierda y tiene un ojo completamente morado. Sus brazos descansan a sus costados sobre la sábana. Está dormido.

Me llevo la mano a la boca porque no puedo creer lo que le han hecho. Esto se lo han debido de hacer entre unos cuantos, eso está claro. Uno solo no habría podido marcarlo tanto. Se me saltan de nuevo las lágrimas. Me siento a su lado en la cama y le cojo la mano, le acaricio la mejilla y no puedo dejar de llorar. Pero ¿qué te han hecho? ¿Por qué? Mueve un poco la cabeza y abre un ojo, el que no tiene morado, las largas pestañas del otro apenas se le despegan. Me mira y hace una mueca con la boca.

—Hola, mamá. Qué mala cara tienes. —Sonríe. Me tiro sobre su pecho y le abrazo—. ¡AH! —grita.

—¿Qué pasa? —pregunto, asustada, y me separo de él.

—Que tengo una costilla desgarrada —dice, aún con el dolor marcado en su rostro.

—Perdona, cariño, perdona. —Me acerco a él en la cama y le beso la mano.

—Vale, vale, pero no me abrases, que me vas a romper. Esto duele un huevo —se queja.

—Estrella... —Oigo a Nando, que se ha acercado a nosotros.

—¿Qué ha pasado?

—¿Se lo quieres explicar tú? —le pregunta a Biel.

Mi hijo asiente.

—Hemos bajado a la playa a echar un partido —empieza a hablar en voz muy baja. Su amigo vive en pleno paseo marítimo, así que no estaban muy lejos—. Cuando estábamos allí, ha venido un grupo de chicos, entre los que estaba el gilipollas que siempre insulta a Adrián. Nos han visto y se han empezado a meter con nosotros. El imbécil le ha dicho a los otros que yo era quien le había roto la nariz en la pelea que tuvimos en la graduación. Eran más de diez, y varios de ellos eran mayores que nosotros. Dos me han agarrado y otro me ha empezado a pegar. —Traga saliva—. Los demás han intentado separarlos de mí, pero los otros eran más y los han retenido hasta que me han dejado tirado en la arena sangrando. Después se han largado por donde habían venido. —Se queda callado mirándome.

Cierro los ojos y le aprieto la mano. Respiro hondo, tratando de calmarme, porque tengo ganas de patearlo todo.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunto a Nando, para desviar mis propios pensamientos.

Él rodea la cama y me coge del brazo, tira de mí para alejarnos de la cama donde Biel se ha quedado otra vez medio dormido.

—Ven, dejémoslo descansar. —Baja la voz y me lleva al otro lado de la habitación—. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. Parece que no tiene nada, pero quieren tenerlo vigilado, al menos veinticuatro horas. Por lo demás, solo tiene golpes y algún corte. Lo que más va a costar recuperar va a ser la costilla, pero al menos no está rota.

Resoplo y me masajeo las sienes con los dedos para aliviar la tensión que se me ha acumulado en la última media hora.

—Malditos capullos. Habrá que denunciarlos.

—Biel no quiere.

—¿Cómo que no quiere? ¿Qué significa eso? —pregunto en voz baja pero indignada.

—Lo que has oído. No quiere. El hospital envía un informe a las autoridades para que se tramite, pero Biel dice que, cuando llegue el momento, no quiere hacerlo. Quiere olvidarlo y ya está —me explica Nando con los brazos cruzados sobre el pecho—. Ya he intentado convencerlo, pero no quiere —dice, frustrado.

—Vale, dejémoslo así de momento. Quizá en unos días cambie de idea. —Miro hacia la cama—. ¿Tú has visto cómo lo han puesto? ¿Qué clase de animales sujetan a un crío mientras otro lo golpea? —Niego con la cabeza.

—Escucha, Estrella, ahora vete a casa y descansa un poco...

—¿Qué dices? Yo no me muevo de aquí —lo interrumpo.

—¿Quieres escucharme, por favor? —Odio cuando se pone en plan *padre* conmigo—. Vete a casa con Adrián. Descansáis un poco y volvéis por la mañana. Ahora solo puede haber un acompañante. Nos han dejado estar aquí porque acaban de subirlo a planta, pero nos van a echar en breve. Así que, por favor, vete a casa. Adrián también necesita descansar, lo ha pasado muy mal esta noche.

¿Por qué siempre tiene razón? Arg.

—De acuerdo.

Nando me acompaña con el brazo hacia afuera de la habitación. Adrián y Javier están sentados en dos butacas de plástico del pasillo, hablando en voz baja. Al vernos salir, se levantan los dos a la vez, como si tuvieran un resorte en el trasero.

—Nando, él es Javier. Javier, él es Nando, el padre de mis hijos —hago las presentaciones.

Es la primera vez que les presento a otro hombre. Desde que nos divorciamos, yo no he salido con nadie en serio y nunca se ha dado el caso en que tuviera que hacerlo, aunque con Javier tampoco estoy saliendo, ¿no? Es curioso, pero siempre pensé que me sentiría incómoda y, no sé si es por la situación, pero me parece de lo más natural, además de que mi *jefe* es todo educación y buenas maneras.

—Hola, encantado de conocerte, aunque sea en estas circunstancias —dice un tanto serio.

—Igualmente —contesta Nando con naturalidad, y estrecha la mano que Javier le ha tendido.

Bueno, pues venga. Todos los hombres de mi vida actual en el mismo sitio. Aunque sea en un maldito hospital.

—Adrián, nos vamos a casa a descansar un poco y vendremos por la mañana. Tu padre se quedará aquí con Biel —le explico a mi hijo—. Aprovecharé y le traeré algo de ropa y de aseo para cuando salga. —Me dirijo a Nando. Él asiente—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, Sandra vendrá por la mañana a buscarme y me iré a casa.

—Bien, pues nos vamos. —Entro en la habitación donde está mi hijo y lo beso muy despacio en el hueco de la frente que no tiene heridas. Sigue dormido. Deben de haberle dado algo para que descanse.

Salgo al pasillo y veo cómo Nando y Adrián se abrazan. Son los dos iguales; altos, morenos, ojos oscuros, piel bronceada... Dos calcos, vamos. Bueno, el calco es Adrián, claro. Además de que los dos son sosegados y con un temple

que más quisiera tener yo, aunque solo fuese la mitad o un cuarto.

Cuando se separan, me acerco a darle un beso en la mejilla a Nando. Javier le vuelve a tender la mano, que Nando coge en señal de despedida.

Agarro a mi hijo por la cintura y él a mí por los hombros mientras caminamos por los pasillos del hospital hacia el *parking*. Javier va a nuestro lado, lo miro y sonrío agradecida por su compañía. Él me responde de igual modo. El resto del camino lo hacemos los tres en silencio.

—¿Quieres que conduzca yo? —me pregunta Javier al llegar al coche.

—Si no te importa. Estoy agotada —le ruego.

—No, no me importa. —Sonríe y abre el coche con mis llaves, que aún lleva él.

Volvemos a la misma calle de donde salimos hace ya una hora y media. Javier deja el coche con los cuatro intermitentes aparcado en un vado. Se vuelve hacia el asiento de atrás y extiende su mano hacia Adrián.

—Bueno, chaval. Un placer conocerte, espero que podamos seguir hablando y, si algún día quieres salir a escalar, pídele mi número a tu madre. Y, cuando tu hermano se recupere, también podemos hacer algo juntos —le dice sonriendo.

—Claro, eso está hecho. Gracias —contesta Adrián, entusiasmado, y estrecha la mano de mi... jefe.

—¿Perdón? ¿Me he perdido algo? —pregunto con una ceja levantada.

—Javier me ha dicho que hace escalada y ya sabes que es algo que siempre había querido probar —explica mi hijo cogido al reposacabezas de mi asiento.

—Ah... —contesto, y debo de tener cara de tonta, porque no se me ocurre nada más que decir.

—Gracias por esta noche, Estrella... —empieza a despedirse Javier.

—Espera, te acompaño afuera —lo interrumpo, y abro la puerta del coche para salir. Él hace lo mismo y caminamos hasta la esquina de la siguiente calle —. ¿Qué rollo le has metido a mi hijo? —pregunto medio en serio, medio en broma.

—No le he metido ningún rollo. Hemos hablado un rato en el hospital. Nada más. —Se encoge de hombros y sonrío.

—No tienes por qué llevarlo a ningún sitio —le digo, para liberarlo de algo que seguro ha hecho por compromiso. No nos conoce de nada.

—¿Por qué no? Solo es ir a escalar. Además, aquí no conozco a nadie, me vendrá bien relacionarme con más gente —contesta, sin dejar de sonreír de esa forma que me vuelve loca.

—¿Con dos adolescentes de dieciséis años? —arrugo el ceño.

—Son personas igual que las demás, ¿no?

—Vale. Estoy cansada, ya hablaremos de esto otro día. —Decido posponer

esta conversación, porque ahora mismo lo único que me apetece es meterme en la cama cuanto antes para poder descansar y volver junto a Biel en el hospital—. Gracias por todo lo que has hecho por mí esta noche.

—De nada. Ha sido un placer.

—De verdad, gracias —insisto, porque no creo que cualquiera al que conoces desde hace pocos días hubiese actuado de la misma forma en que él lo ha hecho.

—¿Puedo darte un beso de despedida? —pregunta, con una media sonrisa.

Asiento, sorprendida por su petición.

Se acerca, me rodea la cintura con sus brazos y me besa, me besa de una forma lánguida y profunda, como queriendo impregnar dentro de su boca el sabor de la mía. Me arrastra hasta el portal que tenemos al lado y me apoya en la pared, se aprieta contra mí con fuerza. Vuelvo a sentir los latigazos que me invadieron hace unas horas cuando me besaba mientras bailábamos cerca de allí. No sé cómo lo hace, pero con un beso es capaz de hacer temblar todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. La cabeza vuelve a darme vueltas y necesito parar, porque parecemos dos veinteañeros morreándonos en un portal y, por lo menos yo, tengo el doble de edad. Me separo de repente.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.

—¿Cómo? —dice él, y abre los ojos de golpe.

—Que, ¿qué edad tienes?

—Y eso, ¿a qué viene ahora?

—Contesta —insisto, con una sonrisa en la boca.

—Cuarenta.

—Vale. —Y vuelvo a besarlo—. Espera, ¿por qué no tienes ni una cana? —Vuelvo a separar mi boca.

—¿Qué? No sé. ¿Buena genética? —Arruga la nariz.

—De eso que no te quepa duda. —Ciño mis dedos alrededor de sus brazos.

—Estás loca, ¿lo sabes? —Se ríe en mi boca.

—Como una cabra.

—Y me estás volviendo loco a mí —susurra, y aprieta su boca contra mis labios.

—Tengo que irme. Adrián está en el coche —digo, entre beso y beso.

—Sí. Mejor vete, si no quieres que abra el portal y te meta mano en el rellano. —Se ríe. Este hombre es capaz de leerme los pensamientos. Qué peligro.

Me separo muy a mi pesar.

—Me voy.

—Vale. Te llamo mañana para ver cómo sigue Biel. —Se aparta de mi cuerpo.

Me gusta que los llame por su nombre y no se refiera a ellos como mis hijos,

o cualquier otro apelativo impersonal, y que se preocupe por ellos, aunque no acabo de entender el porqué.

—Adiós.

—Adiós. —Suelta sus manos de mi cintura.

Cuando vuelvo al coche, Adrián está en el asiento del copiloto mirando su móvil. Entro en el coche y arranco. No veo nada por los retrovisores y no llego a los pedales. Recoloco todo a mi posición después de que Javier lo dejara a su altura.

—¿Te has pegado el lote con él? —pregunta Adrián.

—¿Perdona? —Me giro para mirarlo.

—Tienes los labios hinchados y la barbilla roja. —Se ríe, y señala la zona con el dedo.

—Cállate. —Y le aparto el dedo de un manotazo. Él se carcajea.

—Parece buen tío, ¿te gusta?

—¿Me vas a dar la charla? —pregunto, mirando por el espejo para salir a la carretera.

—No, no quiero volver a oír hablar de *empotramientos*. —Se ríe, y apoya la cabeza en el asiento.

—Mejor.

Llegamos a casa en varios minutos, me aseó un poco y me desnudo para meterme en la cama.

—Mamá... —Adrián aparece en la puerta de mi habitación.

—¿Sí?

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

Levanto la cabeza y lo miro.

—Pues claro, cariño. —Ay, mi niño... tiene un tamaño enorme, pero, en el fondo, es solo un niño. Los dos son unos niños. Mis niños.

Se acerca para ayudarme con la sábana y nos sentamos los dos en la cama. Me pongo un pijama, apago la luz y me acuesto pegada a su costado. Él está boca arriba y le paso mi brazo por la cintura.

—Te quiero, mamá —susurra.

Vaya nudo se me acaba de hacer en la garganta.

—Yo también te quiero, cielo. Más que a mi vida. —Lo abrazo fuerte.

QUÉ INTENCIONES TIENES

Son las siete de la tarde y llevamos todo el día en el hospital. Biel está mucho mejor, después de dormir desde la madrugada hasta pasado el mediodía. Nando y Sandra se marcharon por la mañana cuando llegamos Adrián y yo, luego volvieron después de comer y se acaban de ir. Nando volverá a las nueve para llevarse a Adrián, esta noche me quedo en el hospital. El médico ha pasado a primera hora de la tarde para revisar las heridas de mi hijo y parece que todo va evolucionando favorablemente. Es posible que mañana por la mañana nos vayamos a casa. Biel va a tener que estar inmovilizado algunos días en la cama para que la costilla se recupere como es debido.

Deva, Gabi, Lu y Berto también han venido a verlo esta tarde. Por la mañana, les expliqué lo que había sucedido y se han presentado en el hospital de visita. También he avisado a mi hermano y a mi madre; ella no se ha quedado tranquila hasta que no ha hablado con el niño y ha comprobado que estaba bien. Quería volver de Valencia en el primer tren, pero le he dicho que ni hablar. Lo que faltaba, que ella tuviera que dejar de estar con la familia de mi hermano; solo se ven en verano y en Navidad. Ve a mis sobrinas muy poco al año. Así que se queda en Valencia; por una vez, que nos haga caso ella a nosotros.

Adrián no se ha separado de la cama de su hermano en todo el día. Han pasado las horas entre charlas y risas, conectados al móvil con sus amigos. Todos estaban preocupados por él. Estoy sentada en la butaca y los miro, ahí, en esa cama de hospital, y vuelve el pleno sentimiento de orgullo. Se me llena el pecho de aire cuando los veo a los dos juntos, y parece que hasta respiro mejor si los tengo a la vista en todo momento.

—Ayer conocí al novio de mamá —le dice Adrián a su hermano.

—¿Tienes novio? —vocea el otro, con los ojos entrecerrados.

—No es mi novio. Es mi jefe —aclaro.

—¿Te has liado con tu jefe? —pregunta Adrián, sorprendido. Al parecer, no disponía de ese dato.

—Que no. Dios, qué pesados sois —me quejo.

—Mamá, ya sabes lo que dicen: donde tengas la olla, no pongas la... —
Adrián no termina la frase.

—Polla. —Si Biel no la acaba, revienta. Mira que le gusta decir palabrotas a

este crío. ¿A quién se parecerá?

—A ver, ññatos. Que no es mi novio, ni me he liado con él, ¿estamos? —sentencio, sin poder aguantar la risa.

—Pero anoche se besaron.

—Muy bonito, mamá, yo aquí tirado en esta cama y tú dándote el lote —dice Biel, que se lleva una mano a los ojos y finge una sonrisa con frustración.

—Ya vale. No vamos a hablar de mi vida privada en este momento. —Mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo de mi pantalón. Salvada. Lo saco y miro la pantalla—. Hola, Javier —contesto. Veo a Adrián que da golpecitos en el hombro de su hermano y le hace gestos con los dedos señalándome.

—Es él —confirma al oído de su hermano.

Pongo mi dedo índice sobre mis labios para que se callen.

—¿Cómo está Biel? —Oigo a través del teléfono.

—Bastante mejor. Ha dormido mucho y parece que todo va evolucionando para bien —le contesto, de espaldas a mis hijos, porque no quiero ver cómo se ríen de mí.

—Me alegro. ¿Estás en el hospital?

—Sí, hoy me quedo de guardia toda la noche.

—¿Te importa si voy un rato?

—Eh... bueno, si quieres venir, pero no tienes por qué hacerlo —contesto, con las cejas arqueadas.

—Sí quiero ir, pero no quisiera molestar si estáis toda la familia ahí.

—No molestas. Además, ahora solo estamos Adrián y yo. Dentro de un rato vendrá Nando a buscarlo para que duerma en su casa.

—Estoy en el hotel y ya salgo. Te veo ahora —dice, en un tono que me parece... ¿encantado? ¿Encantado de pasar por un hospital?

—Vale, hasta ahora —me despido.

Me quedo mirando el móvil. No me lo puedo creer. ¿Por qué quiere venir al hospital? ¿No había suficiente con llamar para preguntar cómo está Biel? No entiendo nada.

—¿Va a venir? —pregunta Biel.

—Eh... eso parece —contesto, aún en albis.

—Debes gustarle mucho para que quiera venir a un sitio tan desagradable solo para verte —argumenta Adrián.

Me doy la vuelta y los miro.

—¿Tú crees? —pregunto, atontada.

Los dos se me quedan mirando muy serios y asienten con la cabeza enérgicamente, convencidos. Acto seguido, se echan a reír a carcajadas. Biel se pone la mano en el costado quejándose por el dolor de la costilla entre risotadas

y sollozos. Pongo los ojos en blanco, estos críos van a acabar conmigo.

—Arréglate un poco, que estás hecha una pena —consigue decir Biel entre quejidos.

—¿Te quieres callar ya? Esa costilla no se te va a curar si no te portas bien — lo reprendo.

En media hora, unos golpes en la puerta de la habitación nos sacan de nuestra conversación; se abre, y Javier aparece tras ella. Me giro en la cama donde estoy sentada junto a mis dos cafres, y lo veo sonreír tímidamente.

—Hola, ¿se puede? —dice sin acabar de entrar.

—Claro, pasa. —Biel lo invita con la mano.

Me levanto y me acerco a él, pero me quedo quieta a medio camino porque no sé muy bien cómo saludarlo. ¿Lo beso? ¿Le estrecho la mano? ¿Qué? Él se adelanta y me besa en la mejilla.

—¿Qué tal estás? —pregunta, sin dejar de mirarme.

—Bien, un poco cansada, pero bien —contesto, y noto cómo nos taladran la espalda los dos pares de ojos que hay en la habitación. Me doy la vuelta—. Este es mi otro hijo, Biel, o lo que queda de él —bromeo, porque ahora sí que estoy bastante nerviosa. Biel hace una mueca con la boca.

—Hola, Biel. ¿Cómo te encuentras? —saluda Javier, y alarga la mano hacia él.

—Aún estoy vivo, que es mucho —contesta el otro, aceptando el saludo.

—Creo que va a hacer falta mucho más que una paliza para que acaben contigo, ¿no crees? —sonríe. ¿Este hombre tiene respuesta para todo?

—Creo que sí —contesta con suficiencia—. Me gusta este tío —le dice a su hermano como si Javier no estuviera allí.

—Hola, Adrián

—Hola, ¿cómo te va?

—Eh... os he traído algo. —Levanta una bolsa de papel frente a nuestras caras.

—No tenías que traer nada —digo.

—Ya, pero he ido a comprar unas cosas, los he visto y me ha apetecido regalárselos —contesta. Su mirada me pide perdón por haberse tomado esa libertad y deja la bolsa sobre la cama.

Adrián la coge con cuidado y la abre. Saca dos paquetes y le da uno a su hermano. Rasgan el papel de regalo y sacan dos pares de guantes.

—Son para escalar. Para cuando os apetezca empezar a practicar —explica Javier.

—Halaaaaaaa, molan un montón —dice Adrián emocionado.

—Qué flipada —grita Biel, y mete la mano en uno de ellos.

¿Flipada? Yo sí que estoy flipada con este hombre. Javier se acerca y los ayuda a colocarse bien los guantes. Les mira las manos y asiente satisfecho.

—Parece que he acertado con la talla.

—¿Qué se dice? —interrumpo, como una madre quisquillosa que habla con sus hijos de tres años.

—Graciaaaaaaassss —contestan los dos a la vez con tono de niños pequeños. Javier se echa a reír con ganas.

Y aquí estamos los cuatro hablando de escalada, de motos, de series de televisión, de aplicaciones de móvil, de fútbol, de baloncesto... Observo a Javier y se le ve muy cómodo, en su salsa, contento. Tiene una sonrisa diferente a las que he visto en su rostro en otras ocasiones; esta es más... ¿fraternal? No sé casi nada de él. Solo que ha venido a dirigir un hotel que pertenece a su padre y a otros socios, e imagino que por herencia una parte de toda la cadena le corresponde. Que aprendió a bailar de la mano de su madre. Que perdió a un hermano. Que se está divorciando. Que vive en una habitación de veinte metros cuadrados y no le importa. Que tiene una moto. Que escala. Que le importa la gente que trabaja en el hotel. Y pienso en los comentarios que me hicieron los supervisores cuando él reorganizó los procesos de los otros hoteles y despidió a parte de las plantillas; pero el Javier que está aquí sentado con mis hijos, charlando como si los conociera desde siempre, no tiene nada que ver con ese del que ellos hablan, o al menos, a mí no me lo parece. Y me doy cuenta de que este Javier me gusta, me gusta mucho.

—Y dime, Javier. —Oigo que habla Biel—. ¿Qué intenciones tienes con mi madre? —pregunta muy serio.

—¡Biel! —lo regaño—. ¿Ese golpe de la cabeza te ha afectado más de lo que pensamos?

Adrián se tapa la boca porque no puede contener la risa. Javier carraspea un poco y veo que intenta ponerse más serio.

—Ni te molestes en contestar —le digo.

—Me parece lógico que quieran saberlo. Eres su madre —contesta. Intenta disimular la risa que se le escapa por los labios, pero no lo consigue del todo—. Bueno... —Carraspea de nuevo, y se gira para mirar a los canallas que tengo por hijos—. Nos conocemos desde hace unas semanas, pero hemos trabajado muchas horas juntos. Me gusta cómo habla con todo el mundo en el hotel, conoce el nombre de cada uno de sus compañeros y los trata siempre con respeto e incluso a muchos, con cariño. Me gusta cómo se remueve en su silla cuando hay algo que no sale como quisiera. Me gusta cómo se le levanta la ceja derecha cuando algo la sorprende. Me gusta cómo se le arruga la nariz cuando se enfada, como ahora. —Se gira hacia mí y me doy cuenta de que realmente estoy

arrugando la nariz, así que dejo de hacerlo—. Me gustan las conversaciones absurdas que tiene con Deva, Lourdes y Berto. Me gusta cómo coge los *tetrabriks* de leche de soja. —Sonríe y yo también—. Me gusta cómo os mira. Me gusta cómo baila...

—Pues tendrías que verla boxear —interrumpe Biel.

—La he visto, sí —Sonríe—. Me gusta, sobre todo, su forma de acabar los combates.

Suelto una carcajada al recordar aquel momento de los dos sudorosos en el tatami y mi movimiento de cadera para empujarlo.

—Sigue, estoy muy interesada en lo que estás diciendo —lo incito, para no parar la conversación en ese punto y porque estoy flipando en cómo se ha fijado en muchos de mis comportamientos en tan pocos días.

—Me gusta cómo le brillan esos enormes ojos castaños cuando sonrío. —Ahora ya no mira a mis hijos; tiene su mirada clavada en la mía—. Me gusta cómo camina por la playa con las sandalias en la mano. Me gusta cómo sujeta el vaso cuando toma café, cruzando el brazo libre sobre el otro. Me gusta cómo se alisa continuamente las solapas de la americana...

—Suficiente —interrumpe Adrián, con un movimiento de mano—. Para, antes de que nos digas que te gusta cómo la *empotras* contra la pared, porque no creo que podamos soportarlo.

Javier lo mira estupefacto.

—Adrián, ¿te quieres callar? —lo riño, avergonzada.

—Bueno, eso aún no puedo decírtelo. —Sonríe un poco tímido.

—Muy bien, mamá, no debes acostarte con alguien a la primera de cambio —opina Biel.

—Biel, por favor. Ya está bien —lo reprendo—. Venga, se acabaron las preguntitas —zanjo el asunto.

Una enfermera entra en la habitación con la bandeja de la cena para Biel.

—Hola, guapetón. ¿Cómo te encuentras? —saluda, mientras deja la comida sobre la mesa auxiliar.

—Mucho mejor, gracias —contesta, muy educado. A veces creo que este niño tiene un problema de personalidad múltiple—. Aunque no creo que sea gracias a la comida que servís aquí. —¿Lo ves? Con él siempre hay una de cal y otra de arena. La enfermera se marcha con una sonrisa comedida.

Javier aprieta los labios para no soltar una carcajada, creo. Dios, qué cruz.

Adrián le da el mando de la cama a su hermano para que se acomode y yo preparo la bandeja para colocarla en su regazo.

En ese momento, Nando asoma por la puerta y saluda a Javier, porque es al primero que se encuentra, ya que este se ha alejado un poco para que podamos

maniobrar con la cena de Biel. Se acerca a nosotros y nos da un beso a cada uno.

—¿Queréis salir a cenar? Yo me quedo con Biel hasta que volváis y luego nos vamos a casa —me dice Nando.

—Ah, pues sí. Y compraré algo por si Biel se queda con hambre. Parece que la comida de aquí no le gusta demasiado.

Le explico a Adrián que vamos a bajar a cenar y cojo mi bolso para irnos. Javier también quiere venir con nosotros, después se marchará. Se despide de Biel y Nando. Cenamos los tres en un restaurante japonés que hay frente al hospital, pero no nos demoramos mucho, porque no quiero que Nando llegue tarde a casa. Sandra lo está esperando para cenar. Cuando salimos del restaurante con algo de comida para Biel, le digo a Adrián que vaya subiendo a la habitación y me quedo un momento a solas con Javier para despedirnos.

—Gracias por haber venido. Ha sido toda una sorpresa.

—Ha sido un placer. Tienes unos hijos muy divertidos —contesta con una sonrisa.

—Perdona, a veces son un poco insufribles. Adrián es más prudente, pero Biel tiene roto el filtro entre el cerebro y la boca —digo, un poco avergonzada.

—Es como tú.

—¿En serio? Pobrecillo... —vaticino.

—¿Por qué? Es elocuente, audaz, vibrante... —Me mira con intensidad y creo que ya no está hablando de mi hijo. Se acerca a mi boca y siento otra vez los latigazos en el estómago, que se extienden al resto del cuerpo cuando me besa—. No te imaginas cómo me gusta besarte —susurra, y me trago su aliento caliente entre mis labios.

—Si te gusta tanto como a mí, no solo puedo imaginarlo, sino que lo sé —murmuro, antes de meter mi lengua en su boca con fuerza. Él responde igual de efusivo, y me pierdo en el sabor de sus labios. Siento su mano apretarme una nalga y estoy a punto de encaramarme a su cintura, pero me detengo al darme cuenta de que estamos en la calle y podemos dar un buen espectáculo. Me separo un poco—. Siempre que nos besamos tengo una excusa para marcharme, vas a pensar que no me gustas.

—¿Te gusto? —pregunta, con los ojos de par en par, y fingida sorpresa.

—Mucho, ¿no te lo había dicho? —Agito las pestañas con exageración.

—Algo imaginaba, pero no estaba seguro. —Sonríe de lado.

—Me gusta cómo me besas, cómo me miras cuando lloro, cómo coges mis manos para tranquilizarme, cómo conduces mi coche, cómo me aprietas el trasero, cómo arrugas mi camiseta entre tus dedos, cómo susurras en mi boca, cómo enredas tu lengua en la mía, cómo bailas pegado a mi espalda, cómo tu barba me irrita la piel... —No me deja seguir, me besa otra vez con tanta fuerza

que no puedo evitar que un gemido salga de mi garganta.

—Estrella... —Cómo suena mi nombre en su boca, eso también me gusta.

—Sí, lo sé...

—Tengo ya una edad, pero estoy como un adolescente todo el día. Te deseo a todas horas —gime en mi oído, y a mí se me ponen los pezones como para cortar diamantes, como dice Deva.

—He de irme —musito en su oído.

—Sí, lo sé. —Se aparta. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y veo que hace un movimiento dentro de ellos. Sonríe divertido—. Este problema no lo tienes tú cada vez que nos besamos.

Miro a mi alrededor y veo que no hay nadie. Me acerco mucho a él, saco una de sus manos del bolsillo y la llevo debajo de mi camiseta, le deslizo un par de dedos por debajo de mi sujetador y los coloco sobre mi pezón duro.

—No, pero tengo este problema... entre otros —susurro a dos centímetros de su boca.

Lo acaricia con la punta de los dedos y bufa con fuerza sin dejar de mirarme. Le guiño un ojo y me alejo, haciendo que tenga que dejar escapar su mano de mi cautiverio.

—Adiós. Te llamo mañana. —Sonríe mucho y lo dejo allí plantado, me mira y niega con la cabeza. Y yo también me siento como una adolescente, de verdad que este hombre me vuelve medio boba. La adolescencia de los cuarenta, debe ser.

—Eres mala —ronronea—. Adiós, Estrella.

Cuando me acomodo en el sillón de la habitación junto a la cama de Biel, son las diez y media. Nando y Adrián se han ido hace un rato, y mi niño se ha quedado dormido después de que le hayan puesto un calmante para el dolor. Me vibra el móvil en el pantalón. Mensaje de WhatsApp.

Javier: «No voy a besarte más hasta que no tengas excusas para irte»

Yo: «Eso ya lo veremos»

Javier: «Jajajajajaja»

Yo: «No te rías, lo digo en serio»

Javier: «Yo también»

Yo: «Estás perdido, has sucumbido a mis encantos»

Javier: «Eso ya lo veremos»

Yo: «Jajajajajaja»

Javier: «No te rías, lo digo en serio»

Yo: «Yo también»

Javier: «Tienes razón. Me he perdido»

Yo: «Jajajajaja»

Javier: «Que descanses lo mejor posible. Hablamos mañana. Buenas noches. Un beso... ah, no, que he dicho que no te iba a besar más»

Yo: «Jajajajaja. Igualmente y gracias por todo. Buenas noches. Yo sí te voy a besar hasta que me duelan los labios»

SOY TODO TUYO

A las once de la mañana, salimos del hospital con Biel metido en el coche con su padre y conmigo. Hemos estado más de una hora discutiendo sobre dónde debía estar nuestro hijo, si en su casa o en la mía. Al final, como siempre, ha ganado él, argumentando que yo trabajo todos los días, mi madre no está en casa, él tiene un horario más flexible y Sandra está en casa porque no trabaja. Ella se puede hacer cargo de cuidar a Biel. Hemos acordado que yo pasaré por su casa cada día después de trabajar y me quedaré hasta la hora que quiera con él. Y así hasta que pueda moverse bien.

La casa de Nando y Sandra es de una sola planta, por lo que Biel no tendrá que subir escaleras para instalarse en su habitación, como pasa en la mía; aunque yo tenía pensado que se quedara en la habitación de mi madre que está en la planta baja y tiene el baño justo al lado. Pero nada, Biel se queda en casa de su padre. No es que no quiera, es que me siento mal por no poder cuidar de mi hijo. Ahora desearía no haber convencido a mi madre para que se quedara en Valencia, pero tampoco sería justo para ella, así que no queda otra que conformarme.

—Vete a casa a descansar un poco, llevas en el hospital desde ayer por la mañana —sugiere Nando—. Puedes volver por la tarde y quedarte hasta la hora que quieras.

Estoy tan cansada que ni me planteo rebatir el asunto y me marché a casa. Adrián viene conmigo y, mientras yo recojo en casa, pongo lavadoras, limpio y hago la comida para los dos, él limpia la piscina, barre la pinaza y riega el jardín.

Comemos en el porche, tranquilos, hablamos de cosas triviales; ya hemos tenido suficiente intensidad en los últimos días. Ellos dos tendrían que empezar al día siguiente en el campus deportivo de verano. Cada año, se inscriben durante todo el mes de julio para no pasar el día *perreando* mientras están de vacaciones y nosotros trabajamos. Pero, en esta ocasión, Biel se lo va a perder, no puede ir a hacer deporte con la costilla desgarrada. Suponemos que en agosto ya estará totalmente recuperado y podremos ir de vacaciones, como hacemos cada verano, los tres juntos. Ellos siempre se encargan de buscar vuelos de última hora para visitar alguna ciudad europea; al regresar, nos vamos en coche a Valencia a ver a mi hermano y de vuelta nos traemos a mi madre. No sabes el

calvario que es estar metida en el coche durante más de tres horas con los dos niños y mi madre, pero es el punto y final de las vacaciones y ya lo consideramos una tradición que debemos cumplir. Nando y Sandra también se los suelen llevar de vacaciones a algún sitio durante la primera quincena de agosto. La segunda quincena es mía para estar con ellos.

Puede parecer que tener vacaciones en agosto trabajando en un hotel es una contradicción, pero es el mes en que menos celebraciones externas se hacen. En cambio, es cuando se contratan más actividades de ocio y entretenimiento para los clientes. De todas formas, siempre nos combinamos los descansos unos y otros, para que nada quede sin cubrir. Deva se encarga de esas actividades y del spa, y Berto también hace las veces de supervisor de estos temas, ya que los salones no se utilizan tanto en esta época. Entre los tres y otros compañeros, junto a Lidia, organizamos el *planning* de los meses de verano y nunca hemos tenido ningún contratiempo.

Llegamos a casa de Nando y Sandra sobre las seis de la tarde, después de dormir una buena siesta y de bañarnos en la piscina.

Estoy tumbada sobre la cama junto a Biel, Adrián está sentado a los pies de su hermano. Nando entra en la habitación y se sienta en la silla del escritorio.

—Bueno, creo que tenemos una charla pendiente —dice, en su habitual tono sosegado pero contundente.

—Sí, creo que sí. —Me incorporo y me siento, apoyando la espalda en el cabezal de la cama.

—Biel, creo que eres consciente de lo que podría haberte pasado. —Mi niño rubio asiente con la cabeza—. Si vas buscando pelea, al final la encuentras.

—Yo no busqué esta pelea, papá —se excusa Biel.

—No, pero si te provocan y en seguida saltas, los que buscan pelea saben que en ti tienen a alguien con quien meterse, porque les vas a responder de la forma en que ellos quieren —intervengo.

—Exacto —confirma su padre—. Mira cómo no buscan a Adrián, o si lo buscan, siempre es cuando está contigo, porque saben que él no va a entrar en su juego, pero tú sí.

—No buscas pelea, pero la atraes, cariño —le digo, mientras acaricio su pelo.

—Lo entiendes, ¿verdad? —dice Nando con deje cansado. Hemos tenido esta conversación más veces de las que hubiésemos querido.

—Sí. Imagino que tenéis razón —contesta serio—. ¿Cómo lo haces, Adri? —

le pregunta a su hermano—. ¿Cómo puede no afectarte todo lo que te dicen?

Adrián resopla tranquilo.

—Sí que me afecta, pero no dejo que me hagan enfadar. Quiero decir que, cuando se meten conmigo o veo que lo hacen con otro, sí que me enfado, me hierve la sangre, como dices tú, pero intento calmarme, porque contestarles no va a servir de nada. Les fastidia más que no les hagas caso, que enfrentarte a ellos.

—Pero ¿la indiferencia no es un acto de cobardía? Lo que ellos hacen no está bien y, si los ignoramos, seguirán haciendo lo que les apetezca. Si nos enfrentamos a ellos, podemos combatirlos para que dejen de hacerlo, darles una lección —argumenta Biel.

—Somos minoría, no podemos enfrentarnos de cara. Debemos hacerlo de otra forma.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero hasta ahora enfrentarte a ellos solo te ha traído más problemas.

¿Quiénes son estos dos y qué han hecho con mis hijos? Estoy con la boca abierta y mirando nerviosamente a cada uno de ellos. Veo en la cara de Nando mi propio reflejo de perplejidad.

—Y no lo podéis hacer solos —interviene su padre.

—No, no podemos —contesta Adrián—. Por lo pronto, deberíamos denunciarlos. La justicia debería, al menos, desempeñar su papel.

—¿La justicia? Pero ¿tú has visto la tele? La justicia es una mierda —eleva la voz Biel—. Si no son capaces de meter en la cárcel a tíos que maltratan a sus mujeres, ¿van a poder meter a un gilipollas que le da una paliza a un menor?

—Probemos. Si no sale bien, ya pensaremos en algo —contesta mi moreno.

Biel se queda callado.

—Está bien. Deja que lo piense y lo hablamos —contesta al fin.

—Pero, por favor, no hagáis nada solos. Hagámoslo juntos. Como bien has dicho, Adri, sois minoría. Hagamos las cosas como tocan —sentencio.

—Y no os metáis en más líos —advierte Nando. Lo dice en plural, pero todos sabemos que se está refiriendo a Biel.

—Hablemos las cosas, siempre lo hemos hecho, ¿no? —sugiero.

—Sí, trazaremos un plan —dice Biel, y levanta el puño al aire.

Los tres lo miramos y nos echamos a reír.

Sandra entra en ese momento en la habitación.

—La cena está lista.

La novia de mi exmarido es encantadora. Siempre sonrío, está de buen humor y se lleva genial con nuestros hijos. No podría haber otra persona mejor para

estar con Nando y compartir la vida con los niños.

Adrián y Biel cenan juntos en la habitación de Biel, ya que no se puede levantar todavía de la cama. Nosotros tres cenamos en la terraza. Después de un buen rato de charla con ellos y de pasar un rato más con mis hijos, me marcho a casa. Adrián se queda en casa de su padre porque quiere estar con su hermano, por si necesita ayuda. No me opongo, aunque me da pena quedarme sola en casa. Pero, por otro lado, aprovecharé para relajarme un poco, que falta me hace antes de volver al trabajo mañana.

Llego a casa sobre las diez y media. Saco el móvil del bolso y lo miro, no me he conectado en todo el día. Tengo varios mensajes de Deva, Lourdes y Berto preguntando por Biel, y les respondo que ya está en casa. Contestan alegrándose por la noticia y nos despedimos hasta mañana.

Me meto en la ducha y me paso un rato bajo el agua. Dios, qué bien. Lo necesitaba después de este fin de semana de locos. Salgo desnuda y voy a la habitación. Oigo el móvil vibrar sobre la mesita. Lo miro. Es un mensaje de Javier preguntando si todo va bien con Biel. No lo he llamado ni le he dicho nada en todo el día. Lo llamo.

—Hola —contesta al primer tono—. ¿Va todo bien?

—Sí, Biel está bien. Perdona, se me ha pasado llamarte. Esta mañana nos hemos ido del hospital sobre las once. Biel se ha instalado en casa de Nando porque aquí estaría solo todo el día, y su novia, Sandra, no trabaja, así que cuidará del niño mientras su padre y yo trabajamos. Luego he estado haciendo cosas en casa con Adrián y nos hemos marchado toda la tarde para estar con Biel. Perdona, he estado desconectada todo el día —me disculpo por no haberle dicho nada antes.

—No te disculpes. Solo quería saber si Biel está bien —contesta.

—¿Solo? —pregunto, pícara.

—Bueno, y estaba deseando oír tu voz, pero no he querido llamarte por si molestaba.

—No molestas, tranquilo. He llegado a casa hace un momento y acabo de salir de la ducha.

—¿Estás desnuda? —pregunta, y puedo imaginar que sonrío.

—A decir verdad, sí. Completamente desnuda. —Me miro en el espejo de mi habitación.

Oigo un ronroneo al otro lado del auricular y se me ocurre una locura.

—¿Quieres venir a comprobarlo?

Silencio.

—¿Estás segura? —pregunta por fin, más serio.

—Sí. —Cuelgo sin despedirme y le mando la ubicación de mi casa por

WhatsApp.

Sé que no va a tardar ni quince minutos en llegar, porque el hotel está muy cerca de mi casa y, si viene en moto, va a poder aparcar en la puerta. Aprovecho ese tiempo para ponerme la crema hidratante y peinarme; dejo mi pelo suelto y sin secar. Cuando estoy acabando de ordenar un poco la habitación, oigo el timbre de la verja. Bajo las escaleras y veo por la cámara del interfono a Javier.

—Al fondo a la derecha está la puerta de casa —contesto, y abro la verja con el botón del portero automático—. Si quieres, mete la moto en el pasillo interior.

—Vale.

Espero unos minutos detrás de la puerta. Oigo cómo mete la moto y se cierra la verja. En pocos segundos, llama al timbre. Cojo el pomo con el corazón en la boca. Respiro hondo varias veces, sacudo la cabeza de un lado a otro, y abro la puerta.

Veo que la expresión de Javier cambia de una sonrisa amable a un estado de pánico; se le cae la mandíbula inferior varios centímetros. Golpe de efecto conseguido. Este hombre me hace cometer más locuras de las habituales; que ya es decir.

—Pues sí, sí que estás desnuda —consigue balbucear al verme. Pero no se mueve.

—¿No quieres pasar? —pregunto, sonriente, y le ofrezco mi mano. Dios, espero que no note que me tiembla todo el cuerpo. Él la coge y da un par de pasos hacia mí, mientras no deja de mirarme de arriba abajo con la boca abierta. Cierro la puerta con llave cuando entra.

Me abalanzo sobre su cuello con mis brazos. Él me coge de la cintura y me eleva hasta dejar nuestras bocas a la misma altura.

—Cómo se te ocurre recibirme así, ¿quieres matarme? —resopla sobre mis labios.

No contesto y clavo mi boca en la suya. Cuando noto su lengua dentro de mi boca, enredo mis piernas sobre su cintura y él amasa la parte interior de mi muslo con tanta fuerza que me hace gemir de pura anticipación. Los besos que me ha dado en los últimos dos días nada tienen que ver con lo que ahora está haciéndole a mi boca, sus gestos son feroces y arrolladores, como si hubiese dejado de contenerse, y me pierdo entre sus brazos. Su garganta no deja de emitir sonidos de placer, y su respiración se hace cada vez más insistente junto a la mía, que no puedo controlar porque he estado deseando este momento desde que lo vi entrar en mi despacho. El brazo que tiene cruzado en mi espalda sube hasta mi nuca, y con la mano aparta mi pelo para besarme el cuello. Con la boca libre, puedo respirar sin retenciones, pero mi aliento se convierte en un jadeo continuo.

—Necesito quitarme esta ropa, déjame sentir tu piel sobre mi cuerpo —ahoga su voz en mi oído.

—¿Puedes subir las escaleras, *escalador*? —pregunto en un suspiro.

Me suelta el muslo y tantea la pared buscando la barandilla, que agarra con fuerza, impulsando nuestros cuerpos hacia arriba. Sube con agilidad los diez primeros peldaños sin dejar de besarme y siento en un golpe seco cómo me empuja contra la pared del rellano entre los tramos de escalones, me aprieta con su cuerpo y yo muevo el centro del mío contra el suyo, notando su más que evidente erección.

—Diez más y estamos arriba —susurro, sin apartar mi boca de la suya.

Gira sobre su cuerpo y los sube de dos en dos, esta vez sin necesidad de la barandilla para apoyarse.

—A tu izquierda —le indico cuando estamos arriba.

Al pasar por la puerta de mi dormitorio, estiro la mano y enciendo la luz del descansillo, quiero un poco de luz para verlo, me gusta echar un polvo viendo lo que hago. Entramos en mi habitación, me estira sobre la cama de dos por dos (sí, me gustan las camas muy grandes), y se incorpora para sacarse la camiseta verde que lleva; la luz le queda detrás y puedo ver la silueta de sus hombros firmes. Se me hacen eternos los segundos que emplea en desabrocharse el tejano y bajarlo junto con el bóxer hasta debajo de las rodillas; se saca las deportivas y empuja con los pies para deshacerse de la ropa. Se tira sobre mí y me besa de nuevo, metiendo su cuerpo entre mis piernas, que he abierto para que se acomode. Siento su erección hincarse en el interior de mi muslo y, sin poder evitarlo, gimo de nuevo. Me agarro fuerte a su espalda y noto bajo mis manos todos sus músculos en tensión. Sus manos queman mi piel en su recorrido por todo mi cuerpo.

—Me vuelves loco, no sé cuánto tiempo voy a aguantar sin hundirme en ti... —jadea. Me besa los hombros y baja hacia mi pecho.

—Pues no tardes, porque me muero por tenerte dentro —contesto, casi sin aliento.

Siento cómo su boca engulle mi pezón y ahogo un grito que no quiero soltar por vergüenza. Me retuerzo alrededor de su abdomen, y él baja su mano hasta el vértice entre mis piernas; sus dedos resbalan por mis pliegues empapados y mis caderas se elevan en un movimiento involuntario que yo no he ordenado. De repente, suelta mi pecho y baja arrastrando sus labios por mi abdomen, se coloca entre mis piernas y me mira desde esa posición. Yo lo miro a los ojos, que le brillan como no había visto antes.

—Antes me voy a comer el postre. Me has llamado y lo he dejado intacto encima de la mesa. —Sonríe muy lascivo.

Dejo caer mi cabeza sobre la cama y me preparo para lo que creo va a ser una tortura por dejarlo a medio cenar. Mete sus manos por debajo de mis muslos y me aprieta las nalgas con fuerza; noto su aliento caliente sobre mi clítoris y después grito sin poder remediarlo, porque arremete contra él sin miramientos. Sus labios y su lengua se mueven entre mis piernas de una forma que no había sentido nunca antes, y en varios segundos el cosquilleo del inicio del orgasmo aparece sin previo aviso. Lo sujeto por la cabeza y lo intento separar de mi piel.

—No quiero acabar ya —suplico, sin apenas voz.

—Esto no va a acabar aquí, así que disfruta el primero de muchos —contesta, y vuelve a sumergirse en mi sexo.

Cuando, en dos movimientos más de su lengua, se desatan las convulsiones dentro de mi cuerpo, grito y me agarro a su pelo, que no puedo coger entre mis dedos porque lo lleva bastante corto, pero lo aprieto con ímpetu contra mis labios verticales. Jadeo con violencia porque lo que acaba de provocarme este hombre es algo que no recuerdo si he sentido en toda mi vida. Muy intenso y voraz. Cuando mi respiración se relaja, Javier deja de lamarme y se incorpora de nuevo para besarme. Sus labios están impregnados de mi humedad, mi orgasmo, mi sexo y, lejos de calmarme por la relajación después del clímax, noto que mi cuerpo vuelve a reaccionar a sus caricias y vuelvo a jadear.

—Prueba cómo sabes, eres deliciosa y hasta a ti te provoca excitación —susurra en mi boca.

Gimo sin pensarlo. Rodeo su cintura con mis piernas y lo empujo hacia un lado para colocarme encima. Me incorporo sobre su pecho y enredo mis dedos en la capa de vello oscuro que lo cubre. Él pone sus manos sobre mi trasero.

—Tu culo me tiene loco. —Lo amasa fuertemente con los ojos cerrados.

Cojo su erección con mi mano derecha y no puedo evitar sorprenderme porque mis dedos no llegan a tocarse unos con otros a su alrededor. Me sacude un nuevo latigazo bajo el vientre. Abro los ojos y miro lo que estoy tocando. ¡Válgame Dios!

—Si no hubiese parido a dos cabezones, estaría muy asustada por esto —bromeo entre dientes.

Veo que él abre los ojos y se le escapa una sonrisa.

—Me alegra que te guste.

Muevo mi mano despacio, y Javier remueve su cabeza contra las sábanas; ahogando un gemido en su garganta, resopla y me aprieta los muslos. Me gusta verlo excitado; mirar cómo se le escapan suspiros, cómo se le marcan las venas en los brazos, cómo su abdomen sube y baja por la respiración entrecortada. Acelero mis movimientos y noto cómo se tensa su cuerpo bajo el mío. Me alejo un poco, sin dejar de tocarlo, para alcanzar el cajón de mi mesita de noche, de

donde saco un preservativo que abro con los dientes y la mano libre. Se lo pongo en la punta y lo desenrollo hasta la base. Apoyo de nuevo mis manos sobre su pecho firme y me subo encima de semejante ejemplar sexual. Coloco la punta en mi entrada y, cuando noto que se ha acoplado, bajo de golpe, introduciéndolo hasta el fondo. Me abro a su paso con placer y jadeo. Javier retiene un grito, y yo lo miro con satisfacción.

—Hazlo otra vez. —Me mira fijamente a los ojos.

—Usted manda, jefe. —Sonrío con picardía y vuelvo a levantarme despacio para sacar su erección de mi interior. Me quedo quieta y vuelvo a bajar con fuerza. Otro latigazo y esta vez Javier sí grita. No dejamos de mirarnos.

—No voy a durar mucho más —me advierte.

Me muevo cada vez más rápido y siento cómo se tensa dentro de mí. Con la excitación que sigue en todo su auge, el roce de mis pliegues contra su base y él apretándose para introducirse más al fondo, si eso es posible, vuelvo a sentir los espasmos en mi interior y sé que voy a correrme otra vez.

—Ahí viene el segundo.

—Mírame, quiero verlo —jadea, cada vez con más fuerza.

Y no quiero hacer otra cosa que complacerlo. Cuando mi interior explota, grito y jadeo con los ojos abiertos, mirando cómo él se excita tanto como yo.

—Dios, Javi, quiero hacer esto contigo hasta que me muera —sale de mi boca sin pedir permiso.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta, muy excitado.

—Javi... —vuelvo a decir. Aún siento los retazos de un orgasmo abrasador.

—Dilo otra vez —pide en un susurro.

—Javi...

Y veo cómo se retuerce bajo mis piernas, grita y tiembla por la culminación de placer, sin dejar de mirarme, y yo sigo igual de excitada que al principio o más, si cabe. Cuando veo que se relaja, voy bajando el ritmo de mis movimientos. Él me coge de las mejillas con sus manos y me arrastra hasta su boca, me deja a dos milímetros

—No voy a poder vivir sin esto a partir de hoy, Estrella. Soy todo tuyo —confiesa y me besa, me besa con lentitud tortuosa, como si no quisiera que acabara nunca.

Y yo no puedo dejar de pensar en lo que acaba de decir... ¿Es mío?

LA HORMA DE MI ZAPATO

—Tú has estado follando —me acusa Deva con los ojos entornados, y me señala con su dedo índice cuando entro en la sala del café.

Lourdes está a su lado y sostiene una taza sobre sus labios, la veo reír por debajo. Echo un vistazo a toda la estancia, porque, si hay alguien, seguro que la ha oído decir semejante barbaridad. Por suerte, no hay nadie.

—¿Tanto se me nota? —contesto. Con ellas no hay opción de una negativa.

—Estás sonriendo de oreja a oreja como una adolescente que acaba de perder la virginidad —dice Lu.

—¿Y me lo dices tú? —la increpo. Meto una cápsula en la máquina de café —. Que llevas una semana con cara de mema.

—La misma que tienes tú. —Se ríe Deva—. No sé si voy a poder soportar tanta feromona suelta.

—¿Habéis chingado toda la noche? —pregunta Lu, con una sonrisilla malévola.

—Vale, vale. —Me rindo y me acerco mucho a ellas—. En la cama, en la ducha, en la cama otra vez y esta mañana sobre la encimera de la cocina —digo, muy bajito.

—Jesús, ¿pero qué tiene ese hombre entre las piernas? —exclama Deva.

—El Apolo 25 —contesto, e imito el tamaño con las manos.

—Calla, no des tantos datos. Tengo una reunión con él en media hora y no quiero estar pensando en el tamaño de su entrepierna —me riñe Lu.

—¿Tienes una reunión con él?

—Sí, se está entrevistando con cada uno de los empleados del hotel, ya lo sabes.

—Yo también tengo reunión con él. Mañana a las diez y media —añade Deva.

—No me ha dicho nada —contesto, extrañada.

—Estaría ocupado comiéndote el conejo —suelta Deva.

—Deva, por favor —la regaño, y miro hacia la puerta por si entra alguien.

—Qué remilgada te has vuelto de repente —se queja con desdén fingido.

—No es eso, pero es el jefe, no quiero que esto se extienda por todo el hotel. No quiero que piensen que me lo tiro para sacar provecho.

—Nadie va a pensar eso. Llevas años trabajando aquí y has rechazado dos veces un puesto superior al tuyo antes de que llegara él —me recuerda Lu.

—Aún así. No quiero ser el cotilleo de todo el personal. Así que chitón —digo, poniéndome el dedo sobre los labios.

—Yo me voy, que tengo reunión con *tu* jefe y he de recoger del despacho unos documentos que me ha pedido que le lleve —se despide Lu—. Por cierto, ¿cómo está Biel?

—Bastante mejor. Ha pasado mejor noche que las anteriores, pero le duele la costilla. Eso tardará unos días aún —explico lo que me ha dicho Nando esta mañana cuando he llamado para informarme.

—Supongo que esta tarde irás a verlo —dice Deva.

—Sí, en los próximos días, va a ser trabajar y visitas al enfermo.

Llego a mi despacho y repaso el trabajo que tengo para la semana. Se celebran dos bodas el sábado y debo acabar de organizar los detalles con Berto y Toni, pero ellos tienen libre el día de hoy por haber trabajado el fin de semana, y los que nos quedan aún. Así como en agosto no suele haber demasiado movimiento de celebraciones, julio está plagado, y nos va a tocar hacer más horas que un reloj.

Al cabo de una hora y media, ya estoy cansada de estar sentada sobre mi silla y decido que voy a salir al jardín para visualizar las composiciones de los aperitivos de las bodas que estoy organizando. Y quizá también haga lo mismo con los salones. Me gusta que cada boda tenga el toque personal identificativo de los novios; los colores, el tipo de decoración, las flores. Las dos bodas son bastante distintas esta vez. La de la mañana es de corte clásico, tradicional. En cambio, la de la tarde es más *hippy*, según he podido deducir hablando con los novios.

Me levanto de la silla con el iPad en la mano y, cuando abro la puerta para salir, me encuentro a Javier con el puño levantado, a punto de llamar.

—Eh... Hola. —Sonrío.

—Hola, Estrella. Venía a hablar contigo. ¿Tienes mucho trabajo? —dice, también sonriendo.

—Nada que no pueda esperar un rato. Pasa. —Me aparto de la puerta para dejarlo entrar. Cierro a nuestras espaldas. Veo cómo se da la vuelta y me empotra contra la madera oscura que acabo de cerrar. Me besa tan fuerte que apenas puedo respirar—. ¿Esto es lo que has venido a decirme? —bromeo cuando se

separa un poco.

—No, esto es un extra —contesta, y vuelve a pegar su boca a la mía.

No sé cuántos minutos llevamos besándonos, pero ya estoy empezando a mojar las bragas, y noto cómo la entrepierna de Javier crece sobre mi estómago.

—Para, si no quieres que te folle encima de la mesa, por favor —le pido entre sus jadeos.

—¿Harías eso? —pregunta en un susurro socarrón.

—¿Quieres apostar? —lo incito, juguetona. No se va a atrever...

Javier cierra el pestillo de la puerta y me levanta en volandas hasta mi escritorio, donde me sienta después de remangar mi falda de tubo hasta la cintura. Pues sí que se atreve...

—Estás de coña, ¿no? —digo, al ver que, como siga, de verdad vamos a echar un polvo en mi despacho.

—Has empezado tú —me recrimina con una sonrisa provocadora.

—No pensé que te lo tomaras tan en serio. Estamos en mi despacho.

—Me da igual dónde estemos, solo quiero estar dentro de ti.

Y, en ese momento, siento que haría cualquier cosa que él me pidiera. Me estoy perdiendo, lo noto... Pero no me importa. Lo beso otra vez, fuerte. Levanto las caderas para que él pueda quitarme las bragas por la pierna izquierda y quedan colgando sobre mi rodilla derecha. Se desabrocha el pantalón y, antes de dejarlo caer, saca un condón de su bolsillo trasero, lo rasga con los dientes y me lo da para que se lo ponga. Lo hago y se hunde dentro de mí con un movimiento brusco que me hace ahogar un grito. Las embestidas son a un ritmo frenético, y las convulsiones alrededor de su erección se hacen tan evidentes que no puedo frenarlas. El orgasmo que me invade es tan intenso que tengo que poner mi boca sobre su hombro para no gritar como una energúmena. Él hunde su boca en mi cuello para ahogar sus gemidos, que se han vuelto insoportables, y noto cómo se vacía dentro del condón. Cuando detiene el movimiento de sus caderas, nos quedamos los dos jadeando exhaustos, abrazados hasta que el ritmo de nuestra respiración se vuelve más calmado, y el corazón que tengo bombeando en la garganta vuelve a bajar a su sitio.

Nos separamos y lo miro, niego con la cabeza aún medio extasiada.

—Podría estar haciendo esto todo el día, contigo —dice, con ojos aún hambrientos.

—Parecemos dos conejos en celo. —Me río porque no puedo soportar tanta intensidad.

Se le escapa una carcajada y se separa completamente de mí; se quita el condón con cuidado de no mancharnos. Yo me bajo de la mesa, me subo las bragas y me plancho la ropa con las manos. Me fijo en que Javier lleva una

mancha de carmín rosa en la camisa blanca impoluta, allí donde he dejado ahogar mi orgasmo. Le miro la boca y también la lleva manchada.

—Voy a tener que dejar de pintarme los labios para venir a trabajar. —Señalo la mancha.

—Hostia —contesta, divertido—. Voy a tener que subir a cambiarme.

—Espera. Tengo toallitas de bebé en el cajón. No sé qué llevan, pero son capaces de quitar hasta las manchas de aceite.

Mientras él acaba de vestirse, rebusco en mi cajón y encuentro el paquete. Saco una y la froto contra la mancha de su camisa, que desaparece por arte de magia, mientras él me rodea con sus brazos por la cintura.

—Prometo no mancharme la próxima vez, mamá —bromea.

—Calla, patán —imito el tono de voz que uso con mis hijos. Va a besarme, pero yo le paso la toallita por la boca—. El rosa no te pega, creo que deberías usar el rojo. —Me río. Él coge la toalla de mi mano y limpia mis labios también.

—Pues a ti te queda bien todo lo que te pongas, aunque prefiero que no lledes nada, y no me refiero al pintalabios. —Me besa.

—¿No habías venido a decirme algo? —le pregunto.

Cojo otra toallita del paquete y se la ofrezco para que se limpie las manos. Me da el condón usado, que meto en la que he usado para limpiarlo, y me froto las manos con otra. Lo tiro todo a la papelera.

—Sí. Te cuento. —Su expresión se vuelve más seria. Se sienta en una de las sillas que tengo delante de mi escritorio.

—Tú dirás. —Y adopto mi posición habitual de trabajo en mi silla.

—Estoy hablando con todos los empleados uno por uno, para que me cuenten el trabajo que hacen y cómo se sienten desempeñándolo. También les pregunto si creen que debería haber alguna mejora, tanto en su puesto como en el funcionamiento general del hotel.

—Sí, eso me han dicho Deva y Lu.

—No te había dicho nada aún porque primero quería comprobar si esta iniciativa funcionaba y podría sacar algo en claro.

—¿Has pensado ya en algún cambio que quieras hacer?

—Algo así, pero necesito terminar de hablar con todos para ver si lo que me dicen coincide en los argumentos de unos y otros, o cada cual opina distinto. Esto último sería un problema, porque querría decir que hay muchos aspectos que no gustan y quieren cambiar. —Hace una pausa—. También he hablado con Lourdes sobre las encuestas de satisfacción que se hace a los clientes respecto a su estancia en el hotel.

—Sí, ella lleva el análisis de esos datos.

—Tengo que acabar de trabajar en eso. Pero, por lo que he visto a priori, los

clientes esperaban más actividades al aire libre disponibles en el hotel, como juegos en la piscina o en la playa.

—¿Juegos en la playa? —pregunto, extrañada.

—Clases de baile o cenas al aire libre.

—¿Has hablado de ello con Deva? Se encarga de las actividades exteriores.

—No, mañana tengo la reunión con ella.

—Y me cuentas todo esto... ¿por? Imagino que Borja o Mateo podrían ayudarte con eso.

—A Borja y Mateo no los veo mucho por la labor —dice, muy serio.

—Vaya, ya te has dado cuenta... Y que conste que no me gusta criticar a los jefes.

—La cuestión es que necesito que el hotel dé mayores beneficios en los próximos meses o... lo venderán —me suelta.

—¿Cómo? —Abro los ojos como platos y ya no sonrío. Se me acaba de parar el corazón. ¿Venderlo? ¿Por qué? No puede ser—. ¿Tan mal vamos? No tenía esa percepción. Siempre estamos llenos en los meses de verano. Es cierto que el invierno es más flojo, pero es lo normal en un hotel de playa, ¿no? —Necesito que me responda.

—Sí, pero parece que no es suficiente y da menos beneficios que el resto de hoteles de la cadena. Es cierto que no se han preocupado demasiado por él en los últimos años. La dirección ha invertido más dinero en los otros y, por supuesto, están más modernizados que este.

—Así que, al final, todo se reduce al dinero, claro.

—Escucha. —Javier se acerca por encima de la mesa y coge mis manos—. Este es el primer hotel que abrió la cadena. Mi padre empezó aquí, pero con los años se ha convertido en un empresario de éxito, por lo que ahora parece que ya no se acuerda de ello, pero yo sí —me cuenta, con nostalgia en sus ojos.

—¿Y por qué no has venido antes? Nunca te hemos visto por aquí, ni a ti ni a ninguno de los socios de la dirección. No lo entiendo. ¿Por qué no habéis tomado partido antes de llegar a esta situación? —pregunto, contrariada.

Javier se queda callado. Me suelta las manos y se apoya en el respaldo de la silla. Sus ojos se han oscurecido hasta parecer nubes negras de tormenta.

—No he pasado una buena época en los últimos meses. Mi divorcio está siendo... duro. Tuve que recurrir al juzgado porque no nos hemos puesto de acuerdo, y el tema es delicado. Mi ex hizo algo que no estoy dispuesto a consentir ni a ceder. Estoy a la espera de una resolución por intervención del juez. Mi abogado se está encargando de todo —me cuenta, muy serio—. Por eso no he venido antes. —De acuerdo, sé que no todos los procesos de divorcios son tan sencillos como lo fue el mío. Me quedo en silencio. No sé si quiere añadir

alguna cosa más—. He pasado los mejores veranos de mi vida en este hotel, con mi hermano —vuelve a hablar sin dejar de mirarme a los ojos—. No quiero perderlo. Por eso estoy aquí. Por eso decidí tomar la dirección e intentar que no lo vendan. La jubilación de Julio es la excusa. Pero, si finalmente deciden venderlo, yo estoy dispuesto a comprarlo. De hecho, ya he empezado a confeccionar mi oferta para los socios. Me está ayudando un abogado, amigo mío. Aunque mi padre no estará dispuesto a vendérmelo.

—¿Por qué no? —pregunto, intrigada.

—Porque le gusta llevarme la contraria. Y tenemos otros asuntos familiares que resolver. —Me mira fijamente. De repente, lo noto inquieto y cansado.

Me quedo en silencio, más que nada porque no sé qué contestar y, antes de decir cualquier cosa que no sirva para nada, prefiero callarme. Siento la necesidad de que me explique más sobre esa carga que parece llevar sobre sus hombros.

—Vale, ¿qué necesitas que hagamos? —digo, por fin, obviando la historia que me acaba de contar, porque es tan personal que creo es mejor que lo hablemos en otro momento, si él quiere hacerlo.

—Que me ayudes a trazar un plan de viabilidad. De esa forma, podré completar el informe para los socios. Eres una de las personas más competentes que he conocido y estás desaprovechando tu talento en este puesto.

Otra vez me quedo en silencio. Nunca nadie me había dicho tan claramente que valgo mucho más de lo que quiero hacer ver; no es que yo no lo crea, pero oírlo en boca de otra persona que apenas me conoce es halagador y muy satisfactorio. Julio me había dicho muchas veces que debía avanzar en mi carrera, pero nunca con tanta contundencia y convencimiento.

—Está bien. —Mi cerebro se pone en marcha—. Pero no podemos hacerlo solos. Necesitamos crear un equipo que conozca bien todos los aspectos y analice las posibilidades. Que lo haga con discreción y se emplee a fondo.

—Esa es mi chica. —Sonríe y me saca de mis cavilaciones.

—Si me distraes, no puedo pensar —le digo, con una ceja arqueada.

—Perdona. —Levanta las palmas de las manos, sonriendo—. Creo que Deva y Lourdes pueden dar luz a los aspectos de satisfacción de los clientes y sopesar cuáles serían las mejores opciones de cambio. —Vuelve al asunto que estamos tratando.

—Sí, ya había pensado en eso. Lidia puede hacer un plan de reorganización en los puestos, quizá se puedan aprovechar horas de empleados para hacer otras tareas. A veces hay horas muertas que se pueden reubicar. Y Alicia —hago una mueca de fastidio— es buena en lo suyo, puede confeccionar los presupuestos y los análisis de gastos e ingresos. Es un poco narcisista, así que, si le dices que va

a formar parte del equipo, lo hará a pleno rendimiento. A veces nos costará aguantar sus desvaríos, pero trabajando se le pasa un poco.

—Sabía que, bajo esa fachada de loca que tienes, había un cerebro privilegiado —dice, con una sonrisa de medio lado que me encanta.

—¿Loca yo?

—Anoche me abriste la puerta desnuda —me recuerda—. Y ni siquiera nos habíamos acostado aún. Casi me da un infarto. —Se coge el pecho con la mano.

—Creo que tu corazón funciona perfectamente y lo digo con conocimiento de causa. Hemos echado cinco polvos en menos de —miro mi reloj— doce horas. Asumiendo la cantidad de sangre que necesitas para empalmar ese trabuco que tienes por pene y lo fresco que se te ve, créeme: no te va a dar ningún infarto —dictamino con seriedad, aunque mis neuronas se están partiendo de risa.

Javier me mira disimulando una sonrisa, levanta una ceja, posa su lengua sobre el labio superior y se levanta. Rodea la mesa y gira mi silla para dejarme frente a él con mi cara a la altura de su abdomen. Me coge una mano y se la pone en la entrepierna. Dios, está duro, otra vez.

—Así me pones cada vez que te oigo hablar de sexo.

—Pues aún no has oído nada. —Froto mi mano sobre su erección.

Se inclina y pone sus manos sobre los reposabrazos de mi silla, y queda a pocos centímetros de mi boca. Me mira ansioso.

—Te voy a follar tantas veces que vas a perder la cuenta. —Y, sin dejar que le replique, me besa, haciendo que mi cabeza caiga sobre el respaldo.

Este hombre me descoloca por completo. Siempre tan sereno, formal. Y de repente, me dice frases como la que me acaba de soltar y se queda tan a gusto. Definitivamente, me va a volver más loca de lo que ya estoy. He vuelto a mojar las bragas, esa es la prueba irrefutable.

Se incorpora igual de rápido que se ha inclinado y va hacia la puerta, dejándome con unas ganas de más que no puedo con ellas. Abre el pestillo y se gira hacia mí.

—Quiero que estés mañana en la reunión que tengo con Deva a las diez y media. Avisaré a Lourdes para que venga también. De momento, el asunto de la venta del hotel queda entre nosotros.

—Sí, por supuesto.

—Nos vemos luego. —Me guiña un ojo y sale por la puerta.

Con toda seguridad, puedo afirmar sin miedo a equivocarme, que he encontrado la horma de mi zapato.

10

EL AQUELARRE

Llego a casa de Nando para estar con mis hijos un rato, antes de marcharme a dormir porque estoy destrozada. Entre que hacía bastante tiempo que no había tenido una sesión maratoniana de sexo como la de la noche anterior y el día intenso de trabajo, después de que Javier me explicara lo que ocurría con el hotel, y que, asumámoslo, ya tengo una edad... Me he quedado agotada.

Me sorprende gratamente que Biel se esté portando tan bien. Sandra y Nando me explican que está bastante tranquilo y que no da demasiada guerra; viniendo de él es todo un logro. Con lo movido que es, estar quieto en una cama le debe de ser un tanto incómodo, pero se está entreteniendo viendo series en el ordenador, jugando a la Play y leyendo. Si lo conozco como creo, en un par de días estará subiéndose por las paredes. Creo que aguanta porque aún le duele la costilla de una forma más o menos intensa y cada vez que se mueve se queja como un crío de cinco años.

Adrián me cuenta cómo le ha ido en el campus deportivo; está contento porque hacen bastantes deportes diferentes y varios de sus amigos también van con él. Biel se queja por no poder ir, pero lo entiende y se conforma. Estamos los tres tumbados en la cama de Biel y se nos hace de noche. Estoy tan cansada que a veces se me cierran los ojos, pero quiero seguir escuchando lo que me dicen.

Noto unos dedos acariciarme la mejilla. Abro los ojos un poco y veo a Biel, que me mira con una sonrisa tierna.

—Hola, cariño —digo. Abro los ojos de golpe—. Me he dormido. ¿Qué hora es? Tengo que irme a casa a dormir. No puedo quedarme aquí.

—Demasiado tarde, mamá. Son las ocho y media de la mañana —contesta, divertido, al verme tan fuera de lugar.

—¿¿Cómo?! ¿Por qué no me despertaste anoche? —Ruedo sobre mi espalda para levantarme, pero, como no estoy en mi cama gigante, resbalo por el borde

antes de tiempo y me caigo de costado al suelo—. Mierda.

Oigo a Biel, que grita de dolor, y me levanto de un salto para ver qué le pasa. Veo que se ha incorporado estirando el brazo para intentar cogerme antes de caer, pero el dolor le ha impedido alcanzarme.

—Mira que eres torpe. —Se ríe, con una mueca.

Me echo a reír y noto un dolor en la cadera derecha. Me la cojo y me quejo también, como está haciendo mi hijo.

—Vaya dos. —Sigo riendo.

—A veces pienso en cómo hemos sobrevivido Adrián y yo a tu cargo —bromea.

Me tiro sobre la cama y voy a hacerle cosquillas como cuando era un crío, pero veo su cara de pánico y me detengo en seco.

—Este castigo queda aplazado para cuando estés en condiciones de recibirlo —digo, con los dedos en forma de garras. Me incorporo y busco mi bolso—. Me voy, tengo una reunión a las diez y media y he de que pasar por casa a cambiarme.

—Mamá —me llama Biel.

—¿Sí? —Me cuelgo el bolso sobre el hombro y lo miro.

—Me ha gustado dormir contigo —dice, sincero.

Vuelvo a acercarme a la cama y me siento junto a él. Le toco el pelo y le acaricio las mejillas a dos manos. Lo miro con devoción, porque no puedo sentir otra cosa. Es mi niño del alma, él y su hermano son las personas más importantes de mi vida.

—A mí también, cariño. No sabes cómo te quiero. —Lo beso en la frente varias veces—. Por favor, no vuelvas a darme un susto así, ¿de acuerdo? —le digo, y lo miro a esos ojos verdes que me recuerdan a mi padre. Él asiente con las lágrimas casi desbordando.

—Yo también te quiero, mamá. Eres la mejor —dice, y le limpio la humedad de las mejillas con mis dedos.

Quienes tienen hijos entenderán lo que siento en este momento. No se puede explicar, porque es un sentimiento tan intenso que no hay palabras para describirlo. Felicidad por tener la suerte de haber descubierto qué clase de amor se le tiene a un hijo, mezclado con un terror apabullante a que le pueda ocurrir cualquier cosa mala.

—Cuando estés mejor y vengas a casa, dormiremos más veces juntos, ¿vale? —le propongo.

—Vale. —Se limpia las lágrimas. Lo abrazo con cuidado de no hacerle daño y le beso el pelo—. Anda, vete ya, si no el *jefe* te va a pegar la bronca —bromea.

—Que se atreva.

—¿Ya te lo has tirado?

Me levanto de la cama de un salto.

—Dios, eres único para fastidiar los momentos más tiernos —le digo con hastío. Se ríe entre dientes—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—No, gracias.

—Nos vemos luego. Vendré esta tarde. Pórtate bien.

—Dale recuerdos.

—¿A quién?

—A tu jefe. Me gusta. Te mira bien.

Sonrío y salgo de la habitación. ¿Qué sabe un crío de dieciséis años sobre lo que es mirar bien o no?

Llego al trabajo justo a las diez, así que hoy no hay café; voy directa a mi despacho. Ayer por la tarde estuve haciendo esquemas de lo que podíamos hacer para reactivar la economía del hotel, y lo metí en una carpeta que ahora estoy repasando. Mi móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Lo cojo.

—Hola, Javier.

—Hola, ¿va todo bien? —me pregunta, y noto preocupación en su tono.

—Sí. ¿Por?

—¿Dónde estás?

—En mi despacho, acabo de llegar.

Lo oigo resoplar aliviado.

—¿Has mirado el móvil?

—La verdad es que no. Ayer me quedé dormida en la cama con Biel y me ha despertado esta mañana a las ocho y media, así que he salido corriendo a mi casa para ducharme y vestirme, porque aún llevaba la ropa de ayer. No quería llegar tarde a la reunión que tenemos a las diez y media —le explico, y oigo cómo se abre la puerta de mi despacho. Javier aparece tras ella con el teléfono pegado a la oreja y con expresión contrariada.

—Te hemos intentado localizar desde anoche. Pensábamos que había pasado algo —dice, aliviado.

Miro el móvil y veo que tengo diez llamadas perdidas de él, Deva, Lu y Berto. Y *tropecientos* mensajes de WhatsApp.

—Vaya, lo siento. Estuve con los niños hasta tarde y nos quedamos dormidos en la cama de Biel.

—No pasa nada. Solo... estaba preocupado —dice. Se le relaja el rostro.

—Se me olvidó ponerle sonido al salir. Como aquí siempre lo tengo a la vista, lo llevo en vibración... —digo, y me siento como una niña pequeña dando explicaciones.

—Tranquila. No pasa nada. —Se acerca a mi mesa y me besa en los labios, despacio. Noto su alivio en mi boca.

Suenan unos nudillos en la puerta. Me aparto de él y le limpio los labios con los dedos.

—Adelante.

La puerta se abre y aparecen Lu, Deva y Berto en tropel.

—Ay, menos mal. Estás aquí —dice Deva con la mano en el pecho—. ¿Dónde te has metido? —pregunta enfadada, cambiando su expresión de alivio.

—Me quedé dormida con Biel en casa de Nando —contesto—. Estaba muy cansada.

—Vale, que no cunda el pánico —interviene Berto, para relajar a Deva—. Como no te localizábamos, fuimos a tu casa y no había nadie. No sabemos dónde vive Nando, y solo tenemos el número de tu madre y ella está en Valencia; no la íbamos a llamar para preguntarle dónde estabas y asustarla.

—Haz el favor de darnos el teléfono de tus hijos o de Nando, el que prefieras —vuelve a hablar Deva, en el mismo tono de antes.

—De acuerdo. Pero no creo que sea para tanto. —Me irrito un poco, pero no demasiado, porque me conmueve que estén tan preocupados.

—Como ha pasado lo de Biel, pensábamos que estaba peor —se disculpa Lu.

—Biel está bien. Y ahora os paso los teléfonos y ya os quedáis tranquilos —resuelvo.

—Por favor, id a mi despacho. Ahora iremos nosotros —dice Javier en tono calmado.

Los tres salen por la puerta y cierran.

—Es culpa mía. Te escribí anoche y, como no contestabas, te llamé. Tampoco cogiste el teléfono, así que llamé a Deva y creo que he desencadenado el apocalipsis. Lo siento —se disculpa—. Pero Deva tiene razón, deberían tener algún teléfono más de contacto tuyo.

Intento no reírme, pero se me escapa por la comisura de los labios. Los aprieto para que no se me note demasiado. Me hace gracia verlo preocupado. Me parece tierno.

—Biel te manda recuerdos. Dice que le gustas —digo, para destensar el ambiente.

Él frunce el ceño y me mira fijamente.

—¿Estás intentando cambiar de tema? —dice por fin, con un amago de sonrisa.

—¿Yo? No. Solo te informaba de lo que me ha dicho mi hijo. Aunque no acabo de entender por qué le gustas.

Se acerca a mí y me apoya contra el borde de la mesa.

—Es muy sencillo. Biel lleva un cincuenta por ciento de tus genes y, si a ti te gusta, a él también le debo de gustar, al menos la mitad —explica, seguro de sí mismo.

—Espero que no le gustes de la misma forma que a mí, porque entonces vamos a tener un problema. —Sonrío, divertida.

—Cállate ya, bruja. Que siempre tienes que decir la última palabra —me contesta y me besa, esta vez más fuerte—. Anda, vamos. Tenemos una reunión. —Se separa y vuelvo a limpiarle los labios.

—Está claro que no voy a poder pintarme los labios para venir a trabajar.

Salimos de mi despacho y caminamos hacia el suyo, que está al fondo del pasillo. Miro el móvil mientras recorremos los escasos metros. Hay varios mensajes de Lu donde me informa de su plan para la reunión. Oh, oh. Esto va a ser divertido.

Allí nos esperan las dos, de pie en medio del espacio. Nos sentamos alrededor de la mesa auxiliar que hay en una de las esquinas del despacho, y Javier les explica la necesidad de la colaboración de todos para crear el plan de viabilidad. Tal como me contó ayer, no menciona el *detalle* de la posible venta si las medidas tomadas no surten el efecto esperado, ni tampoco que él va a intentar comprarlo.

Sé que, como a mí, la noticia de la posible venta del hotel les caería como un mazazo, así que comparto la decisión que Javier ha tomado de no comentar nada al respecto. Ni a ellas ni a nadie que él no considere oportuno. Es posible que la noticia creara más incertidumbre de la ya existente por el cambio en la dirección. No es que me guste demasiado ocultarles algo tan importante, pero esto no es decisión mía y, además, no sería correcto traicionar la confianza que Javier ha puesto en mí. Esto es trabajo.

Deva expone la lista de actividades que se preparan en el hotel para los clientes y el uso que se le da al spa y las cabinas de masajes. Lourdes pone sobre la mesa un resumen de las observaciones y mejoras que los clientes han valorado en las encuestas de satisfacción. La rubia me mira con ojos pícaros y sé lo que viene a continuación. Ya me ha avisado por WhatsApp, que he visto por encima pocos minutos antes de salir de mi despacho. Esta Lourdes está desatada desde

que tiene novio. Sonríe. Javier nos mira con curiosidad, y yo le hago una señal con la mano sobre la mesa, para que no diga nada más.

—Escucha Deva... —allá va Lu—. En las encuestas de satisfacción, los clientes se quejan de que hay poca diversidad en las actividades. Quiero decir... —carraspea.

—¿Qué quieres decir con que *se quejan*? —interrumpe, la mira muy seria y se remueve en la silla.

—Pues no sé... por ejemplo... —Coge una hoja de las que tiene amontonadas encima de la mesa—. Aquí dice que no hay espectáculos las noches de los fines de semana. O este otro dice que le hubiese gustado cenar en la playa. —Deva se mueve cada vez más en su silla—. Y este, pregunta si los sillones del jardín están de adorno. —Lu coge un papel tras otro.

Vemos cómo Deva intenta controlar su cara de fastidio y que retuerce el morro sin parar. Se le frunce el ceño y en la frente aparecen sus tres famosas arrugas, que significan: *te voy a partir las piernas*. Veo por el rabillo del ojo que Javier empieza a moverse en su silla también, parece incómodo; imagino que por la situación de ver a estas dos empezando a ponerse nerviosas, sobre todo a Deva. Se incorpora un poco sobre la silla, haciendo ademán de intervenir, pero le pongo una mano en el pecho y lo detengo.

—No —le digo en voz muy baja y sin dejar de mirar a mis dos amigas, que tengo en frente. Deva está a punto de explotar—. Escucha y anota —le susurro, y le paso un papel en blanco de mi carpeta. Él me mira interrogante con los hombros encogidos—. Espera un poco...

Deva bufa, resopla y mira a Lu desafiante.

—¿Y de las habitaciones no se *quejan*? —revienta—. No, claro, solo se quejan del trabajo de Deva. Deva no sabe lo que hace. Pues mira, yo poco más puedo hacer si no hay medios, ¿sabes? Si de mí dependiera, cada viernes por la noche habría un *showman* en la piscina, porque es cuando más gente hay tomando algo al fresco, pero ya se lo dije a Borja, y me dijo que eso no servía para nada y costaba dinero. Con el típico músico y su organillo es suficiente. Eso lo tiene cualquier *bareto* con terraza —habla atropelladamente y gesticula mucho con las manos.

Miro a Javier de reojo y me acerco a su cara de desconcierto.

—Anota eso y todo lo que salga por su boca, después ya haremos una criba. —Señalo el papel con la barbilla. Cojo también una hoja y apunto varias frases. Él me mira sin entender nada, claro.

—Ah, espera un momento. —Volvemos a escuchar la voz de Deva, esta vez más calmada. Nos mira a todos y sonríe. Ya empieza a relajarse y en sus ojos veo un brillo intenso que conozco muy bien. El cerebro le está yendo a mil por hora

—. Los sillones del jardín no están de adorno, pero, como están cerca de la piscina, la gente prefiere las hamacas. Los sillones podemos ponerlos en la playa, junto al chiringuito en lugar de esas mesas metálicas que parecen de bar de carretera, ¿qué os parece? —Y ahí está. Deva en pleno apogeo mental.

Javier debe estar flipando, lo sé. Pero Deva es una máquina cuando la picas insinuando que no hace suficiente en su trabajo. Se le cruzan los cables y empieza a tener ideas, una detrás de otra y, por lo general, son bastante buenas. En estado normal también lo hace, pero le cuesta más, y tenemos un poco de prisa en este caso. Lo sé, lo sé, es una jugarreta utilizar a una amiga de esta forma. Pero ¿para qué estamos si no?

—Y a lo de cenar en la playa... —Se queda pensativa—. Aún tenemos las barbacoas, ¿verdad? —Me mira y asiento—. Podemos ponerlas los sábados por la noche, para ofrecer carnes a la parrilla o pescado. Y después se puede pasar al *chill out* que hemos montado con los sillones del jardín, se toman un pelotazo y ya tienen el lote completo —expone, entusiasmada como una cría.

Javier está callado, pero sé que escucha con atención porque lo veo apuntar en el papel como un loco. Ya lo ha pillado.

—¿No te parecería buena idea que el spa se abriera al público en lugar de solo tener acceso los clientes del hotel? —pregunta Lu a Deva, para incitarla a seguir, con una cara tan angelical que da hasta miedo de bonita que es.

Deva la mira a los ojos y sonrío.

—Qué buena idea —exclama—. Y los masajes, también. La masajista tiene horas muertas durante la semana. El fin de semana quizá está más completo, pero se podría hacer un apaño. —Su expresión es de ilusión absoluta y convencida de lo que dice.

—¿Y qué tal si damos una copa de cava o una infusión para después del masaje y hacemos pasar a los clientes al solárium? —continúa Lu.

—¿Y si los sábados por la tarde hacemos una clase de baile en la playa? Después, seguro que todo el mundo consume en el chiringuito —intervengo.

—Y las cenas podrían ser también en abierto, no solo para los clientes del hotel —Deva otra vez.

—Sí, ¿te imaginas fiestas desenfundadas en la playa? Hasta podríamos encender pequeñas hogueras en lugar de tener los focos encendidos —expone Lu.

—Anda que no te gustan a ti las fiestas en la playa, ¿eh, bonita? —Deva mueve repetidamente las cejas.

Las dos se echan a reír, y Javier, que se estaba aguantando, también suelta una carcajada. Yo sonrío satisfecha, porque esto es lo que pasa cuando estas dos locas empiezan a darle potencia a sus neuronas. Que les chorrean las ideas por

las orejas.

—Me gusta todo lo que he oído, aunque creo que algunas cosas son más factibles que otras —interviene Javier.

Las dos se giran hacia nosotros y nos miran sonrientes.

—¿Te gustan nuestras ideas? —pregunta Deva, expectante.

—Por supuesto —contesta él, y le entrega el papel donde ha estado escribiendo—. Aquí tenéis apuntadas las ideas que habéis tenido entre las dos y alguna cosa más. Quiero que trabajéis en ello. Haced una lista con todo lo que se os ocurra y cómo pensáis que se podría poner en marcha. El viernes nos reuniremos para hablarlo y ver qué podemos sacar en claro.

Ellas asienten, y las tres nos levantamos para salir por la puerta.

—Estrella, quédate un momento. Tengo algo que decirte.

Me quedo quieta entre la mesa y la puerta, de pie. Mis amigas se despiden y se marchan. Javier está también de pie, un poco más alejado, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y me mira fijamente; no sonrío, pero tampoco lo noto serio ni enfadado.

—¿Qué pasa? —pregunto, impaciente; no sé qué está pensando y el silencio me empieza a resultar bastante incómodo. ¿Le habrá parecido mal lo que han dicho mis amigas? ¿Lo que le he dicho yo? Pero ¿qué he dicho?

—¿De dónde demonios habéis salido vosotras tres? —interrumpe mis cavilaciones. —¿De qué aquelarre os habéis escapado? Dais un poco de miedo —Y se ríe entre dientes.

Me tapo la boca para no soltar una carcajada y me río en silencio.

—Lo siento. Debí advertírtelo. Si picas a Deva con el trabajo, suelta de todo, y esto era una emergencia —me disculpo—. Ha sido idea de Lu. Pero yo no me he opuesto. Además, así las ves en pleno apogeo. Si yo misma te explicaba que son buenas dando ideas y planeando cualquier tipo de patraña que les pongas por delante, no me habrías creído. He preferido que lo comprobaras tú mismo.

—Bien, pues ya lo tengo claro. De todas formas, hemos de ver que podamos hacer algunos cambios lo antes posible, porque estamos en pleno verano y el hotel está lleno. —Rodea su escritorio y se sienta en la silla—. Siéntate, ¿o tienes mucho trabajo?

—La verdad es que sí tengo bastante trabajo. Tengo que acabar de organizar las dos bodas que hay el sábado —contesto, pero me siento, tal como me ha pedido.

—Seré breve, entonces —sigue—. Si tienes trabajo esta semana, encárgate de ello. Tampoco podemos parar la actividad del hotel porque estemos trabajando en otros temas. Yo me encargaré de revisar los últimos balances. Necesito ver las cuentas de gastos y comprobar que no haya excesos. Y miraré qué aspectos han

dado más beneficios para que el viernes podamos hablar de todo y empezar a tomar decisiones respecto a cómo encarar nuestras actuaciones —me habla serio, y veo que realmente le preocupa que no podamos dar la vuelta a la situación.

—Tranquilo, lo conseguiremos —contesto, convencida—. Y si no, siempre puedes comprarlo tú, como ya estás intentando. Seguro que a los socios de tu padre no les parece tan mala idea —intento animarlo.

—Ya veremos. No me gusta pecar de imprudente.

—Bien, si necesitas ayuda, me lo dices y, si puedo, te echaré una mano.

—Una mano te echaría yo, o las dos. —Sonríe socarrón, y apoya los antebrazos en la mesa. Su expresión tensa se ha esfumado por completo.

Mi ceja vuelve a hacer de las suyas, arqueándose.

—Señor Crespo, eso es un atrevimiento muy atrevido por *sus partes* —bromeo.

—*Mis partes* quisieran estar en otra parte ahora mismo.

—¿Solo una parte de *tus partes* o todas las partes de *tus partes*?

—Una parte de *mis partes* quisiera estar en una parte de *tus partes*.

—¿En cuál de *mis partes* quisiera estar esa parte de *tus partes*?

—En la parte de *tus partes* en que la parte de *mis partes* te parte por la mitad.

—Ah, esa parte de *mis partes*. Pues vas a tener que partir muchas partes de *mis partes* antes de partir esa parte por la mitad.

—Dios, me rindo. Eres imposible. —Se ríe a carcajadas. Hace rodar la silla hacia atrás para levantarse después. Se acerca a mí y me pongo de pie—. Anda, dame un beso, bruja. —Me agarra de la cintura y me besa en los labios. Su beso es dulce, calmado y... corto—. Tenemos mucho trabajo. ¿Qué haces esta noche?

—Iré a ver a los niños a casa de Nando. Imagino que me invitarán a cenar, como siempre. Pero no quiero llegar muy tarde a casa, aún arrastro el cansancio del fin de semana en el hospital y de una sesión de sexo que me pegué con un tío bueno para rematar por todo lo alto. —Me río.

—¿Y vas a volver a ver a ese tío bueno? —Finge sorpresa.

—Eso espero, porque al parecer quiere hacer que me olvide de saber contar. Y los números se me dan bien, así que va a tener mucho trabajo.

—Anda, vete ya o no voy a tener más remedio que empotrarte contra el armario —dice, con voz ronca.

Me aliso la camisa y recojo mi carpeta de encima de la mesa. Ya me ha dejado otra vez con las ganas. No entiendo cómo puede ponerme tanto solo con un beso; bueno, y con frases provocativas que encienden la pervertida imaginación que tengo.

—Hasta luego. —Le guiño un ojo.

—Hasta luego, bruja.

El resto del día lo paso en el jardín, en los salones y en la cocina, ultimando detalles con Berto y Toni. Está todo listo, pero no quiero que se me escape nada. Tendré que ponerme en contacto con los novios para darles todos los detalles y que sientan la seguridad de que sus celebraciones van a cumplir con sus expectativas.

Al salir, me voy directa a casa de Nando. Encuentro que Biel está mucho mejor. Estos niños tienen una capacidad de recuperación que más quisiera tener yo, que aún me duele la cadera por el trompazo que me he dado esta mañana al caer de la cama. Volvemos a acostarnos los tres juntos; pero esta vez, intento por todos los medios no quedarme dormida. Hablamos del campus donde Adrián pasa las mañanas, del libro que Biel está leyendo, de lo atareada que estoy esta semana en el hotel, y les digo con fastidio que trabajaré todo el sábado. Llamamos a mi madre para hablar con ella, y a Adrián se le ocurre hacer vídeo llamada por FaceTime. Nos reímos mucho con ella, porque no deja de mover el móvil y la perdemos de vista a cada instante. Hablamos también con mi hermano, mi cuñada y mis dos sobrinas. Sí, yo tengo dos cabezones y él dos princesas.

—Mamá —me llama Adrián cuando estoy recogiendo mi bolso para marcharme a casa.

—Dime.

—¿Quieres que vaya a dormir hoy contigo?

—Por querer, claro que quiero. Como a ti te vaya mejor. —Sonrío.

—Ya. Aquí ayudo a Biel si necesita levantarse, pero me da apuro que estés durmiendo sola en casa, como tampoco está la yaya... —dice con un poco de culpa.

—Adri, a mí no me importa dormir sola, pero si te vienes conmigo, estaré mejor, eso está claro —contesto y estoy deseando que se venga, pero no quiero forzarlo—. Mira, hacemos una cosa. Hoy te vienes y mañana te llevo al campus, así voy más temprano a trabajar y puedo salir antes por la tarde. Y, si quieres, podemos ir a la playa, o al cine, o lo que quieras —le sugiero. Me sabe mal que estemos todos pendientes de Biel y, aunque lo entiende, también puedo hacer algo con él.

—Joder, yo también quiero ir —se queja Biel.

—Biel, ¿alguna vez dejarás de decir *joder* en todas las frases? —lo regaño—. Esta semana has de estar en cama, después ya veremos lo que dice el médico y quizá puedas salir a hacer algo, pero aún no.

—Vale. —Se cruza de brazos con un mohín en la cara.

—¿Qué dices, Adri? —le pregunto a mi hijo con una sonrisa en los labios.

—Vale, me voy a dormir contigo —contesta, y salta de la cama.

—Pues venga, vamos. —Me arrodillo junto a Biel para darle un beso—. Adiós, cariño, te veo mañana.

Adrián también le da un abrazo y salimos de la habitación.

—Papá —llama Adrián.

—¿Qué? —contesta Nando, que entra de la terraza.

—Me voy a dormir con mamá. Mañana me llevará ella al campus.

—De acuerdo. ¿No te va muy mal llevarlo tan temprano? Tú entras más tarde a trabajar.

—No, iré antes y así podré salir más temprano por la tarde.

Llegamos a casa y nos metemos los dos en mi cama. Pongo el despertador a las siete de la mañana y veo un *whatsapp* de Javier.

Javier: «¿No quieres compañía esta noche?».

Yo: «Ya tengo compañía. Hay un morenazo metido en mi cama».

Javier: ☹

Yo: «Jajajajaja».

—¿Es Javier? —pregunta Adrián, burlón.

—Sí. Ven, vamos a hacernos una foto y se la mando. —Él se acerca a mí y me da un beso en la mejilla mientras yo sonrío mucho. Se la envío.

Javier: «Vaya, a ese moreno lo conozco. ¿Qué tal está? ¿Y Biel?».

Yo: «Están bien los dos. Biel va mejorando a grandes zancadas».

Javier: «Me alegro. Que tengáis buena noche. Nos vemos mañana».

Yo: «¿Y ya está? ¿Ni beso de buenas noches, ni nada?».

Javier: «Me da corte con tu hijo delante. Jajajajaja».

Yo: «Tú no sabes lo que es la vergüenza, bribón».

Javier: «Está bien... Ahora mismo te pasaría la lengua por debajo del ombligo».

Yo: «Preferiría que me pasaras otra cosa».

Javier: «¿Ya empezamos? Tengo la batalla perdida, lo sabes, ¿no?».

Yo: «¿Ya te has rajado?».

Javier: «No estás sola. ¿En serio quieres que te caliente?».

Yo: «Vale. Esta vez ganas tú. Buenas noches».

Javier: «Buenas noches, bruja».

Dejo el teléfono cargando sobre la mesilla de noche.

—Mamá, ¿crees que iba en serio lo de llevarme a escalar?

—Supongo que sí. No veo por qué tendría que decirte una cosa y no hacerla.

—¿Le puedes preguntar si alguna tarde podemos ir?

—Claro. Mañana se lo pregunto. —Apago la luz y me acuesto junto a él. Le paso el brazo por la cintura y lo beso en el hombro. Él me besa la cabeza y siento que no podría estar en mejor compañía; bueno, sí, con Biel también metido en la cama. Deberíamos hacerlo más a menudo. Me gustaba dormir con ellos cuando eran niños, aunque nos hinchaban a patadas y tuvimos que comprar una cama más grande porque dormíamos los cuatro juntos; creo que por eso se me ha quedado el afán por las camas gigantes.

—Te quiero, mi amor —le digo, y le agarro más fuerte con mi brazo.

—Yo también, mamá. Eres la mejor. —Me besa otra vez.

Y pienso que hoy he empezado y he acabado el día con la misma frase, y me la han dicho las personas a las que más quiero en el mundo. Ya me puedo dormir tranquila.

11

¿CONFÍAS EN MÍ?

La semana transcurre igual de frenética. Todos estamos enfrascados en atender a los clientes del hotel, que está a tope, y Deva, Lu y yo tenemos que encontrar huecos para desempeñar el trabajo que Javier nos ha solicitado. Yo voy de un despacho a otro, ofreciendo mi ayuda tanto a Javier como a ellas, que trabajan juntas la mayor parte del día. Aunque están cansadas por el estrés que les produce tanta actividad, se sienten satisfechas por formar parte de una tarea que nunca pensaron que se les iba a encomendar. Aquí, las cosas hace mucho tiempo que se acomodaron y, para hacer cualquier cambio, por pequeño que sea, se ponen tantas trabas que al final deja de apetecer pensar en cualquier asunto.

Adrián se viene a dormir conmigo todos los días; dice que, como el fin de semana voy a estar trabajando, quiere aprovechar para estar conmigo las noches que pueda. Qué bonito es mi niño. Biel evoluciona sin contratiempos, el ojo está casi completamente deshinchado y las heridas tienen un aspecto mucho más seco y parece que cicatrizan sin problemas. La costilla parece que cuesta un poco más, pero va bien, porque, según Biel, el dolor es cada vez menor. Ya se levanta sin ayuda y, en lugar de estar todo el día en la cama, se sienta en una hamaca o en el balancín que Nando tiene en la terraza.

—¿Te importa que salga un poco antes esta tarde? Tengo que llevar a Biel al médico para que le quiten los puntos de la ceja y la frente —le pregunto a Javier la mañana del viernes—. Nando tiene una reunión importante hoy y no quiero que Sandra se ocupe de esto también, bastante hace ya durante la semana.

—Por supuesto. Has trabajado muchas horas esta semana y mañana te esperan otras tantas. No hay problema. Tómate las horas que necesites —contesta él. Me mira al ver que sigo de pie sin moverme—. ¿No quieres sentarte?

—No, no te preocupes, solo he venido a decirte esto... —digo, no muy convencida.

—¿Estás segura?

No me he atrevido a preguntarle en toda la semana respecto a ir a escalar con Adrián, porque no sé si podría soportar la decepción de oírle poner alguna excusa y desentenderse del asunto. Aunque, por otro lado, si se ofreció...

—Adrián me preguntó si iba en serio lo de llevarlo a escalar —digo por fin,

con un tono de voz bastante bajo.

—Pues claro que iba en serio. ¿Por qué no iba a ir? —contesta con una sonrisa que le ilumina hasta los ojos—. ¿Cómo lo tiene esta tarde? ¿Está libre?

—¿Esta tarde? Bueno, pensaba venir con nosotros al médico y no sé si después tiene planes con sus amigos, como es viernes... —explico, sorprendida por su ímpetu.

—Dame su número, hablaré con él. —Coge el iPhone de encima de la mesa. Le canto el número y lo graba en su agenda—. ¿A qué hora puedo llamarlo?

—Sale del campus a las dos de la tarde; a partir de esa hora debe estar disponible.

—Vale. Anotado. —Deja el móvil donde estaba antes y me mira—. ¿De verdad crees que lo dije por compromiso?

—Bueno, no sé. Nos conocemos desde hace poco, y a ellos los has visto una vez. Pensé que quizá, era por hablar de algo con Adrián aquella noche en el hospital —contesto con timidez.

—Ya. Lo entiendo. Pero te puedo asegurar que nunca diría nada que no fuese a hacer o realmente pensara. Me gustan las cosas claras —contesta con convencimiento. Se levanta de la silla y se acerca—. ¿Te apetece salir a cenar esta noche conmigo? —pregunta, con cara de no tener muy clara mi respuesta.

Yo no sé qué contestar, pero me muero de ganas de decirle que sí.

—La verdad es que me encantaría —resuelvo. ¿Por qué no? Me apetece mucho.

—¿Sí? —se sorprende.

—¿Tanto te extraña?

—Bueno, como no te gusta que nos vean juntos... porque soy tu *jefe*. —Arruga el morro.

—No me gusta que nos vean besándonos. Cenar no implica que estemos liados.

—¿Estamos liados? —pregunta, divertido.

—La verdad es que no lo tengo muy claro —digo, sincera—. ¿Tú qué crees?

—Lo que creo es que nos gustamos, ¿no? —Asiento—. Las personas que se gustan salen a hacer cosas juntas. Si se gustan bastante, también se besan. Y si se gustan mucho, como tú me gustas a mí, tengo entendido que intiman un poco más —contesta, con un tono cada vez más bajo—. A partir de ahí, nunca se sabe... —acaba en su planteamiento. Y su respuesta me vale, me vale mucho.

—De acuerdo. Salgamos a cenar. Me apetece. Llevamos una semana de locos, mañana tengo que trabajar todo el día y necesito despejarme —sentencio—. ¿Vas a salir con Adrián, entonces?

—Si no tiene otros planes, sí. Lo llevaré al rocódromo, he visto que aún sigue

en el mismo sitio que hace años; si no ha escalado nunca, será lo más fácil para él, y para mí también. Hace tiempo que no lo practico. —Esto último lo dice con una sombra de tristeza. Estoy segura de que está pensando en su hermano.

—De acuerdo. Cuando acabéis, me llamáis y lo recojo para llevarlo a casa de su padre. Supongo que no tardaremos mucho en el médico con Biel. Después podemos salir a cenar, sobre las... ¿nueve?

—Me parece perfecto. Elige tú el sitio, aún no conozco demasiado la zona. Imagino que ha debido de cambiar mucho en diez años.

—Vale. ¿Qué te apetece cenar?

—A ti. —Aún está plantado a un par de metros de mí, de pie.

—Eso mejor lo dejamos para el postre. —Me río, y recuerdo lo que me dijo cuando, por primera vez, metió su cabeza entre mis piernas.

Resopla.

—Lo que tú quieras me vendrá bien —dice. Creo que él también ha pensado en ese momento.

—Bien. Luego hablamos, entonces. La reunión con Deva y Lu es a las doce, ¿no?

—Sí —contesta. Y me dispongo a salir del despacho. Él me detiene agarrando mi muñeca—. ¿Y ya está? ¿Ni un beso ni nada? —Utiliza la misma frase que utilicé hace varias noches por mensaje cuando nos despedimos.

Sonrío, porque me hace mucha gracia el puchero que imita con los labios, pero en sus ojos hay una mirada divertida. Me acerco a él y le pongo las manos sobre los hombros, me alzo de puntillas y lo beso en la boca; tres besos cortos pero firmes. Él me agarra la cintura.

—Me paso las horas pensando en tus labios —me susurra.

Este hombre siempre consigue derretirme con sus frases. Me aparto antes de que no pueda controlar echarme encima de él. Me aliso la falda y la camisa.

—A las doce vuelvo para la reunión —digo en un carraspeo—. Hasta luego.

—Adiós, bruja. —Se queda allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos.

Mientras espero a que llegue la hora para reunirnos de nuevo, llamo a las novias de las bodas del día siguiente para informarlas de que todo está listo y que se queden tranquilas. Desde luego, preparar una boda durante meses para que se pase el día volando y ni siquiera te enteres de la mitad de lo que ocurre a tu alrededor es cuanto menos ridículo, pero es lo que pasamos todos los que nos

casamos. Menos Nando y yo, claro, que tuvimos que casarnos de prisa y corriendo porque me quedé embarazada cuando se nos rompió un preservativo en mitad de la faena y no nos enteramos hasta que acabamos. Dios, casi nos da un infarto. Y, cuando supimos que estaba embarazada, casi nos da otro. Teníamos veinticinco y veintisiete años; cierto que no éramos unos adolescentes y llevábamos saliendo mucho tiempo. Habíamos hablado de casarnos, por supuesto, pero no lo habíamos planteado en firme ni habíamos puesto fecha. Lo que sí estábamos haciendo era buscar casa. Así que, hablando con nuestros padres, decidimos que seguiríamos adelante con el embarazo, con la boda, que celebramos con la familia más allegada, y con la compra de la casa en la que vivo ahora. Los dos trabajábamos, teníamos un sueldo decente, ahorros y ganas de independizarnos de casa de nuestros progenitores, algo que en mi caso solo conseguí durante dos años, porque mi madre se vino a vivir con nosotros tras la muerte de mi padre. A veces me río con ella de eso; primero viví en su casa durante veinticinco años y después, ella se vino a vivir conmigo y llevamos quince años más. Así no hay forma de independizarse.

Nos tomamos el embarazo como el empujón final, nunca mejor dicho. Evidentemente, cuando supimos que venían dos, casi nos da una embolia y a mí, además, ganas de castrar a Nando. Menudo esperma tenía, mató dos pájaros de un solo tiro, literalmente.

A las doce menos cinco, salgo de mi despacho y me dirijo al de Javier; por el camino, me encuentro a Deva y a Lu, que también se encaminan a la reunión.

—Hola, guapa, casi no nos hemos visto estos días. Vamos todas de culo. *Tu jefe nos está haciendo trabajar como burras* —saluda Deva.

—No es *mi jefe*, es el de todos —puntualizo.

—Ya, pero no somos nosotras las que nos lo estamos montando con él. —Se ríe Lu en voz baja.

—Tú estás pasando demasiado tiempo con esta. —Señalo a Deva con el dedo.

Llegamos al despacho, y Deva llama a la puerta con energía.

—Pasad, antes de que echéis la puerta abajo. —Oímos decir a Javier desde dentro.

Deva abre, y entramos las tres casi a la vez por debajo del marco, dándonos algún que otro empujón porque no cabemos todas juntas. Javier nos mira divertido.

—¿Habéis pensado en montar un *show* las tres juntas? —nos dice, sonriente.

Nos miramos las unas a las otras, avergonzadas, y nos quedamos de pie viéndolo sentado en la mesa ovalada auxiliar.

—Lo sentimos. A veces, somos un poco payasas —me disculpo. Las otras dos asienten.

—No os disculpéis, es divertido veros juntas. Venga, sentaos, que tenemos mucho trabajo. Si puede ser, cada una en una silla —bromea.

Creo que al final, nos va a tomar por locas de verdad.

Después de más de dos horas de revisar la lista que habían confeccionado Deva y Lu, discutir cuáles eran las opciones más factibles y que, en un principio, no generaran demasiado gasto, echar un vistazo a las partidas de los balances que daban más beneficio y volver a repasarlo todo como veinte veces, salimos de allí, con más trabajo. Antes de volver a meternos las tres en mi despacho, vamos a la cocina a reponer fuerzas. Hemos avisado a Toni para que nos prepare algo de comer.

—Comemos en el despacho, por favor. Que a las cuatro me marchó. Tengo que llevar a Biel al médico para que le quite los puntos —digo, mientras cogemos los platos de pasta con verduras y un poco de fruta.

—Toni, eres el mejor; si no estuviera casada ya, me casaría contigo —bromea Deva.

—No creo que a mi mujer le hiciese gracia —contesta sonriente. Va vestido completamente de negro, con el típico traje de cocinero de pantalón de tela ancho y la chaquetilla cruzada en el pecho; en su caso, en la barriga que le sale en una curva por debajo del esternón. El pelo recogido bajo un pañuelo de diferentes colores.

—Oye, Toni. ¿Te acuerdas de aquellas parrillas de carbón que usábamos antes para los aperitivos de las bodas? —le pregunto, ya que una de las cosas que vamos a implantar, sin que cueste demasiado, son las barbacoas en la playa los sábados por la noche.

—Sí, están guardadas en el almacén. ¿Hay que sacarlas? ¿Vuelven a quererlas en el jardín, aunque quemén el césped con las chispas? —pregunta, extrañado.

—No. Las vamos a poner en la playa para hacer cenas los sábados —explica Lu.

—¿No me digas? ¿En serio?

—¿Te gusta la idea? —pregunto, ilusionada.

—Me encanta cocinar al aire libre. Si os hacen falta manos, decídmelo, puedo combinarlo con las cenas del salón y el restaurante.

—¿Estás seguro? ¿No será demasiado? Habíamos pensado poner eventuales a hacer las barbacoas, no creo que quemen nada, ¿no? —pregunta Deva.

—Tranquilas. Vosotras decidme qué horario van a tener esas cenas, y yo me encargo de combinar horarios con los cocineros —dice, apoyado sobre una de las encimeras y con los brazos cruzados sobre su barriga.

—Fantástico, Toni. Ya sé que me repito más que el ajo, pero eres el mejor —grita Deva.

Salimos de allí con un plato cada una lleno de comida, y tan contentas que no podemos parar de reír, gritar y cotorrear por todo el camino hasta mi despacho. Nuestros compañeros nos miran extrañados, pero se contagian de nuestra energía y nos sonríen cuando nos cruzamos. Que a Toni le haya encantado la idea, nos da más ganas de seguir adelante con el proyecto. Esperemos que el resto de compañeros piense lo mismo.

A las cuatro de la tarde, hemos decidido que lo primero que haremos será cambiar las sillas metálicas del chiringuito de la playa por los sillones blancos y las mesas bajas del jardín, creando un espacio *chill out* para tomar algo en plan tranquilo. Para la noche del sábado siguiente, sacaremos las parrillas y montaremos bajo cada sombrilla de madera y brezo que ya tenemos en nuestra zona de playa, unos manteles de cuadros rojos y blancos muy grandes que están guardados porque ya no se usan en el comedor. De esa forma, la cena tendrá ambiente de picnic desenfadado, y lo mejor de todo, esa cena inaugural se abrirá al público y a los empleados que quieran asistir.

—Estoy deseando que llegue el sábado —dice Lu, que no para de dar saltitos y palmadas sordas con las manos.

Llaman a la puerta y nos giramos las tres a la vez.

—Adelante.

Javier abre la puerta y sonrío.

—No sabéis el miedo que os tengo cuando estáis las tres juntas. Se os oye desde la otra punta del hotel —dice, divertido, al cerrar la puerta cuando entra.

—Es que estamos tan contentas por lo que vamos a montar el sábado —grita Deva, y se abalanza sobre él, para abrazarlo alrededor del pecho. Él se queda quieto como un palo, pero finalmente le aprieta los hombros. Creo que empieza a acostumbrarse a que Deva es así y no puede evitarlo.

—Perfecto. Me gusta que estéis satisfechas con vuestro trabajo. —Se separa del cuerpo de mi amiga; Deva se da cuenta de que está aferrada al pecho de su jefe y se aparta de un salto—. Acabo de tener una reunión con los cuatro

directores. Les he explicado lo que estamos gestionando y que os he puesto a trabajar en los cambios que parece hacen falta.

—¿Y qué te han dicho? —pregunto.

—Me ha dado la sensación de que Borja y Mateo estaban aliviados por no tener que hacerlo ellos, y Lidia y Alicia un poco molestas por no contar con ellas. De todas formas, ya les he dicho a las dos que necesitaremos su ayuda en breve —responde en tono sereno—. Vosotras, ¿cómo lo lleváis? —Se acerca a mi escritorio, en el que tenemos escampados un millón de papeles.

—Muy bien. Toni está encantado con la idea de las parrillas en la playa y nos facilitará a los cocineros, o incluso él mismo, ha dicho. Va a sacar las barbacoas del almacén para limpiarlas y probarlas.

—Por otro lado, estamos organizando con la empresa de mantenimiento el traslado de los sillones del jardín a la playa. El lunes pueden venir a hacerlo —continúa Deva.

—Vamos a poner manteles bajo las sombrillas y ahora mismo estábamos redactando el escrito para enviar el *mailing* a todos nuestros clientes; empresas y particulares —cierra la explicación Lu.

Él nos observa de una en una conforme hablamos. Y ahora sigue mirándonos, después de estar ya las tres calladas.

—No sé cómo lo hacéis, pero parece que sois tres personas conectadas al mismo cerebro —dice, parece desconcertado y admirado a la vez.

—¿Crees que eso es malo? —pregunto.

—No, no. Al contrario. Formáis un buen equipo. Mejor de lo que me esperaba cuando os conocí. Os felicito —dice, sincero.

—Vaya, gracias —dice Lu, ilusionada—. Es la primera vez que me felicitan directamente desde que trabajo aquí.

—Si seguís así, no será la última. Os lo aseguro.

Y las tres sonreímos mucho.

—Perdonadme, pero tengo que irme —interrumpo el momento de gratitud mutua—. He de llevar a Biel al médico. Quedaos aquí si queréis, así no tenéis que trasladar todo el material. —Recojo mi bolso y me dispongo a salir—. Hasta el martes, guapas. Hablamos.

—Adiós, bonita, no trabajes mucho mañana —se despide Deva, me da un beso y un abrazo.

—Adiós, guapa —me dice Lu.

—Te acompaño. —Javier me sigue hacia la puerta—. No os vayáis muy tarde, lleváis muchas horas trabajando. Descansad el fin de semana, hablamos el lunes —se despide de ellas.

Salimos los dos por el pasillo hasta recepción y cruzamos la puerta principal

del hotel hasta la calle, que queda en la parte derecha.

—Ya he quedado con Adrián esta tarde. A las seis lo recogeré en casa de Nando. Imagino que para las ocho estaremos de vuelta.

—Ah, qué bien. Seguro que está muy contento.

—Sí, se le notaba ilusionado.

—Gracias. —Y voy a acercarme para darle un beso, pero me detengo porque me doy cuenta de que estamos en la puerta del hotel—. Ya te daré un beso después. —Sonrío, avergonzada.

—Espero que más de uno —contesta, pícaro.

—Yo también. ¿Cómo quedamos? ¿Quieres que pase a buscarte o vas al restaurante en moto?

—Como quieras. También puedo recogerte yo con la moto. ¿Dónde iremos? Si está en el centro, quizá nos cueste aparcar el coche.

—Es verdad. He reservado mesa en un pequeño restaurante en el centro. Pasa por mi casa a las nueve menos cuarto y me recoges.

—Perfecto. Estoy deseando estar contigo a solas. —Me mira tan intensamente que me derrito.

—Y yo —contesto, sosteniéndole la mirada con gran esfuerzo por no lanzarme a sus labios—. Nos vemos luego. Que os divirtáis en el rocódromo.

Cuando llego a casa de Nando, Adrián está como loco por ir a escalar con Javier. Ya le ha explicado a su hermano los planes y, claro, el otro está con unos morros que le llegan al suelo.

—Podríais haber esperado a que yo estuviera bien para ir los tres, ¿no? —se queja.

—Biel, tu hermano no tiene la culpa de que estés convaleciente. Bastante hace quedándose contigo casi todas las tardes, ¿no crees? —lo regaño, pero con cariño, porque no quiero que se enfade más.

Él hace un mohín de disgusto y se levanta de la cama.

—Esto de no poder ir al campus es una puta mierda —gruñe. Ya sabía yo que poco le iba a durar el estar quieto sin hacer nada.

—Esa boca. —Le doy una colleja.

—Ay, joder, mamá. —Se rasca la nuca.

—¿Te doy otra?

—Vale, vale.

Dejamos a Adrián en casa esperando a que lo recoja Javier y nos vamos al

hospital. Allí, la enfermera le quita los puntos y el médico lo examina y dictamina que todo evoluciona correctamente. Nos da cita para dentro de diez días, aconsejando que haga vida normal, pero sin excesos ni esfuerzos innecesarios por la costilla. Volvemos sobre las siete de la tarde. Adrián aún no ha llegado.

—Biel, me marchó a casa, que esta noche he quedado para cenar, ¿vale, cariño?

—¿Con quién?

—Con Javier.

—Qué ocupado está hoy este hombre —dice, y resopla un sonrisa.

Me río y le alboroto el pelo. Le doy un beso y un abrazo. Salgo de la habitación y voy a la terraza para despedirme de Sandra y Nando, después de explicarles lo que ha dicho el médico.

—¿Hoy no te quedas a cenar? —pregunta Sandra con su habitual sonrisa.

—No, he quedado.

—Qué bien. Has trabajado mucho esta semana, ¿verdad?

—Sí, demasiado. Pero estamos contentos con el resultado.

Les conté la otra noche que estábamos cambiando algunas cosas, pero sin dar muchos detalles.

—Seguro que sí. Anda, ve a divertirte. Mañana trabajas otra vez —dice Nando.

—Sí, mañana empiezo a las diez y no sé a qué hora acabaré. —Resoplo.

Los dejo a los dos sentados en el balancín leyendo, y tomando la limonada natural que ella misma prepara.

A las nueve menos cuarto en punto, suena el timbre de la verja. Cojo el bolso y bajo las escaleras lo más rápido que me permiten los tacones que me he puesto.

—Ya salgo —contesto por el interfono.

Me echo un último vistazo en el espejo del baño del piso de abajo. Me he vestido con un *short* de tela en blanco y una camiseta de tirantes finos con dibujos tribales blancos sobre fondo negro; el pelo suelto y alborotado con laca; hoy no hay pintalabios, solo un poco de brillo. Le doy el visto bueno a mi aspecto y voy al recibidor. Me cuelgo el pequeño bolso negro en bandolera y salgo a la calle cerrando la puerta con llave. Abro la verja y me encuentro a Javier sobre una moto enorme; no sé ni la marca ni el modelo, porque no entiendo de estas cosas. Es completamente negra, con embellecedores metálicos,

y la carrocería no está pegada a las ruedas, queda un poco elevada. Parece más una moto de montaña que de carretera, pero ya digo, que no entiendo nada, solo sé que esa moto le queda muy bien a Javier entre las piernas. Me río cuando me doy cuenta de que lleva un tejano blanco y una camiseta negra.

—Vamos conjuntados —le digo con una sonrisa.

Él se mira y me mira a mí.

—Anda, es verdad. —Se ríe también—. Aunque esos pantalones me gustan más que los míos. —Me mira por debajo de la cintura con una ceja levantada.

—Deja de mirarme las piernas, perverso —lo regaño. Me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos. Lo beso, y mi lengua no puede evitar abrirse paso a través de su boca. Ya me estoy poniendo muy tontorrón, y eso que acaba de llegar. Él no puede agarrarme porque lleva un casco en cada antebrazo, pero me aprieta con el pecho y me muerde los labios; se le escapa un gemido ronco—. ¿Quieres pasar de la cena? —le digo con una sonrisa perversa.

—No. Quiero ir a cenar contigo, pero después quiero mi postre —contesta, y me besa otra vez—. ¿Has subido alguna vez en moto?

—No. ¿Tengo que hacer un curso? —me burlo.

Se ríe entre dientes.

—Anda, sube —me pide, dando por finalizado el beso. Me separo de él—. Mira. —Señala detrás de su pierna derecha un palo corto metálico que sobresale de la carrocería—. Eso es la estribera. Apoya el pie y pasa la pierna por encima del sillín; en el otro lado hay otra igual, son para que apoyes los pies. Ten cuidado con el tubo al subir. —Lo señala debajo del sillín—. Estará caliente y puedes quemarte esas preciosas piernas que tienes. —Sonríe—. Ponte el casco antes. —Me entrega uno en color negro, el suyo es rojo y lo desliza por su brazo. Se lo pone y ata la cinta que le queda bajo la barbilla. Lo imito, y siento cómo mi cabeza queda aprisionada entre las paredes acolchadas del interior. Es un poco incómodo pero no molesto, imagino que me acostumbraré en un rato. Me abrocho también la cinta—. ¿Lista?

Asiento y noto que la cabeza me pesa el doble. Sonrío. Hago lo que me ha explicado y, en dos segundos, quedo sentada a horcajadas sobre el sillín tras él. Me acaricia el muslo, que ha quedado pegado a su cadera. Se gira hacia mí.

—Esto va a ser muy difícil —dice.

—¿Por qué? —pregunto sin entender.

—Conducir teniéndote abierta de piernas pegada a mi espalda —contesta. Sale una carcajada de mi garganta y él se ríe también—. Vale, agárrate a mi cuerpo. —Coge mis manos y las acomoda alrededor de su torso, pegándose a su espalda. Esto es muy erótico—. Deja el cuerpo relajado, sigue la inercia que te marque la moto, ¿vale? Si haces movimientos bruscos, podemos caernos —me

explica. Asiento con la cabeza. Me baja un poco la visera transparente para protegerme los ojos, imagino—. De acuerdo, nos vamos.

Coge el manillar, arranca con la llave, oigo el ronroneo del motor y noto cómo vibra todo bajo mi trasero. Sigo pensando que esto es muy sensual, o soy yo, que estoy fatal de la cabeza y de otra parte. Sube el pie izquierdo a su estribera, empuja la moto hacia delante para quitar la pata donde está apoyada. Noto cómo se tensan todos sus músculos bajo mis manos. Mira a ambos lados de la calle, y arrastra la moto hacia la carretera. Acelera, y el viento me golpea la cara. Dios, es como estar volando. Me encanta. Asomo la cabeza por encima de su hombro y me acomodo en su cuerpo. Nunca había montado en moto y espero que no sea la última vez.

Disfruto del viento acariciando mi piel. Pero, sobre todo, me gusta estar agarrada a su cuerpo. No había sentido nada parecido antes. Con Nando, fue todo muy natural e inocente, éramos jóvenes y fue mi primer y único novio formal, pero ahora ya tengo una edad en la que, a pesar de no tener las hormonas saltando por todo mi cuerpo, sí es cierto que con Javier todo está siendo muy intenso y me gusta, me gusta mucho cómo me siento cuando estoy con él. Y lo más extraño es que no estoy asustada. Es como si lo conociera, como si llevara tiempo a su lado. Es una sensación vibrante pero a la vez calmada, como si supiera que todo va a ir bien. En los últimos cinco años, desde que me divorcié, he tenido un par de relaciones de varios meses y alguna más de índole puramente sexual. Aunque esto no se le parece ni a una cosa ni a otra. Nada de aquello me hizo sentir viva y con ganas de seguir adelante, de compartir mi vida de nuevo. Me paso el día esperando ansiosa encontrar un rato para estar con él, pero sé que no es solo sexo. Me gusta trabajar con él o hablar o bailar... Espero poder volver a bailar pronto con él, porque me vuelve loca.

Llegamos a la calle del restaurante en pocos minutos. Le pasé durante la tarde la ubicación y debe de haberla memorizado. Aparca la moto en la zona de la calle destinada a ello y se quita el casco. Me bajo del mismo modo que me he subido y, cuando estoy en el suelo, me saco el casco.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Genial. Me encanta. ¿Me vas a llevar más veces en moto? —digo, con una sonrisa y agito el pelo.

—Todas las veces que quieras —contesta, satisfecho. —¿Seguro que no habías montado antes?

—No, ¿por qué?

—Te acoplas muy bien.

—Bueno, cualquiera se acopla bien a tu espalda, cariño —le digo, muy pizpireta.

Se ríe y baja de la moto negando con la cabeza. Sin duda piensa que estoy como una cabra, y está en lo cierto. Le pone un candado a la moto, y la ata al hierro que sobresale del suelo; imagino que debe de ser para eso. Coge mi casco y mete los dos en una especie de maletín que hay en la parte trasera del sillín.

—Vamos —dice, y me coge de la mano.

El restaurante queda a unos metros. Es un sitio pequeño y poco elegante, más bien es como un bar de carajillos, pero cocinan un pescado y un marisco para chuparse los dedos. El local es cuadrado, tiene una barra metálica, típica de los bares antiguos, a la izquierda, y la pared de detrás está llena de estanterías con distintas botellas de licor. Las mesas cuadradas en color marrón oscuro están repartidas por el resto de la estancia, dejando un pasillo junto a la barra para que las camareras puedan moverse. El resto de paredes son blancas y están llenas de fotos, cuadros y piezas decorativas, todo relacionado con el mar. Está todo ocupado, hasta los taburetes de la barra.

—No es un sitio bonito, pero se come que te mueres —comento.

—Hace unos días te dije que me daba igual el sitio, lo único que quiero es estar...

Le tapo la boca con la mano para que no acabe la frase.

—Sí, sí... dentro... ya. —Sonrío, divertida.

Me adelanto para hablar con la camarera rubia, que a su vez es la dueña del lugar. Me sonrío y me indica la mesa que nos han reservado. Está a la entrada, entre la vidriera y el comienzo de la barra. Nos sentamos allí, y ella viene enseguida a traer la carta.

—¿Qué te apetece? —le pregunto.

—Lo que tú quieras, eres quien ha elegido el sitio.

—Vale, pero ¿hay algo que no te guste? Aquí es todo pescado y marisco —insisto.

—Me gusta todo. Pide lo que quieras, de verdad.

—De acuerdo. Y, de beber, ¿vino?

—Y un poco de agua. Yo conduzco.

—Perfecto. —Levanto la mano para llamar a la rubia. Viene en seguida con la libreta para apuntar.

—¿Qué os pongo?

—Mejillones sin salsa, la cazuelita de almejas, dos buñuelos de bacalao, media de pulpo, seis gambas y seis cigalas. Ah, y un poco de pan tostado —relato de memoria.

—¿Para beber?

—Una botella de vino blanco y otra de agua.

—Muy bien, ahora mismo os lo traigo. —Se aleja a paso ligero y se pierde

entre las otras mesas del local.

—Vienes mucho por aquí, ¿no? —observa Javier.

—Sí, bastante. —Sonríó—. Por cierto, ¿has montado a mi hijo en esa moto?

—Sí, hemos ido al rocódromo en ella.

—Habrá flipado.

Javier se ríe con ganas.

—Creo que sí. Estaba muy emocionado con todo. Es un chico fantástico. —Y le brillan los ojos.

—Sí, lo es. Y Biel también.

—No lo dudo. Son hijos tuyos, deben de serlo. —Sonríe tanto que me va a dar un patatús.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Genial. Lo ha hecho muy bien para ser la primera vez. Tiene mucha agilidad.

—Sí, se les dan bien los deportes. Han practicado casi de todo.

—Me recuerdan a mi hermano y a mí cuando teníamos su edad. —Se remueve un poco en la silla.

—No tienes por qué hablar de él, si no quieres.

—No es eso. Todo mi entorno conoce la historia y hacía mucho tiempo que no hablaba de él con nadie, no lo he necesitado. Pero contigo... no sé, me sale solo. Ya me pasó la otra noche.

—Como quieras, pero no tienes por qué hacerlo. —Y me siento halagada por hacerlo sentir cómodo para hablar de lo que necesite.

La camarera trae la bebida, descorcha el vino y lo sirve en las copas; luego deja la botella en una cubitera que ha puesto en una esquina de la mesa. Va trayendo platos y charlamos mientras comemos. Javier alaba cada cosa que prueba, y yo me siento satisfecha por haberlo traído a un sitio en el que disfrute.

Me cuenta que nació en Alicante. El hotel más grande de la cadena está allí, y su padre se instaló definitivamente después de dar tumbos por varias ciudades, persiguiendo la apertura de cada hotel. Le pregunto si ha tenido muchas novias y me cuenta que después de la universidad estuvo con una chica durante cuatro años, pero entonces su hermano murió y él se volvió un poco difícil de carácter. Su novia intentó ayudarlo, pero él no se dejó y al final la relación se deterioró, por su culpa, según me cuenta. Me entristece que lo haya pasado mal en el pasado; si lo hubiese conocido entonces, ¿habría podido ayudarlo? Qué tontería. ¿Por qué iba a ser yo mejor que la chica con la que salía? A veces se me va tanto la olla que no sé cómo no me pierdo. También me cuenta que su madre lo pasó bastante mal. Y la entiendo perfectamente, si yo perdiera a uno de mis hijos me volvería loca, pero loca de atar.

—Mi madre se pasó meses encerrada en su habitación. Estaba destrozada. Pero, un buen día, salió y dijo que su hijo no habría querido que nadie se hubiese muerto de pena por él. Así que empezó a hacer un montón de cosas. Curso de pintura, de fotografía, montó en globo, se tiró en paracaídas... Yo qué sé la de cosas que hizo. Y fue cuando empezamos a ir a clases de baile. —Sonríe y sé que tiene en mente la conversación que tuvimos en la puerta del Salseando—. Y entre los dos, nos recompusimos y seguimos adelante. Cada uno a su manera.

—¿Y tu padre? —pregunto con tiento.

—Mi padre se sumergió en el trabajo. Trabajaba a todas horas, fines de semana incluidos. Hasta que mi madre lo obligó a pasar tiempo con ella. Empezaron a viajar varias veces al año, aunque ahora hace tiempo que la cosa se ha enfriado bastante —explica—. Mi padre no es muy dado a expresar sus sentimientos, pero en ese aspecto hizo lo que ella le pedía, en aquel momento. El trabajo es otra cosa. —Se pone más serio. Por lo que me explicó hace unos días con respecto al hotel, parece que no se lleva demasiado bien con él. Parte una gamba y se mete la cabeza en la boca—. Tenías razón, esto está para morirse.

—Me alegra que te guste —digo—. ¿Puedo preguntar por qué tienes esa relación tan... tirante con tu padre? —No puedo apartar de mi cabeza la curiosidad que me ha entrado por el trato que mantienen.

—No me perdona que mi hermano y yo creáramos una empresa por nuestra cuenta y dejásemos de trabajar en los hoteles de la cadena. —Me mira con fijeza—. Estuvimos años trabajando para él después de acabar la universidad, pero no nos sentíamos a gusto, de modo que formamos una sociedad de asesoría para hoteles. Mi hermano y yo trabajamos juntos durante cuatro años, hasta que él murió en un accidente de tráfico. Con él ya no puede estar enfadado, así que todo su rencor lo carga contra mí —explica con pesar.

—Vaya, lo siento. —Me crea un sentimiento de desazón lo que me acaba de contar. No sé si es buena idea tener esta conversación la primera vez que salimos a cenar. Se supone que deberíamos divertirnos, aunque me complace que confíe en mí lo suficiente como para contármelo.

Tiene un proceso de divorcio complejo, mantiene una mala relación con su padre y, aún así, hace acopio de una responsabilidad con el hotel hasta el punto de querer comprarlo para no perderlo.

Me da la sensación de que hay algo más detrás de esas complicaciones, pero prefiero que sea él quien quiera contármelo cuando se sienta cómodo para hacerlo. Al fin y al cabo, nos conocemos desde hace poco, y ya bastante me ha confesado como para que yo siga preguntando.

Alarga su brazo y pasa su pulgar por mi mejilla. Cierro los ojos para concentrar todos mis sentidos en esa caricia.

—No tienes por qué sentirlo, son cosas que pasan. —Sonríe con dulzura—. Explícame algo de tus hijos, de cuando eran pequeños, por ejemplo —me pide. Bebe de su copa de agua y me mira para que hable.

—Buf, de esas tengo muchas —contesto, y me repongo del embelesamiento que me ha provocado su contacto—. Podría escribir un libro: *Trastadas de los mellizos*. —Hago el movimiento con las manos como si estuviera señalando un cartel luminoso imaginario—. Menudos son. —El vino está haciendo efecto y hablo más rápido de lo habitual, como siempre me pasa cuando bebo un poco más de la cuenta—. Cuando apenas tenían un año, me los encontré en el garaje. Biel estaba intentando meter a Adrián en la lavadora. Dios, casi los mato. Pero la cosa no acabó ahí; durante meses me encontré de todo dentro de la lavadora. Qué perra les dio con eso...

A las once, salimos del restaurante, aún riéndonos de lo que nos hemos contado, porque él también me ha hablado de las trastadas que hacían su hermano y él de niños y de adolescentes. Se le ve más relajado cuando habla de él; me alegra, y no puedo evitar besarle en medio de la calle, de camino a buscar la moto. Me arrastra hacia la entrada de un cajero automático que hay en la esquina. Me estrecha contra una de las paredes y me besa, desesperado.

—Vámonos, Javi. Estoy loca por meterte en mi cama —susurro en su oído cuando me besa en el cuello—. ¿Por qué te gusta tanto que te llame Javi? —Se me ocurre de repente.

—Porque eres la única persona que lo hace. Me gusta que me llames de forma distinta a como lo hace todo el mundo.

Y yo me siento exultante con esa respuesta.

Me coge las mejillas con las manos y me aprieta el estómago con su erección, me mira a los ojos con los suyos encendidos. Tira de mi mano hasta la moto. Me sube a ella en volandas, tan rápido que tengo que sujetarme al sillín para no caerme. Saca de un tirón los cascos y me da uno. Se pone el suyo. Y se sube en la moto, no sé cómo, porque ni siquiera me ha rozado con la deportiva cuando ha pasado la pierna por encima. Arranca y sale disparado por la carretera. Me agarro fuerte a su pecho y le meto las manos por debajo de la camiseta; bajo una hacia su entrepierna y noto cómo se contrae su abdomen. Acelera más y, en pocos minutos, estamos subiendo la cuesta que lleva a mi casa. Sube la moto encima de la acera. Me ayuda a bajar y me quito el casco. Abro la verja y mete la moto en el pasillo. Me coge el casco y deja los dos sobre el sillín. Cierro la verja y, cuando me doy la vuelta, arremete contra mi cuerpo. Me muero de ganas, y parece que él está igual que yo.

Todos nuestros movimientos desde que hemos salido del restaurante han sido acelerados, a cámara rápida, con el deseo de llegar al punto en que estamos

ahora mismo. Lo empujo hacia la puerta de mi casa y me deshago de él como puedo para poder abrir. Mientras lo hago, me agarra por detrás y me aprieta la parte interior de los muslos con sus enormes manos. No acierto con la llave y empiezo a reírme.

—Para, o no vamos a poder entrar, loco —lo riño.

—Me da igual, te empotraría aquí mismo —susurra con rabia en mi oído. Y siento un latigazo bestial entre las piernas.

Por fin, hago girar la cerradura y entramos. Suelto el bolso en el suelo y, mientras subimos por las escaleras a trompicones, nos quitamos la ropa con torpeza, besándonos y tocándonos por todas partes. Cuando llegamos a mi dormitorio, solo nos queda medio puesta la ropa interior. Me tira sobre la cama y se echa sobre mí. Nos besamos como si fuera la última noche que podemos estar juntos. Nos besamos con frenética rabia, tanta que por primera vez noto que su barba me está irritando la piel. Nuestra respiración se hace imposible, irregular y jadeamos tanto que me parece que de un momento a otro voy a gritar. Me saca el sujetador de un tirón y se mete uno de mis pezones en la boca mientras acaricia el otro con los dedos. Ahora sí que grito. Me muerde. Dios, me voy a correr sin que me toque bajo las bragas. Meto mis manos bajo el elástico de su bóxer y tiro de él hacia abajo; él me ayuda con una mano y mueve las piernas hasta que se deshace de la tela. Cojo su erección con fuerza y me suelta el pezón para gritar. Muevo arriba y abajo. Me arranca las bragas por las piernas y pataleo hasta que las saco por los pies. Se coloca entre ellas y sé que va a entrar.

—Javi, el condón —susurro, un poco alarmada.

—Estás sana, ¿no? —pregunta entre jadeos.

—Según mi ginecóloga, como una manzana.

—Yo también, te lo aseguro.

—Pero... no tomo nada... —Y pienso en la conversación que tuve con mis hijos sobre usar condón para no tener otros dos cabezones como ellos.

—No vas a tener ese *problema* conmigo —musita en mi oído.

—¿Cómo? —digo, perpleja.

Me coge de las mejillas, como hace siempre que quiere que le preste toda mi atención.

—¿Confías en mí? —pregunta, serio.

Lo miro a los ojos, y me doy cuenta de que sí, confío en él. Asiento.

—Bien. No vas a quedarte embarazada conmigo. ¿De acuerdo?

Vuelvo a asentir y se hunde en mí. No sé bien qué ha querido decir, pero ya se me ha olvidado, porque siento su piel caliente en mi interior y vuelvo a gritar. Lo único que quiero es que siga ahí dentro toda la noche.

Sus movimientos son profundos, y sus besos aún más. Me abraza fuerte,

como si quisiera meterse debajo de mi piel. Sus jadeos desesperados acelerándose me precipitan hacia mi propio abismo y pierdo el control de mi cuerpo. Las convulsiones salen disparadas desde mi interior para expandirse por todos mis poros y necesito gritar, porque la intensidad no permite quedármelo dentro. Noto a Javi tensarse encima y me acompaña con un rugido sordo. Siento cómo se vacía dentro de mí y yo me siento llena, plena y eufórica.

Poco a poco, dejamos de movernos, y nos quedamos completamente abrazados, recuperando el ritmo de nuestra respiración. Cuando recobro la consciencia, dejo su espalda para cogerle el rostro y ponerlo frente al mío.

—Javi, mírame —le pido, como tantas veces ha hecho él conmigo. Abre los ojos y los noto tristes—. Necesito que me expliques qué has querido decir antes. —Le doy besos cortos en los labios, despacio. Él empieza a incorporarse, pero lo detengo—. No. No te muevas. Quiero que sigas aquí, conmigo. —Lo miro a los ojos, porque a través de la luz del descansillo puedo verlos con claridad. En su rostro hay una mezcla de tristeza, rabia y... ¿vergüenza?

—No puedo... no puedo dejarte embarazada, no puedo tener hijos —confiesa, por fin, y baja la mirada.

—Mírame. —Vuelvo a tirar de su rostro y lo hace—. ¿Quieres hablar de ello?

—Quizá en otro momento, ahora solo quiero abrazarte —contesta, y me besa.

Enredo de nuevo mis brazos sobre sus hombros, del mismo modo que tengo las piernas en su cintura y que no he soltado desde el mismo instante en que se metió entre ellas. Nos apretamos mucho, tanto que me molesta tener nuestros cuerpos entre los dos. No quiero acariciar su cuerpo, quiero acariciarlo a él.

Ahora tengo la certeza de que lo que me confesó anoche mientras cenábamos son solo coletazos de una historia mucho más compleja, pero no quiero forzar a que me lo cuente en este momento. Se necesita tiempo para confiar en las personas que nos rodean y en uno mismo para asimilar las cosas que nos ocurren en la vida. Igual que me habló de su hermano, de su divorcio, de su padre. Puedo esperar a que esté preparado para hablar de lo que me acaba de confesar. De eso se trata cuando estás con alguien, ¿no?

QUÉDATE CONMIGO

Cuando suena el despertador de mi móvil, a las siete y media de la mañana, me pesan los párpados, estoy sobre mi costado izquierdo y alargó el brazo para apagarlo. La luz del día ya entra por las rendijas de la persiana. Me palpo el cuerpo y solo noto la fina sábana que me cubre hasta la cintura, ningún brazo sobre él. Me doy la vuelta hacia mi derecha y veo a Javier recostado de lado, con medio cuerpo tapado también, y apoyado sobre el codo, mirándome.

—Buenos días —Ni rastro de la tensión que había en su cara a última hora de la noche.

—Buenos días. ¿Llevas mucho rato despierto? —pregunto, sin atreverme aún a acercarme a él.

—El suficiente como para comprobar que, dormida, en lugar de una bruja, pareces un angelito. Estás quieta, relajada y sin replicar todas mis frases — contesta, en tono burlón.

—Oye, yo no replico nada.

—Ah, ¿no? —Sonríe, sorprendido.

—Claro que no —contesto, muy digna.

Se acerca a mí, deja su rostro a pocos centímetros del mío y me pasa el brazo por la cintura. Recorre con la mirada mis facciones con detenimiento.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —Agarro la mitad de su cuello y la mejilla con mi mano, lo aprieto, porque quiero que note que todo con él es muy intenso para mí—. Te he preparado algo —dice, y se incorpora de la cama. Adiós a mi beso de buenos días. Lleva el bóxer puesto. Sube la persiana y vuelve a sentarse en el borde. Se agacha hacia el suelo y levanta una bandeja que me coloca delante—. El desayuno. Necesitas reponer fuerzas y, además, te esperan un montón de horas de trabajo por delante.

—Dios mío —exclamo cuando me pone la bandeja sobre los muslos. Me cubro con la sábana por encima del pecho y me acomodo sobre el cabecero de la cama. Hay zumo de naranja, tostadas con mantequilla, yogur y un bol con fruta troceada—. Esto sí que es un buen servicio de habitaciones. ¿Para ti no has hecho nada?

Vuelve a agacharse y recoge otra bandeja del suelo con lo mismo que lleva la mía.

—Yo también necesito recuperarme.

—Gracias. —Cojo su mejilla y le doy un beso en los labios.

—A ti, por la noche de ayer.

Y dejo de mirarlo porque está tan guapo que me lo comería a él en lugar del desayuno.

Devoro lo que me ha preparado y me cuenta que se ha levantado un poco antes, sabiendo la hora a la que puse el despertador, para preparar el desayuno. Como el lunes me vio hacerlo a mí, ha hecho lo que ha podido, porque no quería trastear demasiado en una cocina que no es suya. Me cuenta que le gusta cocinar y, desde que está instalado en el hotel, no lo ha podido hacer, así que está encantado. Y yo también, por tener un desayuno en la cama.

—Escucha, Estrella —dice, y su rostro se torna más serio. Lo miro y sonrío un poco, porque no sé si va a decir algo respecto a lo que me confesó anoche—. No quería haber dicho lo que dije en el momento en que lo dije. Dios, ¿me estoy liando? —Frunce el ceño. Yo aprieto los labios para no reírme; desde que lo conozco, no lo había visto tan nervioso, y el tema es serio—. Necesitaba sentirte en mi piel y no quería que pensaras que era un irresponsable por no usar preservativo, así porque sí. Lo siento.

—No pasa nada —digo, para quitarle importancia—. Imagino que has intentado tener hijos; si no, no sabrías que no puedes. Porque no es algo que se sepa a simple vista —digo, y cojo un trozo de pera del bol.

—Sí, hace algún tiempo. De todas formas, yo lo he asumido, y más después de cómo acabó la cosa con mi ex por este tema. —Se remueve en la cama. Vaya, ahí está la *complicación*—. Pero no me siento culpable. Mucha gente no puede tener hijos, otros que pueden no los tienen porque no quieren, y así, un montón de alternativas —explica. Y me mete un trozo de fruta en la boca.

—¿Esa es la razón por la que te estás divorciando? ¿Por no poder tener hijos? —pregunto. Imagino que es un tema delicado, pero, ya que ha empezado a hablar, no quiero perder la oportunidad de saber más sobre él.

—No exactamente. —Se coloca la almohada para apoyarse mejor en el cabecero—. Ella sí va a tener un hijo, pero no es mío —contesta, y me mira a la cara.

Frunzo el ceño, porque no entiendo lo que quiere decir.

—¿Te ha dejado por otro hombre porque no puedes tener hijos?

—No. Más bien se acostó con otro y pretendía hacerme creer que yo era el padre.

—¿Perdona? Creo que no lo entiendo. —Se me frunce más el ceño, cada vez estoy más confusa.

—Vale. —Suspira—. Hace cinco años, me casé con la hija de uno de los

socios de la cadena. Ella trabaja en los hoteles e iba mucho por allí. En las reuniones familiares que hacíamos con los otros dos socios, empezamos a hablar. Al cabo de unos meses comenzamos a salir. Nos llevábamos bien y todo fluía con naturalidad. Teníamos una relación confortable y sencilla. Ya teníamos una edad los dos y decidimos casarnos. Todo fue normal hasta que intentamos tener hijos. —Respira profundamente y le da un sorbo al zumo de naranja. Yo sigo comiendo despacio y muy atenta a lo que me cuenta—. No se quedaba embarazada, claro. Nos hicimos pruebas los dos y resultó que en mi semen no había espermatozoides. Pero no tengo ninguna malformación física que pueda ser la causa, así que no se podía arreglar con cirugía. El médico nos dijo que podíamos intentar tratamiento con medicamentos hormonales, pero nos advirtió que no siempre daban resultado. De todas formas, me mediqué y seguí el tratamiento al pie de la letra durante varios meses. Probamos varios tratamientos distintos. Cada pocas semanas, entregaba una muestra para analizar, pero siempre daba negativo, seguía sin haber espermatozoides. No obstante, el médico me animó a seguir, puede que necesitara más tiempo en mi caso. Y lo hice. No sé si por orgullo o por cabezonería. Ella fue muy comprensiva, me animaba y me decía que todo iría bien y que seríamos padres en cualquier momento. Llevaba ya más de seis meses con la última medicación y, una mañana, el médico me llamó para decirme que mis muestras seguían presentando los mismos síntomas y que si no había hecho efecto ya, no creía que hubiera posibilidades de que el tratamiento fuese a hacerlo más adelante. Me aconsejó que dejara la medicación y me hiciera a la idea de que no podía tener hijos por mí mismo, pero que se podían estudiar alternativas. —Hace una pausa y le acaricio el brazo para que siga con su historia. Él sonríe levemente—. Esa misma tarde, cuando llegué a casa un poco abatido y dispuesto a contarle lo que me había explicado el médico, ella me recibió muy contenta y me enseñó una prueba de embarazo positivo. Al principio, me emocioné e incluso me olvidé de las últimas pruebas, pero reaccioné y me puse a pensar. El médico me lo había dejado claro; yo no podía tener hijos. Se lo dije. Y por la cara que puso y su reacción tan nerviosa, supe que ese hijo no era mío. El tratamiento no había funcionado, pero ella estaba embarazada. Le insistí para que me dijera qué había hecho y al final me confesó que se había acostado con otro. Que, como no éramos capaces de tener un hijo, ella había tomado la decisión de quedarse embarazada y que fuese nuestro hijo. Seguir adelante y se acabó. —Vuelve la mirada hacia su bandeja y coge el yogur.

Imagino que quiere parecer tranquilo.

—¿Estás bien? —pregunto. No sé muy bien qué debería decir después de una confesión de este tipo. Pienso en lo que debe de haber pasado con este asunto y

me siento mal por él.

Me mira de nuevo y sonrío.

—Sí, no te preocupes. Es un tema que tengo superado. Supongo que enfadarme con ella por eso lo ha hecho más fácil. Aunque el proceso de divorcio está siendo demasiado largo para mi gusto. —Hace una mueca de incomodidad.

—Ya imagino —contesto con una sonrisa triste.

Entiendo lo que debe de estar pasando. Si cualquier proceso de este tipo es complicado, con todas las premisas que me ha contado puedo imaginar que no debe de ser nada agradable. Nando y yo lo hicimos muy fácil, pero, claro, nuestra situación era muy distinta; los dos estábamos de acuerdo y no había rencor ni enfados de por medio. Y menos aún un embarazo de una tercera persona.

Lo veo incorporarse y dejar su bandeja en el suelo. Después, se gira hacia mí y coge la mía. Ahora sonrío mucho más que hace unos minutos.

—Eh, estoy comiendo —me quejo, e intento recuperar mi desayuno de sus manos.

—Deja un poco para recuperarte del segundo asalto.

Parece que no quiere seguir hablando del tema y lo entiendo.

—¿Segundo? —Levanto la ceja, aunque él no puede verme porque está de espaldas a mí. Creo recordar que anoche ya hubo un segundo.

Al verlo sentado así, me acuerdo de cómo ayer mi cuerpo se pegaba al suyo en la moto. Me abalanzo sobre él y me quedo de rodillas, le acaricio el pecho desde atrás y le muerdo los hombros.

—Ayer me pusiste muy caliente en la moto —susurro en su oído—. Estar abierta de piernas con tu cintura delante y tocarte el pecho... —Lo oigo bufar y estira sus brazos hacia atrás para cogerme el trasero desnudo—. Si no hubiese peligro de caernos, te habría seguido tocando... —Y llevo mi mano a su entrepierna, donde empieza a notarse un bulto considerable bajo el bóxer blanco.

Salimos de mi casa a las nueve y media, él en su moto y yo en mi coche dirección al hotel. Entro en recepción por el ascensor que sube desde el garaje subterráneo, donde he dejado aparcado mi coche, como siempre. Me pongo el uniforme en el vestuario. Como es verano, solo llevamos la falda gris de tubo y una camisa blanca sin mangas. Voy a mi despacho a revisar todo y vuelvo a salir en busca de Berto y Toni, para ultimar el trabajo de hoy.

—Bonita, ¿cómo estás? Últimamente no se te ve el pelo —saluda Berto. Me da un achuchón y un beso en la mejilla—. Tú has estado follando —me dice al oído.

—¿Estás seguro de que no eres el gemelo perdido de Deva? —me quejo.

—*Chiqui*, hueles a polvo que tira para atrás. —Se ríe.

Me huelo el brazo y la camisa.

—Yo no huelo nada; además, me he duchado antes de venir.

—Ah, así que sí has follado. —Se parte de risa.

—Serás mamón. —Le doy un guantazo en el hombro con todas mis fuerzas.

—Eh, que yo no soy tu saco de boxeo. —Se frota con la mano donde lo he golpeado, y hace un mohín.

—Y tú, ¿te da mucha caña nuestra rubia? —me burlo.

—Calla, calla. Mi rubia es insaciable. Me tiene seco. —Rebufa—. Toda mi esencia la lleva ella entre las piernas. —Levanta las cejas varias veces.

—Dios, qué guarro eres. —Me río a carcajadas.

—Por cierto, ya se ha corrido la voz por todo el hotel lo de la barbacoa en la playa que se está preparando para el próximo sábado. Van todos locos por apuntarse —me explica.

—¿En serio? —digo, ilusionada.

—Sí. Hemos recibido un e-mail de Javier donde nos lo explica. No dice el precio que va a tener por persona, porque aún lo estáis estudiando, ¿no?

—Sí. Tenemos que ultimar detalles, pero para el personal habrá descuento, seguro. Imagino que el lunes, Deva y Lu acabarán de hablarlo con Javier.

—Y hablando del rey de Roma... —Señala con disimulo detrás de mí.

Me doy la vuelta y miro hacia la zona de la piscina, porque estamos en el jardín para empezar a organizar el aperitivo de la primera boda. Veo a Javier, que estira una toalla en una de las hamacas. Lleva una camiseta blanca y un bañador tipo nadador en color azul eléctrico. La madre que lo parió. Se saca la camiseta por la cabeza y a mí me da un temblor entre las piernas al ver de nuevo su pecho desnudo.

—Menudo tamaño calza —susurra Berto en mi oído—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad, cielo?

Javier mira hacia nosotros y agita el brazo para saludar. Los dos, que estamos pasmados, levantamos tímidamente la mano para devolvérselo. Después, se tira a la piscina de cabeza.

—Vale. Se acabó el espectáculo. Tenemos trabajo. —Me doy la vuelta para hacer desaparecer de mi cabeza la imagen de su cuerpo al sol.

—Lo que tú mandes, jefa. —Se ríe Berto.

No tengo tiempo de pensar en nada de lo que Javier me ha ido contando en los últimos días. La relación tensa con su padre, la muerte de su hermano, el proceso de su divorcio, la venta del hotel. No puedo entender cómo aguanta esa presión que le viene dada desde tantos frentes. Yo me habría vuelto loca si tuviese que lidiar con todo lo que él está soportando. Me enerva. Me fastidia. Quizá es porque me gusta y creo que es un buen hombre, pero empiezo a pensar

que debería hacer algo para ayudarlo. Pero ¿qué?, ¿cómo? Sé que tengo tendencia, demasiada, a pensar y darle vueltas a los temas, y este me preocupa. Me preocupa que toda su situación le explote en la cara de algún modo.

El día pasa rápido, porque no paramos de un lado para otro preparando la decoración, las mesas, los equipos de sonido. Damos indicaciones a todas las personas encargadas de realizar los trabajos. Voy, vengo, subo, bajo, hablo, callo, sonrío, saludo. Este año hemos tenido que organizar bodas casi cada fin de semana desde marzo, y aún nos quedan bastantes hasta noviembre, exceptuando un par en agosto. Es agotador, pero es donde sacamos más beneficios. Somos el único sitio de estas características en esta población costera; yo diría que el ochenta por ciento de las bodas de la zona se celebran aquí. Tenemos un emplazamiento envidiable junto a la playa, donde la mayoría de bodas acaban la fiesta después del baile en el salón y siguen consumiendo en el chiringuito. Por no hablar de las habitaciones que ocupan parte de los invitados. Quizá deberíamos aceptar celebraciones en viernes y domingo, ya que solo lo hacemos en sábado. En los últimos años, las parejas optan por casarse en viernes para tener todo el fin de semana por delante. Hemos perdido celebraciones por no aceptar organizarlas en esos días. Apunto esta idea en mi iPad para que no se me olvide comentarlo con Javier. No, mejor le envío un e-mail y ya lo dejo hecho, así seguro que no se me pasa.

Otras ideas empiezan a rondar por mi cabeza. ¿Y si hacemos un *pack* para los invitados que se queden hospedados en el hotel? ¿Con entrada al spa? Seguro que después de la cogorza de la boda lo agradecen, ¿no? Envío otro mail a Javier. Y, en las bodas de los viernes, podemos añadir una barbacoa en la playa para el sábado. Otro mail. Ya que pagamos un dineral al Ayuntamiento por el uso de la zona de playa, deberíamos aprovecharla al máximo.

La vibración del móvil me interrumpe los pensamientos.

—Dime, Javier —contesto, casi sin hacerle caso, aún pensando en otras cosas.

—Eres preciosa, pero, cuando te da por pensar, te pones insoportable. Deja de enviarme mails, algunos descansamos el fin de semana.

—Tendrás cara —lo increpo—. Los envío para que no se me olvide. Si estás descansando, no los leas hasta el lunes —me quejo. Oigo una carcajada que me hace apartar el teléfono de la oreja—. No te rías. Llevo de pie como diez horas, aún me quedan unas cinco más, apenas he comido y apenas cenaré —me vuelvo a quejar, casi enfadada. Lo reconozco: cuando estoy cansada, me pongo de muy mal humor.

—¿A qué hora vas a terminar? —pregunta en tono suave.

—Como a la una de la madrugada, supongo —contesto con fastidio.

—Vale. Estaré en la puerta de tu casa a la una y media. No me hagas esperar.
—Y cuelga.

Me quedo mirando el móvil, atónita. Si piensa que voy a llegar a casa con ganas de juerga, lo lleva claro. ¿O sí? Dios. Ya he perdido el hilo de lo que estaba pensando.

Las siguientes horas se me hacen eternas porque, aunque llevamos el mismo ritmo frenético que durante todo el día, yo no dejo de pensar en que Javier me estará esperando cuando llegue a casa. A pesar de lo cansada que estoy, me siento exultante; este hombre hace sacar toda mi energía.

A la una menos cuarto, justo antes de empezar el baile, me dirijo a los novios para indicarles que es hora de pagar los servicios prestados y nos dirigimos a un pequeño despacho que hay junto a los salones. Me dan las gracias por toda la organización, están muy contentos con todo y les doy varias tarjetas para que las repartan entre sus amigos y conocidos. Les deseo mucha suerte en su nueva etapa y me despido de ellos.

Busco a Berto para decirle que me marchó.

—Descansa. Te veo agotada. Lu me ha explicado que habéis estado trabajando mucho esta semana.

—Sí, esto es un infierno. Esperemos que salga todo bien —contesto.

—Seguro que sí. —Sonríe—. Adiós, bonita. Nos vemos el martes. Yo me quedaré a cerrar el chiringuito —dice con un puchero.

—Adiós, cielo. Buenas noches.

Él lleva las mismas horas que yo en pie y aún se tendrá que quedar un par más hasta que acabe el baile y recoger, para que mañana pasen los de la limpieza a preparar los salones. Es cierto que entre semana trabaja menos horas, pero pegarse diecisiete o dieciocho horas del tirón tiene lo suyo.

Subo la carretera empinada que lleva a mi casa y, a pocos metros de llegar, veo a Javier montado en su moto sobre la acera junto a la verja. Se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Encaro el coche hacia la puerta y bajo la ventanilla.

—Hola, guapo. ¿Eres el fontanero que he llamado? —bromeo.

—Hola. —Sonríe—. De verdad, voy a pensar que estás loca.

Le doy al mando y la verja se abre. Meto el coche, y Javier entra detrás con la moto, dejándola en el pasillo como siempre. Me gusta que empecemos a tener costumbres, significa que pasamos tiempo juntos, ¿no? Abro la puerta metálica del garaje y meto el coche. Él me sigue a pie y cierra la puerta por dentro. Los dos entramos en la cocina. Lo primero que hago es dejar el bolso en el recibidor y quitarme los zapatos.

—Ah, qué gusto, por Dios —digo, al poner los pies sobre el suelo fresco. Los tengo ardiendo e hinchados. Oigo a Javier reír. Vuelvo sobre mis pasos y lo veo

apoyado en la encimera de la cocina. Junto a él, hay una bolsa de papel con el logo del hotel—. ¿Qué has traído?

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí. Apenas he comido nada en todo el día. Un par de canapés y unas patatas fritas que he robado de la cocina —contesto, con un vacío que me baila en el estómago.

—Bien, siéntate. —Me señala la mesa.

Le hago caso y veo cómo saca de la bolsa una botella de cava helada. Ha debido de llegar hace poco, porque con el calor que hace se habría calentado. Vuelve a meter la mano en la bolsa y saca una bandeja de aluminio desechable, como las que se usan en el hotel, envuelta en papel film. Coge un plato del armario y unos cubiertos del cajón. Quita el papel y pone con cuidado en el plato el contenido de la bandeja. Descorcha la botella y coge una copa de la vitrina.

Mientras, yo lo observo desenvolverse por la estancia con una mezcla de fascinación y curiosidad. Tiene un halo sensual en todos sus movimientos. Y pienso que ese hombre le pega a mi cocina, a mi casa y a mi vida.

Llena la copa y me la pone en la mesa. Le doy un trago que me sabe a gloria y, cuando acabo, deja frente a mí un plato con varios tacos de *sushi* y *makis*. Y un recipiente pequeño como los que usamos en el hotel con salsa de soja.

—¿Los has hecho tú? —pregunto, y levanto la vista del plato para mirarlo impresionada.

—Sí. Espero que te gusten. —Sonríe y se sienta frente a mí en otro taburete —. Venga, come.

—¿Dónde has cocinado? ¿En tu habitación? —Me río.

—No, en la cocina del bar. Ser el jefe tiene sus ventajas, te dejan meterte donde te da la gana —contesta, con una sonrisa.

Cojo uno, lo mojo en la salsa y me lo meto en la boca entero. Gimo de placer. Qué rico, por favor.

—¿Eso es un sí? —pregunta, divertido.

Asiento con los ojos cerrados.

—Me encanta. —Los abro y lo veo mirarme satisfecho.

Estamos en silencio, yo como y él me come con los ojos. Bebo más cava porque estoy sedienta.

—¿Has terminado? —pregunta, cuando he vaciado el plato.

—Sí.

Se levanta y recoge la mesa, deja los platos y la copa en el fregadero. Tira la bandeja en el cubo de la basura y pliega la bolsa, que deja sobre la encimera, junto al microondas. Y yo vuelvo a quedarme embobada mirando cómo se mueve con agilidad y elegancia por mi cocina.

—Vamos a dormir, que debes de estar deseando meterte en la cama —dice, casi en un susurro, pero no ha sonado con doble intención. De verdad me está invitando a dormir.

—Necesito una ducha antes. Estoy pegajosa de todo el día.

—Bien. Te espero en la cama.

Subimos al piso de arriba y entro en el baño; él se va a mi habitación. Me doy una ducha muy rápida. Cuando me estoy secando, llama con los nudillos.

—¿Sí?

—No te pongas crema hidratante. Y coge una toalla de baño —me pide, a través de la puerta.

—¿Vas a ponerme *tu* cremita? —Sonrío, pero, claro, él no me ve.

Lo oigo reír en la habitación.

Cuando acabo de secarme y peinarme, entro en la habitación desnuda, con la toalla en la mano. Él se levanta de la cama donde está apoyado en el cabecero; solo lleva el bóxer puesto. Me coge la toalla y la extiende en el centro de la cama.

—Estírate.

—¿Boca arriba o boca abajo? —Levanto una ceja.

—Como prefieras.

Me tumbo boca abajo, puedo intuir lo que va a hacer y, si me masajea por la parte delantera, no voy a dormir esta noche. Cuando me acomodo con las manos bajo la frente, noto su cuerpo sobre mi trasero; se ha sentado encima de mí, pero dándome la espalda. Me caen gotas de líquido en las piernas y se me pone la piel de gallina en el acto. Sus manos me acarician la piel, arrastrando el aceite sobre toda la superficie de mis extremidades inferiores. El ambiente se impregna de olores cítricos. Seguro que ha cogido el aceite de masaje del spa. Aprieta un poco con los dedos y ronroneo de placer. Alarga el masajeo hasta los pies, donde se entretiene en la planta y en los dedos. Me quiero morir así, de ninguna otra forma. Menudo gustazo. Al cabo de unos minutos, se da la vuelta y noto caer de nuevo las gotas, esta vez sobre por mi espalda. El líquido resbala hacia mis costados y él lo recoge con los dedos para que no se pierda en la toalla. Ciñe sus manos a lo largo de toda mi espalda desde las lumbares hasta el cuello. Esta vez, gimo porque estoy tan relajada como no recuerdo en muchos años.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —pregunto, sin apenas voz.

Percibo más calor en la espalda y sé que se ha inclinado sobre mi cuerpo.

—Esperándote —susurra en mi oído.

No se me erizan todos los pelos del cuerpo porque voy completamente depilada, pero sí siento los escalofríos que me recorren de arriba abajo. Me revuelvo debajo de él y se levanta un poco para que pueda moverme. Me doy la

vuelta, no puedo soportar que no me toque por delante.

—Por aquí también necesito un masaje —musito, y paseo el dedo desde mi cuello hasta el ombligo. Estiro los brazos por encima de la cabeza y los acomodo sobre la almohada.

Él sonrío de lado y coge el recipiente de aceite sin apartar sus ojos de los míos. Lo eleva sobre mi torso y deja caer algunas gotas sobre mis pechos. Los pezones se contraen al instante. Cierro los ojos y remuevo la cabeza sobre las sábanas. Mi cuerpo espera con ansia sus manos y, sin pedírselo, se arquea, ofreciéndose. Posa las manos a cada lado de mis costillas y las arrastra hacia arriba, amasando mis pechos con suavidad. Pasa la punta de sus dedos sobre mis pezones duros y gimo.

—Otra vez —pido.

Vuelve a repetir la misma caricia desde las costillas y ya estoy tan mojada que podría acabar conmigo solo con lo que me está haciendo.

—¿Más?

—Más.

Se retira un poco, hasta quedar sentado sobre mis muslos. Vuelvo a sentir las gotas, esta vez sobre mi monte de Venus. Me coge las caderas y, con sus dedos pulgares, extiende el aceite sobre mi pubis y empiezo a jadear. Arrastra sus manos tan lentamente que me tortura de una manera casi dolorosa. Abro los ojos y me encuentro los suyos clavados en mi cara.

—Te necesito dentro —le pido.

Baja de la cama y se quita el bóxer negro que lleva puesto aún. Veo su erección completamente en vertical y resoplo abriendo las piernas. Se mete entre ellas y acomoda su cuerpo sobre el mío sin dejar caer todo su peso. Me besa despacio, con su lengua martiriza mi boca. Me agarro a su espalda y subo las caderas.

—¿Qué quieres, Estrella? —dice sobre mis labios.

—A ti.

Siento cómo entra en mi interior tan lentamente que un gemido me desgarró la garganta. Lo abrazo fuerte mientras me besa y se mueve dentro y fuera de mi cuerpo. Balanceo mis caderas al mismo ritmo de las suyas y cada embestida es tan profunda que creo que voy a morir de placer. ¿Se puede morir de esto?

—Estoy loco por ti, nena. No sé qué me has hecho, pero ya no creo que pueda vivir sin ti, sin tus besos, sin tu risa, sin estar dentro de ti... —jadea muy despacio.

Mi respiración se vuelve irregular, me mata la lentitud con la que se mueve, tanto entre mis piernas como en mi boca. Mis caderas se arquean con fuerza cuando noto que las convulsiones son más vibrantes de lo que he sentido nunca.

Se alargan y se intensifican cada vez más, hasta que ya no puedo controlarlas y exploto de la misma manera, sintiendo que me quedo sin aire. Lo aprieto fuerte contra mi cuerpo, que tiembla debajo del suyo, y le acaricio la espalda cuando noto que se tensa y jadea cada vez más rápido, hasta que se le escapa un grito ronco y siento cómo su humedad se mezcla con la mía.

—Quédate conmigo, siempre. —No pienso, solo siento.

NO SABES DE LO QUE SOY CAPAZ

Si la semana pasada fue frenética, en esta se ha desatado la locura. Todo el personal ha sido informado de la nueva iniciativa y están colaborando en todo lo que pueden. Bueno, menos Mateo y Borja, que lo único que hacen es pasearse por el jardín y la playa viendo cómo el resto va de un lado a otro preparándolo todo. Al menos, no molestan, ya es algo. Javier no me ha dicho nada, pero por la expresión que tiene cuando se los encuentra o habla con ellos, me da la sensación de que no está muy contento con su actitud. Aunque es demasiado educado para hacerles cualquier comentario fuera de lugar.

Hemos hablado con las chicas del Departamento Comercial y se están encargando de enviar el *mailing* a los clientes de empresa y a la base de datos de clientes particulares que han celebrado su boda en los últimos dos años. Han anunciado el evento en la página web y en todas las redes sociales del hotel. Se han impreso varios carteles para colgar en los tabloneros del vestíbulo; de ese modo los clientes hospedados durante la semana estarán al tanto. Se han preparado hojas de publicidad que, por turnos, varios empleados están repartiendo en mano por todo el paseo marítimo de la zona. Todo un despliegue de publicidad confeccionado en tiempo récord. Y desde las primeras horas posteriores a la puesta en marcha de toda esta parafernalia comercial, se han recibido confirmaciones de asistencia a la inauguración de la nueva zona de barbacoas y *chill out*.

El martes, cuando llegué, ya estaban colocados los sillones en la playa cerca del chiringuito, como zona para tomar algo. Hay diez mesas con dos sillones de dos plazas por cada una de ellas y hemos dejado amontonadas las sillas metálicas en la parte trasera del chiringuito por si hacen falta. Toni, acompañado de varios cocineros y camareros, han sacado las parrillas y las han limpiado; después, las han vuelto a colocar en el almacén hasta que el sábado haya que ubicarlas en la playa.

El jueves a las cinco de la tarde cerramos reservas, y todo el que quiso apuntarse después tuvo que hacerlo para la semana siguiente. Para la inauguración completamos con cien comensales; para empezar, no estaba nada mal. Teníamos que ver cómo iba a desarrollarse la organización y cerramos con ese número para ver la dimensión que tomaba aquello esa primera noche. Se

hicieron los cálculos pertinentes en cuanto a las cantidades de bebidas y comida que se necesitaría. Confeccionamos los *tickets* que se utilizarán como moneda de cambio para que los clientes pidan su plato de comida recién salida de la parrilla y su bebida.

El viernes a las doce del mediodía, Javier nos convocó a todo el personal en el salón grande para informarnos del estado en que se hallaban los preparativos, darnos las gracias por nuestra colaboración y felicitarnos por haber hecho un trabajo en equipo impecable. Era la primera vez que veía a todos mis compañeros encantados por trabajar a destajo; porque intentamos que nadie hiciera más horas de las que les correspondía, pero el tiempo que se trabajó se hizo sin descanso, y eso, sin descuidar el resto de ocupaciones que teníamos en el día a día.

En casa de Nando, todo seguía prácticamente igual con los niños, a excepción de que Biel se encontraba muchísimo mejor y ya era capaz de levantarse sin problemas e incluso salía a pasear con su hermano y su grupo de amigos. En vista de que se encontraba casi recuperado, les dije a los dos que me acompañaran el sábado a la cena en la playa. Se pusieron locos de contentos y hasta vinieron a casa a dormir conmigo toda la semana, excepto el viernes, porque al día siguiente yo debía ir a trabajar por la celebración de una boda de mediodía.

Dormimos los tres en mi cama, como cuando eran pequeños, aunque ahora ocupaban más espacio y en varias ocasiones me dieron alguna que otra patada. A pesar de ello, me sentí la persona más afortunada del mundo por volver a sentir su calidez cerca y de que ellos quisieran compartir esos momentos conmigo. Los echaba de menos. Echaba de menos esa necesidad que ellos tenían de mí cuando eran críos, echaba de menos abrazarlos y cogerlos en brazos, besarles el pelo, aspirar su olor infantil.

Apenas he visto a Javier esta semana, y lo más que hemos hablado ha sido por teléfono antes de meterme en la cama cada noche. Durante el día, recibía mensajes al móvil diciéndome cualquier guarrada sexual, aludiendo a la ropa que llevaba puesta y que me iba a quitar o dónde me iba a empotrar si pudiera, que compensaba con otras frases más dulces e, incluso, hasta moñas, a las que yo respondía de igual manera y me reía cada vez que me decía que estoy loca o soy una bruja.

Con Deva, Lu y Berto he tenido contacto continuo toda la semana, aunque con poco tiempo para descansar o hablar de nuestras cosas.

Y ha llegado la gran noche. Son las siete de la tarde y estamos todos apostados en el jardín requeridos por Javier.

—Buenas tardes a todos —empieza a hablar—. Ha llegado el momento de la verdad. Solo quiero decir que, salga como salga hoy este evento, yo ya os digo que habéis hecho un buen trabajo. Llevo años en el mundo de la hostelería y os puedo asegurar que jamás había visto a un equipo trabajar de la forma en que lo habéis hecho vosotros durante esta semana. Os felicito —habla en tono seguro—. Ahora ya solo queda el empujón final. Vamos allá, y no olvidéis divertir os, al fin y al cabo, es lo que os vais a llevar en el cuerpo. Gracias. —Todos aplauden como locos, silban y aúllan gritos de guerra como espartanos.

—Madre mía, estamos que nos salimos. Como esto no salga bien, nos va a dar un bajón que *pa* qué —dice Deva cuando todo el mundo empieza a desperdigarse para ultimar los preparativos finales.

—¿Por qué no va a salir bien? —pregunta Lu, muy animada.

Vamos camino del salón donde hemos dejado los manteles y la decoración para colocar en la playa.

—Ay, no sé, es por decir algo. No me hagas caso, estoy muy nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Tú? Estás harta de preparar eventos y actividades —contesto.

—Ya, pero esto es diferente. Se ha movilizad o todo el mundo, se han implicado tanto que, si no sale bien, quizá se desmotiven. Nunca habíamos trabajado de esta forma, todos a una como Fuenteovejuna —dice, y levanta el brazo para dar énfasis a la última frase, como en la obra de Lope de Vega.

—Saldrá bien, tranquila. Si no, Javier volverá a motivarlos —dice Lu—. Lleva toda la semana hablando con todo el mundo, animándolos. Es un tío genial.

Deva y yo la miramos mientras recogemos el material que necesitamos.

—Eh, que tú ya tienes novio y ese tío genial se cepilla, aquí, a la susodicha.

—Deva, ¿te puedes callar? Que te va a oír cualquiera. —Le doy un empujón.

—De verdad, mira que eres *chochona*. ¿Y qué? Ni que fuese un crimen. — Agita una mano al aire.

—Ya te lo he dicho. No quiero que se enteren en el hotel. No quiero líos —le explico por enésima vez.

—Creo que el *lío* ya lo tienes —dice Lu, con un sonrisa burlona.

—¿Tú también? —la increpo—. Venga, recoged todo y vamos ya para la playa —digo, y camino a paso ligero—. Buenas tardes —saludo a un hombre con traje que hay junto a la puerta del salón.

—Buenas tardes —sonríe a medias el hombre, y no sé por qué, pero me suena de algo, aunque no consigo saber de qué. Quizá sea algún cliente que ya

ha estado en el hotel y ha venido a la barbacoa.

Cuando llegamos a pie de la arena, es todo un desenfreno. Hay empleados moviéndose por todas partes; cocineros que colocan las tres barbacoas de dos metros, que tienen cuatro patas metálicas acabadas en una superficie cóncava donde arderán las brasas con las parrillas apoyadas en los bordes; camareros que preparan una mesa también de varios metros junto a las barbacoas para situar la carne que se va a asar y los utensilios que los cocineros van a utilizar; otros tantos, hunden en la arena conos de luces para iluminar la zona creando un límite imaginario, dentro del cual quedan el chiringuito, las mesas con los sillones y las sombrillas.

Nosotras extendemos los manteles bajo cada sombrilla y adornamos cada parasol con guirnaldas blancas. Toni da instrucciones sobre cómo distribuir todo el material de cocina y empieza a encender las barbacoas, metiendo troncos y carbón en el lugar destinado para ello. Berto está en el chiringuito preparando los *tickets* y la caja donde se va a recaudar el dinero de la cena. Él se va a encargar de atender la entrada de los clientes y cobrar. Poco a poco, todo se ubica en su lugar, y realmente el espacio ha quedado espectacular, mucho mejor de lo que esperábamos. El personal del hotel deja de ir de un lugar a otro cuando terminan de hacer sus tareas, y se colocan a cada lado de las parrillas para ayudar a los clientes con sus platos. Mucha gente que pasea a esas horas se queda parada observando lo que se está llevando a cabo allí y sonrían. Algunos preguntan al personal por lo que ocurre allí y ellos entregan las hojas de publicidad y les indican que, a partir de hoy, cada sábado por la noche se efectuarán este tipo de cenas en la playa organizadas por el hotel.

A las ocho y media, Lu se coloca junto a Berto para ayudarlo a organizar la cola que ya se está formando en la caja de cobro. No veo a Javier hace rato, y él debería estar allí también dando la bienvenida a los clientes.

—¿Has visto a Javier? —pregunto a Deva.

—Hace rato que no.

—Voy a buscarlo —le digo, y salgo de la arena hacia el jardín del hotel. Cruzo el césped y lo veo hablando con el hombre que antes me he encontrado en la puerta del salón cuando salíamos hacia la playa. Están en la zona de la piscina. Javier parece enfadado y le habla en susurros, pero lo señala con el dedo delante de la cara. El otro hombre tiene una pose relajada y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Debe de tener más de sesenta años y el pelo canoso peinado hacia atrás. Es alto como Javier y ancho, sin llegar a estar gordo. Me acerco un poco más—. Disculpa, Javier. —Los dos me miran sorprendidos—. Todo está listo. La gente está esperando para empezar —informo en tono profesional.

Javier se gira hacia el hombre.

—Si quieres cenar, ponte a la cola y paga tu comida. Si no, ya puedes largarte por donde has venido.

—¿Me vas a hacer pagar en mi propio hotel? —responde, jocosamente, el otro.

—Por supuesto. Me lo enseñaste tú —contesta Javier con rabia. Se aleja de él y se acerca a mí a grandes zancadas. Me coge de la mano y tira de mí con fuerza hacia la playa—. Joder.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —pregunto. No lo había visto antes tan enfadado, ni siquiera lo había visto enfadado—. ¿Quién es ese hombre?

—El cabrón de mi padre —contesta, como un escupitajo. Por eso me resultaba familiar, ¡se parece a él! Se detiene en la puerta del jardín y me mira—. Perdona. No quería hablarte así —se disculpa. Lo miro, preocupada—. No pasa nada. Hagamos lo que tenemos que hacer. —Sonríe, pero ese gesto no me convence.

—Escucha, ¿hay algo que quieras contarme?

—Nada que no pueda solucionar —contesta, más serio.

—Si me lo cuentas, quizá pueda ayudarte —lo incito.

—No creo —contesta, frustrado.

—Eh, aún no has visto nada de lo que soy capaz de hacer. Recuerda que estoy loca. —Sonríe.

Por fin, sonrío más abiertamente. Me coge de las mejillas y me besa en los labios. Dios, me está besando con todo el mundo en la playa, seguro que nos están mirando. Estamos muy cerca de ellos, solo nos separan los pocos metros del paseo. Se aparta de mis labios y tira con suavidad de mi mano.

—Tienes razón. Mañana te lo cuento. Ahora vamos a trabajar.

Salimos del jardín y nos dirigimos a la parte del chiringuito donde se acumula la gente esperando para acceder. No sé si mis compañeros nos miran o no, porque no aparto la vista del frente; si nos están observando, no quiero ni verlo.

Empieza el *show*. Javier se coloca delante de la cola, y el papel de maestro de ceremonias le queda que ni pintado. Lleva el mismo traje negro que vestía en la cena que se celebró por la jubilación de Julio y su presentación como nuevo director. Sonríe mucho y saluda estrechando su mano a todas las personas que van pasando. Lu comprueba el nombre de las reservas y les indica que pasen por la caja, donde está Berto, para pagar y recoger sus *tickets*. Deva y yo los guiamos hacia la zona de barbacoas y de *picnic* que hemos montado.

Pronto, toda la zona de playa está llena de gente mirando cómo Toni y los cocineros trabajan en las brasas. Nuestro chef resulta ser un *showman* con el fuego, que de vez en cuando aviva con alcohol de quemar, haciendo que las

llamas se eleven por encima de las parrillas. Incluso nos sorprende a todos con una antorcha que ha fabricado con un trozo de madera y tela, escupe un líquido sobre ella y provoca una llamarada, como los faquires del circo. La gente aplaude entusiasmada. Qué calladito se lo tenía todo este Toni. Lo vemos disfrutar en su nuevo puesto, que se ha adjudicado él mismo para los sábados por la noche. Y nosotros encantados.

Adrián y Biel han llegado hace un rato y están sentados en uno de los sillones blancos del *chill out*, donde también se acomodan Deva y Gabi. Javier, Berto y Lu se unen a nosotros en cuanto terminan de atender a todos los clientes. Los hombres van a buscar la carne asada, y nosotras cogemos bebidas en el chiringuito. Cenamos todos juntos. Javier parece más relajado, habla con mis amigos como si los conociera de siempre. Me gusta que intime con ellos. Por lo que me ha ido contando de su vida, no parece que tuviera demasiadas amistades. Su verdadero amigo, su hermano, murió, y si su matrimonio tampoco salió bien, debe sentirse un poco solo. Cosa que no acabo de entender, porque me parece un hombre excepcional.

Por los altavoces suena música latina, que anima mucho la fiesta. Vemos a gente bailando en la arena con copas en la mano. Otros están comiendo sobre los manteles debajo de las sombrillas, en grupos o en parejas.

—Parece que todo está saliendo muy bien, ¿no? —dice Deva, y hace un barrido con la mirada a todo el entorno que nos rodea.

—Sí, y tú preocupada... —contesta Lu.

—Es verdad. Se nos da bien esto de organizar barbacoas —sentencia y levanta su copa para que la choquemos.

—No se nos resiste nada, no lo olvidéis —les advierto. Ellas asienten, y sonreímos satisfechas por el resultado.

—Oye, Deva —habla Biel—. Esto... ¿por qué no ha venido Silvia con vosotros? —pregunta... ¿con timidez?

Ah, claro. Le gusta Silvia, la hija mayor de catorce años de Deva y Gabi. Seguro. Siempre que hemos quedado todos en casa de unos o de otros, él la mira con cara de flipado. Qué bonito el amor adolescente... pues no le queda nada, al pobre. Me río para mis adentros.

—Está cenando con unas amigas cerca de aquí. Luego vendrán todas —contesta Deva, sin hacer ninguna de sus bromas, porque estoy segura de que se ha dado cuenta de lo mismo que yo, pero imagino que no quiere dejarlo más en evidencia.

—Ah, vale. Aquí sois todos muy viejos, así habrá gente de nuestra edad —contesta, aliviado y mintiendo como un bellaco.

Deva se limita a sonreír y me mira. Pone los ojos en blanco y la regaña con la

mirada. Lu, que está a mi lado, se parte de risa. Le doy un codazo, provocando que derrame parte de su copa en el suelo.

—No te rías de mi hijo, mamona.

Javier está sentado junto a mis hijos y hablan sin parar, se ríen y, viéndolos, me siento feliz. No sé qué va a pasar con mi relación con él, pero desde la última noche que estuvimos juntos no puedo parar de pensar en que estoy loca por él. Todas las palabras que me dijo mientras me hacía el amor se me han grabado a fuego en el cerebro y en la piel.

Lu me pasa la mano por la barbilla.

—¿Te traigo un cubo para la baba?

—Qué graciosa. —Me río con una mueca—. Oye, Berto, ¿por qué no te llevas a Lu y le echas un buen polvo para que se le quiten las ganas de bromitas? —me dirijo a él, que está sentado al otro lado de la rubia.

—Tus deseos son órdenes para mí, jefa —contesta y se levanta. Extiende la mano y se la ofrece a su novia—. Pero, antes, vamos a bailar un poquito para calentarte ese reactor nuclear que llevas entre las piernas.

—Dios, Berto, qué bruto eres —lo regaña ella. Extiende la mano y se van a bailar a pocos metros de allí, donde la gente ha decidido improvisar la pista.

Deva y yo nos reímos a carcajadas y nos tiramos sobre el respaldo del sillón.

—Oye, *churri*. ¿Qué tal con Javier?

—Creo que bien. Bueno, nos gustamos y nos estamos viendo cuando podemos —le explico, un poco cohibida, porque Deva es tan intensa que a veces me aturulla un poco.

—¿Solo os gustáis? —Levanta una ceja.

—Hace un mes escaso que nos conocemos, tenemos que ir viendo cómo nos acoplamos el uno al otro.

—Pues yo diría que os *acopláis* muy bien —dice, y hace chocar sus dedos índice.

—Tenemos que ir viéndolo.

—A mí no me engañas. Tú estás enamorada de él y te aseguro que él lo está de ti —sentencia, convencida. Mira que es pesada esta mujer, podría poner un consultorio de relaciones amatorias.

—Tú no vas a parar hasta que nos veas a las dos casadas, ¿no?

—Con que tengáis el novio que os merecéis, me conformo. —Sonríe—. Sois mis mejores amigas, solo quiero que seáis felices. Os quiero mucho. —Y me abraza muy fuerte, como siempre hace.

Ay, esta Deva, qué intensita se pone demasiadas veces.

—Si no estuvieras casada y yo fuese lesbiana, me casaría contigo —bromeo.

—Yo también me casaría con vosotras. Haríamos un trío de almejas. —Se ríe

y yo también, mucho. Ella siempre consigue que lo hagamos, y yo la adoro por eso.

Vemos llegar a Gabi, seguido por varias chicas, entre ellas Silvia, su hija. Es una morenaza bastante más alta que su madre y tiene toda la cara de su padre. Él ha ido al restaurante donde estaban cenando para acompañarlas hasta aquí.

—Venga, vamos a bailar. Dejemos a estos pimpollos que hablen de sus cosas de adolescentes —dice Deva al levantarse, le da un beso a su hija y arrastra a su marido a la pista.

Javier y yo nos levantamos y dejamos libres nuestros asientos para que puedan acomodarse las cinco chicas que han llegado. Silvia se sienta junto a Biel y le pregunta cómo se encuentra. Con el desparpajo que tiene siempre, ahora está más cortado que la Coca-Cola con Baileys.

—Pedid algo de beber y decidle a Lucas, el camarero —Javier lo señala en el chiringuito—, que lo apunte en la cuenta del jefe. —Les guiña un ojo. Veo que las chicas se mueren de vergüenza.

—Portaos bien —les advierto a mis hijos.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Biel.

—Eso mismo me dijiste la última vez.

—Vale —se rinde.

Nos vamos junto a Deva, Gabi, Lu y Berto a bailar. Y en ese momento suena *La Mordidita*, de Ricky Martin. Javier me mira y se le arquea una ceja, haciéndome saber que se ha dado cuenta de que está sonando la canción con la que bailamos por primera vez.

—Ni se te ocurra —digo, cuando me ofrece su mano.

—Vamos, nena. A nadie le importa que estemos juntos, ya nos han visto besarnos antes —me dice. Me agarra con una mano la cintura y me hace girar pegado a él.

—Espera. —Me paro y me quito las sandalias de tacón porque se me están hundiendo en la arena. Las dejo a un lado. Y vuelvo a mi posición junto a su cuerpo. Tiene razón, que piensen lo que quieran. Demasiado impetuosa para unas cosas y demasiado retraída para otras, no hay quien me entienda.

Esta vez no se mueve tan provocativo, simplemente bailamos juntos, hacemos un poco el tonto, como lo hemos hecho miles de veces Berto y yo. Miro a Berto, que está haciendo lo mismo con Lu, y le guiño un ojo. Él hace lo mismo y sonrío. Arrastra a Lu de un lado a otro como si estuviera en un concurso de bailes de salón. Los demás los miramos y nos reímos con ganas; la gente de alrededor les deja espacio y se ríen, aplauden y silban. Creo que Lu está pidiendo al cielo que la tierra se abra, se la trague y la escupa en Australia, donde nadie pueda ver que está más colorada que un pimiento morrón. Cierra los

ojos y respira hondo. Los abre y se pone recta, sacando pecho, y entonces es ella la que empuja a Berto por media pista haciendo el *canelo* los dos. Nos reímos tanto que a mí ya me duele el estómago y necesito una copa.

—Voy a buscar algo de beber —le digo a Javier.

—Te acompaño.

—¿Queréis algo? —les pregunto a los demás.

Todos niegan con la cabeza. Nos vamos hacia el chiringuito y, cuando estoy cerca del sillón donde he dejado a mis hijos con las demás chicas, me detengo en seco. Javier choca contra mi espalda.

—¿Qué ocurre? —pregunta en mi oído.

Señalo con la cabeza hacia ellos. Hay varios chicos alrededor de los sillones. Adrián está de pie con la cara descompuesta, y Biel sigue sentado, pero tiene los puños apretados. Voy hacia allí a grandes zancadas.

—Disculpad, chicos —Todos se giran—. Esto es una fiesta privada. No podéis estar aquí —digo, en voz calmada pero contundente.

—La playa es pública —dice el más cercano a Biel y que lleva una gorra puesta del revés.

—Esta zona, no. Pertenece al hotel —explico. Sé que estoy mintiendo un poco. Cierto es que tenemos cedida la zona de la playa, pero no podemos prohibirle a nadie que entre. Pero, en este caso, vamos a tener que hacer una excepción.

Miro a Adrián y le hago un leve movimiento de cabeza señalando al chico, él asiente con un disimulo casi imperceptible y me confirma que es el que golpeó a Biel, tal como acababa de imaginar. Tengo a Javier pegado a mi espalda, me ha puesto su mano sobre la cintura. Lo toco para que se esté quieto.

—Ya me he bebido algunos pelotazos en este chiringuito otras veces —habla de nuevo el de la gorra.

—¿Eres mayor de edad? —le pregunto.

—Pues claro —contesta con chulería.

—A ver, enseñame el carné, por favor —le pido, con toda la educación que la rabia me permite.

Mete la mano en su bolsillo trasero con desgana y saca el documento que le he pedido. Lo cojo y lo miro. Estupendo. Memorizo todos los datos que hay escritos en él. Los repito varias veces en mi cabeza mientras disimulo que estoy mirando la fecha de nacimiento. Tiene diecinueve años. *Le diste una paliza a un crío de dieciséis. Te voy a arrancar los huevos.* Le devuelvo el documento con una sonrisa comedida.

—Bien, lo siento. Debéis abandonar esta zona de la playa. Es una fiesta privada —digo de nuevo.

—Que te lo has creído —suelta.

Algunas personas nos están mirando. Berto y Gabi se han acercado hasta nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunta Berto.

—Estos, que han venido a liarla —escupo, porque ya no puedo contener más la rabia.

Toni también se ha acercado al ver el barullo de gente.

—Lo siento, chicos. Tenéis que marcharos —dice por fin Javier, saliendo al paso con los otros tres hombres.

Veo que los chicos se acobardan un poco al verlos a todos juntos. El cabecilla, supongo, porque los demás no han dicho ni una palabra, les hace una señal con la barbilla y se aleja, seguido de cuatro chicos más.

—Ya nos veremos por ahí... —amenaza a Biel. Él ni se mueve.

Bien, cariño. Ni caso.

Vamos detrás de ellos para asegurarnos de que se marchan. Salimos de la playa y cruzamos el paseo marítimo hasta la primera calle que hay justo en el lateral del hotel.

—Ya nos vamos. No hace falta que nos acompañéis hasta casa. Somos mayorcitos —vuelve a hablar el de la gorra.

Me hierva la sangre por dentro de las venas. Tengo un calor insoportable que se me agarra al estómago. Estos chicos que van de perdonavidas me sacan de quicio.

—Espera. —Me meto entre mis cuatro amigos, que van escoltándolos. Él se gira con un deje de arrogancia. Me acerco al chico, mirándolo a los ojos; él me mira amenazante. Cuando estoy a poca distancia, le agarro el paquete y aprieto con fuerza. Noto movimiento tras de mí y sé que mis amigos sujetan a los chicos para que no se metan.

—Joder, hija de perra. Suéltame —grita como un cerdo.

—Escúchame bien, porque solo lo voy a repetir una vez —le advierto. Y él se revuelve. Aprieto más y se queda quieto. Tengo en tensión todos los músculos de mi cuerpo—. Si vuelves a acercarte a mis hijos, te juro que te arranco las pelotas de cuajo. ¿Me has oído? —lo amenazo, y le aprieto tanto que me hago daño en la mano. Me mira frunciendo el ceño; creo que es en este momento cuando se da cuenta de que soy la madre de los chicos a los que ha amenazado—. ¿Me has oído?

—Sí, joder. Suéltame, hija de puta —chilla, con los ojos inyectados en sangre por la rabia.

—Bien. —Y sin alejarme de él, lo suelto.

En cuanto se siente libre, alza el brazo con el puño apretado y me preparo

porque desde el principio sé que va a intentar golpearme. Me aparto en el momento justo en que su puño se acerca a mi cara, cruzo mi brazo sobre el suyo e intercepto su codo, inmovilizándolo; con la fuerza que trae, lo empujo hacia atrás y cae de culo al suelo. Se queda quieto y me mira intimidado. Yo lo miro con inquina. Se levanta lentamente y se aparta.

—Se lo voy a decir a mi padre y te vas a enterar —me amenaza.

—Perfecto, ve a contárselo a tu papá. Tendremos una charla en la comisaría, donde voy a poner una denuncia contra ti por darle una paliza a un menor —le digo con tranquilidad.

Abre los ojos como platos y se aleja sin darme la espalda. Veo que los otros chicos pasan por mi lado y se alejan también con él. Desaparecen en la oscuridad de la calle.

Por fin me relajo, y el cuerpo me empieza a temblar como si fuese papel de fumar. Las piernas se me aflojan y siento sacudidas violentas en mis rodillas.

De repente, noto un cuerpo sobre el mío.

—Nena, estás temblando. —Escucho la voz de Javier. Se pone delante de mí y me coge de las mejillas, pero no lo veo—. Estrella, mírame —dice. Pero estoy tan petrificada que sigo sin verlo—. Nena, mírame —dice, desesperado. Me zarandea un poco y aprieto los ojos—. Cariño, tranquila, ya ha pasado. Dios, estás como una cabra —vuelve a hablar, esta vez con calma y apoya su frente contra la mía.

—Lo siento. Sí, estoy medio zumbada —consigo decir.

—Qué susto me has dado. Nos hemos quedado pasmados al verte hacer lo que has hecho, hemos sujetado a los otros por si se les ocurría meterse en medio. Me daba hasta miedo acercarme a ti. —Separa su frente, ahora sí lo veo. Sonríe levemente y niega con la cabeza—. Al final sí que me va a dar el infarto que no me dio aquella noche —me dice, asustado.

Y no sé por qué, imagino que por los nervios, o porque me acuerdo de su cara cuando le abrí la puerta desnuda, o cuando le dije que no le iba a dar ningún infarto, pero empiezo a convulsionar y no puedo evitar soltar una carcajada. Y me río, me río como si estuviera loca de verdad. Él empieza a reír también sin soltarme la cara. Pongo mis manos sobre sus brazos y lo beso, lo beso entre risas. Y me abraza tan fuerte que creo va a meterme dentro de su cuerpo. Ojalá eso fuera posible. Porque no creo que haya otro sitio donde estar mejor que dentro de él.

Me da la vuelta y me abraza de lado, comenzamos a andar hacia el paseo marítimo. Veo a Gabi, Berto y Toni, que nos miran atónitos.

—Lo siento, chicos. Se me ha ido la olla. —Me encojo de hombros.

—Te voy a matar, niña. Pero ¿tú estás loca? —me regaña Toni con cariño.

—Espero que nunca te enfades conmigo —dice Gabi.

—No le cuentes esto a Deva o sí que me voy a enfadar —le contesto, al llegar a su altura. Levanta las manos en son de paz y niega con la cabeza.

—No vuelvas a hacer algo así. Que sepas boxear no te da derecho a pegarte con el primero que pilles —me increpa Berto.

—No le he pegado. Pero no lo haré más —me disculpo.

Ellos tres se adelantan para volver a la fiesta. Yo necesito un poco más de tiempo para calmarme. Javier me hace sentar sobre el muro de la playa. Se coloca a mi lado.

—Tienes razón. No tengo ni idea de lo que eres capaz —bromea—. ¿Cómo estás?

—Hecha un manojo de nervios. Son los que le dieron la paliza a Biel y me he puesto frenética al verlos otra vez allí, amenazando a mis hijos. —Lo miro—. Tienes razón. Biel es como yo.

—Tranquila. Él es joven, podrás ayudarlo a controlar ese genio. Pero tú... estás perdida. —Se ríe y vuelve a abrazarme.

—Idiota. —Sonrío también.

Nos quedamos un rato así, abrazados y en silencio. Me doy cuenta de que voy descalza. No quiero pensar más en lo que acaba de pasar. Quiero seguir bailando.

—Vamos a bailar. Quiero olvidar esto —le digo.

—¿Estás segura? ¿Quieres que nos vayamos?

—No, no. Esta es la gran noche. No pienso irme hasta que acabe todo.

—Bien, pues vamos. —Se levanta y me sujeta de las manos para ayudarme.

Nos cogemos de la cintura y andamos hasta la arena. Llegamos a los sillones, donde todos nos esperan con cara de angustia.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho? —pregunta Biel, histérico.

—Nada, cariño. —Me siento a su lado y lo abrazo. Adrián, que aún está de pie, se sienta a mi otro lado—. Solo los hemos acompañado hasta la calle. Le he dicho que no volviera por aquí.

—¿Qué has hecho, mamá? —me susurra Adrián. Cómo me conoce este crío.

Los abrazo a los dos y los beso. Hoy están a salvo, hoy sí he podido evitar que alguien les hiciera daño.

—No os preocupéis, estoy bien. No ha pasado nada —les digo—. Y, ahora, vamos a seguir divirtiéndonos, ¿de acuerdo? —Sonrío mucho y ellos también. Levanto la cabeza y todos mis amigos nos están mirando—. Venga, vamos a bailar. —Me levanto y cojo a Javier de la mano—. Espera, yo venía a por una copa y creo que me voy a pedir dos.

Deva me mira, seria, y sé que sabe que he hecho algo. Lu me mira asustada; me conocen muy bien. Les lanzo un beso y les guiño un ojo para que dejen de preocuparse. Ellas levantan la misma ceja a la vez, pero al final sonríen. Todos se van a bailar. Y yo me voy con Javier a pedir la bebida.

—Lucas, ponnos dos tequilas. Del bueno, eh. De ese que tienes escondido —le pido al camarero.

—Cómo me conoces —contesta, y se gira hacia las estanterías. Aparta varias botellas y saca una de tequila, que sirve en dos chupitos. Corta dos rodajas de limón que pone en un plato y nos acerca el salero.

—Invita la casa —dice Javier, y me guiña un ojo.

—Gracias, jefe —Sonrío.

Cojo el salero, él me ofrece el dorso de su mano y espolvoro un poco de sal; hago lo mismo en la mía. Junto los dorsos de nuestras manos. Sujetamos los chupitos y lo miro a los ojos.

—Tú a mí y yo a ti —le digo, y pongo nuestras manos delante de nuestras caras. Acercó mi boca a su mano y él a la mía. Pasamos la lengua por la mano del otro impregnándonos de la sal. El sabor de su piel se queda en mis labios y, antes de beber del vaso, le beso la boca con fuerza. Ya no me importa que nos vean, lo que acaba de pasar me ha hecho darme cuenta; quiero besarlo y lo hago. Él responde a mi beso con su lengua en mi boca. La sal, el sabor de su piel y sus labios hacen que se abran todos los poros de mi cuerpo. Me separo y levanto el vaso—. Porque aguantes sin que te dé un infarto.

—Porque aguantes sin que te maten. —Sonríe. Se me escapa una carcajada.

Chocamos los vasos y nos los bebemos de un trago. Buf, el alcohol arrastra todo el sabor que tengo en la boca hacia mi garganta y, de allí, adentro de mi cuerpo. Cojo el limón y me lo meto en la boca, él hace lo mismo. Arranco el gajo de la piel de un tirón, me lo trago sin masticar y sin pestañear. Javier me imita sin dejar de mirarme a los ojos.

—Este ha sido el mejor chupito de tequila que me tomado en la vida, sin duda —dice.

—Por supuesto —alardeo.

—Anda, vamos a bailar.

Caminamos hacia la arena con los demás. Y allí nos pasamos la noche bailando, riendo y haciendo el bruto todos juntos. Y, a pesar del incidente que ha tenido lugar momentos antes, me siento mejor que nunca. Estoy con mis hijos, mis amigos y mi hombre. Sí, ya no tengo ninguna duda, Javier es el hombre de mi vida, es ÉL. Sin más.

A las tres de la madrugada, estamos en la calle frente a la puerta principal del hotel. Ya nos hemos despedido de todos y estamos con mis hijos hablando de la

sesión en el rocódromo de Adrián y Javier. Yo intento disimular que estoy loca por decirle a Javier que venga a casa con nosotros, pero no me atrevo. No sé qué pensarán los niños.

—Javier, ¿por qué no vienes a casa? Creo que mamá no debería dormir sola esta noche —suelta Biel.

Lo que yo digo, este niño no tiene filtros cerebrales.

—Voy a dormir con vosotros, Biel —contesto, tranquila.

—Yo no voy a dormir con nadie. No quiero que me jodais las costillas, ahora que me he recuperado.

—Yo tampoco, voy a dormir hasta el mediodía y no quiero que me molestéis —suelta Adrián.

Estos niños saben más que yo.

Javier me mira con cara divertida.

—¿Quieres? —pregunto al fin.

—Si tú quieres...

—Pero ¿tú no quieres?

—Yo quiero si tú quieres.

—Pero yo quiero que tú también quieras.

—Yo quiero aunque tú no quieras que yo quiera.

—Pues yo quiero que quieras que yo quiera que quieras tú.

—Joder, estáis locos. Venga, todos a casa —interrumpe Biel, contrariado, y echa a andar hacia el *parking*.

Adrián se tapa la boca para aguantar la risa y a nosotros dos se nos escapa, pero no dejamos de mirarnos.

—Vale, pero voy a subir a mi habitación a buscar una muda —explica Javier—. Esperadme aquí.

—Coge un bañador también. Mañana podemos bañarnos en la piscina —sugiere Adrián, y se va en busca de su hermano para hacerlo esperar.

—De acuerdo. Ahora vuelvo. —Y entra en el hotel.

—Mamá, este tío es para ti. Te sigue el rollo que no veas —dice Biel, cuando vuelve a mi lado.

—Anda, cállate, que ya has hablado bastante. ¿Cómo se te ocurre decirle que venga a casa?

—¿No querías? —pregunta Adrián.

—Claro que quiero, pero tiene que querer él.

—Pero él también quiere —dice Adrián.

—¿Vosotros también? —pregunta Biel con los ojos muy abiertos—. Estáis todos idos de la olla, ¿lo sabéis? Luego el colgado soy yo... —se queja.

Nos reímos los tres otra vez, y así nos encuentra Javier, que lleva una

mochila a la espalda.

—¿Me he perdido algo gracioso? —pregunta, divertido.

—No, tranquilo, tonterías nuestras —digo.

Y nos dirigimos al *parking* exterior del hotel, donde hoy he dejado mi coche.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta Javier.

—Vale. No has bebido hace rato, ¿verdad?

—Desde el chupito de tequila. —Sonríe.

—Bien. —Le lanzo las llaves, que coge al vuelo.

El trayecto lo hacemos en silencio. No quiero decir nada más por hoy. Ha sido un día muy largo y demasiado intenso.

Nos dirigimos cada uno a su habitación, Javier a la mía, claro. Beso a los niños y les deseo buenas noches.

—No arméis mucho jaleo, es tarde y los vecinos deben de estar durmiendo.

—Biel entra en su habitación, que está frente a la mía, y cierra la puerta.

Adrián entra en la suya, justo en la puerta de al lado, se ríe a carcajadas, porque sabe lo que estoy pensando de su hermano.

Nosotros nos quedamos parados en el descansillo; nos miramos.

—Este crío no está bien —le digo. Javier se ríe entre dientes—. Vamos, anda.

Usamos el baño por turnos y nos lavamos los dientes. Nos metemos en la cama, yo desnuda y él con el bóxer. Nos damos un pequeño beso en los labios.

—Buenas noches, Javi.

—Buenas noches, bruja.

Me recuesto sobre el lado izquierdo y me tapo con la sábana. Javier se pega a mi espalda, me pasa el brazo por la cintura y oigo su respiración sosegada en mi oído. Estoy tan cansada que no recuerdo si me ha dicho algo más, creo que sí, pero no lo he escuchado.

LA HISTORIA DE JAVIER

—Tenemos una conversación pendiente —le digo a Javier, mientras estamos sentados en el balancín que tengo en la terraza, a la entrada del salón.

Nos hemos despertado sobre las diez de la mañana y, como los niños seguían durmiendo, hemos bajado a desayunar después de darnos una ducha, por separado; me moría de ganas de hacerlo juntos, pero, con mis hijos en casa, me ha dado vergüenza. Sí, fíjate, he tenido un arranque de moralidad, así, por las buenas.

—Sí, lo sé. Te lo voy a explicar todo, aunque ya te he hablado de cómo está la situación —dice, muy serio.

—Bien. Empieza —contesto, igual de seria.

—Mi padre era un buen hombre hasta que empezó a ganar más dinero del que, imagino, supo gestionar. Este hotel fue el primero que compró, junto a dos socios más. Al parecer, fue una buena oportunidad y no quisieron perderla. En esa época, tenía varios restaurantes en Alicante y decidió ampliar sus horizontes económicos. Entre semana estaba aquí, y los fines de semana venía a vernos. Mi hermano y yo teníamos quince años. En verano, veníamos al hotel con mi madre a pasar las vacaciones, mientras mi padre trabajaba. Así estuvimos cinco años. Las cosas aquí funcionaban bastante bien, por lo que decidieron comprar otro hotel en Alicante. Y así, durante los siguientes diez años. Compró tres más en Alicante, en Castellón y en Valencia; son los que hoy en día funcionan. Como el de aquí les quedaba muy lejos, decidieron dejarlo en manos de una dirección propia. Ya conoces los detalles de este aspecto. Por lo que he calculado, llevas trabajando aquí desde poco después de eso. —Habla mirando al frente—. Mientras tanto, mi hermano y yo estudiamos en la universidad y, al acabar la carrera de Economía, mi padre nos puso a trabajar en el hotel de Alicante. Nosotros dos seguimos viniendo cada verano a pasar unos días, como habíamos hecho siempre. Nos encantaba venir aquí. Hasta que él murió. —Respira hondo—. Antes de eso, estuvimos trabajando unos ocho años en el hotel de Alicante, como ya he dicho. Pero, a los dos años de estar allí, nos dimos cuenta de que el ambiente no era bueno, no era un entorno de trabajo agradable. Los empleados trabajaban bajo el mando de mi padre con miedo, así que mi hermano y yo empezamos a plantearnos dejarlo y ponernos por nuestra cuenta, pero mi padre

no nos lo permitió. Todos los hijos de los socios trabajan allí, y nosotros debíamos continuar la tradición familiar también. Tuvimos que hacerlo a escondidas. Nos gustaba la hostelería y creamos una empresa de consultoría a hoteles. Ya sabes, asesoramiento para mejoras en la organización. Conocíamos muy bien el sector. Hicimos creer a mi padre que estábamos estudiando un máster por las tardes, para que nos dejara trabajar solo por las mañanas en el hotel; de ese modo, podíamos dedicarle tiempo a nuestro negocio. Queríamos ganar el dinero suficiente para independizarnos económicamente y dejar de trabajar con mi padre, que en ese tiempo ya se había convertido en un tirano dirigiendo los hoteles. En cuatro años, conseguimos ser lo bastante grandes como para dejar a mi padre. Y seguimos del mismo modo hasta que Adrián murió. —Me mira en ese momento. Su hermano se llamaba como mi hijo. No digo nada. Vuelve a perder su mirada en el infinito—. Aquella fue la peor época de mi vida. Quise morirme también muchas veces. Por suerte, la empresa continuó a buen ritmo, aunque yo no estuve al cien por cien; habíamos creado un buen equipo de trabajo y ellos siguieron avanzando. Mi padre sugirió que cerrara y volviera al hotel, que yo solo no podría seguir adelante con aquello. Lo hice, a ojos de él. Es decir, la empresa siguió en marcha, pero la cambié de nombre y le dije a mi padre que la había vendido al equipo que trabajaba allí. No me sentía con ánimos de seguir al frente, pero tampoco quería tirar por la borda todo el trabajo que habíamos hecho mi hermano y yo durante años. Le sugerí a mi padre trasladar mi experiencia a los hoteles de la cadena para mejorar los aspectos que pudieran fallar. Le presenté varios proyectos donde incluía un balance detallado de los beneficios que podía suponer, sabiendo que no se negaría al ver los números, y me permitió llevarlo a cabo, así que hice mi trabajo en la cadena. Aunque no incluí el hotel de aquí en la mejora; primero, porque sería muy doloroso para mí volver y, segundo, porque a mi padre no le interesaba. Hice mi trabajo con los demás hoteles y, hace unos meses, mi padre me dijo que estaban pensando en vender este hotel. Entonces, desperté del letargo en que me había sumido en la última década y le planteé a mi padre venir para ver cómo estaban las cosas. Hacer un balance de la situación actual del hotel y que, si hacía falta, yo lo compraría. Tengo dinero de mi empresa y el que mi hermano me dejó en su testamento, y mi madre me ha ofrecido la herencia que tiene guardada de mi abuela. No quiero que se lo venda a nadie, y ahora mucho menos. —Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. Llevo semanas hablando con un amigo que es abogado, me está ayudando a hacer una oferta de compra a través de mi empresa. Pero mi padre no quiere vendérmelo, aunque tengo la esperanza de que los otros dos socios acepten mi propuesta y, entonces, no tendrá más remedio que ceder —Me mira y se queda callado—. Anoche vino a decirme que tienen la

oferta de un comprador y que me vaya olvidando del asunto. A menos... —se detiene unos segundos— que retire la demanda de divorcio y reconozca al hijo que mi ex va a tener. —Sus ojos están terriblemente tristes.

—¿Cómo? —pregunto, atónita—. ¿Tu padre no te apoya tampoco en ese asunto? —Esto ya me parece el colmo—. ¿Por qué?

—Supongo que por la misma razón. Ya es su actitud habitual, llevarme la contraria en todo.

—Ya, pero esto es serio, Javi. No lo entiendo.

—No me perdona que mi hermano y yo montáramos una empresa a sus espaldas y, además, lo dejásemos colgado en el hotel —dice, con tono avergonzado.

—Bueno, ya erais mayores, podíais hacer lo que quisierais. Con más razón si no os sentíais a gusto trabajando con él.

—Lo sé, pero para él eso es una deslealtad. Todos los hijos de los demás socios trabajan en la cadena, ya te lo he dicho.

Respiro varias veces y miro al frente.

—Pero volviste a trabajar con él después de la muerte de tu hermano —observo.

—Sí. No tuve ganas de discutir más y no estaba en mi mejor momento, la verdad —contesta con hastío.

Me quedo pensativa, me sorprende cómo ha podido vivir bajo esa presión y a la sombra de su padre; llevar esa mala relación, esos sentimientos de rechazo. Si me pasara algo así, si no pudiera contar con mi familia, me desquiciaría.

—¿Cómo habéis llegado a esta situación? Me refiero a que tu padre quiera que sigas casado.

Bufa de forma sonora y se pasa la mano por la barba con fuerza. Cambia su expresión y se vuelve más sombría.

—No lo sé. Solo sé que, cuando, aquella tarde, hablé con mi ex respecto a lo que me había dicho el médico de mi infertilidad y que ella estaba embarazada, fui a casa de mis padres para contárselo. A desahogarme. —Sonríe con tristeza y niega con la cabeza—. No te puedes imaginar lo que dijo mi padre. —*Dios mío, no*. Se me abren los ojos como platos—. Sí, eso que estás pensando. Se puso del lado de ella y me dijo que, si no era lo suficientemente hombre, debía aceptar que otro hubiera hecho el trabajo por mí. Que *apechugara*, ya que ella había tenido más agallas que yo. —Me echo las manos a la cara—. Mi madre, la pobre, no dijo nada. Pero luego, en privado, me animó a no aceptar bajo ningún concepto aquella situación. Ella tampoco entiende la actitud que muestra mi padre hacia mí. Te juro que en ese momento no supe si había querido en algún momento a mi mujer; estaba tan enfadado que no podía pensar en eso, se me

borró cualquier sentimiento bueno hacia ella. No podía creer que hubiese actuado de esa forma. Me marché de casa y me instalé en el piso en el que había vivido con mi hermano y que aún conservo. Eso fue hace varios meses, poco después de que mi padre me dijera que iban a vender el hotel; fue cuando decidí largarme para venir aquí. Por supuesto, interpuse una demanda de divorcio y estoy esperando la decisión del juez, porque no llegamos a ningún acuerdo previo, claro. Ella está empeñada en que reconozca al hijo que va a tener de otro hombre, cosa que no pienso hacer. Mi abogado está con todos los trámites. Ha pedido una prueba de paternidad, pero ella se niega, con lo que sigo esperando la intervención del juez. —Me mira con ojos cansados.

Miro al frente, repaso cada una de las palabras que han salido de su boca. Quiero pensar bien lo que voy a decir, es un tema delicado para él, y para todos los que trabajamos en el hotel; si me apuras, porque nuestro futuro laboral depende de lo que ocurra con las transacciones que Javier está tratando de hacer. Mezclado con sus temas personales.

Me acerco a él y le pongo las manos en la nuca. Paso mis pulgares por su barba. De verdad, no sé cómo está aguantando esta situación... y él solo; sí, con el apoyo de su madre, pero solo, al fin y al cabo.

—La verdad es que no sé qué decir, Javi. Me siento fatal por lo que estás pasando. No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que me has contado en los últimos días. —Le suelto las mejillas y lo cojo de la mano. No puedo dejar de tocarlo. Necesito su contacto constante, no sé si para demostrarle que estoy con él o para demostrármelo a mí misma.

—No te sientas mal. La vida no siempre te pone las cosas fáciles.

—Ya, joder. Pero lo tuyo es digno de un drama poético —bromeo—. No sé cómo lo aguantas sin volverte loco.

—Yo tampoco, aunque desde hace un mes lo llevo mucho mejor. —Sonríe.

Lo miro y veo cómo le brillan los ojos. A pesar de todo es capaz de hacerme sentir feliz con una maldita frase. No me gusta esta situación, así que mi cabeza empieza a mezclar un montón de imágenes y sentimientos sin que yo les dé permiso para hacerlo. Mientras cavilo, se me pierde la vista en el color de sus ojos.

—¿En qué estás pensando? —Interrumpe mis reflexiones.

—No lo sé, un montón de cosas. —Mil ideas vienen y van dentro de mi cabeza. Me levanto del balancín y empiezo a andar por la terraza—. Necesito un cigarro. —Entro en casa y saco el paquete que llevo en el bolso. Fumo muy poco, solo cuando estoy tan nerviosa que me comería hasta las uñas de los pies. Salgo y tiro la cajetilla sobre la mesa de la terraza. Javier se incorpora y coge uno también. Le paso el mechero cuando he encendido el mío—. Vamos a ver...

—digo, mientras intento ordenar mis ideas, sin dejar de ir de un lado a otro—. Y dices que... ¿tu padre está de acuerdo en que reconozcas al hijo de ella y sigáis como si nada? Espera, ¿no tienes ni idea de con quién se acostó? —pregunto, y me detengo delante de él.

—No, ni idea. Le dije que me lo dijera, pero no ha habido forma. No me lo va a decir.

—¿Nadie la ha visto con ningún tío? —Niega con la cabeza.

—Le puse un detective a los pocos días de que me dijera que estaba embarazada, por si averiguaba algo —confiesa, un poco avergonzado.

—Tú has visto muchas pelis, ¿no? —Sonrío. Se encoge de hombros—. Entonces, ¿no iba a sitios distintos a los que solía ir siempre? —pregunto, le doy una calada profunda al cigarro. Noto cómo el humo me quema la tráquea.

—No, donde siempre. A casa de sus padres, de los míos, al hotel a trabajar, a la peluquería de siempre, a comprar donde siempre... las mismas rutinas.

—Entonces, quizá sea de su entorno. Tendríamos que saber quién es y hablar con él. Seguro que ni sabe que el hijo es suyo —sentencio.

—Bueno, imagino que, si quería quedarse embarazada, debía hacerlo a pelo. No creo que un tío se preste a ello sin saberlo.

—Mierda, lo hizo a pelo con él, tú también y luego conmigo. —Pienso en voz alta. De repente, soy consciente de que ese detalle se me había pasado por alto.

—Tranquila, me hice pruebas de todo al saberlo. Ya te dije que estoy bien —me tranquiliza—. Estrella... Me das mucho miedo, la cabeza te va a mil por hora. —Sonríe.

—No soy yo la que debería dártelo. —Me quedo pensativa—. Lo que no acaba de cuadrarme es que tu padre esté de su lado —digo, apago el cigarrillo y doy vueltas sin parar.

—Ya te lo he dicho. Nuestra relación no es buena desde hace años.

—Sí, vale. Pero esto es un tema muy serio. Tú eres su hijo, por muy mal que te lleves con él —argumento, contrariada. Soy madre y no puedo entender algo así. Si mis hijos tuvieran un problema semejante, estaría de su lado, y más sabiendo que la culpa no es suya—. Necesito a Deva y a Lu. Ellas me hacen pensar y están tan locas que seguro se les ocurre algo que nos da la clave. Aquí hay gato encerrado, lo huelo —afirmo, sin ningún tipo de duda.

—Mi padre está de parte de quien no le haga perder dinero —sentencia—. Escucha, Estrella, todo este asunto es cosa mía. No quiero que te salpique ni a ti ni a nadie. Yo lo solucionaré. —Se levanta del balancín para apagar el cigarrillo.

—Ahora también son tus amigas; al menos, ellas te consideran algo más que su jefe. Te aprecian y, si supieran todo esto, estoy segura de que querrían

ayudarte como lo quiero hacer yo —le confieso. Deva y Lu siempre han sido así, desde que las conozco. Nos hemos ayudado las unas a las otras en todo lo que estaba en nuestras manos.

—Te lo agradezco, Estrella, y a ellas. Yo también las considero algo más que unas empleadas. Son buena gente. Aunque no sé si se les ocurriría algo para solucionar todo este tema. Además, ya te he dicho que es cosa mía. No me gustaría que, por meterte en esto, salieras perjudicada —contesta, con un halo de tristeza, y a mí se me rompe algo por dentro. No me gusta verlo así.

Desde que lo conocí, ha sido un hombre profesional y serio. Conmigo es dulce y generoso. Me he topado con un hombre extraordinario con una vida complicada y no puedo dejar de pensar que quiero ayudarlo. Quiero que solucione su situación, quiero que esté tranquilo y sea feliz.

—Ya estoy metida, Javi —le digo con dulzura—. Estamos juntos, y lo que te pase a ti me pasa a mí.

Se acerca a mí y me acaricia la cara con las dos manos.

—¿Estamos juntos? —pregunta en voz baja.

—¿No? —contesto, con una sonrisa. En el fondo sé que está bromeando. A pesar de todo, siempre encuentra la forma de hacerme reír.

Me besa despacio, me muerde los labios con suavidad y su lengua entra en mi boca con fuerza, buscando la mía. Me relajo un poco. Este beso no se parece a los que me ha dado antes; este es profundo, lento, muy íntimo. No sé si está intentando decirme algo con él, pero me apabulla y me descoloca. Sale de mi boca de golpe y me quedo con los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Suelto un suspiro.

—Anoche me di cuenta de una cosa —dice. Abro los ojos y le veo mirarme fijamente.

—¿De qué? —pregunto, aún sobrecogida por la sensación de su beso.

—Te lo dije en la cama, pero te habías quedado dormida.

—Vaya, lo siento. Estaba muy cansada. —Pues sí que había dicho algo, sí—. Y... ¿qué dijiste?

—Que te quiero —confiesa, sin apartar sus ojos.

Se me abre la boca más de lo que ya la tengo, y mis ojos le hacen coro.

—¿Me... me quieres? —tartamudeo, incrédula. Asiente con la cabeza. Pero si solo nos conocemos desde hace un mes... ¿Cómo puede ser? ¿Me quiere? Y yo... ¿Lo quiero? Y pasan por mi cabeza todas las imágenes de los dos juntos, como en una película antigua en blanco y negro, porque parece que hace un siglo que lo conozco, como si llevara toda la vida besándolo. Y lo sé, soy consciente de ello—. No puedo vivir sin ti, Javi. Desde el primer día que te vi. —Y sonrío tanto que me lo comería a mordiscos. Nos besamos de nuevo, y esta vez es con

conocimiento de que ya nunca más volveremos a besarnos de otra manera. Cuando separamos nuestras bocas, todo lo que me ha contado vuelve a mi cabeza—. Y, ahora, vamos a ver si podemos arrojar un poco de luz a todo este asunto.

En menos de media hora, tenemos a Deva, Lu y Berto (estos dos van en *pack*, claro), en casa, después de que los haya llamado en plan crisis nuclear nivel cinco. Cuando les hacemos un resumen de toda la situación, tanto de la venta del hotel como de la parte personal de Javier, y de lo que ya me ha dado por pensar, están tan atónitos que tengo que pasarles una servilleta para que se limpien la baba que se les cae de la boca. Estamos sentados alrededor de la mesa, tomando un aperitivo que he sacado. Por suerte, los niños aún están durmiendo y lo prefiero, para que no tengan que escuchar esta sarta de barbaridades.

—No quiero que os salpique nada de esto. Ya te lo he dicho, Estrella. Si queréis aportar ideas, bien, pero nada más —dice Javier, muy serio.

—El hotel es cosa de todos, Javier. Trabajamos allí, y créeme cuando digo que nos preocupa la situación —argumenta Deva. Él asiente, agradecido—. Creo que tenemos claro que tu ex se ha acostado con alguien de su entorno. ¿El otro socio tiene hijos?

—Sí, dos. Pero están casados —contesta.

—Eso no es un impedimento para acostarte con otra persona —contesta, seria—. Tú mismo lo sabes, ¿no es cierto? —Sonríe, sé que para suavizar el ambiente.

—Cierto —sentencia él.

—Vale, hijos de socios. ¿Primos? ¿Personal del hotel? ¿Amigos?

—Puede ser cualquiera —contesta Javier.

—¿Tenía algún comportamiento especial con alguien? Amigos con los que salierais juntos, compañeros de trabajo, el peluquero, el carnicero, el fontanero... —pregunta Lu.

—Delante de mí no había ningún comportamiento especial con nadie. Además, ella es bastante seca y no es demasiado expresiva. Si hubiese tonteado, me habría dado cuenta —argumenta Javier.

—¿Y tu padre está de su parte, dices? —pregunta Deva.

—Sí.

—Y crees que puede ser porque no te llevas bien con él —apunto.

—Estoy seguro. Me sugirió que no me divorciara y que aceptara al niño

como si fuese mío y siguiera con mi vida como siempre. Una locura, vamos — contesta él.

—¿Es posible que tu padre sepa quién es el padre? —pregunta Lu.

—Coño, claro. Tu padre lo sabe. —Se ilumina Deva.

Todos miramos a Javier. Él está desconcertado, pero veo en su expresión que alguna idea se le está ocurriendo.

—Pero ¿por qué iba a querer defender a otro tío en lugar de a su propio hijo? —pregunta Lu.

—Porque es un maldito egoísta —salta Javier—. Si no quiere que nadie sepa quién es, es porque hay dinero detrás. —Parece más animado. Se inclina sobre la mesa—. Imaginemos por un momento que el padre es uno de los hijos del otro socio, se puede armar una buena. La hija del socio uno se casa con el hijo del socio dos; si la hija del socio uno se queda embarazada del hijo del socio tres, que está casado y con familia, puede haber un gran problema en la Dirección General. La sociedad se iría al traste, porque todos trabajamos juntos —dice, con el ceño fruncido, como si no viera claro lo que acaba de decir—. Es más, y me apostaría las gónadas, mi padre sabía que estaba embarazada antes que yo.

—¿La disolución de la empresa supondría un gran inconveniente para él? —pregunto.

—Desde luego, porque él querría quedarse con los hoteles, pero no tiene suficiente patrimonio para pagarles a los otros dos socios su parte. Se quedaría sin capital líquido. Tendría que invertirlo todo —explica Javier, esperanzado.

—Vale. Recapitulemos —dice Deva—. Tu ex pretendía engañarte haciéndote creer que se había quedado embarazada gracias al tratamiento.

—No sabemos si ya tenía un amante o lo buscó para su plan —añade Lu.

—La cosa no le sale bien porque tú no te tragas el engaño —digo yo.

—Ella busca el apoyo de tu padre cuando su artimaña no surte efecto, o incluso antes. Es posible que tu padre supiera lo que iba a hacer. —Otra vez Deva.

—No me extrañaría que, incluso, hubiese sido idea de él que ella se acostara con otro para quedarse embarazada, al ver que yo no podía. —Se frustra Javier.

—Pero ¿por qué querría tu padre que tuvieras un hijo a toda costa? —pregunta Berto, que ha estado callado en todo este rato.

—Porque, si no, se quedaría sin herederos. Es muy anticuado en ese aspecto. Si no tiene nietos, la estirpe Crespo se quedaría coja —explica Javier.

—Entonces seguro que por eso buscó a tu padre para que la ayudara —digo.

—Sabe quién es el padre. Hay que hacerlos confesar; de ese modo podrías hablar con él y exponerle el tema. Quizá se pueda buscar una solución satisfactoria para todos —argumenta Lu.

—Tienes que hacerlos venir al hotel con la excusa de querer hablar con ellos sobre un posible acuerdo —dice Deva.

—¿Estás seguro de que tu padre no te vendería el hotel? —pregunto, pensando en algo distinto.

—Me lo dejó muy claro anoche. Si sigo con el divorcio, le venderán el hotel al otro comprador. Siempre me ha llevado la contraria en todo, ya te lo he dicho, solo ha aceptado ideas mías cuando le convenía —contesta—. ¿En qué estás pensando?

—En que aceptes su oferta —contesta Lu antes de que yo hable.

—No voy a ponerle mi apellido al niño —dice Javier, tajante—. No voy a pasarle a ella una pensión por su hijo y todo lo que sé que me va a pedir. Lo siento por el crío, que no tiene culpa de nada, pero no voy a hacerlo.

—No tienes que hacerlo. Solo vas a proponérselo. —Sonríe Deva.

—¿Qué quieres decir? —pregunta él.

—Que vas a llamar a tu padre y le vas a decir que venga a verte al hotel con ella, porque tienes algo que plantearles para zanjar de una vez por todas el asunto. —Sonrío con dulzura.

Hace un rato que se han marchado todos y nos hemos quedado solos Javier y yo.

—No sé cómo lo hacéis, pero no puedo creer que hayáis preparado un plan, bastante convincente, debo añadir, en tan solo dos horas —dice Javier, mientras mete los espaguetis en la olla con agua hirviendo.

—Muchos años de experiencia y de conocernos muy bien. Y de que estamos mal de la *azotea* —contesto, preparando una ensalada de tomate y pepino.

—No es verdad, no estáis mal de la cabeza. Os va a una velocidad de vértigo, ya te lo he dicho —dice con admiración.

—No es eso. El tema está en abrir la mente. En dejar salir todos los pensamientos. No poner trabas ni límites a las ideas. La mayoría de personas tienen miles de ideas, pero las desechan al segundo de haberlas pensado. Nosotras no. Nosotras las analizamos todas, por muy absurdas que nos parezcan. Creo que por eso nos llevamos tan bien —le explico lo que tanto tiempo nos ha costado entender, pero juntas, hemos conseguido que funcione en casi todos los aspectos de nuestras vidas.

—Como los genios —dice.

—No, no somos genios. Solo personas conscientes de lo que pensamos.

—De todas formas, agradezco que me hayáis convencido. Sois

excepcionales. Estoy en jaque y ya no sé qué más hacer para arreglarlo. —Rodea con sus brazos mi cintura desde atrás. Me doy la vuelta y poso mis manos alrededor de su cuello—. Me he sentido muy desconectado del mundo desde que Adrián no está. Él hacía que todo fuese real, como tú.

—Todo es real, pero no estabas para verlo. —Sonrío; me conmueve que me compare con su hermano. Si tenía una relación tan especial con él, entiendo que conmigo la siente especial también, y eso me hace muy feliz—. Todo saldrá bien y no tendrás que preocuparte más por todo esto —digo, cambiando de tema, porque siento tal intensidad en el pecho que no voy a poder evitar ponerme a llorar como una tonta, y no quiero hacerlo—. Voy a subir a despertar a los niños. Son las tres de la tarde y hay que comer. —Le doy un beso en los labios que me sabe a gloria. No sé cómo es posible que cada vez me guste más besarlo.

Comemos los cuatro en la mesa de la terraza, donde un rato antes hemos estado hablando de todo el asunto que nos está ocupando la mente desde primera hora de la mañana. Comentamos la fiesta de anoche, aunque evitamos el tema del incidente con los chicos. Sabemos que fue todo un éxito, pero Javier no ha querido saber los aspectos económicos, porque ni siquiera ha llamado al hotel para conocerlos. Alicia se encargó de hacer caja y guardar la recaudación. El lunes hablará con ella, pero hoy no.

Cuando nos levantamos de la mesa, son las seis de la tarde, y Adrián propone darnos un baño en la piscina. Biel lo hace con cuidado, por si acaso resbala y vuelve a hacerse daño. No quiere perderse las vacaciones en Costa Rica con su padre y se conforma con nadar tranquilamente mientras nosotros tres jugamos a tirarnos de diferentes estilos. No puedo creer que se esté tomando tan en serio las instrucciones médicas. ¿Será que está madurando? No, no lo creo.

Después de cenar, llevamos a los niños en el coche a casa de Nando para que Adrián pueda seguir con su semana en el campus y Biel no se quede solo en casa. Está casi recuperado, pero no lo suficiente como para hacer deporte.

Javier y yo volvemos a mi casa en silencio. Ya hemos hablado durante muchas horas hoy; es tiempo de descansar y reposar todo lo que nos hemos confesado el uno al otro. Él me ha revelado parte de sus preocupaciones y ha reconocido que se ha enamorado de mí en las cuatro semanas que hace que nos conocemos. Yo le he mostrado cómo la realidad puede ponerte contra las cuerdas, pero se puede salir si confías en las personas que te quieren, y sí, yo lo quiero, y sé que no podría ser de otra manera porque sentir lo que siento, de una forma tan desmedida en tan poco tiempo, no puede ser otra cosa que amor, amor del bueno. Y, al llegar a casa, lo demostramos de nuevo, pero esta vez, en lugar de hacerlo con palabras, lo hacemos con el cuerpo, con la piel, con los labios, con las manos...

OPERACIÓN: TORMENTA DEL DESIERTO

Es miércoles, y hoy es el día en que Javier ha quedado con su padre y su ex para hablar sobre los temas que tienen pendientes de resolver. Hemos repasado el plan, que Deva se ha empeñado en bautizar *Tormenta del desierto* (Dios sabrá por qué), más de mil veces, pero no podemos evitar sentirnos nerviosos por cómo se van a desarrollar las cosas.

El lunes, Berto trajo a un amigo que es técnico de equipos audiovisuales y ha instalado en el despacho de Javier un micrófono y una mini cámara en la parte trasera de la pantalla del ordenador. Hay otra cámara invisible en el techo de una de las esquinas del despacho para que se vea toda la estancia, por si la perspectiva desde el ordenador no fuera suficiente. Sí, nos hemos vuelto locos de remate. Pero el asunto merece todo nuestro esfuerzo y nuestras paranoias. Todo se ha conectado a un equipo que se ha instalado en el despacho de Alicia, que está junto al de Javier. A ella le hemos explicado que el jefe tiene una reunión muy importante y que necesita que se grabe todo con pelos y señales; se ha ido refunfuñando a trabajar a otro despacho.

—¿Cómo estás? —le pregunto, a falta de media hora para que lleguen y empiece la reunión.

—Bien, pensé que iba a estar más nervioso, pero me he mentalizado de que es una reunión de negocios más. Porque, al fin y al cabo, se reduce a cerrar un trato —me explica, y no sé si me da miedo escuchar esas palabras de su boca. Cerrar un trato que puede hipotecar su vida, no sé si yo tendría tanta entereza—. Te quiero tanto... —me dice, ya empieza a conocer cuando pienso en algo que no debo, y me besa en los labios—. Sé que todo irá bien. Nada puede salir mal contigo aquí.

—Yo también te quiero, cada día más, si eso es posible —contesto, emocionada por lo que ha dicho.

—Venga, un poquito de concentración —interrumpe Deva, con una sonrisa. Está sentada en una de las sillas de la mesa de reuniones.

—Repasemos —dice Lu, de pie frente al escritorio donde están las pantallas que muestran las imágenes del despacho de Javier.

El técnico que lo ha instalado todo está sentado en la silla, acabando de enfocar con las cámaras. Se va a quedar allí por si surge cualquier problema, que

pueda solucionarlo en el momento.

—Teresa nos avisará cuando tu padre y tu ex entren en el hotel —empieza Lu.

—Ellos no van a anunciar su visita en recepción, van a pasar a tu despacho directamente —continúa Deva, dirigiéndose a la mesa como si fuera una experta en conducta humana.

—Luego entrarás e intentarás que te digan quién es el padre de la criatura, de buen rollo todo, para que hablen y solucionar el tema de la mejor manera posible. Si no, tendrás que tirar de farol sobre el acuerdo de divorcio a cambio del hotel —digo. Esta última parte no me gusta nada en absoluto.

—Y a ver qué pasa... —acaba Javier.

—Si ves que algo va mal, o dicen algo que no ves claro, o que no tenemos contemplado, nos haces la señal y te llamamos por teléfono, para que tengamos tiempo de reacción y cambiar el plan —sigue Deva.

—Si se nos ocurre algo nuevo o que pueda ayudar, te llamaremos al móvil para informarte —dice Lu.

—Cuando acabes de relatar tu acuerdo, si ellos aceptan, sal del despacho aludiendo que vas a buscar los documentos que tu abogado ha redactado y que tienes en la caja fuerte de tu habitación —digo.

—Vengo aquí y vemos si dicen algo más mientras se quedan solos que nos pueda ayudar a acabar con todo esto de una forma más realista. —Mueve el cuello, varias veces, para destensarlo.

—Hablarán, no lo podrán evitar. Se creen más listos que nadie, te lo digo yo —asegura Deva, que en sus ratos libres trabaja para el FBI en Quantico. ¡Qué tía!

—Ojalá tengas razón. Si no, me va a costar un proceso de divorcio muy largo. Entre que la demanda se hace efectiva y llegamos a juicio, presentamos la petición de prueba de paternidad y demás procesos, esto va a ser un infierno. —Sonríe y me mira—. Con el agravante de que, en ese caso, no sé qué va a pasar con el hotel. —Se toca las sienes.

—Javi, estate tranquilo, ¿vale? Lo importante es que puedas arreglar tu situación personal, ya pensarás en qué hacer con el hotel. Quizá puedas hablar con los otros socios, como dijiste, seguro que lo arreglas —lo tranquilizo, aunque noto cómo me tiemblan las piernas. Y él, por mucho que diga que está tranquilo, su cuerpo dice lo contrario. Todo esto es muy arriesgado y no estamos al cien por cien seguros de que salga como esperamos. Pero qué narices, habrá que arreglarlo de algún modo.

En ese momento, suena el teléfono de Lu y todos la miramos expectantes.

—Es Teresa —anuncia—. ¿Sí? —contesta—. Bien, gracias, guapa. —

Cuelga.

—Empieza el espectáculo, todo el mundo a sus puestos —grita Deva con teatralidad—. Ay, siempre he querido decir esa frase. —Y se ríe. ¿Esta mujer no se estresa nunca o qué? Ah, sí, ya se estresó el sábado de la inauguración de la zona de barbacoas en la playa, para toda su vida, creo.

Todos nos colocamos tras las pantallas, mirando sin pestañear las imágenes. La puerta del despacho se abre sin que nadie llame antes de entrar. Aparece en imagen el padre de Javier, con un traje oscuro; lleva el mismo peinado hacia atrás que la última vez que lo vi. Tras él entra una mujer alta, con una melena rubia y lisa peinada en una coleta baja. Lleva un traje de chaqueta premamá en color gris perla. Es guapa, pero su rictus es de una borde confirmada. Se le ve una barriga prominente ya; según me ha contado Javier, debe de estar de unos seis meses. Pienso en mi embarazo por esa época y, recuerdo que, de seis meses, a mí ya me costaba atarme los zapatos. Pero, claro, yo llevaba dos bebés en el útero. No sé por qué estoy pensando en esto ahora; aparto esa imagen y me concentro en la pantalla. Oigo a Javier rechinar los dientes detrás de mí.

En la pantalla, los dos individuos están de pie en el centro de la estancia. El técnico amplía la imagen con el ratón del ordenador. Estamos tan en silencio que creo que hasta hemos dejado de respirar.

—Bien, vamos allá —dice Javier. Empieza a caminar hacia la puerta del despacho.

—Espera un momento. —Deva lo hace detenerse a pocos pasos de salir.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Deva no contesta y se inclina hacia la pantalla.

—Dejémoslos un momento... Creo que van...

—¿Dónde está Javier? —dice la mujer, desde el otro lado de la pantalla, con tono enfadado.

—... a hablar. —Deva se incorpora con una sonrisa.

Javier vuelve a su posición inicial, junto a mi espalda.

—Como siempre, llega tarde; es un irresponsable —contesta el hombre, al otro lado.

—Pues no estamos para perder el tiempo —vuelve a hablar ella.

—No estaríamos en esta tesitura si tú hubieses hecho tu parte —le recrimina él.

—Sí, claro. Ahora la culpa es mía. —Ella cruza los brazos sobre el pecho y deja de mirarlo.

—Solo tenías que convencerlo de que el hijo era suyo. Y ni siquiera pudiste hacerlo —dice el padre con severidad.

—Te recuerdo que la idea fue tuya.

—No me iba a quedar sin herederos en la primera generación. Los demás socios tienen ya nietos. Hasta el impresentable de tu hermano tiene hijos.

—Pero Javier y yo tendríamos la mayoría conjunta de los hoteles.

—Sin hijos —sentencia.

—Tú ya no estarás para verlo. Ya hubiésemos hecho algo. No sé cómo dejé que me convencieras.

—No te quejabas tanto cuanto te metía la polla hasta el fondo, ni cuando te he llenado la cuenta bancaria.

—Es lo menos que podías hacer, ya que mi hijo sigue sin tener un padre reconocido.

¡LA HOSTIA! Creo que estamos a punto de tener un infarto colectivo. Lu se ha puesto la mano en la boca y tiene los ojos como platos. Deva se ha echado la mano al pecho y tiene la boca abierta de par en par. Berto se está deshaciendo el nudo de la corbata como un poseso. El técnico sigue mascando chicle como si nada. Yo... yo no sé que estoy haciendo, ahora mismo me dan un planchazo en los sesos y ni me entero. Y Javier... Dios, Javi. Miro detrás de mí y lo veo con la mano en el estómago, apoyado sobre el armario de archivo. Se ha apartado de nosotros y está respirando por la boca con fuerza. Me acerco a él.

—Javi, mírame. —Le intento coger las manos, pero se inclina hacia delante y las apoya sobre las rodillas. Veo su espalda arqueada convulsionarse. Joder, va a vomitar. Corro a por la papelera que está bajo el escritorio—. Apartad —digo a las estatuas de cera en que se han convertido todos. No se mueven. Por Dios. Me meto entre ellos y cojo la papelera. Vuelvo al lado de Javier y la sujeto bajo su cara—. Vamos, échalo todo, no te quedes nada dentro —le digo al oído. Y arranca a vomitar. Le pongo la mano sobre la espalda y se la acaricio de arriba abajo. No dejo de musitar palabras de calma para que sepa que estoy con él. Lo he hecho miles de veces cuando los niños han estado enfermos del estómago. Menuda puñalada trapera. No me extraña que esté echando hasta la primera papilla. Cuando deja de tener arcadas, aparto el cubo y lo dejo en una esquina. Él se incorpora y apoya todo el cuerpo sobre el armario. Cierra los ojos y respira más tranquilamente. Cojo unos pañuelos que hay sobre el escritorio y le limpio la boca. Le miro la ropa y no veo que se haya manchado—. Javi —lo llamo en un susurro.

—Dame unos segundos —contesta, con los ojos cerrados aún. Está pálido, ese color bronceado de su rostro se ha convertido en un tono cetrino y tiene gotas de sudor sobre la frente. Cojo más pañuelos y se los paso para limpiarle la cara—. Gracias —dice, y abre los ojos, los tiene rojos por el esfuerzo.

—Bebe un poco de agua —le digo, y voy a la mesa auxiliar a coger un

botellín, lo abro y se lo doy.

—Gracias, nena. —Da un trago y se enjuaga la boca, escupe en la papelera que he dejado en el suelo. Vuelve a hacer la misma operación otra vez y luego traga un poco de líquido. Cierra la botella. Se pasa las manos sobre los ojos para secarse algunas lágrimas que le han caído, creo que también por el esfuerzo que ha hecho al vomitar. Se acerca al escritorio, deja la botella y coge un caramelo de los que tiene Alicia en un bol encima de la mesa para las visitas—. ¿Han dicho algo más? —pregunta a Deva y a Lu, que nos miran. Berto y el técnico siguen observando las pantallas.

—No. Se han recriminado lo mismo y se han insultado un poco. Ahora se están quejando de que eres un impresentable por llegar tarde —explica Deva con amabilidad—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Lo habéis grabado todo? —pregunta, mientras le da vueltas al caramelo que tiene en la boca.

—Sí, está todo grabado —contesta Lu, un poco preocupada al ver el estado de Javier.

—Es mi turno —dice con decisión. Se recoloca el cuello de la camisa y tira de las solapas de su americana—. Seguid grabando, lo quiero todo en varios *pen drives*.

—No hay problema —contesta el técnico.

Se dirige hacia la puerta y, antes de abrirla, se gira hacia nosotros.

—Esto va por vosotras —nos dice con una sonrisa y en un tono de total seguridad.

—A por ellos, tigre. —Sonríe Deva.

—Te quiero, bruja. —Me guiña un ojo.

—Yo también te quiero —contesto, emocionada y nerviosa. A saber lo que se le ha ocurrido para acabar con esto.

Javier desaparece tras la puerta. Nos giramos hacia las pantallas y lo vemos entrar en su despacho. No sé qué va a hacer ni decir, pero estoy segura de que no va a salir de su despacho sin arreglar este desaguisado.

—*Disculpad por el retraso. He tenido que ocuparme de un asunto* —habla en tono amable pero contundente.

—*Tú, como siempre* —se queja con fastidio su padre.

—*Sentaos, por favor* —les pide, mientras se sienta en su silla tras el escritorio.

Los otros dos ocupan las sillas de delante.

—*Seguro que te lo estabas montando con esa empleaducha con la que andas* —dice la mujer, con cara de fastidio.

—¿Me ha llamado *empleaducha*? —pregunto, atónita. Estoy segura de que el

padre nos vio cuando estuvo en el hotel la noche del sábado, y le ha faltado tiempo para decírselo a su querida nuera. Porque no encuentro otra explicación a que ella sepa que Javi está con alguien.

—Shhhhhh... —me mandan callar todos sin dejar de mirar las pantallas.

—Yo al menos no me acuesto con mi suegro —suelta Javier.

—¿Cómo? —grita ella, con los ojos saliéndose de las órbitas.

—Lo que has oído —dice él, sin subir el tono de voz.

—¿Qué quieres decir? —dice su padre, con tono incómodo.

—Que no todos los días se entera uno de que va a tener un hermano del que pretendes me convierta en padre —contesta Javier como si nada.

La cara de los otros dos es para grabarlos. Ah, si los estamos grabando... No dicen nada, solo miran a Javier como si no creyeran lo que acaban de oír. A este lado de las pantallas, parecemos abuelas viendo un culebrón venezolano, solo nos faltan los rulos y el encaje de bolillos.

—Bien, después de responder a vuestras preguntas, vamos al tema —sigue Javier, irónico—. El trato que os propongo es el siguiente: tú —señala a la mujer con el dedo índice— hablarás con tu abogado para que se ponga de acuerdo con el mío, y aceptarás mis condiciones redactadas en el documento que presenté en el juzgado. Sin compensación económica de ninguna clase, aunque el piso de Alicante te lo puedes quedar. Y tú —señala a su padre— vas a venderme este hotel por el módico precio de un euro.

—Tú te has vuelto loco si piensas que voy a aceptar un trato así. El trato era que te vendería el hotel a cambio de seguir casado y reconocer al niño —se queja su padre, soltando una carcajada. Parece muy seguro de sí mismo, a pesar de lo que acabamos de descubrir.

—Lo vas a aceptar porque, si no, voy a decirle a toda la junta que te follaste a mi ex cuando aún estábamos casados y la has dejado embarazada, pretendiendo que yo reconozca que es hijo mío —escupe, con rabia contenida. Está claro que no quiere perder el control.

—¿Y cómo vas a hacer eso? No van a creerte —se jacta el padre.

—No lo voy a hacer yo, lo haréis vosotros mismos. Os he grabado en este despacho diciéndolo. Además, le has dado dinero a ella para callarle la boca y, ya puestos, les diré cómo te gastas el dinero de los hoteles.

—Tú no tienes ni idea de lo que hago con mi dinero —dice con desdén.

—Sé muy bien lo que haces con él. Pagas para acallar tus cagadas. Y desde luego, a mamá no le va a hacer ninguna gracia. Creo que ya va siendo hora de que sepa con qué clase de hombre está casada. No voy a consentir que la engañes más —empieza a enfadarse.

—No metas a tu madre en esto. No es asunto suyo —contesta el padre, esta

vez molesto.

—Yo creo que es asunto de todos —dice Javier con tono más irritado.

—Fue ella la que me pidió el dinero por no decir nada, la chantajista es ella —se defiende el padre, señalando a la ex.

Ella no dice ni una palabra y no hace otra cosa que mirarlos a los dos como si estuviese en un partido de tenis.

—Me da igual quién le pidió qué a quién. Lo que quiero es el hotel y que el divorcio se haga efectivo ya. No estoy dispuesto a aguantar esta situación ni un minuto más. Y menos, después de saber lo que pretendíais —insiste Javier.

—Sabes perfectamente que no soy el único en la junta, los otros dos socios deben estar de acuerdo y no van a aceptar semejante propuesta —dice el padre muy digno.

—Eso también me da igual. Tú sabrás cómo los convences. Tienes una semana de plazo. Si el próximo miércoles no estamos firmando la venta, me encargaré de que la grabación llegue a todas las personas que yo crea conveniente —acaba Javier.

—¿Y qué hay de reconocer al niño? —interrumpe ella.

El padre pone los ojos en blanco. Javier la mira impertérrito.

—Creo que tú podrás explicarle mejor ese asunto —se dirige a su padre—. Bien, eso es todo. Le diré a mi abogado que se ponga en contacto con el tuyo hoy mismo. —Se dirige a ella. Después mira a su padre—. Y a ti, te enviaré mi propuesta de compra y te llamaré para que el miércoles próximo firmemos en el notario. —Se levanta de la silla y se dirige a la puerta. La abre y dirige su brazo hacia la salida—. Ahora, si me disculpáis, tengo trabajo que hacer. Gracias por haber venido.

Los dos se levantan y se dirigen a la puerta.

—Espera un momento —dice el padre.

En el despacho de Alicia, todos aguantamos la respiración. ¿Y ahora qué?

—Te has tirado un farol. No tienes nada —habla con vehemencia.

—Bien, es lógico que quieras verlo. Acompañadme. —Desaparecen los tres de la pantalla por la puerta.

Se abre el despacho donde estamos todos mirando el desarrollo de la escena y nos giramos los cuatro hacia la puerta, el técnico sigue a lo suyo.

—Buenos días —decimos a coro.

—Estos señores quieren ver la grabación. ¿Podrías reproducirla, por favor? —pide Javier al técnico. Lo miro y sé que está disfrutando como nunca. Menudo colofón final a todos los meses de sufrimiento que lleva encima con este asunto. Mantiene el rictus serio, pero sus ojos me dicen que por dentro está sonriendo.

El técnico manipula el teclado y el ratón, da la vuelta a una de las pantallas y

aprieta el *play*. Se sucede la escena que todos hemos visto al principio, donde los dos hablaban mientras estaban solos en el despacho, esperando a que Javier llegara. Cuando acaba la conversación en cuestión, el técnico para la grabación.

—¿Todo conforme? —pregunta Javier a los dos palitroques en que se han convertido su padre y su ex.

—Por cierto, guapa —interrumpo. Ella me mira con desdén—. No vuelvas a llamarme *empleaducha* en tu vida —le suelto sin poder contenerme.

Ella da un respingo y sale corriendo a pasos cortos.

El padre nos mira a todos con cara de hastío, se da la vuelta y sale por la puerta también. Javier cierra tras ellos.

—¡Síiiiiii! —grita Deva como una loca—. Ole tus huevos —le dice a Javier, y se abalanza sobre él para abrazarlo.

—Madre mía, casi nos da un infarto —grita Lu.

—Muchos infartos *casi* están dando últimamente aquí. —Se ríe él y me mira por encima del abrazo que mis amigas le están dando. Se le ve aliviado, se ha quitado un gran peso de encima.

—Creo que no habría podido salir mejor. —Se le acerca Berto, y le tiende la mano.

—Ya tiene las grabaciones en cinco USB —dice el técnico, y deja los dispositivos encima de la mesa.

—Bien, muchas gracias. Ya puedes recoger todos los equipos. Te pagaremos en cuanto nos envíes la factura por los servicios prestados —le dice Javier.

El técnico se levanta y recoge los dos portátiles del escritorio y se dirige al despacho de Javier para desconectar las cámaras y el micrófono.

Mis tres amigos se despiden de nosotros y se marchan también. Nos quedamos solos Javier y yo en el despacho. Me pongo las manos en la boca y niego con la cabeza. No me lo puedo creer. Javier me mira sonriente desde la puerta. Salgo corriendo de detrás del escritorio donde me he quedado viendo cómo todos lo felicitaban por cómo había resuelto la situación. Me abalanzo sobre su pecho y le rodeo la cintura con las piernas, haciendo que se me levante la falta hasta los muslos. Él me pone las manos bajo las nalgas para sujetarme.

—Lo has hecho. Has acabado con todo esto, por fin —le digo entusiasmada.

—Lo hemos hecho. No habría podido hacerlo sin vosotros. Sois una panda de locos, pero los mejores amigos que podía encontrar —contesta, agradecido y sonriente.

Voy a besarlo, pero se aparta.

—Estrella, no me beses. He vomitado hace unos minutos y no he podido ni lavarme los dientes —dice con fastidio.

—Si hubiera sido al revés, ¿tú no me besarías?

Me mira a los ojos y engulle mi boca con sus labios.

—Esto hay que celebrarlo.

Javier mira hacia la mesa del despacho.

—¿Quieres echar un polvo en el escritorio de Alicia? —pregunta, divertido.

—Nooooo —grito con los ojos en blanco—. Me refería a que deberíamos salir todos juntos a cenar y a bailar por ahí para celebrar que todo ha salido mejor de lo que esperábamos —le digo entre risas. Dios, estoy tan contenta que no puedo parar de reír.

—Está bien. En cuanto todo esté firmado y confirmado, os invito a cenar. Es lo menos que puedo hacer —contenta, sin dejar de mirarme y sonreír—. No sabes lo que has hecho conmigo. No solo eres la mujer más bonita, más sexy, más loca y más increíble que conozco, sino que, además, has sido capaz de ayudarme a salir de la mierda en la que he estado metido los últimos años de mi vida. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que me has dado —dice y me mira sereno.

Siento que hasta sus ojos se han relajado, su color se ha intensificado y puedo distinguir el verde oscuro de su iris con trazas de gris, que me vuelven loca.

—Solo necesito que me quieras como ahora, durante toda la vida. —Le paso la mano por la barba de su mejilla.

—Me pides algo muy sencillo. —Coge mi nuca en su mano y me besa despacio, tanto que me desespera, porque quiero más, cada vez quiero más de él.

TRES CABRAS LOCAS

Es el primer sábado de agosto y hemos salido a cenar los seis juntos, después de la película que nos montamos para arreglar los problemas que Javier trataba de solucionar desde hacía tiempo y de que todo se haya desarrollado sin más sorpresas.

El padre de Javier tuvo que pagar de su bolsillo a cada uno de los otros dos socios la parte correspondiente a la venta del hotel, porque, por supuesto, no les explicó la verdadera oferta. Tuvo que mentir diciendo que aquello era un precio simbólico por ser su hijo y que él mismo les pagaría el valor que creyeran oportuno. No sabemos cuánto ha tenido que desembolsar y no nos importa lo más mínimo. La exmujer de Javier aceptó el divorcio con las condiciones que él le ofreció, ya que no hubo nada que pudiera hacer al respecto. No tenía ninguna baza con la que negociar después de descubrirse que el padre de su hijo era el mismo padre de Javier. Tampoco sabemos si ellos dos siguen chantajeándose o lo que sea que hicieran.

Javier habló con su madre y ella tomó cartas en el asunto, presentando una demanda de divorcio de inmediato. No se sorprendió de que su marido hubiese hecho semejante majadería, como ella misma lo llamó. En septiembre, se vendrá a vivir al hotel y buscaremos un piso o una casa para que pueda instalarse con él. De momento, se ha ido a vivir al piso que tiene Javier en Alicante. Quiere arreglar varios asuntos antes de trasladarse. Tiene dinero suficiente para vivir sin problemas por la herencia que le dejó su madre.

Los niños se han ido de vacaciones con Nando y Sandra a Costa Rica, y Javier y yo tenemos la casa para nosotros solos todos los días. Creo que no había follado, echado polvos y hecho el amor tantas veces y en tantos sitios de mi casa como en las últimas semanas. Nunca llegué a imaginar lo placentero que es que te empotren contra la nevera abierta de par en par, te da un fresquito por la espalda...

Cuando vengán mis hijos del viaje, nos iremos los cuatro durante varios días a recorrer el centro de Europa en coche; Javier dice que la Selva Negra, en Alemania, es espectacular. Y después iremos a Valencia a ver a mi familia y a recoger a mi madre. Javier viajará desde allí a Alicante a ver a la suya. Tienen muchas cosas de las que hablar. A finales de agosto nos volveremos a reunir

aquí, todos juntos.

Finalmente, pusimos la denuncia contra el chico que le dio la paliza a Biel. Tomaron declaración a mis hijos y a los amigos que la presenciaron, entregamos todos los partes médicos y las fotos de las lesiones que le hicieron en el hospital la noche que ingresó hecho un cromo. Nos han asegurado que hay pruebas suficientes como para que haya una condena, ya que el chico es mayor de edad y se le va a juzgar como tal. Aunque no estamos seguros de que vaya a la cárcel, porque no tiene antecedentes ni denuncias anteriores, cosa que me sorprende sobremanera. Imaginamos que deberá cumplir algún castigo social o indemnización. Pero no quiero pensar en eso ahora.

Lu y Berto solo coinciden una semana de vacaciones, por los turnos que teníamos ya organizados en el hotel, pero también van a hacer una escapada a Formentera, donde se van a pasar el día tumbados en una hamaca, bebiendo mojitos y fornicando como desesperados hasta quedarse secos. De paso, irán a visitar a la madre de Lu en Ibiza. La veo tan feliz que no puedo evitar pensar que no podía ser de otra manera. Ella es la persona más dulce que conozco, siempre pendiente de todos y no duda ni un segundo en ocupar su tiempo si la necesitas para lo que haga falta, así que ahora le toca a ella relajarse un poco y que Berto haga el trabajo de complacerla. Ay, mi Berto. El mejor novio que podríamos desear para nuestra niña. Sé que con él va a tener todo lo que desee porque no le va a poder negar nada. Es cariñoso, divertido y tiene un corazón tan grande que no le cabe en ese pectoral macizo que calza.

Deva y Gabi también se marchan de vacaciones una semana con sus hijas a recorrer la Toscana. Deva lleva tiempo queriendo ir y, por fin, este año podrán escaparse. Llevan juntos desde que eran unos adolescentes, es la pareja más estable que conozco. No han perdido la chispa, ni la ilusión, ni el amor. Hace más de diez años que los veo a menudo, y te aseguro que estos dos se morirán enamorados el uno del otro como el primer día.

—¿Sabes lo que más me fastidió de todo el asunto? —dice Deva mientras rellena su copa de vino blanco. Los demás la miramos intrigados—. Que no se nos ocurrió. No pensamos que tu padre estuviese metido porque fuese quien se la había tirado. —Niega con la cabeza contrariada.

—Era demasiado descabellado para pensarlo, Deva —contesta Javier, convencido.

—A ti lo que te fastidia es que Javier reaccionara rápido y pensara en tan poco tiempo la solución al problema. —Se ríe Berto.

—Sí, claro. Aunque yo lo habría hecho sin vomitar —se burla Deva, y le saca la lengua al aludido.

Se nos escapa una carcajada a todos.

—No sé qué habrías hecho tú si te enteraras de que me tiro a tu madre —interviene Gabi.

—¿Te la tiras? —pregunta Deva con la ceja levantada.

Nos volvemos a reír con ganas.

—Yo me sigo preguntando cómo te casaste con esta mujer, Javier —interviene Lu.

—Al principio todo iba bien, supongo. Desde que murió mi hermano, no he sido la misma persona. Todo fluía a mi alrededor por inercia. —Todos estaban al tanto de la historia de Javier, después de todo lo que habíamos hecho; él decidió explicarles todos los detalles, ya que ahora eran sus amigos. Aunque, en el trabajo, todo se vuelve más profesional y nuestras locas conversaciones se quedan para cuando estamos fuera del hotel.

—Bueno, basta de charla. Brindemos —digo, y levanto mi copa, porque no quiero que esto se convierta en un quinto grado hacia mi novio. Dios, con más de cuarenta tacos y con novio como si fuese una veinteañera—. Porque todo ha salido mejor de lo que esperábamos y porque el hotel siga dándonos tantas alegrías como hasta ahora.

—Salud —gritan los demás.

Chocamos nuestras copas unas contra otras y bebemos.

—Por cierto, ¿has pensado ya el nombre que le vas a poner? —pregunta Berto.

—Sí. Ya lo he pensado —contesta Javier, con una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Sí? No me has dicho nada —le digo sorprendida.

—Quería decíroslo a todos —se disculpa.

—Eh, ¿qué te crees? No vas a tener todos los privilegios por tirarte al jefe —se burla Deva.

—Hombre, de algo me ha de servir. —Me río.

—Callaos. ¿Cómo vas a llamar al hotel? —insiste Lu.

Javier nos mira a las tres de una en una.

—Brujas Resort. —Sonríe, tímido.

Las tres nos miramos unas a otras con los ojos como platos y lo miramos a él.

—¿En serio? —dice Lu, que empieza a reír.

A los demás se nos escapan las carcajadas sin poder detenerlas.

—Como las brujas sin escoba que sois vosotras —grita Berto.

—Claro, las brujas de hoy no necesitamos escoba para volar. —Me río.

—No, solo querer volar... —Lu me mira, sonriente.

—¡Me encanta! —grita Deva—. Nadie antes le había puesto mi nombre a nada. Es todo un honor. —Hace una reverencia y se parte de risa.

—Por un momento he pensado que lo ibas a llamar *Las tres cabras locas*. — Se ríe Berto—. Si algún día te da por abrir otro hotel en la montaña, sería ideal —argumenta.

—Déjate de cabras. Aquí cada oveja con su pareja —suelta Deva, sin dejar de reír.

Berto le tira un beso y se abraza a Lu poniendo morritos. Soltamos una carcajada. La verdad es que sí, estamos como cabras. Aunque, en realidad, no sé bien qué significa esa expresión, pero la decimos a todas horas. ¿Qué tendrá que ver una cabra con estar loco?

—¿Os gusta, entonces? —pregunta Javier, entre satisfecho y aliviado.

—Pues claro. En Halloween la podemos liar parda. Haremos una fiesta temática. Verás qué divertido. —Se ríe Lu.

—Ay, sí. Con telarañas y esqueletos colgando por todas partes —salta Deva.

—Podemos servir las copas con cubitos de hielo en forma de ojos sanguinolentos —digo, dando una palmada.

—Dios, ¿podéis parar un poco? Sois agotadoras —se queja Berto con una mueca.

El pobre Gabi sonrío y no dice nada, porque ya está acostumbrado a nuestras ocurrencias.

Sí, el hotel va a sufrir algunos cambios un poco locos, pero Javier está aquí para recortar nuestros desvaríos. En poco más de un mes ha conseguido que todo el personal se implique en los cambios y estamos todos trabajando en mejorar los aspectos en que el hotel se ha quedado más anticuado. Está estudiando la posibilidad de una reforma en la zona de despachos. Quiere tirar todas las paredes y dejar un espacio diáfano donde todos podamos trabajar con todos sin necesidad de estar de un despacho a otro. Lo hizo en otros hoteles y el resultado siempre fue satisfactorio, además de que es partidario de que trabajemos juntos. No habrá despachos para ningún director ni para él mismo. Solo habrá un par de salas para reuniones con clientes o empleados. Y, como no ha tenido que gastar ni un euro... miento, un euro sí, en la compra del hotel, va a utilizar parte del dinero que tiene de su empresa de consultoría para hacer más reformas. Así que este invierno vamos a estar de obras, pero estamos tan contentos que no nos importa.

Se han reestructurado puestos de trabajo. Javier ofreció a Mateo y Borja la posibilidad de reubicarlos en otra ocupación, pero no aceptaron, por lo que no ha

tenido más remedio que despedirlos. En condiciones, eso sí. Después de los años que llevaban allí trabajando, se han llevado un buen pellizco de indemnización. Javier ha preferido eso que tenerlos allí metidos a disgusto, porque se les notaba a la legua que les daba una pereza tremenda ponerse a pensar en las nuevas alternativas de cambio. El resto de personal se ha quedado donde está, incluidas Lidia y Alicia. A esta última parece que se le ha caído el palo que tenía metido en el culo y está disfrutando con la nueva etapa que empieza en el hotel.

Julio sigue ejerciendo de *Reina Madre*, como lo llama Deva, pero cada vez tiene menos presencia en las decisiones. Él está encantado con su nuevo estatus, que pasea de vez en cuando por el hotel, así que todos contentos.

Deva y Lu han ocupado los cargos que han dejado Mateo y Borja, y están como locas por poder aportar todo su potencial en el desarrollo de la actividad hotelera. Siempre he sabido, y Javier se dio cuenta en cuanto las vio, que estaban capacitadas para eso y para mucho más.

Y yo, pues... Javier me ha dicho que piense a lo que quiero dedicarme dentro del hotel. Y en ello estoy, sin querer dejar mi puesto, pero también pensando en que trabajar los fines de semana es una faena, así que sigo buscando una solución que, espero, en cualquier momento se abra paso en mi cerebro medio amueblado.

Después de la cena en el mismo pequeño restaurante al que llevé a Javier la primera noche que salimos a cenar juntos, nos vamos al Salseando, cómo no. Estamos todos tan ilusionados que debemos celebrarlo como lo hacemos desde siempre. Las buenas costumbres no deberían perderse nunca. Pedimos unos mojitos y brindamos, reímos recordando el episodio en el despacho de Javier con su padre y su ex, y bailamos, bailamos como locos.

Berto y Lu se compenetran (y no es con doble sentido... ¿o sí?) a la perfección bailando. Ahora son ellos dos los que van a bailar cada semana, solo hace un par de semanas que han empezado y ya se entienden como si llevaran años haciéndolo. Pero no bailan como lo hacíamos Berto y yo, claro; ellos bailan más pegados, se besan, se acarician... Y dejo de mirar, porque me da vergüenza estar observando una escena tan íntima.

Gabi y Deva también bailan juntos, pero ellos lo hacen tonteando. Se pegan el uno al otro, Deva se mueve contoneándose exageradamente alrededor de Gabi. Él se ríe, le acaricia el trasero y la besa. Y también dejo de mirarlos...

Javier me agarra por la cintura pegando su pecho a mi espalda. Mueve sus caderas contra mi trasero, y ya me estoy subiendo por las paredes de ganas. Pongo mi mano sobre su nalga derecha y lo aprieto con fuerza hacia mi cuerpo. Noto su erección en mi espalda y me muevo bailando contra ella.

—Podría tener un orgasmo aquí mismo —susurra en mi oído. Y me acaricia

por debajo de la falda, rozando la parte interior de mis muslos.

—Basta de baile. Vamos a casa. Ahora —casi le ordeno.

Javier asiente y saca su mano de debajo de mi vestido. Me mira sonriente, y sus ojos están echando fuego, casi literalmente.

Nos despedimos de nuestros amigos desde lejos con la mano, porque no queremos perder ni un segundo. Ellos se ríen y yo les saco la lengua.

17

EPÍLOGO

Han pasado ya dos años desde que conocí a Javier y nos metimos de cabeza en nuestra relación y en dirigir, los dos, el hotel donde me encontró trabajando desde hacía más de diez años. Sí, al final decidí que no quería hacer un trabajo en concreto y él me ofreció la Dirección Adjunta; de esa forma, podría apoyar cualquier iniciativa que se tomara desde cualquier departamento, a su lado. ¡Muy bien, Estrella! ¿No querías un puesto directivo? Pues toma dos.

Mi madre se quedó petrificada cuando conoció a Javier. *¿De dónde ha salido este jamelgo?* Palabras textuales, ni una más ni una menos; eso es lo que dijo cuando se lo presenté al volver de Valencia aquel año. Los niños se partieron de risa y a mí me dio un ataque de vergüenza ajena que me duró varios días. Esta mujer no tiene remedio.

Ella y la madre de Javier congeniaron a los dos segundos de conocerse, cuando Adela, mi suegra, se trasladó desde Alicante. Tanto conectaron que, a los pocos meses, se fueron a vivir las dos juntas a casa de mi madre. La teníamos alquilada desde que se había venido a vivir conmigo, pero decidió que ya era hora de independizarse. ¡Tócate la pera! A su edad, se marcha de casa.

Por supuesto, cuando ella salió por la puerta, Javier entró por la misma y vive con mis hijos y conmigo desde entonces. Esta es ahora nuestra casa. Y compartimos la misma cama donde nos acostamos la primera vez aquella noche en la que le abrí la puerta completamente desnuda. Seguimos igual que entonces, no dejamos de demostrarnos que estamos locos el uno por el otro con gestos, con palabras y, por descontado, con el cuerpo. Tengo claro que es el hombre de mi vida, no podría vivir sin sus besos. Me mira con esos ojos de color tan ambiguo y tan intenso que no puedo evitar derretirme cada vez que me dice que me quiere. Y, aunque trabajamos juntos, no nos llevamos el trabajo a casa. En casa estamos nosotros, solos. Bueno, y los niños a tiempo parcial, cuando no están en casa de Nando y Sandra, que han sido padres hace seis meses de un niño precioso al que han llamado David. Mis hijos están como locos con su nuevo hermano, aunque Biel se niega a cambiarle los pañales. No acaba de entender cómo de un culo tan pequeño pueden salir esas cacas tan pestilentes.

Con Javi se llevan fenomenal, salen los tres a hacer deporte, de copas, a comprar. Le piden consejo sobre cualquier tema. No es su padre, pero en muchos

aspectos ejerce como tal, aunque en términos generales no se mete en las decisiones, atendiendo a que tienen un padre con el que se llevan a la perfección. Ya tienen dieciocho años y, dentro de dos meses, en septiembre, empiezan la universidad. ¡Dios mío, qué vieja me estoy haciendo!

Biel va a estudiar Derecho. Ay, mi *Spiderman*. Dice que quiere ser juez para encerrar a todo el que pueda entre rejas. Dejó de meterse en líos desde aquella noche en que, estando en la barbacoa inaugural del hotel, los chicos que le habían dado la última paliza aparecieron para amenazarlos y acabé con los huevos de aquel chaval entre mis manos. Después, ya no supimos más de él ni de ninguno de los chicos que lo acompañaban, incluidos los compañeros de instituto que insultaban a Adrián. Desaparecieron después de aquel verano.

Adrián estudiará Historia; no sé si vamos a soportar que nos explique todo lo que va a aprender, porque, cuando se pone a hablar de algo que lo apasiona, no para. Tengo cinta americana en el armario de las herramientas por si acaso hay que amordazarlo.

Berto y Lu se casaron el pasado mes de mayo, en la playa del hotel, en plan *hippy*. Creo que en eso Lu sí ha salido a su madre, a la que conocimos ese día y parecían hermanas gemelas. Lu estaba preciosa, siempre lo está, pero ese día brillaba de una forma sobrehumana. Sus ojos azules hacían juego con el brillo del mar y sus pies descalzos sobre la arena bailaron levitando de puro gozo. Llevaba un vestido blanco hasta los pies de corte ibicenco y una flor de Tiare que recogía parte de su melena rizada. Y qué decir de Berto... Metido en unos pantalones y una camisa de lino, todo en blanco impecable. Con ese bronceado metrosexual, su pelo rubio un poco más largo de lo que solía llevarlo, despeinado y con una sonrisa perpetua en la boca, prueba inequívoca de felicidad. Los muy mamones se fueron de crucero por las islas griegas y volvieron más morenos que las morcillas de Burgos. ¡Qué envidia me dieron!

En enero pasado tuve que ir al médico porque empecé a encontrarme mal después de las fiestas de Navidad. Imaginé que me había empachado con tanta comida, porque llevaba varios días con el estómago revuelto y no dejaba de vomitar. Lo pasé bastante mal cuando salí de la consulta, porque no sabía cómo decirle a Javi lo que realmente me pasaba.

—Oye, Javi, mi amor —empecé a balbucear esa misma tarde cuando llegé del hotel, mientras se cambiaba de ropa en nuestra habitación—. He ido al médico porque, ya sabes, llevo varios días encontrándome mal...

—¿Estás bien? ¿Qué te ha dicho? Parece una gastroenteritis, ¿no? —contestó, un poco preocupado.

—No sé cómo decirte esto... —le dije, angustiada.

—Estrella, ¿qué pasa? Me estás asustando. —Me miró fijamente.

—No es gastroenteritis. —Saqué el *predictor* positivo que me quemaba en el bolsillo trasero del pantalón y lo dejé sobre la cómoda. Él lo miró muy serio—. Te juro por mis hijos que no me he acostado con nadie. Te lo juro —le dije, con las lágrimas desbordándose por los párpados. No sabía cómo iba a reaccionar. Imaginé que pensaría que volvía a pasarle lo mismo, pero no lo era, yo no me había acostado con nadie. Lo amo tanto que, desde que empecé a salir con él, no he vuelto, ni siquiera, a mirar a otro hombre. Seguía quieto, mirando la prueba de embarazo—. Javi... dime algo...

Levantó la cabeza y me miró intensamente a los ojos, con una expresión que no pude identificar. Estaba serio, pero no parecía enfadado, ni desilusionado, ni agobiado. Me temblaba todo el cuerpo, estaba muerta de miedo. Si lo perdía, me moriría. De repente, sus ojos se iluminaron y una gran sonrisa de oreja a oreja se dibujó en sus labios.

—¿Vamos a ser padres? —preguntó, ilusionado. Asentí tímidamente con la cabeza y me tapé la boca con las manos. Las lágrimas cayeron a raudales por mis mejillas. Todos mis músculos se relajaron de golpe. Me agarró por la cintura y me levantó, pegándome a su cuerpo—. ¡Vamos a ser padres! —gritó como un loco.

—Dios, pensé que te enfadarías, que no me ibas a creer. Me crees, ¿verdad? No te engañaría por nada del mundo... —decía nerviosamente, mientras él giraba sobre sus pies conmigo en brazos.

—Estrella, no sabes lo feliz que me acabas de hacer. —Me besaba continuamente en los labios—. Lo sé, cariño. Sé que no me engañarías, tú no —sentenció, convencido.

—No sabía cómo decírtelo. Estaba tan asustada... No podía perderte, no puedo —contesté, llorando entre risas—. Pero ¿cómo ha podido pasar? Tú... tú no puedes...

—No lo sé, iremos al médico si quieres para preguntar y averiguarlo. Pero me da igual. Y no vas perderme... nunca. Te quiero muchísimo. —Sus ojos brillaban tanto y lo abracé tan fuerte que nuestros cuerpos volvieron a molestarme.

—No sabes cómo te quiero —dije, como quien sabe la verdad absoluta de todo, nuestro todo.

Quise ir al médico. Quise saber cómo había podido pasar aquel milagro. El especialista nos explicó, después de hacerle varias pruebas a Javi, que efectivamente, en su semen había espermatozoides. Nos argumentó que, a veces, son las situaciones de estrés continuas las que provocan que el sistema hormonal no funcione correctamente, y que cabía la posibilidad de que, una vez relajado, las secreciones hubiesen vuelto a la normalidad.

Javi llevaba muchísimos años en permanente estrés; el *shock* por la muerte de su hermano, enfrentarse solo a la empresa que los dos llevaban, la presión de su padre, su trabajo en los hoteles, su matrimonio anterior, los intentos por tener hijos en aquella época, la compra de nuestro hotel, enterarse de que su padre se tiraba a su ex, el embarazo de esta, el largo proceso de divorcio... Todo acabó de repente, dos años atrás, y, desde entonces, Javi está mucho menos tenso, más contento, más activo. Al parecer, el único tratamiento que no había probado era el que había funcionado: relajarse.

Aunque no buscábamos ser padres, Javi y yo habíamos hablado en alguna ocasión de ello, pero él tenía asumido que no podía y no le dimos demasiadas vueltas. Se sentía satisfecho en su papel con mis hijos. Pero el embarazo nos hizo las personas más felices que sé jamás ha habido ni habrá en este planeta.

Y aquí estamos, en el hospital, porque he roto aguas hace un par de horas. Yo *acordándome* de todos cada vez que me sacude una contracción, y él aguantando mis insultos y mis ganas de castrarlo por habersele despertado el puñetero sistema escrotal. Ya sé que parí a dos hijos, pero de eso hace ya mucho y no me acordaba de lo que duele todo esto.

—En cuanto salgamos de aquí, pides hora para cortarte el rabo o te juro que te lo corto yo con el cuchillo del pan —le grito, cuando me baja la última contracción.

Él se ríe con ganas mientras me masajea la parte baja de la espalda.

—¿En serio quieres que me corten el pene? —me dice al oído con voz traviesa.

—No me toques los ovarios, Javi. Ya me has entendido —contesto, empezando a reír.

—Vale, vale. Me cortaré lo que quieras. —Sigue sonriendo.

—Tengo casi cuarenta y cuatro años, no querrás tener más, ¿no? —digo, y vuelvo a retorcerme agarrada a la cama, encima de la pelota de goma que me han dado para ayudar a dilatar. Al parecer funciona, porque llevo una hora con contracciones casi cada minuto. O, al menos, a mí me parece que ha pasado una hora.

En ese momento entra el médico y pide que me tumbe para examinarme. Por enésima vez me mete la mano entre las piernas; creo que este tío me ha tocado más veces hoy que Javi en los últimos dos años.

—Estás dilatada de siete centímetros. Lo estás haciendo muy bien, Estrella.

Voy a avisar para que te lleven a quirófano. Si sigues a este ritmo, en menos de una hora habrás dado a luz —explica el médico.

—Más vale que sea así, porque no creo que aguante mucho más esta tortura —contesto, con otra contracción rondándome el útero.

Y, efectivamente, en varios minutos viene un celador, me tumba en una camilla y bajamos por el ascensor a la planta número uno. En quirófano hay un tráfico de gente que no me esperaba: dos comadronas, un ginecólogo, un par de pediatras... Dios, esto parece el paseo marítimo en pleno agosto.

—¿Vas a querer epidural? —me pregunta una de las comadronas.

—Hombre, si puede ser... —contesto con cara de circunstancias.

—Te lo digo porque estás muy dilatada, tienes la cabeza de la criatura casi fuera. Va a ser muy rápido y no te va a doler mucho más de lo que ya has soportado —me explica con tranquilidad.

—¿En serio? —pregunto, perpleja—. ¿Así de fácil? —Miro a Javi.

—Tú misma, cariño. No puedo ayudarte con eso —me dice él. Y yo no puedo evitar sonreír al verlo con la bata verde oscuro y el gorro de papel en la cabeza.

—Dios, deberías verte. —Me río, no sé si de los nervios o por el dolor de cuerpo que tengo. Él se ríe a carcajadas—. Vale, a pelo —le digo a la comadrona.

—Bien. Túmbate —me pide. Inclina la parte alta de la cama con el mando y me incorpora un poco—. Sube las piernas y apóyalas en los estribos. En cuanto te venga la próxima contracción, coge aire y empuja sin soltarlo, ¿de acuerdo? —me explica con calma. Asiento—. Y así hasta que salga la cabeza. No te preocupes, todo va a ir muy bien. —Se coloca delante de mis piernas abiertas y se sienta en un taburete—. ¿Preparada?

—Qué remedio. —Miro a Javi, que está justo a mi lado, apoyado en la camilla, me aprieta la mano que no ha soltado desde que hemos bajado de la habitación, solo para ponerse ese ridículo atuendo de quirófano—. Viene una contracción —aviso.

—Bien, allá vamos. Empuja, Estrella.

Noto cómo el vientre vuelve a endurecerse tirando de mi piel hacia todas partes y cómo el dolor se apodera alrededor de mi cuerpo. Cojo aire y empujo con todas mis fuerzas. Tengo a otra comadrona a mi lado que me va indicando lo que debo ir haciendo. Siento una terrible presión en la parte baja del vientre. Esto duele de cojones. Espero que acabe pronto. ¿En qué momento se me ocurrió rechazar la epidural? *Cagoentó*. La comadrona que está entre mis piernas me presiona con una gasa la parte del perineo. Ahí viene otra contracción y vuelvo a hacer la misma operación.

—Venga, que ya está casi aquí, ya está coronando. ¿Quieres verlo? —le pregunta la comadrona a Javi.

—¿Puedo? —pregunta él, sorprendido.

—Claro, acércate —contesta la chica que me está atendiendo.

Creo que no tiene más de veinticinco años, pero está tan tranquila que ya no tengo los nervios que tenía cuando la vi al entrar en quirófano, y me dijo que iba a atenderme ella.

Javi rodea la cama, pero no me suelta la mano.

—Cariño, ya está aquí. Se le ve la cabeza. —Me mira y aprieta con fuerza mi mano.

—¿Sí? —digo, ilusionada. Por fin va a acabar este calvario, por favor.

Noto otra contracción y empujo; empujo hasta que casi me revienta la carótida. Siento cómo se abre paso entre mis piernas la cabeza de mi bebé... Dios, ya no duele, no duele nada.

—Muy bien, amor. Ya está fuera —me informa Javi con los ojos brillantes.

No digo nada, solo apoyo mi cabeza sobre la cama. Siento cómo la comadrona mueve algo entre mi carne dolorida y, de golpe, noto un alivio enorme y un cuerpo salir del mío. Siento su piel arrastrar la mía y, de repente, ese cuerpecito está sobre mi pecho.

Lo han envuelto en una tela verde y solo se le ve la carita llena de una capa blanquecina y viscosa. Tiene la boquita arrugada y la nariz muy pequeñita. Mueve sus ojitos cerrados y los abre perezosamente. Son enormes y de color verde oscuro, aunque supongo que le cambiarán, siempre lo hacen. Menos los de Biel, que nació con esos ojazos verde claro y los sigue teniendo.

—Dios, Estrella. Es preciosa —dice Javi a mi lado, le acaricia la cabeza por encima de la tela.

—¿Es una niña? —le pregunto, mirándolo ahora a él. No hemos querido saber el sexo hasta el parto.

—Sí. La he visto cuando ha salido —contesta.

Se me saltan las lágrimas por la emoción, por cómo me mira Javi y por tener en brazos a la tercera cosa más bonita del mundo. Mi tercera hija. Nuestra hija. Javi me besa el pelo, las mejillas, la nariz; me besa tanto...

—Eres la mujer más maravillosa del mundo —me da un beso en la frente y nos abraza a las dos.

—¿Cómo la vais a llamar? —pregunta la comadrona.

Javi y yo miramos a la preciosa niña que tengo en brazos y decimos los dos a la vez:

—Paz.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quizá este apartado parezca lo más fácil: dar las gracias. Las damos todos los días sin ton ni son: «¿Me pasas la sal, por favor? Gracias». «Ruego me envíe la factura por mail. Gracias». «No necesito nada más, gracias». Y así, un montón de ejemplos. Pero estas gracias son por educación. Por saber estar, lo que nos han enseñado para ser políticamente correctos dentro de la sociedad. Pero yo no estoy hablando de este tipo de gracias. Hablo de las de verdad; las que se sienten en las tripas, las que te llenan los ojos de lágrimas por la emoción de saber que alguien te ha dado algo que te ha llenado un vacío que no creías tener. Esas cuestan un poco más. Y esas son las que quiero dar aquí.

Podría empezar a hacerlo por cualquiera, pero mi máximo y más sincero agradecimiento es para mi madre. Sin sus cuentos antes de irnos a dormir no habría podido descubrir mi pasión por la lectura y, en consecuencia, por escribir. Siempre creyó en mí y me lo hizo saber. Ella sabía que lo haría; cuando fuese, pero lo haría. Y por su forma de transmitirme esa fuerza, y las ganas, estás leyendo esta novela. Gracias, mamá.

Mi padre no se queda atrás, claro. En mi casa, todos somos fans de la lectura. Ya sean novelas, artículos, divulgación o los botes de champú. Además, mi padre escribe en foros y redes sociales de una forma exquisita e irónica, con la que ha conseguido que muchos de mis amigos alaben sus comentarios. Así que, al parecer, de él he heredado ese placer por la palabra escrita. Y no puedo estar más que agradecida y orgullosa. Gracias, papá.

Y mi hermana... ay, mi hermana pequeña, que es más grande que yo. Tiene una forma de ver la vida sencilla e inteligente. Si una cosa no te gusta, fuera. Si te gusta, a por todas. Si lo necesitas, a por ello. Y de ella me llevo esa tenacidad. Gracias, nena.

Por supuesto, no pueden faltar mi marido y mi hija. Han aguantado con verdadero estoicismo mis horas frente al ordenador, mis miradas perdidas en el infinito, mis silencios retumbando en el ambiente y, a veces, hasta mi mal humor. Ellos son mi mayor tesoro y no se puede describir lo que siento cuando estoy tan cerca o tan lejos de ellos. Me dan la vida cada día. Mil gracias, amores.

Quiero mencionar especialmente a Anna y Susana. Mis musas en esta historia, por lo que se deben sentir parte de ella. Por sus ocurrencias, sus risas, sus abrazos, sus consejos; pero, sobre todo, por su gran corazón. Me salvan la vida un poco cada día. Os quiero, sois parte de mí para siempre. Gracias, mis *Divas*.

A mis amigos, agradecerles de verdad que se hayan preocupado por el estado de mi proceso creativo y por su apoyo. Tengo mucha suerte de tenerlos en mi cabeza, en mi corazón y en mi vida. Los de siempre y para siempre, los del trabajo, los del gimnasio, los de antes, los de ahora. A todos, mil gracias.

No quiero dejar de darle las gracias, por su ayuda de valor incalculable, a Abril Camino. Llegué a ella leyendo sus novelas (que os recomiendo fervientemente), y no tuve duda alguna de que sería la persona indicada para acabar de darle el empujón a mi manuscrito. Ella ha sido mi apoyo técnico y la que me ha dado los mejores consejos sobre mi escritura. Pero no solo he aprendido a escribir mejor en tiempo récord; ha conseguido que aprenda a pensar mejor. Gracias, Abril.

A Alexia Jorques, por el diseño de la portada, también quiero darle las gracias. Enseguida entendió lo que quería transmitir, y estoy realmente satisfecha con el resultado. Una gran profesional, sin duda. Gracias, Alexia.

A mis profesores y compañeros de la Escuela de Escritores y Aula de Escritores, agradecerles sus múltiples consejos y su apoyo. Sin ellos no habría podido llegar hasta aquí.

Por descontado, a ti, que has leído mi primera novela terminada. Espero que hayas disfrutado, al menos, una parte de lo que disfruté yo al escribirla. Sin lectura no hay escritura; así pues, mis más sentidas gracias por haber decidido leer esta pequeña historia y deseo haberte dejado con ganas de más.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Barcelona, hace más de cuarenta años. Por circunstancias de la vida, estudié una carrera de números y estoy dedicada a ello desde entonces, pero mi gran pasión y asignatura pendiente son las letras. Sí, así de contradictoria soy. Me he pasado la vida leyendo y escribiendo, en unas épocas más que en otras.

La decisión final de ponerme con mi verdadera vocación fue la típica crisis de los cuarenta. Sí, amig@s, esa crisis existe, no es una leyenda urbana. Pero no os asustéis, no a tod@s os va a da por volveros majaras. En mi caso, no pude reprimirme más y me puse a divagar, a inventar y a escribir como una posesa, de todo y de nada. Le pillé tanto el tranquillo, que no he podido parar.

Mi escritura no lleva florituras. Si puedo decir algo en una sola frase, no lo hago en cinco. Alargar y estirar el lenguaje, en mi caso, parecería forzado. Esa es mi forma de escribir; sencilla, directa y sin virguerías. Y siempre intento que aparezca el buen humor de por medio, porque reír es un privilegio y, además, es gratis.

Con lo que más disfruto es con la creación de los personajes. Me encanta verlos caminar, bailar, reír, llorar, cagarse en todo y coger el toro por los cuernos. En especial a los femeninos. Me gusta hacerles vivir locuras. Espero que los disfrutes tanto como yo.